Vengarme fue un placer

¿Puede el amor vencer a los secretos?



CATA CÓRDOBA

Vengarme fue un placer

Cata Córdoba

Henko ediciones

Copyright © 2023 CATA CÓRDOBA

Todos los derechos reservados No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sin el permiso previo y por escrito del autor.

Título original: VENGARME FUE UN PLACER
Autora: CATA CÓRDOBA
Primera edición: julio 2023
Diseño de cubierta: Janmi Pace
Maquetación: Henko Ediciones
Corrección: Noelia Jiménez Moyano

A mis padres y a mi hermano, que son lo más importante de mi vida.

PRÓLOGO

Kath

22 de mayo 2019

Todas las luces enfocan al escenario del enorme salón de actos, el mismo donde nos habíamos reunido casi nueve meses antes para empezar el curso. Hoy estamos aquí para despedirnos en la fiesta de graduación del instituto, Maytown High School (MHS); a punto de vivir un momento que no olvidaremos jamás. El director acaba de dar su aburrido y desgastante discurso sobre la excepcionalidad de sus alumnos y el prestigio que estos le han otorgado al instituto.

Como delegada de clase, debo ser la primera en decir unas palabras. Me lo he preparado esta misma semana con la ayuda de mis padres, pero ahora nada tiene sentido. Todo son palabras vacías que parecen no encajar. Es una enorme sarta de mentiras escritas por una persona ciega, incapaz de ver la realidad, y es que mi perspectiva ha cambiado en cuestión de días… Todo lo que parecía darle sentido a mi vida se ha esfumado, me siento perdida, y pronto, juzgada por aquellos que están a punto de escucharme hablar.

Me duelen los pies a causa de los altos tacones que he elegido. Me están haciendo ampollas y, de estar tanto tiempo de pie, siento que mis pies palpitan. Por suerte, mi ropa es muy cómoda. He optado por un largo mono de color rosa pálido. Es bastante elegante y suelto, por eso no me aprieta ni me molesta. Me he alisado el pelo y peinado con una coleta baja que hace que todo el conjunto sea más fino.

El director ha terminado su aburrida y larga charla, y me indica que me acerque mientras se oyen los fuertes aplausos del público que, en mi opinión, son de celebración porque se haya callado el señor Henderson. Antes de que suba, pronuncia sus últimas palabras para presentarme:

—Y ahora, una de las delegadas de este curso nos contará su reflexión personal sobre su larga y bonita experiencia en Maytown High School. ¡Adelante, Katherine Brown!

Subo al enorme escenario y sitúo el micrófono a mi altura, además de comprobar con un leve susurro disimulado si se me escucha bien. Me coloco la coleta hacia atrás y cierro los ojos, debatiéndome en mi interior sobre si debería decir lo que tengo planeado o si debo improvisar e intentar contar la realidad de cómo veo todo ahora. Me sudan las manos, siento una presión en el pecho y casi puedo notar cómo mis ojos se humedecen.

En la sala se hace un enorme silencio a la espera de que pronuncie alguna palabra, y todas las luces enfocan hacia mí. Levanto la vista hacia el director que me incita con un gesto a que comience sin miedo, pero yo no tengo decidido qué decir. Vuelvo la vista hacia los alumnos, padres y profesores. Los alumnos van radiantes, realmente arreglados y muy distintos a cómo suelen ir los días de exámenes. Los padres, también muy arreglados, están sentados más atrás, abanicándose debido al bochorno de la sala, a pesar de que posiblemente el aire acondicionado está a tope.

Clavo la vista en el suelo y mis pensamientos desvían mi atención del expectante público. Me siento totalmente abatida, sin fuerzas de fingir que está todo bien. Llevo toda la ceremonia

sonriendo y ya me duelen hasta las mejillas. No es siquiera una sonrisa sincera, sino más bien falsa y exagerada. El maquillaje oculta mi estado de ánimo, la base cubre mis ojeras de llevar días sin dormir, y la máscara de pestañas, resistente al agua, también ayuda a las lágrimas que finalmente asoman. Estoy realmente sola, no en el sentido literal, sino en sentido figurado. Rodeada de gente, pero sola. Todos aquellos en los que creía me han traicionado. Deposité mi confianza en personas que me han ocultado la verdad y han ayudado a tapar la oscura realidad de mi vida. Siento que mi vida ha sido un tremendo engaño, y que no conozco a los que me rodean, aquellos a los que quiero. ¿Qué debo decir? La verdad, se acabaron las mentiras.

Miro de nuevo hacia mis manos sudorosas que empiezan a temblar por los nervios y, de forma automática, despliego el borrador de mi discurso. Los cuchicheos entre alumnos al ver mi tardanza me sacan de mi ensimismamiento y levanto la vista del suelo para iniciar mi confesión

CAPÍTULO 1

Kath

12 de septiembre 2018 (8 meses antes)

Con la llegada de septiembre se inicia el curso escolar, y como no podía ser de otra manera, todos los alumnos que empiezan el instituto esperan haber entrado en Maytown High School. No es el mejor instituto del mundo, ni mucho menos, pero sí el mejor del pequeño pueblo de Maytown.

En mi caso, esas listas de admisión no me preocupan en absoluto, yo ya había pasado ese calvario años antes. De hecho, este es mi último año en el instituto. Tengo ciertos nervios, ya que este es el año donde debo decidir qué hacer con mi vida. Tengo planeado entrar en la universidad de Stanford, desde que era niña mis padres me han educado para que sea responsable, marcándome el objetivo de ir a esta fabulosa universidad. La única pega es que aún no tengo ni idea de qué carrera estudiar, aún no lo he decidido. Siempre he sido más de letras, pero tampoco tengo definido a qué me quiero dedicar en el futuro. A duras penas me conozco a mí misma, como para saber qué hacer el resto de mi vida.

Maytown es casi tan grande como una ciudad, por lo que no nos conocemos absolutamente todos. Pero sí es cierto que siempre que conoces a alguien tiene relación o parentesco con alguien conocido, por lo que al final estamos todos conectados. Es un pueblo pintoresco y tranquilo, con calles anchas y pequeñas casitas con techos de tejas marrones. Abundan los árboles y casi todo el centro del pueblo es una zona peatonal. A las afueras del centro se pueden encontrar carreteras que conectan con barrios de todo tipo, desde los más pijos y lujosos, hasta los más pobretones.

El camino al instituto es realmente corto desde mi casa. Mi vecina, compañera de instituto y una de mis mejores amigas, Alex, me espera siempre al final de la calle para que vayamos juntas a clase.

Alex es una chica de pelo oscuro, liso y largo, blanca como la nieve y un poco más alta que yo, con cara de matona y con una actitud pesimista de la vida y la sociedad. Al principio podía ser muy borde y bruta, pero si te permitía conocerla y entrar en su vida, podías descubrir que en el fondo es una persona sensible que solo busca protegerse de las maldades de las personas.

El barrio en el que vivimos Alex y yo es uno de los peores del pueblo. Las casas son grandes y decentes y los vecinos son amables y bondadosos, pero al final de la calle comienza la zona más turbia del pueblo, por lo que no podemos evitar cruzarnos algunas veces con algún que otro borracho, drogadicto, matón o incluso ladrón.

A pesar de todo, yo siempre he querido a este pueblo, mi infancia ha sido increíble gracias a vivir aquí, ya que todo está cerca y mis padres han hecho mucha vida en casa. He podido disfrutar de ellos y también sigo disfrutándolos ahora, solo que un poco menos, puesto que mi vida adolescente hace que siempre esté ocupada. Mi relación con mis padres es un poco extraña. Nos llevamos demasiado bien y considero que son unos muy buenos padres. Siempre me he sentido afortunada de tener unos padres así, porque sé que no es lo más común. Ellos siempre

están ahí cuando los necesito y en nuestra casa un secreto no dura más de dos minutos. Mi hermano mayor, Greg, siempre ha intentado ocultar alguno que otro, porque él es más tímido y reservado. Pero al final siempre se lo conseguimos sacar a base de interrogatorios. Además, hemos logrado ganarnos su confianza y no presionarlo para que nos cuente las cosas.

El instituto MHS, no es tan genial como mi familia. La gente en el instituto es un poco superficial y muchos se creen mejores que los demás. Sin embargo, eso no nos afecta a mis amigas y a mí, que entre toda esa panda de creídos hemos formado un grupo de personas increíbles.

El primer día solo debemos ir unas horas, nos informarán sobre el curso, las clases, las asignaturas y los profesores…, además de aprovechar para meter presión sobre las notas, calificaciones y decidir universidad y carrera. También haremos alguna que otra clase. Solo de pensar en volver a la vida de estudiante siento una presión en el pecho. El verano ha sido fugaz y tranquilo, pero ahora que volvemos a clase, los nervios vuelven a adueñarse de mí.

Alex y yo entramos en el salón de actos, que es una enorme sala con una iluminación increíble, pero con fallos técnicos en cuanto a la ventilación, y vemos cómo nuestro grupo nos indica dos sitios libres, reservados para ambas. Al sentarnos observamos que hemos llegado justo a tiempo. Casi todos los alumnos están allí y el director está intentando hacer funcionar el micrófono para poder introducir el curso y presentar a los nuevos profesores, que al parecer son dos. Una es la señora Smith, una mujer posiblemente a punto de jubilarse que ha decidido vivir sus últimos años en Maytown, quién sabe por qué. Es canosa, seria y parece estar al borde de gritar y volverse loca en cualquier momento, mirando fijamente al director que aún intenta que funcione el micro y lleva quince minutos de retraso. A su lado, un profesor totalmente diferente. Es joven, despierto y me atrevo a decir que incluso atractivo. Lleva puesta una camisa blanca y está sentado, sumergido en la lectura del clásico libro, «El gran Gatsby». Ya sabemos que dará problemas cuando miramos hacia delante y las alumnas lo miran embobadas mientras él lee su libro, totalmente concentrado en su mundo.

Sofía, mi mejor amiga, está totalmente concentrada en los gestos del director esperando ansiosa a que empiece. Y como es de esperar, ya tiene una libreta preparada para apuntar todas las instrucciones y normas a tener en cuenta. Está realmente obsesionada por aprobar el curso con la mejor nota de mundo. En parte la entiendo, yo también tengo cierta neura con ser la mejor, pero lo mío es por ambición personal, mientras que lo suyo es a causa de una presión paterna.

Alex también espera expectante a que empiece, pero a la vez comenta con Mia y el grupo de chicos lo guapo que es el nuevo profesor. Lo cierto es que mientras ellos miran al misterioso profe, yo solo tengo ojos para Matt Sanders.

Matt y yo nos conocemos desde que entramos al instituto. Alguna vez lo he visto por el pueblo, pero nunca me había llamado la atención hasta que lo conocí. En un momento y sin darme cuenta, me empezó a gustar. Él lo sabe, se me nota bastante. Pero no sabe que yo estoy casi hasta obsesionada con él, y no tengo explicación alguna para tal fijación. Él forma parte del grupo de chicos, en total somos unos siete. Alex, Sofía, Mia, Matt, Thiago (el novio de Mia y mejor amigo de Matt), Justin, Izan y yo. Izan no es exactamente del grupo, pero intenta unirse siempre que puede, aunque es un chico un poco raro y no habla mucho. Creo que yo nunca he llegado a tener una conversación con él. Matt y Thiago, mejores amigos de la infancia, son con los que más me relaciono. El primero me vuelve loca y el segundo me ayuda y me escucha siempre, es su mejor amigo y tiene más experiencia en el amor, ya que lleva saliendo con Mia desde hace mucho, por lo que sus consejos siempre me ayudan.

Matt para mí es precioso, aunque mis amigas dicen que es a causa de que me gusta, porque no es para tanto. Tiene el pelo castaño claro y ojos de color miel. Debe ser solo un poco más alto que yo y siempre viste lo más simple posible. Camiseta blanca y pantalones marrones con unas deportivas blancas, o una sudadera, o una simple camisa blanca para las ocasiones especiales. Es realmente tímido, pero cuando lo conoces bien, te das cuenta de que está loco. Siempre hace comentarios que nadie se espera que nos hacen acabar en carcajadas. A veces es un poco idiota, no se da cuenta de nada de su alrededor y suele pensar más en sus amigos y pasarlo genial de fiesta que en cualquier otra cosa. En ocasiones me ha parecido ver un poco de maldad en él. Pero me niego a pensar que es una mala persona. Creo que simplemente es su inmadurez que le lleva a cometer errores o hacer comentarios fuera de lugar.

Después de casi media hora, el director consigue hacer funcionar el aparato del micrófono. Todos nos reímos cuando el micro hace un sonido estridente y el director casi se cae hacia atrás. Después se coloca las gafas, que por poco se le caen, se limpia el sudor de la cara con un pañuelo blanco y empieza a presentar a los nuevos profesores.

—Por aquí tenemos a la señora Smith y al señor Barnes, como bien he dicho antes. La señora Smith impartirá la clase de matemáticas y el señor Barnes dará la clase de literatura.

Ambos profesores se levantan y saludan al ser presentados por el director. Acto seguido se vuelven a sentar tras él y el señor Barnes sigue con su novela. Se me hace raro decirle señor cuando es tan joven. Si me lo cruzara por la calle casi pensaría que tiene nuestra edad. La señora Smith no se molesta en disimular su amargura y saluda con cara de pocos amigos. Estoy un poco preocupada con que sea quien impartirá la clase de matemáticas, porque se me dan realmente mal.

Tras la breve introducción a lo que sería el curso de la muerte, el director nos envía a nuestras respectivas clases, donde comenzará en serio el curso. Sigo a mi grupo de amigos hacia la clase de literatura, por suerte hoy no conoceremos a la señora Smith, sino al señor Barnes.

De camino a clase, Thiago y Matt mencionan algo sobre salir de fiesta antes de empezar en serio a estudiar. Esos dos aman más la fiesta que cualquier otra cosa. Como de costumbre, Sofía da largas con una leve sonrisa y se justifica diciendo que debe estudiar, pero todos sabemos que su padre, el loco y controlador señor Meyer, no le permite ir de fiesta. Thiago y Matt se quejan de su negativa y le insisten diciéndole que, este finde, no habrá nada que estudiar aún. Pero ella niega de nuevo con su cabeza y entra en clase.

Alex acepta, pero con la condición de que alguno la lleve a casa, propuesta que ambos aceptan con tal de que se sume gente a la fiesta. Mia acepta sin dudarlo ni un minuto, al igual que Justin, que pasa más días de fiesta que en su propia casa. Izan y yo simplemente decimos que lo pensaremos. Yo sé que Izan no va a ir, no viene nunca por las mismas excusas que las de Sofía, solo que él ama estudiar. Yo necesito pensarlo, porque no sé si ir de fiesta es lo que más me conviene. Este verano, Matt ha confirmado sus sospechas. Se ha enterado de que a mí me gustaba él. Ambos hemos hecho como si nada, pero lo cierto es que todo había sido fácil porque no nos veíamos mucho.

Me preocupa que nuestra relación cambie por mis sentimientos, aunque no me importaría ser algo más si él está dispuesto. Lo cierto es que nunca hemos hablado del tema y no sé qué siente por mí. Dándole vueltas a mi cabeza, llego a la conclusión de que con el regreso a clase, el grupo se va a volver a unir e ir de fiesta todos juntos y va a ser una costumbre. Por lo que, pensándolo bien, voy a tener que acostumbrarme a esto, ya que tenemos los mismos amigos. Al fin y al cabo, no sé qué sería lo peor que podría pasar.

Como si me leyera la mente, Matt me guiña un ojo y se acerca a mí, con esa estúpida sonrisa

de niño bueno:

—Ven a la fiesta, lo pasaremos bien, —Eso último hace que me ponga nerviosa— todos juntos —añade notando la incomodidad.

—Bueno, me lo pensaré… es que no sé si es lo mejor, debería estudiar con Sofía —me excuso inútilmente.

—Venga, ven —insiste él mirándome fijamente, y sin poder resistirme, concluyo la conversación con un simple, «Vale, está bien».

Entramos en la clase de literatura y Justin, Matt y Thiago se sientan al final. Mia se sienta con Alex para charlar y Sofía y yo nos sentamos en la tercera fila, justo en el centro del aula para poder escuchar sin sentirnos observadas. Izan se sienta cerca de nosotras y se queda observando a Sofía un rato. Lo miro intentando adivinar su expresión, pero se percata y aparta la mirada, incómodo. Creo que está colado por ella. No puedo evitar que me dé risa, el pobre parece siempre nervioso cuando ella habla. Pero estoy segura de que Sof no tiene ni idea, ella nunca se entera de estas cosas.

Justo en ese momento la puerta se abre y el profesor Barnes entra en la clase a toda prisa, con todos los papeles y libros en la mano, que se le resbalan de las manos cada dos por tres. Lleva su pelo oscuro despeinado y parece frustrado ante su torpeza. Todos sacamos nuestros libros y esperamos a que se prepare, mientras cuchicheamos sobre su vestimenta. Va vestido con una camisa blanca y unos vaqueros oscuros. Diría que va demasiado formal para lo joven que es, aunque es un profesor y ninguno de los que hay en Maytown ha venido nunca vestido en sudadera, salvo el de gimnasia. Es moreno y tiene los ojos claros, con una mirada profunda, tiene un cuerpo robusto y es bastante alto. En su cara se ve que es un chico con mucha bondad. Parece realmente inocente. Sobre todo, ante los comentarios de Justin, que se cree el rey de la clase y le suelta sobradas cada dos por tres.

CAPÍTULO 2

Sofía

Cojo mi agenda y apunto todas las fechas de exámenes para ir programando mi calendario; no quiero que se me pase nada y este año necesito muy buenas notas. Mientras apunto las fechas, escucho cómo el señor Barnes se presenta, por lo que alzo la vista y me detengo a atenderlo, hecho que se me hace imposible con las voces del fondo de la clase.

Centro la mirada en el profesor Barnes, aunque lo cierto es que me cuesta. Tienes unos ojos claros bastante imponentes y unos labios finos. Su sonrisa hace que sus ojos verdes se escondan, mientras sus ojos se achinan. Tiene una actitud nerviosa, no se está quieto, hecho comprensible teniendo en cuenta que parece joven y novato en la enseñanza. Él continúa hablando a pesar de que las vocecillas siguen sin cesar, poco a poco convirtiéndose en un alboroto.

Justin Reed me tiene cansada. No deja de desconcentrarme soltándole burlas y comentarios inmaduros al profesor Barnes, aunque él los contesta con mucho respeto y evitando posibles discusiones

—Como es la primera clase —comienza el profesor Barnes a decir mientras se sienta en una mesa para charlar—, me gustaría conoceros un poco más. ¿Cuál es vuestro libro favorito? —dice él preguntando con ilusión.

—El principito —dice Justin entre risas, creyéndose gracioso.

—Justin Reed, ¿verdad? —dice Barnes confirmando—. Es un muy buen libro, un clásico.

—Es broma, no he terminado nunca un libro, leer te quita tiempo de vida, tiempo en el que puedo hacer muchas otras cosas, señor… —dice Reed haciendo reír a los más incultos de clase. Me siento realmente mal de ver al señor Barnes acalorado e incómodo por su comentario, así que salto sin pensarlo dos veces.

—¡Orgullo y Prejuicio! —grito. Como si de un soplo de aire fresco se tratara, el señor Barnes me dedica una sonrisa.

—Otro clásico y una de las primeras comedias románticas de la historia de la novela, buena elección … —se detiene pensativo—. ¿Sofía Meyer?

—Sí. —Asiento y noto cómo el lerdo de Justin se ríe de mí por compartir mi opinión literaria. Hago caso omiso a sus burlas y sus comentarios sobre que soy una pelota y me centro en los libros y las explicaciones del señor Barnes.

La clase de literatura me parece realmente emocionante. Hemos debatido sobre libros y el profesor nos ha enseñado algunas técnicas para mejorar nuestra escritura, además de mandarnos a leer un libro nuevo. Al salir de la clase me he sentido realmente satisfecha de que al fin este año, aunque sea el último, tengamos un profesor de literatura en condiciones. El anterior dedicaba las clases a cortarse las uñas de los pies y hacer videollamada con su mujer. Era realmente desagradable. El señor Barnes…, bueno, es un profesor muy apuesto y diría que tiene unos veinte años, aunque según mis cálculos es imposible. Debe parecer más pequeño de lo que es.

Kath se ha pasado toda la hora escuchando y haciendo referencias de las historias de amor de la ficción con su situación sentimental. En cada comentario la he pillado mirando de refilón a

Matt o me ha dado un codazo acompañado de una mirada cómplice. Yo le sonrío y le doy la razón, pero no puedo evitar pensar que está llevando sus pensamientos demasiado lejos con el tema de Matt, y no veo mucho futuro a esa especie de relación.

Aunque yo no soy nadie para juzgar, mi mayor experiencia amorosa ha sido con tres años con el mismísimo Thiago, el chico que ahora sale con Mia. Entonces éramos unos críos y ni siquiera sabíamos el significado de ser novios. Era realmente inocente y divertido, aunque para mi padre era todo lo contrario. Justo en ese instante el sonido de mi móvil me devuelve a la realidad viendo un mensaje precisamente de él, mi padre.

«Avísame a qué hora sales para irte a buscar».

Mi padre es el ser humano más controlador del mundo. Mi madre no lo es tanto en comparación con él, aunque siempre le permite a él ser así. Me recoge y me lleva a todas partes, me prohíbe quedar e ir de fiesta… Ir a la biblioteca significa pasar por un interrogatorio, y solo me deja ir a Danielle's, nuestra cafetería favorita, los viernes con las chicas.

Durante ese tiempo él se da una vuelta por la zona a la espera a que acabemos de tomar algo y me recoge de nuevo. Trabaja en una empresa de construcción de casas, pero no tiene mucho trabajo en Maytown, ya que nadie hace grandes reformas en su casa y el pueblo tampoco parece crecer demasiado en habitantes. Eso me pone realmente nerviosa porque le da mucho tiempo libre para estar pendiente de mí y controlar todo lo que hago.

De todas formas, me falta poco para cumplir dieciocho años y me ha prometido permitirme ir en coche sola para quedar. Sé que lo cumplirá, por mucho que le moleste. Yo he sido muy tajante con esa decisión y no pienso dar mi brazo a torcer. Además, cuando me vaya a la universidad, no podrá controlarme como lo hace ahora.

Al convertirme en hija única, exactamente a los diez años, mis padres se enfocaron en mí y me han exprimido al máximo desde que tengo uso de razón. Me despierto a las seis de la mañana cada día para estudiar, salir a correr con mi padre, ducharme y desayunar. Luego voy a clase y al volver estudio y ayudo en casa, por lo que mi día a día es bastante agotador.

Algunos días se me permite invitar a Kath a casa, pero siempre que ella me invita mi padre le dice que es mejor que venga ella. Sé que Kath asiente con una sonrisa, pero que en el fondo no soporta a mi padre. Y no la juzgo, yo tampoco lo aguanto, pero en mi casa me siento segura y me da miedo salir de mi zona de confort, para mí es más fácil dejarlo pasar que enfrentarme a él. Las veces que lo he intentado he fracasado, así que no le llevo la contraria si no es algo que de verdad me moleste.

CAPÍTULO 3
Alex

El imbécil de Reed no ha parado de molestar durante toda la hora con la fiesta del fin de semana. Es lunes y acabamos de volver a clase, pero él ya tiene la cabeza en el viernes. Desde que lo conozco, que ya son años, siempre ha sido un gamberro y le encanta divagar por las calles yendo de fiesta, fumando, bebiendo… Thiago y Matt están igual de insoportables que él, además de que ambos aprovechan la ocasión de salir para ir detrás de Reed y defenderlo como perritos falderos. Todo porque Justin es el guay de clase, y para qué mentir, tiene contactos y siempre consigue invitarnos a fiestas en casas, bebida gratis, etc. A mí me resulta insoportable, solo se queja y se ríe de los demás, se duerme en las clases y luego va ligando con chicas inocentes para pedirles los deberes. Conmigo por suerte no se mete, solo porque yo no le dejo pasar ni una.

El primer día de clase ha sido bastante agotador. Los profesores ya nos han dado hasta las fechas de los exámenes y yo ni siquiera he asimilado la vuelta a clase.

Cuando el timbre suena nos vamos todos a comer a Danielle's. Sofía se tiene que ir a casa, ya que nada más salir, su padre la espera en la puerta aparcado en su coche. Es el hombre más insoportable del mundo. La pobre Sof no es capaz ni de matar una mosca sin el beneplácito de sus padres, sin embargo, ellos la atosigan a todas horas.

Mi padre, en cambio, es bastante permisivo, nada que ver con el señor Meyer. Me crie con mi padre porque mi madre nunca pudo hacerse cargo de mí. Se fue a España cuando yo tenía unos diez años y, aunque hablamos alguna vez tras su marcha, con el tiempo perdimos el contacto. Nunca me explicó sus motivos para abandonarme, ni tampoco se molestó en mantener una relación; y mi padre siquiera habla de ella, por lo que es un tema tabú en casa.

Sin embargo, nunca me ha importado que se fuera. Mi padre es genial, ha hecho de padre y de madre durante toda mi vida y es un gran compañero, creo que es la persona más buena que he conocido nunca. Suelen decir que de bueno es tonto, y no lo niego, en este mundo horrible las mejores personas son las que más sufren.

Llegamos en cinco minutos a Danielle's y nos sentamos en nuestra mesa de siempre. El lugar es bastante grande y luminoso. Es el típico bar americano colorido en el que sirven las mejores hamburguesas del mundo. Todos pedimos hamburguesas y patatas para compartir. La señora del bar, Ellie, es una mujer muy simpática y agradable. Al principio no nos soportaba, y la entiendo. Su clientela más frecuente es un enorme grupo de adolescentes insufribles que no paran de comer como cerdos y gritar. Pero con el tiempo nos ganamos su confianza y hasta llegamos a caerle bien. Es un buen sitio al que ir cuando sales de clase o de la biblioteca, ya que está todo cerca. No suele haber mucha más gente aparte de alumnos, profesores y vecinos de la zona.

—El verano que viene ya será nuestro último verano juntos —dice Matt llevándose una patata a la boca.

—*Seee* —dice Justin Reed emocionado—, hay que vivirlo al máximo.

—¿Te refieres a ir de fiesta y pillarte pedos? —le espeto—, porque eso ya lo haces todos los días.

—Cállate, Coleman —me llama por mi apellido, que sabe que no me gusta, sin mirarme a la

cara.

—Pero si vamos a tener que estudiar un montón, casi no habrá tiempo para fiestas —se lamenta Kath.

—Siempre hay tiempo para fiestas Kath —dice Thiago dándole un sorbo a su batido.

—Pues yo no creo que pueda ir —contesta ella negativa.

—Si te lo pide Matt, seguro que vas —suelta Reed dándole un codazo a Matt, que se hace el sordo.

—Vale ya, Justin —le dice Kath, fingiendo que sus comentarios no le importan, a pesar de que su cara dice: «tierra, trágame».

—Cambiando de tema… —dice Thiago al notar la tensión del ambiente—. ¿Quiénes venimos a la fiesta del viernes?

—Los que estamos aquí y pocos más —suelta Reed en tono neutro—. Mi hermana no puede venir.

—Qué pena —digo en tono irónico.

Claire Reed es la hermana de Justin. Tiene la misma edad que él, pero va a otra clase. Nunca me ha caído bien, ni a mí ni a mis amigas. Es la típica pija estirada que se siente superior solo por ser guapa y extrovertida. En general, nunca me caen bien este tipo de personas, pero Claire me cae aún peor por el hecho de que es hermana de Justin y he tenido que tratar con ella incontables veces.

Después de comer nos despedimos y nos vamos a casa a asimilar que el verano ha acabado. Solo de pensarlo se me hace un nudo en el estómago y me entra una angustia tremenda. Esa preciosa sensación de no tener horarios, de salir de la ducha para vestirte e irte a cenar a un restaurante o irte de vacaciones a la playa… todo eso se había acabado.

El resto de los días transcurren demasiado despacio. Las horas no pasan y cada vez se acumula más el trabajo. Menos mal que este viernes nos iremos de fiesta, porque además de que servirá para desconectar, seguramente será la última en mucho tiempo…

CAPÍTULO 4

Kath

Al fin viernes. Hace dos semanas no sabía ni en qué día estábamos, pero esta semana he contado día por día y se me ha hecho eterno. Cuando salimos del instituto nos saludamos y quedamos en vernos esta misma noche en la discoteca de siempre. Cuando salgo por la puerta veo a Alex hablando con un grupo, por lo que espero a que termine para irme con ella hacia casa. Guardo mis cosas en la maleta y me acerco a ella. Pero de pronto, siento que alguien tira de mi brazo y me impide llegar a Alex.

—Oye —me giro y veo a Matt ansioso, con prisas por irse.

—¿Qué ocurre? —le digo yo mirando fijamente cómo me coge del brazo. Él se da cuenta y me suelta al instante.

—Nada, solo quería saber si al final vienes esta noche.

—Sí, ya dije que sí —le digo confusa por su insistencia.

—Vale, solo es por saber cuántos seremos —dice él y se va sin despedirse, dejándome sin tiempo para contestar nada.

Me vuelvo hacia Alex, que me saluda con un leve gesto en la mano y una sonrisa, mientras se despide del grupo con el que conversa y volvemos a casa. Por el camino comentamos el hecho de que Matt haya sido tan insistente y ella me advierte de que entender a los chicos es demasiado complicado, yo asiento y le resto importancia, aunque en mi mente recreo la situación una y otra vez.

Al llegar a casa, mi padre y Greg están viendo la tele, mientras mi madre está doblando ropa en el salón. Les saludo y voy hacia mi cuarto. Como algo rápido y me pongo a hacer algunos deberes. Cuando miro el reloj han pasado dos horas, por lo que ya siento que no me va a dar tiempo a nada y empiezo a recoger con prisas. Pongo la música a todo volumen para ordenar mi habitación, que siempre es un caos, y después me meto en el baño para ducharme. Aunque soy organizada en el instituto, soy un desastre con mis cosas. Siempre dejo todo tirado y cada vez que me voy a vestir desordeno todo mi armario. Me pruebo miles de cosas frente al espejo hasta que me convence un precioso top sencillo negro con una falda arreglada con brillo.

Salgo de casa para cruzar a la de Alex, le toco al timbre y se oye el sonido de ella bajando a toda velocidad por las escaleras, sabe que llegamos tarde.

—¡Ya estoy! —dice Alex abriendo la puerta al mismo tiempo que coge sus llaves, su móvil, dinero…

—¿Qué te has puesto? Nunca te había visto con ese top brillante.

—Bueno, me lo compré y había que estrenarlo, pero no te acostumbres a esto de que vaya tan arreglada.

—Alex, vas genial —digo en un intento fracasado de que se relaje.

—Gracias, tú también vas muy guapa. ¡Vamos, qué llegamos tarde! —contesta con prisa Alex.

Para ir cogemos un taxi, aunque para volver Thiago nos ha prometido que no beberá y nos llevará a Alex y a mí a casa. Mia y Matt también volverán en su coche, pero dormirán en su casa.

El taxi nos deja en la entrada del local y entramos directas hacia nuestra zona de siempre. Es la mejor discoteca de la zona, es grande, con luces increíbles y la música tan alta que cuesta entender lo que dice la gente. Cuando digo que es la mejor, es que es prácticamente la única discoteca del pueblo. Alex y yo pedimos un mojito y más tarde una bebida llamada «orgasmo». No sé por qué las bebidas tienen nombres tan incómodos.

Poco a poco van llegando nuestros amigos, Matt va muy guapo, aunque lleva una simple camisa blanca y unos pantalones marrones. Parece que se ha peinado porque lleva su tupé perfectamente colocado y huele a colonia. Mia viene con él y ambos piden chupitos. Después llega Thiago y pide otra ronda de chupitos y Mia me invita a un tal «sexo en la playa». Cuando termino esta última, me siento bastante afectada. Todo me da risa y me siento desconectada del mundo.

No voy de fiesta todos los findes de semana, pero cuando salgo me gusta beber. No hasta el punto de perder el control, pero me resulta divertido ver todo lo que me ayuda el alcohol a perder la vergüenza.

Salimos a tomar el aire un rato y vemos a Justin fumando como de costumbre, aunque parece que, en vez de tabaco, está fumando marihuana.

—Qué asco de olor —suelta Alex.

—Es que es una ocasión especial, no esperarás que siempre fume lo mismo —le vacila Justin, mientras Alex lo ignora.

Me viene a la mente decirle que si fuma y bebe todo el tiempo es posible que acabe muriendo antes de los treinta, pero no me molesto porque yo también estoy borracha y no coordino mis palabras. Matt y Thiago hacen más tonterías que de costumbre y Alex y yo nos reímos como dos tontas. Mia pone los ojos en blanco al ver que estamos todos borrachos y nos dice de entrar a bailar, a lo que todos asentimos y gritamos con euforia.

Volvemos a la sala principal y comenzamos a bailar. La verdad es que se me da bastante mal, pero con mi grupo me siento en confianza y solo pretendo divertirme. A los pocos minutos me noto mareada y les digo que vuelvo dentro de poco, necesito tomar el aire, entonces Matt insiste en acompañarme fuera. Yo asiento con sorpresa a que se haya ofrecido él, y mira a Thiago con mirada victoriosa, lo que me da la impresión de que tiene algo pensado.

Caminando de nuevo hacia fuera, tenemos que ir empujando a la gente para abrirnos paso. Algunos están sudorosos y huelen realmente mal. Matt va detrás de mí, pero cuando pasamos por un enorme grupo de gente, me coge de la cintura para no perderme. Mis hormonas se disparan. Estoy borracha, sola con el chico que me gusta, y me coge de la cintura. El calor se apodera de mí y cuando salimos, hago gestos con mi mano como si fuera un abanico. Él, que aún me coge de la cintura, me indica de ir hacia una esquina donde no hay nadie. Yo le sigo callada, intentando mantener la calma, pero por dentro voy a reventar de nervios. No entiendo qué está pasando y estoy muy borracha como para analizarlo. Tengo miedo de olvidarlo, así que intento quedarme con todos los detalles, pero dudo que sea capaz de recordarlo todo.

—Aquí no hace tanto calor, y no hay gente —dice él cuando llegamos a la oscura esquina.

—Sí, es verdad —digo yo. No sé qué contestar, tampoco sé qué añadir, parezco idiota asintiendo a todo con mis mejillas sonrojadas.

Miro hacia la entrada del local y, tras el silencio incómodo que se ha formado entre ambos, le propongo regresar diciéndole que ya me encuentro mejor, él asiente y me giro dándole la espalda para volver hacia el establecimiento, entonces coge mi mano y tira de mí y casi sin llegar a asimilarlo me planta un beso.

No es un beso corto e insulso, sino apasionado y cargado de energía, como si se hubiera

estado reprimiendo durante mucho tiempo. Durante un segundo nos separamos, pero nos volvemos a unir por otro beso aún más largo que suena peligroso, pero decido pararlo al sentir que todos nos observan. Me separo débilmente y él nota que, a pesar de mis ganas, no puedo seguir, así que fingimos como si nada y volvemos a la discoteca. Ninguno pronuncia una palabra, pero espero que en otro momento al menos me diga algo.

Ya me había besado con algún chico; sin embargo, habían sido amores jóvenes e inocentes, en los que no sabía ni lo que hacía. Quiero creer que no solo es cuestión de práctica, sino también de conexión y química. Para mí ese beso había sido increíble, aunque corto para mi gusto, pero en parte siento que él lo ha hecho porque sabía que yo quería y estaba ahí, yo, en cambio, no lo habría hecho con nadie más que él.

CAPÍTULO 5

Alex

La noche está siendo realmente aburrida. Kath y Matt han desaparecido, cosa que me preocupa por la débil estabilidad emocional de mi amiga. Sé que Matt es buen chico, pero también sé que va a lo que va, y nunca será capaz de valorar el pedazo de chica que tiene tras él.

Mia y Thiago han bailado un buen rato y luego se han ido dios sabe dónde, prefiero ni pensarlo, y Justin sigue fuera fumando como si la vida le fuera en ello.

Pido mi última bebida esperando que alguien del grupo aparezca para dignarse a tener una conversación conmigo, pero no es así. Cojo mi bebida totalmente llena y decido ir hacia la puerta, para ver si veo desde dentro a alguien. De camino se me cae el móvil y me agacho con cuidado de no tirar mi copa, para cogerlo. Entonces un chico choca conmigo y me tira toda la copa en mi top nuevo.

—¡Mierda! —exclamo.

—¡Joder! —grita él, pero en su tono noto que me está vacilando, así que levanto la vista y lo miro fijamente a los ojos, y tal y como imaginaba, está sonriendo.

—Espero que me pagues otra copa —digo seria y con rabia.

—La verdad es que yo solo invito a las chicas que me gustan… —dice él como si estuviera decidiéndose, pero no pienso entrar en su juego y que se ría de mí.

—Entonces, invítame a dos copas —le digo, mirándole desafiante. Pero el chico se ríe y se va, no sin antes soltarme:

—Más quisieras —entonces me guiña un ojo y me tira un beso, cosa que me da más rabia aún.

—¡Imbécil! —le grito, pero creo que, con el ruido de la música, ha sido inútil, ni me ha escuchado.

Me intento secar el top con las servilletas de la barra, lo cual no sirve de nada. La servilleta se arruga y el papel se moja y se rompe pegándose a la ropa, cosa que queda peor todavía. Por desgracia, creo que la mancha no saldrá, pero siento más rabia al recordar las palabras de ese chico. ¿Quién se cree? Si lo vuelvo a ver, pienso soltarle de todo. Me he quedado con su cara. Es moreno de ojos oscuros y lleva un disimulado tupé, además de que iba muy bien vestido, y no con la típica camisa blanca sosa a lo Matt Sanders, sino con estilo.

Me sacudo la cabeza al escuchar mis pensamientos y la rabia vuelve al recordar cómo ni siquiera se ha molestado en disculparse, menudo maleducado. Entonces Kath y Matt aparecen devolviéndome a la realidad y mi cara pasa de estar llena de ira a analizar a estos dos.

—¿Qué te ha pasado en el top? —dice Kath viendo mi mancha.

—¿Dónde estabais? ¿Por qué habéis tardado tanto? —ignoro su pregunta y hago las mías, esperando a que me expliquen.

—Fuera, tomando el aire, ya está —dice Matt, que entonces ve a Thiago y se va con él dejándome con Kath que parece estar en otro universo.

—Kath —digo esperando a que cuente algo—. Responde, ¿qué ha pasado?

—Nos hemos besado —suelta ella como lo más normal, pero mi cuerpo no entiende.

—¿Qué? —lo estoy procesando.

—Sí. —Ve a un camarero y le pide una copa.

Parece que está en una nube de la que no puede bajar. Tiene la mirada perdida, creo que aún está asimilando lo ocurrido. Pero su mirada se transforma cuando nos acercamos a ellos y Matt está bailando con una chica. Es alta, muy rubia y delgada, además de que va demasiado maquillada y parece una grosera porque ni nos saluda cuando Matt señala nuestro grupo indicando que está con nosotros. Ella le susurra algo al oído y ambos se ríen, entonces pasa algo que me deja con la boca abierta, se comienzan a morrear delante de todos. Todos empiezan a gritar y Justin, que ha entrado justo para verlo, chilla como si se tratara de una victoria.

—Estás que te sales hoy, Matt Sanders —dice riéndose.

Yo no quiero ni girarme a ver a Kath. Mia y Thiago ya lo hacen y en su rostro veo cara de compasión, y eso que ellos aún no saben que se acaban de besar hace cinco minutos. Cojo fuerza y me giro, pero solo veo a Kath llena de lágrimas girando la cara para no ver lo que está sucediendo. No puedo evitar querer pegar al lerdo de Matt. Sabía lo que había, ¿para qué la besa si va a ser solo un pasatiempo? No ha tardado ni diez minutos en besar a otra y encima, delante de Kath.

Pongo mi mano en su hombro y le pegunto si quiere salir, ella no dice nada, se está aguantando, pero sé que va a explotar en cualquier momento. Solo llega a asentir, deja la copa en una mesa y en cuanto salimos, se larga a llorar como una magdalena. No dice nada, pero la entiendo.

CAPÍTULO 6

Kath

No puedo moverme. Intento reaccionar, pero mi cuerpo no quiere, tengo la vista clavada en ese beso sinsentido. Cuando por fin conecto conmigo misma, consigo desviar la mirada, no puedo soportarlo, me está matando. Me duele el pecho y siento ganas de llorar.

Como si el mundo se riera de mí, una vez más he sido utilizada por Matt. Sabía que besarlo no sería nada bueno, él solo quiere besos momentáneos en las fiestas y nada serio, no le importa con quién, y yo he sido una más.

Noto presión en el pecho y no puedo parar de llorar, no quiero que me vean hacer un drama, pero todas las ilusiones y la mínima esperanza de ser alguien importante para él, se han esfumado al ver el beso con esa chica. Me gustaría decirle de todo a esa estirada con cara de rabiosa, y en mi estado no me importaría, pero sé que el problema es él, no ella. Ella estaba ahí, podría haber sido cualquier otra.

No puedo evitar sentir decepción y que, a pesar de mis esfuerzos desde el año pasado, nunca he sido nada para él. Me duele y me hace cuestionarme si quizá el problema lo tengo yo. Puede que no tenga algo que otras sí tienen, puede que no le haya besado bien o que yo no sea lo suficientemente buena para él… Mi cabeza empieza a jugarme una mala pasada y Alex me mira como si estuviera escuchando mis pensamientos

—Kath, esto no es culpa tuya, él es así, lo conocemos.

—Me da rabia haberme dejado —consigo decir.

Pero sé que, en el fondo, aunque no esperaba que pasase hoy, parte de mí siempre había deseado este momento. Pero se había cargado mi alegría en cinco segundos, dejando muy claro que no soy nadie para él.

Cuando consigo calmarme, volvemos a entrar y me dirijo al baño a arreglarme la cara, necesito disimular que he llorado como desquiciada. La tristeza se vuelve ira cuando recuerdo una y otra vez ese beso. ¿Para qué mierda me invita e insiste en que venga? Claro, para morrearse conmigo. ¿Pero luego? Luego va y se besa con la primera que se cruza. Me siento utilizada, él sabe lo que siento y no le ha importado lo más mínimo.

Vuelvo y me siento al lado de Alex, que sigue intentando limpiar su top, aunque es inútil.

—No va a salir —digo pesimista.

—Lo doy por perdido ya —se queja—, pero no pienso dejar que un imbécil te arruine la noche.

—¿Ah, no? —digo sin ganas, dándole vueltas a la pajita de mi copa.

—Ni de broma, Katherine. —Ella pide dos bebidas, o tres, mientras me indica que beba y, sin quererlo, perdemos la cuenta de cuánto alcohol hemos ingerido—. Venga, ¡vamos a bailar!

—No quiero. —Frunzo el ceño y le doy sorbos largos a mi vaso.

—Pero ¡mira! Si están todos allí en la pista, venga, ¡vamos!

—¿Sabes que me apetece más que bailar?

—¿Qué? —Alex me contempla con intriga.

—Pegar a alguien. —Me levanto de forma estrepitosa y avanzo dando tumbos hacia el grupo,

que está bailando en círculo.

—¡Kath, no! Noto los pasos de Alex tras de mí, pero no me detengo.

—¡Matt Sanders! —digo con la vista nublada, buscando entre los que bailan.

—Kath, mejor no…

—¡Matt! —El maldito no está por ninguna parte—. ¡Das asco!

—Ay, mi madre —susurra Alex avergonzada, pero yo me siento libre al gritarlo, por lo que la miro y le afirmo—. Da asco, Alex.

—Sí, lo sé. —Alex se ríe al ver cómo lo sigo buscando.

—Ha salido a fumar con Justin —dice Thiago de repente.

—Qué disfrute con su amigo Justin, así acabará —digo más alto de lo que me gustaría y, como si los hubiese invocado, ambos entran por la puerta bailando al ritmo de la música.

Thiago, el salvador del grupo, decide que es el momento perfecto para irnos y nos señala la puerta. Una vez fuera, Thiago dice que vayamos a casa y subimos a su coche. El silencio no es incómodo del todo, estamos cansados y nadie quiere hablar. Matt va mirando la ventanilla y yo, sentada al otro extremo, voy observando la mía, intentando imaginar que no estamos en el mismo espacio. Thiago nos deja en casa y nos despedimos rápidamente, sin hacer mucho jaleo para no molestar a los vecinos. Yo tan solo digo un saludo general y luego me despido de Alex con un abrazo, agradeciéndole su atención. Entro con cuidado, subo a mi habitación, me quito los zapatos y así como estoy, me tumbo en la cama, mientras me pongo los auriculares con música triste. El efecto del alcohol se va desvaneciendo y, sin darme cuenta, me quedo dormida entre lágrimas con la viva imagen del beso entre la esbelta rubia desconocida y el cerdo de Matt Sanders.

CAPÍTULO 7

Sofía

Llevo todo el fin de semana estudiando y ya no puedo más, los primeros exámenes no son hasta dentro de unas semanas, pero mis padres insisten en que no deje todo para el último día. Me da pena haberme perdido la fiesta del viernes por quedarme aquí a las órdenes de mi padre. Siento que la cabeza me va a explotar y necesito comer, así que bajo a la cocina y abro la nevera, esperando encontrar algo rico que me motive a seguir con los estudios. Cuando bajo, mi padre está sentado en una silla y tiene mi móvil en su mano. Yo lo había dejado ahí porque me obligan a soltarlo en otra habitación, pero la rabia se apodera de mí cuando parece que ni siquiera tengo la posibilidad de tener un poco de privacidad.

—¿Qué estás haciendo con mi móvil? —digo pillándolo por sorpresa.

—Nada, yo solo… —se intenta justificar, pero esta vez me ha enfadado.

—No, no tienes derecho a cotillear mis conversaciones… —Como de costumbre me interrumpe.

—No estaba mirando nada, solo te he instalado una aplicación.

—¿Para qué? —digo sin entender.

—Solo es por seguridad. —Siempre empieza las frases así antes de soltar su idea controladora.

—¿Qué aplicación es? —insisto.

—Es para saber desde mi móvil dónde estás.

—¿¡Qué!? ¡Esto es demasiado!

—Únicamente la usaré en casos de emergencia.

—Ya la puedes estar borrando, yo ahora mismo borraré la mía.

—Está bien —asiente demasiado rápido, lo que me indica que, o milagrosamente ha entrado en razón, o que puede controlarme, aunque elimine la aplicación de mi móvil.

Sigo con rabia, así que vuelvo a subir a mi habitación sin comer nada, pero esta vez con mi móvil. Miro mis mensajes aprovechando mi tiempo de descanso y veo que las chicas me están contando las novedades de la fiesta de ayer. No puedo creerme que me haya perdido el beso entre Matt y Kath, aunque, por lo que entiendo, nadie más, aparte de ellos dos, lo vio.

Me da pena perderme fiestas por quedarme aquí estudiando, aunque me consuela pensar que es por mi bien y por poder entrar en la universidad que quiero. Evidentemente, no está ubicada en este pueblo de mala muerte, sino en la otra punta. Me iría realmente lejos y mi padre no tendría control sobre mí. Nada me ata a este pueblo salvo mis amigas, pero ellas también se irán a estudiar, por lo que nos tocará separarnos un tiempo. Pensando en la universidad todo son ventajas.

Mi mente vuelve al presente y me doy cuenta de que ya no me concentro en mi habitación. Necesito cambiar de ambiente, por lo que cojo mis libros y le digo a mi padre que voy a la biblioteca. Él insiste en que estudie en casa, dice que allí solo van gamberros que fingen querer estudiar, pero que buscan ligar con chicas inteligentes.

Yo ni siquiera me tomo en serio lo que dice, si lo hago le acabaré insultando, y no quiero más

confrontamientos. Pongo los ojos en blanco mientras salgo por la puerta y él insiste desde la ventana en llevarme en coche, pero estoy a diez minutos y el recorrido es bastante transitado, no hay ningún riesgo, por lo que niego y le fulmino con la mirada esperando que capte mi indirecta.

De camino a la biblioteca, veo el Danielle's vacío, por lo que cambio de opinión y voy allí a estudiar. Es un sitio pacífico, Ellie es muy amable y siempre me invita a algo. El bar parece estar muy tranquilo, al contrario que la biblioteca, donde se ve mucha gente esperando en la entrada. A la gente siempre le da por ir a la biblioteca a simular que estudian a principio de curso, cuando aún pueden fingir que les interesa aprender. Entro al bar y me siento en nuestra mesa de siempre y pido un batido de oreo con unos gofres. Saco mis libros y me debato entre estudiar matemáticas o leerme el libro del señor Barnes. La decisión está más que clara. Cierro el cuaderno de matemáticas y me sumerjo en el libro «El gran Gatsby». He de decir que me engancho enseguida, pero sé que me gustará más el del semestre que viene, el clásico «Romeo y Julieta».

Ellie me trae mi pedido y yo solo levanto la vista para darle las gracias y darle un mordisco a mi gofre. Estoy inmersa en mi mundo y ni siquiera reparo en que el Danielle's se ha llenado de gente. Le doy el último sorbo a mi batido y, al notar que no hay más, levanto la vista para pedir la cuenta. Vuelvo a la realidad asombrada por la multitud de personas que han entrado y ni siquiera me he percatado. Busco con la vista a Ellie esperando que me mire para hacerle algún gesto o señal, pero cuando por fin la encuentro, me asombro al ver a quién le está tomando nota.

El señor Barnes está sentado justo frente a mí leyendo la misma novela que yo. No sé cuánto lleva ahí, pero la curiosidad se apodera de mí y me acerco a saludarle.

—Señor Barnes, hola —digo con una sonrisa.

—Señorita Meyer, ¿qué tal? —dice él de forma adorable.

—Bien. —Miro hacia su libro esperando qué haga alguna mención a su lectura.

—Lo estoy releyendo para tenerlo fresco para comentarlo en clase el próximo día —dice señalando el libro del gran Gatsby.

—Sí… yo también lo estaba leyendo —digo señalando a mi mesa, donde se puede ver el libro, mi batido vacío y el plato con restos de gofre.

—¡Ah!, me alegro, dudo que ningún alumno haya empezado el libro aparte de ti… —se corrige—, de usted. —Parece incómodo, es demasiado correcto, toma un sorbo de su café y mira fijamente el libro, aunque no lo está leyendo.

—Puede tutearme —le digo intentando quitarle importancia al asunto.

—No sé si es lo más correcto, pero está bien, usted también puede… —Cierra los ojos, sacude su cabeza negando y se corrige—. Tú, tú también puedes tutearme. —Sonríe amigable.

—Vale. —Le sonrío por simple amabilidad, y no puedo evitar fijarme en su sonrisa. He de decir que es realmente apuesto, y a pesar de que es un profesor, no he podido evitar ponerme nerviosa al hablar con él.

Se hace un silencio entre nosotros que se vuelve un tanto incómodo. Ellie, que al parecer lleva escuchando toda nuestra conversación, le toma nota al señor Barnes de lo que quiere comer, por lo que me despido y vuelvo a mi mesa, él me dedica una leve sonrisa y levanta la mano a modo de saludo, mientras da otro sorbo a su café y sigue leyendo. Me siento donde estaba y le pido la cuenta a Ellie, pero hay tanta gente que tarda un rato.

Durante el tiempo de espera, noto que ya no estoy concentrada, cada frase que leo tengo que releerla porque me doy cuenta de que no estoy haciéndolo a conciencia. Mi vista se vuelve hacia la mesa de enfrente y de inmediato vuelvo al libro al notar cómo la mirada del señor Barnes y la mía se cruzan. Me siento un poco incómoda, pero a la vez confusa. ¿Será que me atrae? Elimino

al instante cualquier pensamiento de ese tipo al recordar que es un profesor. Le pago a Ellie en el mostrador al ver que no trae la cuenta y me voy lo antes posible, intentando no darle muchas vueltas a lo ocurrido.

Salgo de Danielle's y veo en la acera de enfrente el coche de mi padre, él está adentro con mirada de psicópata y muy atento a su móvil. La rabia regresa a mi ser y camino dando fuertes pisadas hacia él. De nuevo le sorprendo golpeando el coche, pero tras el segundo de susto, su mirada se vuelve llena de ira y sale del coche para empezar a gritar

—¿¡Se puede saber por qué dices que vas a ir a la biblioteca a estudiar y no estás allí!?

—¡Cambié de idea por el camino! —digo alzando yo también la voz. No puedo evitar pensar que miraba el móvil para intentar localizarme. Quiero preguntarle, pero parece demasiado furioso.

—Tienes que avisarnos, tenemos que saber dónde estás. ¿Y si te pasa algo?

—Estaba en Danielle's, ¿qué me va a pasar?

—Nunca se sabe, mira tu hermana —dice él soltando su comodín de siempre.

—¡Deja de poner de ejemplo a Abigaíl!

—Sube al coche —me ordena.

—Voy a volver andando —digo intentando desafiarle.

—¡Sube al coche, Sofía! —grita más fuerte. Me estremezco y hago caso.

Si no estuviéramos en un sitio público me resistiría, pero me puede más la vergüenza que siento al pensar en todos aquellos que están alrededor nuestro mirando la escena. Subo sin decir nada y durante todo el camino de vuelta mi padre se ocupa de repetir una y otra vez los peligros de la vida. Yo desconecto e intento pensar en algo positivo del día. Increíblemente, se me dibuja una sonrisa al recordar mi rato en Danielle's.

Mi padre siempre hace lo mismo, seguirme, controlarme como puede y montar numeritos en lugares llenos de gente. No puedo evitar avergonzarme y obedecer, creyendo que estoy haciendo algo malo por intentar disfrutar un poco.

CAPÍTULO 8

Kath

Sin haber asimilado la vuelta a clase, ya es lunes otra vez y ahora ya parece que empezamos en serio. Los profesores nos llenan de miedo e inseguridad recordando que este es el último curso. Es el más importante y en el que debemos tomar muchas decisiones que cambiarán nuestra vida para siempre. No se dan cuenta de que diciendo ese tipo de cosas solo nos generan ansiedad y más confusión.

No tengo ganas de ir a clase, ni siquiera de sacarme el pijama, y como no llevamos uniforme, pienso ir en chándal toda la semana. Mi madre hace una mueca cuando me ve entrar al salón con esas pintas, pero no dice nada, sabe que prefiero no hablar del tema, pero me ha prohibido volver de fiesta en épocas de clase. Dice que debo enfocarme en los estudios y que cualquier otra cosa puede esperar a vacaciones o al año que viene. En realidad, estoy de acuerdo, no quiero volver de fiesta hasta que acabe el semestre. Necesito concentrarme y salir con el grupo, solo me despista y me crea falsas ilusiones.

No tengo fuerzas ni para fingir que todo está bien, cojo mi maleta y salgo por la puerta. Me como una tostada de camino a casa de Alex y después andamos hacia clase.

—¿Cómo estás? —dice con sutileza.

—Estoy —contesto de mala gana—. ¿Has conseguido salvar el top?

—No, la mancha solo se ha hecho más grande.

—¿Se puede saber cómo haces para ser tan torpe?

—¡Te juro que esta vez no fue culpa mía! Un idiota justo estaba ahí y…

Yo finjo escucharla, pero mis pensamientos van más allá cuando dice algo de que alguien le tiró un beso. Un beso… a mi mente no llega la imagen de Matt besándome apasionadamente, sino la estampa de su beso apasionado con la rubia.

Vuelvo a sentir un nudo en el estómago y tiro media tostada en la basura de la esquina. En realidad, quiero sentirme bien, parte de mí quiere estar bien y pasar de la situación del viernes, pero no puedo evitar que me haya dolido.

Llegar a clase resulta bastante incómodo. Siento como si todos supieran lo del fin de semana y me estuvieran juzgando. Sé que no lo saben, Matt es muy reservado y supongo que no le ha dado demasiada importancia a lo que pasó, por lo que yo debería hacer lo mismo.

Mientras camino hacia mi pupitre, me convenzo de que no voy a hablar del tema, voy a decir que estoy bien y así acabaré creyéndomelo. Pero me resulta bastante complicado cuando todos los del grupito me preguntan cómo estoy y el estúpido de Justin Reed hace comentarios en clase de matemáticas diciendo que Matt es el puto amo. A lo que nadie sabe por qué, pero se ríen porque bueno, es Justin, el más popular.

Yo miro fijamente mi cuaderno con cada comentario fuera de lugar y me concentro en las matemáticas. Sof me comparte una mirada de compasión y gracias a Dios la señora Smith no le deja pasar ni una y lo manda al despacho del director por pesado. Yo agradezco su gesto, aunque sé que lo ha hecho solo por quitárselo de encima.

Sofía me ayuda a despejarme contándome las últimas locuras de su padre y su idea de

instalarle una app para controlar dónde está. Ese hombre está loco, deberían pararle los pies. También aprovecha para aconsejarme que hable con Matt, pero me niego. Puede que tenga razón, pero no tengo fuerzas aún para hablar con él. No quiero parecer una loca enamorada ni tampoco mostrarme demasiado débil y dar pena, solo necesito un poco de tiempo para asumirlo.

Poco a poco se nos van acumulando los trabajos y exámenes, así que decidimos quedar todos para ir a la biblioteca a estudiar. Necesitamos adelantar deberes, y también hablar entre nosotros, aunque sea del gran Gatsby, de trigonometría o de la Segunda Guerra Mundial.

Las tardes en la biblioteca siempre terminan siendo insuficientes. Quedamos temprano y cuando salimos ya es de noche. Cuantos más somos, más tiempo perdemos en centrarnos y hacer los ejercicios. Yo ni siquiera estoy concentrada, Matt lleva toda la tarde intentando hacer un ejercicio que me sé y quiero ayudarle, pero me puede la vergüenza y los posibles comentarios que soltarán Thiago, Izan o Justin. Sofía me despeja la mente diciendo que debo concentrarme y que me olvide un rato de su existencia, y me entretiene con la novela del gran Gatsby. Apenas la he empezado, pero ella ya se la ha leído dos veces. ¿Cómo lo hace?

Por cómo me la cuenta, parece entusiasmada con la historia, hecho que me viene de maravilla para enterarme de algo antes del examen de mañana y de que la comentemos en clase en unos días. Me empieza a contar la historieta y consigue que me concentre en los estudios. De tanta energía que le pone me entran ganas de leerla y le prometo que la voy a leer esta noche, total, no parece que vaya a tener mucho sueño.

Sofía siempre consigue darle la vuelta a lo que estamos estudiando, haciendo que todos lo entendamos con su paciencia infinita, sería una profesora increíble, aunque no sé si se quiere dedicar a eso… Ella y yo somos amigas desde que éramos pequeñas. Fue a la primera persona que conocí de todo mi grupo de amigos actual. Siempre he pensado que ella es la más lista de las dos, pero no todos lo piensan igual. Ella es perseverante y ambiciosa. Se curra mucho las cosas para conseguir ser la mejor. Yo soy aplicada y a veces me obsesiono, pero sin duda ella me da mil vueltas. A mí puede que no me cueste tanto aprenderme las cosas, pero depende mucho de la asignatura. Yo nunca he suspendido nada, sin embargo, puedo tener un diez en literatura y un seis en matemáticas. Ella tiene un nueve de todo, independientemente de si le gusta la asignatura o no. Es realmente admirable. Debo atribuir parte del mérito a sus padres, ellos la han hecho así, pero a veces la veo excesivamente agobiada y creo que le exigen demasiado.

Mis padres me ayudan, pero nunca me presionan. El señor Meyer, en cambio, parece tener una especie de obsesión con que Sof sea perfecta. Se acentuó mucho cuando murió Abigaíl, la hermana mayor de Sofía, hará unos siete años. Ella salió de fiesta con sus amigos y murió por mezclar unas sustancias, o algo así. No sé mucho, a Sofía no le gusta hablar del tema, aunque sé que lo lleva bien a pesar de todo. El que no lo soporta es su padre, Rupert Meyer, que, desde entonces, parece que quiere proteger a Sofía a toda costa.

CAPÍTULO 9

Alex

Kath y Sofía están en el mundo del gran Gatsby mientras que yo no me concentro en mi actividad de trigonometría. Ya me he aburrido de las matemáticas y Thiago y Matt llevan dos horas con el mismo ejercicio, pero se dedican a hacer chistes en silencio o hacerle punta al lápiz. Mia y yo nos reímos con disimulo, pero la señora mayor del mostrador nos asesina con la mirada cada vez que estos susurran algo. Creo que en cualquier momento nos va a echar. Me cae muy mal, está amargada y no nos deja comentar nada, además de que su biblioteca huele a casa de anciano. Yo insistí en ir a Danielle's a estudiar, pero Sofía se negó por completo como una loca posesa a saber por qué razón, así que si queríamos que nos explicara el libro teníamos que ir donde ella dijera.

—Vale, vamos a puntuar a esas tías de allí —dice Thiago, como el inmaduro que es.

—Esa de ahí un tres —declara Matt riéndose.

—¿No os cansáis de ser tan fantasmas? —les espeto con rabia.

—Eh, tranquila, Alex, que tú del siete no bajas —contesta Thiago, mientras Mia se ríe de sus comentarios de simio.

Yo los ignoro y me centro en la conversación del libro del Gran Gatsby de Sofía y Kath. Me empecé el libro y me gustó. Me falta un capítulo por leer, pero Sof ya me ha hecho spoiler contándome el final. Tenía que hacerlo porque ninguno de los chicos se lo había empezado y el examen es mañana. Así que Sof nos lo ha explicado todo, a pesar de que algunos han preferido puntuar tías antes que escuchar. Si no fuera por ella y por Kath, que nos ha hecho un resumen de la Segunda Guerra Mundial, mañana muero en literatura para resucitar y morir de nuevo en historia.

—Izan, ¿qué miras tanto? —Yo también me he percatado de que lleva toda la tarde mirando a Sof.

—Nada, estoy escuchando la conversación del libro, que necesito aprobar.

—A mí no me engañas, listo. —Justin comparte una sonrisa ladina—. Me dijiste ayer que ya te lo habías acabado.

—¿Qué dices? —Izan lo fulmina con la mirada, mientras intento disimular una carcajada por la situación.

—Tú estabas mirando a tu friki favorita, Sofía Meyer —dice en un intento de susurro, pero consigo escucharlo.

—Cállate ya, Justin. —Él parece ceder—. Mejor atiende, que tú sí que no tienes ni idea de qué va el libro.

—Puf – resopla Justin balanceándose en la silla—, paso.

—Sí, no sea cosa que tu media de dos suba, ¿verdad, Reed? —inquiero, pero no me contesta.

Continúo estudiando durante unas horas y cuando ya no doy para más, cierro el cuaderno y me voy al baño a refrescarme y descansar, necesito dar un paseo y estirar las piernas. Mia me sigue y cuando volvemos a sentarnos, me indica con la mirada la mesa del fondo, que está llena de chicos estudiando. Yo le sonrío dando a entender que sí, me parecen guapos.

—Venga, acércate, Alex, enséñales tus dotes de ligona —me propone ella.

—Estás loca, ni de coña —le suelto mientras niego aún más con la cabeza.

—Venga, al menos saluda, a ver si así ligas.

—No necesito ligar. —Odio hablar de esto.

—Algún día alguien se interesará por ti y tienes que estar lista —dice ella mientras se pinta los labios.

—Ese día no será hoy —intento cambiar de tema—. ¿Por qué te pintas los labios en una biblioteca?

—¿Y por qué no? —dice ella sonriente y radiante como siempre.

Yo solo le sonrío sin entender cómo puede ir siempre perfectamente arreglada a todas partes. Miro otra vez hacia el grupo y me planteo hacerle caso a Mia por una vez, pero no puedo. Me muero de vergüenza y en parte, me da miedo su reacción. Siento que no les voy a gustar y que solo haré el ridículo. Basta ver cómo son los chicos, hace un rato Matt y Thiago puntuando chicas por su físico, algo bastante cruel e inmaduro. Ojalá tener la seguridad de Mia para estas cosas. También es entendible, no es solo cuestión de autoestima. Ella tiene una figura y un pelo perfectos. Mi pelo es un asco y aunque mi cuerpo no está mal, no soy nada del otro mundo.

Nunca he tenido una relación seria. Sofía tampoco, ella ni siquiera ha besado a nadie. Yo sí, pero mis experiencias han sido entre nefastas y penosas. No me imagino a alguien decente apareciendo en mi vida por arte de magia. Todos me parecen inmaduros e idiotas.

Después de pasar toda la tarde en la maldita biblioteca, nos despedimos y nos vamos a casa. Kath y yo volvemos andando juntas en la oscuridad de la noche y la saludo mientras saco la llave de casa mientras le pido que me avise cuando llegue. Vivimos casi al lado, pero este es un barrio peligroso, sobre todo, por las noches. Ella se ríe haciendo burla a mi comentario contestándome con un: «sí, mami», y veo cómo se aleja con el paso lento y relajado. Me pone nerviosa porque ella es muy despistada por la calle y nunca tiene cuidado con los peligros de la zona chunga de Maytown.

Entro en casa gritándole a mi padre qué hay de cena y me voy directa a comer, no sin antes darle un beso y saludarlo.

CAPÍTULO 10

Kath

El cielo está despejado y a pesar de la oscuridad, el intenso brillo de las estrellas y la luna iluminan la calle. Ando a paso lento para disfrutar de la noche, si estuviera en un campo me tiraría a ver las estrellas. La brisa me refresca la cara mientras mis pies me piden que pare a contemplar las vistas. Estoy cansada a pesar de que no he caminado mucho, así que decido detenerme dos minutos y mirar el cielo. Sin darme cuenta, sigo avanzando con la vista hacia arriba, impresionada de la preciosa noche que hace hoy.

Me paso mi casa y camino hasta el final de la calle, pero una presencia me advierte de que no voy por el camino correcto. Es un hombre que parece estar borracho, me sigue por detrás, así que freno en seco y saco mi móvil del bolsillo por si necesito llamar a alguien, pero cometo el enorme de error de dejarlo bien a la vista, por lo que se me abalanza casi sin mediar palabra y me lo quita de las manos.

Intento gritar y oponer resistencia, pero me tapa la boca. Mierda, sabía que este barrio era peligroso, pero no creí que tanto. Me pongo aún más nerviosa cuando con el móvil ya en sus manos sigue sin soltarme, me mira fijamente como si estuviera debatiendo en su mente qué hacer conmigo. Yo cierro los ojos y creo que puede notar el terror en mi cara. Rezo por que se vaya al abrir los ojos, pero cuando los abro, veo que no parece querer soltarme. Con la mano que no tapa mi boca comienza a bajarla hasta llegar a mis pantalones.

Mi mente se bloquea y no puedo pensar, ni siquiera miro alrededor cuando oigo unos gritos de una pareja que pasa por ahí. El hombre me suelta y se va corriendo con mi móvil, y yo me quedo sentada con la mirada clavada en el suelo, mientras la pareja me pregunta si me encuentro bien.

No puedo evitar ponerme a llorar, en realidad lo estoy haciendo desde que se abalanzó sobre mí. La pareja me acompaña a mi casa y, tras ver que estoy sana y salva, les agradezco y se van.

—¡Hija! ¿Qué ha pasado? —dice ella abrazándome, al ver que sigo temblando.

—Había un… y… me han robado el móvil —quiero contarle, pero no me salen las palabras y no puedo parar de llorar, intento restarle importancia, sin embargo, no lo consigo porque sigo en shock.

Tengo grabada en mi mente la imagen del hombre bajando su mano hacia mis pantalones y no puedo evitar sentir asco y vergüenza. Me siento sucia y me repugna pensar qué podría haber pasado si no llega a aparecer aquella pareja.

—Tranquila, cuando venga tu padre iremos a denunciarlo. —No me presiona, supongo que puede imaginarse lo que me ha pasado con mi vaga y simple explicación. Ella solo me abraza y yo me quedo llorando a su lado.

Más tarde, a pesar de que ya es de noche, vamos en coche hasta la oficina de policía del pueblo y denunciamos el robo del móvil. Después volvemos a casa y allí mi madre me da un teléfono provisional, que yo dejo cargando.

Siento que últimamente nada me va bien, el curso está siendo duro, Matt se ha reído de mí en mi cara y ahora esto. Supongo que solo es una mala racha, pero hoy no ha sido un buen día y no

tengo más fuerzas para ser positiva, así que subo a mi cuarto, me voy a leer la novela para poder salvar el examen de mañana y así desconectar de la vida real.

Sin darme cuenta me quedo dormida, pero la consigo terminar. No aviso a Alex de que estoy en casa, pero tampoco podría, aunque quisiera, no tengo ningún móvil disponible ahora.

CAPÍTULO 11

Alex

Kath está muy rara esta mañana, no ha pronunciado una palabra en todo el camino y lleva mirando hacia atrás cada cinco segundos desde que hemos salido. Sin rodeos le pregunto porque ya me está poniendo nerviosa.

—Katherine. —La llamo así, aunque sé que lo odia, pero yo soy la única a la que permite llamarla de esa manera porque suena cariñoso—. ¿Se puede saber qué te pasa?

—Ayer casi no llego a casa. —Levanto una ceja incrédula y recuerdo mis mensajes de anoche, pensé que se le habría olvidado avisarme.

—¿Qué pasó? Te escribí.

—Un tío me robó el móvil.

—¿Qué? —Me quedo mirándola, esperando que me explique bien, pero no me dice mucho más. Me cuenta que sus padres ya han hecho la denuncia y que está usando su móvil antiguo. También dice que no quiere hablar del tema, pero me da a entender que nada le está yendo bien, por lo que mi mayor consuelo es decirle la verdad—. Es una mierda, pero piensa que ya solo quedan unas semanas para que vengan las vacaciones de Navidad, y como tú dices, no hay nada que no arregle la Navidad.

—Alex, —Parece que he captado su atención—, queda más de un mes y medio para las vacaciones.

—Bueno, eso es poco, se pasará volando.

Ella se ríe ante mi consuelo inútil y mediocre, pero consigo sacarle una sonrisa. Lo cierto es que al final me dará la razón, los exámenes nos tendrán ocupados, las tardes de biblioteca serán nuestro día a día y cuando nos demos cuenta, estaremos en Navidad, y seguro que sus padres le regalarán un móvil nuevo por las fiestas.

Kath está obsesionada con la Navidad, a mí me parece bonita, pero una fiesta muy comercial creada para que gastes miles de dólares en decoración, te mates en tu casa a adornar y te reúnas con gente a la que llamas familia, sin embargo, no hablas más que para desear un feliz cumpleaños.

Pero lo cierto es que ella está muy unida a su familia y le encantan esas fiestas para poder estar todos juntos y pasárselo bien. Ella siempre nos invita a mi padre y a mí, pero siempre nos surge algo que nos impide ir. El año pasado me regaló un viaje a Nueva York. Nos fuimos juntos y pasamos las fiestas allí. Fue increíble.

Otros años simplemente mi padre decide invitar a gente con la que no hablamos para hacerlo en nuestra casa. Por lo que nunca vamos a casa de Kath. Pero tengo entendido que se lo pasan bomba y ponen música hasta muy tarde, y bailan borrachos canciones del pasado que les ponen melancólicos.

Llegamos a clase bastante pronto, por lo que nos sentamos a releer apuntes y nos cuestionamos posibles preguntas que podrían salir sobre el libro. Cuando suena el timbre, entra el profesor Barnes vestido con una camisa de cuadros y unos pantalones oscuros. Creo que va aún más guapo que el otro día. Miro a las chicas señalando con la cabeza hacia el señor Barnes.

Kath se ríe y asiente y Sofía aparta la mirada, parece incómoda, ella es siempre tan correcta que no puede ni opinar de un profesor…

Nos sentamos en las mesas a la espera de que reparta los exámenes. Él deja sus cosas y busca entre sus papeles, que no son pocos. Lo único a objetar sobre el señor Barnes es que es un desordenado, tarda cuatro horas en encontrar las hojas de los exámenes y se le caen los papeles de la mochila todo el tiempo. Me pone nerviosa porque quiero hacerlo ya, pero no para de disculparse y nos dedica una sonrisa inocente. Parece tan tierno que nadie se queja y se lo dejamos pasar, es adorable.

CAPÍTULO 12

Sofía

No tenía ya bastante como para que encima Alex bromee sobre el impresionante cuerpo del señor Barnes. No es solo cómo va vestido, sino lo bien que le queda. La camisa es ancha, pero no impide marcar sus bíceps, y lleva el pelo mojado como si hubiese salido recientemente de la ducha.

La ducha.

Mi mente viaja hasta el recuerdo de un sueño de esta mañana, en el que me he despertado sobresaltada por la viva imagen del señor Barnes y yo besándonos en la ducha. Yo estoy en la ducha de mi casa, el agua parece estar helada, pero yo siento un calor que me asfixia cuando veo entrar al señor Barnes por la puerta de mi baño. Yo me sonrojo e intento taparme, sin entender qué hace ahí, entonces él se me acerca y comienza a besarme apasionadamente. No dice nada en todo el sueño, pero puedo sentir sus ganas y la tensión entre ambos, teniendo nuestros cuerpos tan cerca el uno del otro.

Mi madre me ha despertado a gritos y me encontraba empapada, pegada a la cama del sudor de mi cuerpo, pero peor aún me sentía por dentro, avergonzada y preocupada por, posiblemente, haber dicho algo en sueños con mi madre delante. Suelo hablar en sueños y decir cosas sin sentido, por lo que no puedo evitar sentir pánico de haber soltado algún leve gemido o el nombre del profesor entre sueños.

—Date prisa, tu padre te espera para salir a hacer deporte antes de ir a clase. —Siguió recogiendo mis cosas, pero se detuvo y se volvió hacia mí de nuevo—. No voy a recogerte la ropa siempre, sé más ordenada.

Se alejó tarareando mientras yo me volvía a tumbar en la cama dos minutos, mirando fijamente al techo pensando en que estaba enloqueciendo.

—Sofía, —Su voz me devuelve a la realidad y veo cómo el profesor Barnes me está intentando dar la hoja del examen, mientras yo estoy empanada y acalorada de nuevo, mirando hacia la pizarra, con la mirada fija en ella.

—Oh, perdón. —Cojo la hoja e intento centrarme, pero él nota que no estoy en lo que estoy y me pregunta.

—¿Estás nerviosa? —Me mira sonriente, a la espera de que le responda, entonces me pone la mano en el hombro y puedo sentir esos nervios en la barriga a los que llaman mariposas en el estómago. Me siento idiota y me doy una bofetada en mi mente.

—Sí. —Aunque digo la verdad, él no sabe que mis nervios no son por causa del examen, sino por él.

Después de unas horas vamos a la cafetería del instituto a merendar. Yo cojo una magdalena de chocolate y me siento al lado de Kath, que parece llevar todo el día con voto de silencio, como si fuera un monje.

No me dice nada, parece ida, su mirada está perdida y ni siquiera hemos hablado sobre el examen. Le pregunto si le pasa algo, pero no parece querer hablar del tema.

Matt la mira fijamente, así que espero que no haya tenido nada que ver con su pésimo estado

de ánimo, porque si no, voy a tener que pegarle. Bueno, yo soy muy pacífica, nunca me metería en una pelea, pero espero que Matt no sea la causa de sus problemas, ella es demasiado buena y él es bastante niño.

En la mesa parece que todos van a su bola; Alex se está quejando porque han entrado preguntas que no se sabía, Justin y Thiago no paran de hablar de volver de fiesta, idea que todos ignoramos porque nadie quiere ir en estos momentos de exámenes. Mia se está retocando el maquillaje mientras hace tonterías con Thiago y Justin; Izan me mira fijamente no sé muy bien por qué y Matt no para de mirar a Kath, cosa que ella no parece notar.

Entonces suena el timbre y todos volvemos a clase, pero Matt para a Kath para hablar con ella y ella me hace señas para que siga andando mientras ellos se quedan hablando en el pasillo. No sé si es muy buena idea, pero confío en que actuará bien, así que le hago caso y me voy.

Mientras ando en dirección a la otra clase, choco con el profesor Barnes, ocasionando que se le caigan todos los papeles.

—Ay, perdón. —Me agacho a ayudarle.

—No te preocupes —le resta importancia—. Sofía Meyer, el examen ha ido muy mal —dice él mientras recoge los papeles y a mí se me detiene el corazón por un instante.

—¿Qué? —Clavo mi vista en su rostro, en busca de un indicio que me demuestre que es una broma, entonces suelta una carcajada en un suspiro y se le dibuja una sonrisa divertida.

—Es broma, mujer, ni siquiera lo he corregido todavía.

—Dios, qué susto. —Él me mira divertido y yo siento unas repentinas ganas de pegarle. Desde esta distancia puedo sentir el aroma de su colonia que me deja embobada durante unos segundos. El ambiente se vuelve un tanto extraño y tenso, por lo que me levanto bruscamente—. Nos vemos —digo en un susurro.

—Hasta luego —dice él amablemente, mientras me alejo con una sensación extraña en mi interior.

CAPÍTULO 13

Kath

—¿Qué pasa? —le digo a Matt con mi mejor cara de póker.

—¿Te ocurre algo? Si es por lo de la fiesta… —empieza a decir, pero yo sé lo que se viene y no quiero escucharlo, no estoy preparada y menos hoy.

—No es por eso —le digo esperando que no insista, pero es evidente que lo hace.

—¿Entonces? ¿Estás bien?

—Sí, solo… —pienso en qué decir—, ayer me robaron el móvil —digo suspirando, no quería contar nada, pero con él se me hace muy difícil mentir.

—¿Qué? ¿Qué pasó?

—Un hombre se abalanzó y me lo quitó; luego él… —Se me hace un nudo en la garganta y no puedo seguir.

Puedo notar compasión en su mirada, pero no es capaz de darme un abrazo. Este era el momento indicado. Sé que para mi corazón no habría sido sano, estoy intentando superarlo, pero más allá de eso, me duele que sea tan frío. Él solo me comparte una mirada de pena y me dice que todo irá bien, lo que hace que me sienta aún peor al escuchar por enésima vez esa maldita frase hecha. Yo asiento como una tonta y vamos juntos hacia clase, en silencio. Agradezco que no saque el tema de la fiesta hoy. Aunque hayan pasado ya unos días, sé que tengo que hablar con él sobre cómo me sentí, al menos para liberarme, pero hoy no tengo fuerzas.

El resto del día es igual de aburrido. Sin darnos cuenta, los días pasan y poco a poco va quedando lejos el calor y el verano. En tan solo dos semanas el tiempo ha cambiado de forma repentina y nos toca sacar un par de jerséis. Prenda que el profesor Barnes usa por excelencia. Le quedan realmente bien, aunque moriría por verlo en sudadera. Pensando en él, me cuestiono una duda que nunca habíamos planteado y les pregunto a las chicas para ver si la saben.

—Chicas —digo en flojo hacia Sof, que está sentada a mi lado, y hacia Alex y Mia, que están detrás.

—Qué —dice Alex tan borde como siempre, pero no me ofende, ella es muy matona, aunque en el fondo es un trozo de pan.

—Nunca os habéis preguntado, ¿cómo se llama el profesor Barnes? —Todas dudan y parecen intentar buscar una respuesta, pero ninguna la sabe. Excepto Sofía, que lo suelta sin dudar y en un tono demasiado alto.

—Edgar —dice ella mientras sigue escribiendo en el cuaderno.

Lo dice tan alto que todos se giran, incluido el profesor Barnes que estaba escribiendo en la pizarra. Él la mira fijamente y ella parece que se va a morir de lo roja que está. Sin duda, debe querer que la tierra la trague cuando el profesor carraspea y finge que no ha pasado nada, pero todos se quedan confusos. Entonces la curiosidad me puede y le insisto a mi amiga.

—¿Y tú cómo lo sabes? —le digo con mirada cómplice.

—No… yo … Lo vi en sus redes sociales —dice ella en un susurro, queriendo librarse, pero lo empeora todo.

—¿Le has cotilleado su perfil en redes? —pregunta Alex alucinando—. ¡Parecía tonta!

Entonces todas nos reímos, pero a Sof no parece hacerle nada de gracia, con lo correcta que es, nunca la había visto tan nerviosa y sin palabras para rebatir las puyas de Alex. Se queda callada sin levantar la vista de su cuaderno, pálida e inquieta.

Después de horas y horas de clase, al fin llega el fin de semana. Este finde no tenemos mucho para estudiar, hemos acabado los primeros exámenes y la semana que viene nos darán las notas, pero tenemos que entregar un trabajo grupal para la asignatura de filosofía, por lo que hemos decidido reunirnos en la biblioteca. En realidad, nos gustaría quedar en casa de alguno de nosotros o en Danielle's, para poder comer algo, pero el padre de Sofía, el señor Meyer, no le deja ir en época de clases. Siendo sinceros, no sé cuándo le deja ir a alguna parte que no sea la maldita biblioteca.

Entro y me siento en la mesa más cercana a un enorme ventanal, donde se ve quién entra y quién sale del edificio. Al parecer, he llegado demasiado pronto porque me tiro media hora esperando a que alguien del grupo se presente. Veo por la ventana que la primera en llegar es Sofía, que baja del coche de su padre y entra a toda prisa. Parece que se han peleado, pero no quiero ni preguntar, porque sé que no hay solución que a Sof le vaya a funcionar, sobre todo, si no quiere hacerle frente. Poco a poco van llegando y al final nos lleva mucho más de lo que esperamos el trabajo de filosofía. Nos damos cuenta de que es casi la hora de comer y decidimos cruzar hacia Danielle's para pillar unas hamburguesas. Todos menos Justin, que ni siquiera se ha presentado, pero no es de extrañar teniendo en cuenta que nunca hace los trabajos grupales.

CAPÍTULO 14

Sofía

Después de la cagada en clase al decir el nombre en voz alta del señor Barnes, lo he esquivado de todas las formas posibles. Incluso cuando ha intentado hablar conmigo no he sido capaz de continuar la conversación, así que me he dedicado a huir cada vez que lo he visto.

Cuando salimos de la biblioteca, siento que debería avisar a mi padre de que vamos a comer en el Danielle's, pero luego recuerdo que en el último mensaje le decía que llegaría tarde y no comería en casa, así que espero que le baste con eso. La última vez que vine aquí montó una escena vergonzosa que no quiero que se repita.

Comenzamos a comer las hamburguesas, pero lo cierto es que no tengo hambre. Llevo días que no como nada y apenas duermo. Estoy nerviosa por las notas de los primeros exámenes. Aunque solo sean los primeros, y aún queda un curso por delante, siento que van a definir cómo me irá en cada asignatura, es para tantear si con lo que he estudiado basta para conseguir mi media de sobresaliente. El lunes sabremos las notas de los primeros parciales, pero mientras tanto mi estómago es un nudo y me va a explotar la cabeza.

Kath y Alex se devoran las hamburguesas como si no hubiese un mañana, al igual que Thiago y Matt. Mia come tan poco como yo, aunque ella nunca come mucho, por eso es tan pequeña y delgada.

Kath y Matt llevan semanas sin dirigirse la palabra, pero hoy noto que no hay tanta tensión entre ellos. Se han mirado sin que parezca que quieran matarse y hasta han intercambiado alguna palabra. Kath me ha contado que quiere hablar con él, no sé muy bien para qué, ella dice que sabe lo que él le dirá, pero que necesita oírlo.

En realidad, tiene sentido, yo le recomendé que soltara todo lo que quisiera decirle, pero esperaba que lo hiciera antes.

Thiago, que está sentado al lado mío, pegado a la ventana, me da un codazo y señala hacia la calle mientras engulle su hamburguesa

—¿Ese no es tu padre? —pregunta.

Todas las miradas van hacia la calle, y después hacia mí. Evidentemente, mi querido padre está sentado en el coche con el móvil en la mano, como si estuviese siguiendo una ubicación. Entonces levanta la vista hacia el Danielle's y me sale agacharme, como si estuviese haciendo algo prohibido. Pero recapacito y me levanto en busca de su mirada furiosa. Por suerte no me ha visto, pero está entrando.

—Otra vez no, por favor —suspiro, frustrada.

Antes de que empiece a gritar, me levanto y me cruzo con él en la puerta.

—Vamos fuera —le insisto antes de que arme un escándalo.

Tras cruzar la puerta blanca y escuchar el sonido de la campana que avisa de quién entra y sale, mi padre empieza a gritarme como un loco y yo miro hacia atrás preocupada de que la gente nos oiga.

—¿Puedes bajar la voz?

—¡Me da igual quién nos oiga!

—¡A mí no!

Mis amigos me están mirando con cara de pena, pero siguen comiendo y conversando cuando me giro a verlos. Me siento realmente avergonzada y muy cansada de luchar contra este hombre.

—Sigues con la aplicación esa que controla dónde estoy, ¿verdad? —digo cruzándome de brazos—. Sé que, aunque me la haya desinstalado, si tú la tienes puedes controlar dónde estoy.

—Es porque no me avisas de dónde estás, así que te sigo desde el móvil para saber que estás bien.

—Estás enfermo —le suelto.

—Soy tu padre y tú no me entiendes, ni siquiera me has dicho que venías a Danielle's.

—Te he dicho que no estaría para comer, no esperarás que comamos en la biblioteca —le digo cansada, pero él no parece escuchar.

—Bueno, nos vamos a casa, tienes que estudiar.

—¿Qué? No. Acabo de terminar con el trabajo y esta semana no hay exámenes.

—Me da igual, siempre hay algo para hacer.

—Papá, déjame disfrutar al menos un día. —Ya no sé ni qué decirle, así que le suplico—. Por favor

—No. —Se gira y se sube al coche, esperando a que le haga caso.

Quiero decirle que no y volver al restaurante a comer, pero ni tengo hambre, ni ganas de luchar. Me viene a la mente el recuerdo de cuando discutimos en la calle y no quiero que mis amigos vean esa situación. Entro de nuevo para coger mis cosas ignorando las preguntas del grupo, me despido y me subo al coche.

El camino a casa se hace eterno, solo miro el móvil para ver si tengo alguna notificación, pero todo es de lo más aburrido. Al llegar a casa subo a mi cuarto y me encierro con llave.

Lloro, lloro de la rabia y la ira de no poder luchar contra este hombre. Bajo intentando buscar el consuelo de mi madre, pero ella siempre lo defiende, y me pide que lo comprenda por todo lo vivido con Abigaíl.

Abigaíl murió de sobredosis en una discoteca porque era la persona más rebelde del mundo y tuvo mala suerte. No murió por ir a comer hamburguesas con sus amigos. Pero mi madre me pide paciencia a pesar de que lleva desde mis diez años controlándome y prohibiéndome vivir una vida normal. Hasta ahora siempre les he dicho la verdad, no quiero mentirles para ir a fiestas o cumpleaños, por miedo a que pase algo y me prohíban salir de por vida. Siempre les digo donde voy y con quién. Además, solo me dejan ir a clase, a Danielle's o a la biblioteca, no hay más. Esporádicamente, a casa de alguna amiga y no sin antes asegurarse de cómo llego y cómo vuelvo de allí y quién va a estar.

Mi vida es un control absoluto y siento que voy a estallar, necesito tomar el aire, dar un paseo a oscuras y pensar. Mis padres no solo controlan mis estudios, sino toda mi vida. Me planteo salir por la ventana de mi cuarto y dar un paseo, pero soy demasiado tonta o buena, no sé. El caso es que decido no hacerlo y bajo a cenar con ellos.

Hay tanto silencio en la mesa que me ayuda a pensar bien lo que voy a decir. Se acabó, es hora de decirles cómo me siento, tienen que entenderme de verdad. Pero justo antes de que pueda decir algo, mi padre se me adelanta, como si él también llevara un buen rato pensando en qué decir.

—Voy a ser muy claro —suspira—, si esta semana traes alguna nota más baja que un nueve, no volverás a salir de casa y te quitaré el móvil.

Miro a mi madre sorprendida esperando ver alguna reacción en ella ante la barbaridad que

acaba de decir mi padre. Casi ni salgo más que para estudiar, y el móvil nunca ha impedido que apruebe, y tiene la cara de prohibirme la poca libertad que me queda. Por suerte, mi madre parece tan sorprendida como yo y le advierte.

—Rupert… no te pases —dice casi en un susurro.

—¡Tiene que sacar buenas notas, es su futuro, Michelle! —Mi madre baja la mirada y asiente, no por miedo, sino como si se estuviera convenciendo de que es lo mejor para mí.

—¡Pero puedo sacar buenas notas y tener vida al mismo tiempo! —grito casi sin aliento.

—Bueno, veremos las notas esta semana, como alguna sea menos de un nueve, habrá consecuencias.

—¿Es una amenaza? —le digo alucinando.

—Es una advertencia, cada día estás más rebelde conmigo y no quiero que acabes como… —se calla al instante y se hace un silencio eterno, donde solo se oyen los movimientos de los cubiertos de mi madre en su plato. Yo aprovecho a soltar lo que llevo reprimiendo.

—¿Abigaíl? Venga, dilo, no puedes ni decir su nombre. —Me relajo porque no quiero ser demasiado dura—. No soy como ella, tienes que entenderlo, no lo soy. Pero tengo casi dieciocho años, necesito salir un poco más aparte de estudiar.

Mi padre sigue en sus trece con su amenaza y yo me rindo ante sus quejas. Solo espero aprobar todo para poder seguir teniendo la poca libertad que me dan.

CAPÍTULO 15

Alex

—¿Pero qué problema tiene este hombre? —les digo a los chicos mientras Rupert Meyer le grita como un loco a mi amiga.

—No nos vamos a meter, sería peor para Sof —dice Mia, mientras mira a través del cristal de Danielle's.

—Lo sé, pero detesto este hombre, la pobre no tiene vida —digo indignada y le doy un bocado a mi hamburguesa como único consuelo.

—Lleva días nerviosa, y al llegar a la biblioteca había tensión entre ellos —dice Kath entre bocado y bocado.

—Bueno, esa es la relación habitual entre Rupert y Sofía Meyer —dice Thiago.

No puedo evitar sentir rabia y me encantaría ir a gritarle yo a Rupert lo loco que está, pero como ha dicho Mia, eso solo empeoraría la situación.

Cuando terminamos de comer, Thiago y Mia se van juntos en el coche de Mia. Se ofrecen a llevarme, pero les digo que no, porque quiero pedir un helado. Aprovecho la situación para llevarme a Izan conmigo, que lleva toda la comida ausente, y así poder dejar a Matt y Kath solos en la mesa.

—Izan, ven conmigo. —Tiro de su brazo sin dejarle opción.

—¿Qué pasa? —se queja él.

—¿Quieres un helado?

—No.

—Bueno, da igual, me acompañas.

—Vale… —dice poco convencido, pero sigo tirando de él.

—¿Se puede saber por qué llevas horas en Marte?

—Nada… Solo es que pensaba en la pobre Sofía.

—Ah, ya… —me decido a preguntarle—. ¿A ti…?

—Te toca pedir —su interrupción no me deja preguntarle.

Pido una bola de helado de chocolate mientras Ellie me cuenta su vida. En un momento observo la mesa y veo a Kath con cara de querer morirse. Parecen incómodos y nadie quiere decir nada, por lo que, cuando Izan me dice que tiene que irse, me lanzo al rescate. Cuando llego, ambos sueltan algo a la vez y al final no se entiende nada, lo que hace que la situación sea más incómoda. Me siento entre ambos y me como mi helado, tan pancha. Es raro porque nadie habla, pero yo no paro de decir lo rico que está, mientras saboreo cada cucharada. Ambos me miran y se ríen, por lo que sé que me he manchado, hecho que no me sorprende porque soy demasiado torpe. Cojo una servilleta e intento salvar mi camiseta, pero parece demasiado tarde.

Una sola vez que decido ponerme un top en un color clarito, un amarillo bastante llamativo y me mancho de chocolate. Doy un poco de vergüenza y desearía haberme puesto mi top negro de siempre, así se notaría menos. Pero no puedo cambiar los hechos, así que me voy a mi casa para ver si puedo salvar la camiseta. Me despido rápido y me voy mientras limpio y tapo al mismo tiempo la mancha marrón.

No me olvido de tirar alguna puyita al salir y los miro fijamente.

—Os dejo solos, que sé que los estáis deseando, venga hablad —digo riéndome mientras Kath me fulmina con la mirada y añado—. Chao, Katherine. —Sé que lo odia.

Pone los ojos en blanco y suspira, y para cuando se da la vuelta a mirar a Matt, yo ya estoy demasiado lejos como para escuchar lo que dicen.

Empujo la puerta para salir de Danielle's mientras miro mi mancha en el pecho. Como la torpe que soy, me choco con alguien y al ver que es Justin Reed ni siquiera me disculpo. Va con su hermana Claire Reed, la rubia y delgada estirada que se cree alguien por ser su hermana. Ella va vestida con un obsceno vestido negro que marca su perfecta figura.

Ella me mira con cara de asco a la espera de que me disculpe. Por lo que veo nos detestamos mutuamente. Yo simplemente los esquivo y sigo de largo.

—¡Idiota! Mira por dónde vas, Alex Coleman —grita Justin.

—¡Bonita mancha! —suelta Claire Reed.

—¡Sois igual de imbéciles! ¿Es genética? —les grito a lo lejos, mientras ellos me ignoran.

En mis ojos cualquiera a diez metros debe poder ver mi rabia, porque me planteo dar media vuelta y empujarla, pero recuerdo que mi padre me dice que no sea tan bruta, que sea más civilizada y cuento hasta mil para calmarme.

Recuerdo que, en el colegio, cuando se metían conmigo, me quitaba un moco y se los pegaba en la cara. Pensándolo bien, es realmente asqueroso, pero tenía cinco años y me encantaba ver sus caras de horror al ponerles mi moco en sus narices. Solían meterse conmigo porque yo no me callaba ni una. Pero un día un chico se pasó con una amiga y le pegué. Me sentí liberada y le pegué aún más. En aquella época estaba bastante afectada por la ausencia de mi madre y me portaba bastante mal.

Por suerte, mi padre me ayudó a controlar mis nervios y ahora estoy en la parada del bus, esperando a que llegue, y no pegando a la pija de Claire Reed, aunque me encantaría.

CAPÍTULO 16

Kath

Alex se va con su sonrisa maliciosa bien satisfecha, y el peso del silencio entre ambos aumenta generando tensión. Intento ordenar mis palabras mientras bebo, pero la bebida se acaba y no tengo ni idea de por dónde empezar. Él aparenta estar tranquilo, de nuevo parece evitar la situación y querer seguir fingiendo como si nada pasara. Termino mi último sorbo de agua y al fin pronuncio las famosas palabras.

—Tenemos que hablar —digo decidida, pero su cara hace que me arrepienta al instante.

—¿Y de qué vamos a hablar? —Puedo notar en su voz que no adivina ni el tema de esta conversación, y en mi mente comienzo a imaginar un escenario hipotético en el que quedo ridícula por hablar de un beso de una noche borrachos.

—Quiero hablar contigo sobre aquella noche —digo al fin e intento no detenerme para que no me interrumpa—. Entonces no estaba preparada para oír lo que me dirías, pero creo que necesitamos desahogarnos los dos. —Increíblemente, asiente y me indica con un gesto que prosiga—. Además, no está bien que haya tensiones en nuestro grupo de amigos.

—¿Tensiones?

—Sí —digo dando por hecho que me entenderá, pero su cara parece confusa.

—No hay tensiones, Kath, solo quería darte espacio —dice él y no puedo evitar pensar en lo bueno que es incluso rechazándome.

—Bueno… esto… yo… —Me froto la cabeza y ordeno mis pensamientos—. Me dolió mucho lo que me hiciste. —Siento un alivio en mi pecho y me veo con fuerzas de hablar y no parar—. Sabías que me gustabas, me insististe para que fuera a esa fiesta a pesar de que no quería, ¿me insististe para qué exactamente? ¿Para utilizarme y que nos besáramos un rato o para que te viera besándote con aquella rubia y me doliera? —Me siento débil al estar confirmándole lo que él ya debía saber, que me dolió mucho ver ese estúpido beso de neandertal.

—Te invité como hice con todos, como una más del grupo. —No puedo evitar sentir dolor con sus palabras—. No te utilicé, estábamos borrachos y me dejé llevar, tampoco es que quisiera con la rubia… —intenta arreglarlo, pero solo lo está empeorando más y las lágrimas empiezan a asomar en mi cara, pero no quiero y las retengo a toda costa.

—Buah, un alivio, ahora ya me siento mejor —digo sarcásticamente.

—Lo siento. —Parece sincero, es lo único que puede decir porque se vuelve a formar silencio.

—Quiero que me respondas a algo, pero sé sincero de verdad. —Mi humillación total está a punto de llegar.

—Vale.

—¿No sientes nada por mí? —En cuanto suelto esas palabras, mi conciencia me tortura y no puedo evitar arrepentirme.

Estoy llena de contradicciones, porque en realidad quiero escuchar su respuesta, aunque ya la sepa, parece masoquista, pero a veces es necesario para poner punto final a una situación. Él mira a un lado pensando su respuesta, cosa que no entiendo porque no hay mucho que pensar cuando

sientes algo por alguien, finalmente dice:

—No.

De nuevo se hace un silencio, que esta vez soy incapaz de eliminar. Me quedo callada asimilando algo que ya sabía hace mucho. Llevo enamorada de él dos años y nunca sintió nada, y he sido su juguete para usar en una fiesta unos cinco minutos. No me doy cuenta y estoy llorando, pero no quiero que me vea así, bastante he hecho el ridículo. Finalmente, asiento y le digo que está bien, y me despido con un adiós frío y seco. Tampoco impide que me vaya, demostrando de nuevo sus palabras de que no siente nada por mí.

No me arrepiento de la conversación, estoy satisfecha en cierto modo porque necesitaba reaccionar. Lo tenía endiosado y quizás no es para tanto. Vuelvo andando, escuchando música deprimente y no puedo evitar sentir que estoy en una película de drama. Pero esta es la vida real y el amor no es siempre correspondido. De hecho, pocas veces lo es. Como dijo Verónica en la serie de *Riverdale,* «Romeo y Julieta son la excepción, no la regla». No podía estar más acertada.

Llego a casa y olvido todas mis penas. Sé que mañana estaré mal de nuevo y puede que bastante más tiempo, pero ya me he acostumbrado a dejar de lado esa faceta de mi vida llamada amor, novio y adolescencia y ahora me apetece vivir mi cara familiar, como si fuera una niña pequeña.

Mis padres están esperándome para cenar, al final entre la charla y el trabajo se ha hecho de noche. Por suerte, hoy toca pizza y charla familiar. Greg, mi hermano, al fin ha oficializado su relación con su novia. Se lo ha contado a mis padres. Yo ya lo sabía, pero él me pidió que me callara unos días para que él lo pudiera contar tranquilamente. Tengo que admitir que me ha costado, no puedo guardar bien los secretos, sobre todo, con mi madre, que no paramos de cotillear sobre vecinos y conocidos.

Mi madre, Celeste Brown, es una mujer inquieta y apasionada. Si solo pudiera definirla en una palabra sería loca o pesada, pero en el buen sentido. Tiene un lado atrevido y divertido que solo enseña en la intimidad, con el resto es seria y correcta, pero siempre agradable. Y pesada porque si no lo fuese, no sería una buena madre. A pesar de sus años, que pasan los cuarenta, se conserva bastante bien y siempre ha parecido más joven. Dicen que nos parecemos, pero creo que es porque no conocen a mi padre.

Mi padre respeta más la intimidad, al contrario que mi madre y yo, pero de todas formas quiere enterarse de todo lo que nos pasa. He de decir que él y yo somos clavados, siempre pensamos igual y tomaríamos siempre las mismas decisiones, a ambos nos cuesta perdonar y demostrar, pero en el fondo sentimos más que cualquiera, y ninguno puede guardar un secreto. Mi madre suele reírse de nosotros porque ella es muy buena mentirosa.

Mi padre es como mi ejemplo, él ha construido su propia casa, su familia y su vida sin ayuda de nadie, ha encontrado a alguien que lo quiere incondicionalmente y es un hombre trabajador y, sobre todo, buena persona. Seguramente haya cometido errores, como todos, pero nunca ha perjudicado a nadie.

Terminamos de cenar y les obligo a ver una película con palomitas incluidas, me niego a ver algún romance sola con helado como harían las adolescentes deprimidas.

—¿Podemos elegir ya una película? —digo impaciente.

—Pon la que tú quieras —dice mi padre sin emoción—, total, tu madre se va a dormir antes de que empiece.

—Mamá, tienes que aguantar un poco —le insisto.

—Lo intentaré —dice ella seria y convincente.

Tardamos más de media hora en elegirla y al final solo ven la mitad, porque Greg se va a

hablar con su novia ahora oficial y como era de esperar mi madre a los cinco minutos se duerme. Me dejan sola viendo una de las tantas de la saga de Harry Potter y yo me engancho y la veo hasta el final. Cuando miro la hora, corro a mi cuarto y me voy a la cama, no sin antes despedirme. Me pongo el pijama y me tiro en la cama, y justo antes de dormirme cierro los ojos y reflexiono sobre el día de hoy. Mi conclusión es que, más allá de todo, pongo las manos en el fuego porque cuando todo esté mal siempre los tendré a ellos, mi familia, que ya es más de lo que muchos podrían decir.

Tampoco me arrepiento de la charla con Matt de hoy, al fin y al cabo, algún día tendría que oír y saber lo que sentía, que, al parecer, es nada, por lo que ya solo me queda aceptarlo.

CAPÍTULO 17

Sofía

Ya son la una de la madrugada y no paro de dar vueltas en la cama. No puedo dormir. Cierro los ojos y me imagino viendo notas de exámenes, encerrada en casa, castigada… Creo que si me duermo tendré pesadillas. Suspiro y tapo mi cara con mi almohada, frustrada.

Estoy sudada y ni siquiera estoy tapada, debe ser por los nervios. Me levanto y voy a por un vaso de agua, intentando no hacer ruido. Miro de refilón hacia la habitación de mis padres y ambos están profundamente dormidos. Se me ocurre la loca idea de escaparme, es tentador, pero temo las consecuencias, y tampoco sabría dónde ir. Dar un paseo a estas horas no sería normal.

Cojo agua fría de la nevera y vuelvo a mi cuarto. Me debato entre leer un libro o intentar seguir durmiendo. Decido que ninguna de las dos opciones es lo bastante tentadora. Enciendo mi ordenador y vuelvo a pecar. Llevo toda la semana evitándolo, pero necesito mirarlo una vez más. Me repito que es por pura curiosidad, pero no puedo evitar sentirme culpable, y no, no es pornografía, creo que es peor.

Entro al Facebook a pesar de que ya nadie lo usa, pero todos tenemos fotos allí e información personal de cualquiera al alcance. Voy al buscador y no puedo evitar sentir aún más culpa cuando veo que mi búsqueda más reciente es la misma que el perfil que quiero ver ahora. Edgar Barnes.

El maldito profesor es adorable, y no paro de repetirme a mí misma que es un profesor. Debe haber vivido miles de experiencias más que yo, que ni siquiera salgo de mi cuarto. Al parecer ha estado en Francia, Inglaterra, Tailandia… Ha trabajado en una universidad de Inglaterra y en Maytown High School. De su edad no pone nada, aunque todos lo felicitan un 3 de octubre, lástima que no lo sabía y ya ha pasado. Me corrijo en mis pensamientos dándome una bofetada mental. Tampoco le felicitaría, quedaría como una acosadora.

Indagando un poco más veo su estado civil: soltero. «Qué esperabas», me digo a mí misma. Es demasiado joven para estar casado o divorciado, aunque creo que se puede poner si estás en pareja. Puede que no esté actualizado… Sigo cotilleando mientras bebo mi vaso de agua, no puedo evitar sentir que estoy haciendo algo prohibido, como se entere… No hay forma, soy muy cuidadosa.

Entonces un punto verde en su foto de perfil llama mi atención. Es una actualización que dice cuando está en línea cualquier usuario, al parecer él lo está, a las dos de la mañana. No puedo evitar sentir aún más intriga por lo que le doy al punto verde esperando que me dé algo más de información.

Me pongo aún más nerviosa cuando se abre su foto de perfil y ocupa toda la pantalla de mi ordenador. Me quedo mirando fijamente en la foto y pierdo la cuenta de cuánto tiempo llevo observándolo.

Sale con sus amigos en un barco. Él es el de en medio con un bañador negro y unos abdominales marcados, pero no de forma excesiva. En su sonrisa se puede ver su inocencia y como diría mi abuela, «es un trozo de pan». No puedo evitar sonreír mientras lo observo y olvido la culpa durante unos segundos, los suficientes para que mi padre entre en mi cuarto y me

vea sonriendo como una tonta frente al ordenador.

—¡Papá! —chillo susurrando, evitando despertar a mi madre, tocando todas las teclas del ordenador de golpe.

—¿Qué haces con el ordenador a estas horas? Tienes que dormir, si no descansas tu cerebro no rinde bien y luego te sientes cansada todo el día.

—Ya, sí —asiento con asco, pero lo cierto es que no le estoy prestando atención, porque el ordenador se me ha bloqueado con su foto de fondo y rezo porque mi padre no quiera ver lo que hago.

—¿Qué hacías? —insiste, y se acerca aún más hacia mí.

—Nada —digo yo, cerrando todas las ventanas abiertas. Sin darme cuenta, en vez de a la cruz le doy al botón de enviar solicitud, que está al lado. Me sale un grito desesperado y mi padre me manda a callar, pero no puedo centrarme en él ahora.

—Sofía, vete a dormir o si no también tendré que quitarte el ordenador —dice él medio dormido, por una vez sin ganas de insistir de más.

—Vale —digo alargando mucho la e, cosa que hago cuando estoy despistada y desconcentrada.

Sigo intentando retirar la solicitud, pero el Facebook es anticuado y no me deja, o sí, y no entiendo cómo va. Miro la pantalla frustrada en busca de una solución, pero no la encuentro. Cuando por fin veo en la configuración la manera de eliminarlo, me sale una notificación en la misma pantalla.

Edgar Barnes ha aceptado tu solicitud: ¡Ahora sois amigos!

Me resulta gracioso el final, ahora somos amigos. No puedo evitar sonreír y a la vez sentir vergüenza. No sé ni si podré mirarlo a la cara en la próxima clase, aunque ese no será el peor de mis problemas, el peor será que nos darán las notas…

Las notas… Mi padre… El profesor Barnes…

Y entre todo ese cúmulo de pensamientos consigo quedarme dormida.

CAPÍTULO 18

Alex

Las semanas pasan rápido para ser sincera, pero los lunes se hacen eternos. Son como mil vidas en un solo día y parece que al final siempre estamos a principios de semana. Por suerte, muchos lunes significan que ya hemos pasado muchas semanas y que pronto tendremos vacaciones. Aún falta un mes, pero se nota mi desesperación por un maldito descanso en condiciones. Somos seres humanos, no robots hechos para estudiar. Hoy sabré si todas las tardes dedicadas a estudiar han surtido efecto o no. Hoy dan las notas de los primeros exámenes parciales. No sé por qué, pero no estoy nerviosa, creo que estoy mentalizada. Voy a aprobar todo menos mates. La pregunta es, aparte de Sof, ¿quién va a aprobar esa asignatura?

La señora Smith está amargada y es demasiado estricta, a pesar de que no hemos suspendido ninguna prueba con ella, el examen parcial nos fue a todos mal, era complicado y bastante rebuscado, incluso para Izan que es un loco de las matemáticas y para Sof que nada le resulta demasiado difícil.

Paso a buscar a Kath y me sorprendo con las pintas que lleva. Se ha peinado y se ha maquillado de forma disimulada y delicada. Le queda fenomenal, pero hacía semanas que no la veía así, y la entiendo. Entre los exámenes y el mal de amores, su mejor conjunto era el chándal.

No puedo evitar mirarla de arriba abajo y hacer un gesto de aprobación ante su cambio de actitud, ella me sonríe y me dice:

—Hoy dan las notas, por lo menos vamos a ir guapas. —No puedo evitar reírme y asentir, tiene razón.

Al llegar a clase mi sonrisa se va borrando poco a poco. Justin Reed está con las guapas de clase asintiendo a todo lo que dicen para ligar con ellas, mientras ellas le lloran y le dicen lo mal que les va a ir en el examen. Después seguro sacan dieces, pero las pijas no pueden evitar hacer un poco de drama antes para que Reed las consuele.

Matt y Thiago parecen demasiado serios y entiendo que es por el hecho de que no han estudiado mucho.

—Hoy no estáis tan contentos eh. —Me permito reírme un poco de ellos.

—¿Tú crees que me querrán en la universidad de Maytown aunque mi media sea de cuatro?

—¿Y si probáis a estudiar un poco? —les sugiero a ambos, mientras Matt pasa la mano por su pelo, agobiado.

—Eso jamás, querida Alex —dice Thiago—. Puede que no tengamos futuro, pero tenemos un presente lleno de fiesta, sexo y alcohol —dice victorioso.

—Seguro que llegarás lejos *Thiaguito* —le contesto irónica.

Mia está escuchando cómo Izan le cuenta cuáles son sus posibles notas y, asintiendo e intentando parecer simpática, sé que ni le está escuchando cuando veo que me está mirando con cara de «Alex, sálvame». Acudo a su llamada de auxilio, pero antes me detengo para preguntarle a Sofía.

—¿Estás bien Sof?

—Sí, sí —dice poco convencida.

—Estás pálida. —Mia me hace señas exageradas de socorro, mientras Kath se sienta con Sofía insistiéndole en si está bien. Yo avanzo hasta Mia e intento sacarla de esa absurda conversación.

—¡Izan! —le llamo captando su atención—. Sofía te llama. —Mia aprovecha mis palabras para escabullirse, e Izan, que se percata de toda la jugada, me dedica una peineta.

—No me jodas Alex —dice él.

—A ver cuando te lanzas, chico.

—Cállate —me suplica, temiendo que Sof nos oiga, pero ella está en otro universo.

Entonces suena el timbre y entra la profesora Smith con su enorme pila de papeles. Toda la clase se calla mientras ella saluda por primera vez sonriente, ¡será mala bicha! Detrás de ella entra el director Henderson, ahora entiendo por qué sonríe de forma tan forzosa. No entiendo por qué entra el director a estas horas de la mañana, hasta que veo que va acompañado de un chico.

Lo miro fijamente. Me suena de algo… Frunzo el ceño analizando su aspecto. No consigo recordar dónde lo he visto. Es moreno y va vestido con una sudadera ancha y unos pantalones cortos marrones sueltos. Tiene el pelo oscuro y muy despeinado. Miro sus zapatillas, que también tienen bastante estilo. Sus ojos son oscuros y profundos, no es demasiado alto, pero tiene un andar vacilante y se nota que es el típico graciosillo. Sonrío y estoy a punto de decir que me va a caer bien cuando recuerdo quién es. El tío que me tiró la copa encima y ni se disculpó. «Será cabrón», digo para mis adentros, recordando su cara de chulo y su risa de satisfacción al verme cabreada.

—Es él… joder —digo en un susurro.

—¿Quién es? —pregunta Mia.

Por sus pintas y cómo se mueve parece rebelde. Sonríe con chulería mientras observa a todos los alumnos que estamos sentados expectantes. Me recuerda un poco al lerdo de Justin Reed, solo que Justin es un pijo y se cree superior, en cambio, este desconocido parece ir a su bola, y está bastante más serio que cuando lo vi. Entonces el director interrumpe mis deducciones.

—Bueno, este chico de aquí es Samuel Ruiz, viene de otro instituto y ha decidido hacer su último año aquí en Maytown High School, por lo que espero que lo recibáis con los brazos bien abiertos.

—Y no solo los brazos —dice Justin entre risas, y ambos se miran y se ríen, cosa que no entiendo. ¿Ya se conocen?

—Por favor, señor Reed, compórtese —dice Henderson llevándose las manos a la frente, exhausto por el comportamiento de Reed.

Entonces el chico este coge su mochila que parece estar vacía y se sienta al final de todo, justo detrás de mí. Por alguna razón evito su mirada. No quiero pelearme y espero que no me recuerde por aquel incidente que, sin duda, fue culpa suya. Entonces, cuando el director se va y la señora Smith reparte los exámenes, él se acerca por detrás y me susurra en voz baja:

—¿No me vas a saludar?

—¿Perdona? —digo mirándole con cara de asco, mientras Mia me dedica miradas de confusión.

—No me dirás que no te acuerdas de tu torpe caída en la discoteca. —No puedo evitar sonrojarme y pongo los ojos en blanco ante su actitud.

—No recuerdo a personas creídas y egocéntricas como tú —le espeto mientras Mia me mira fijamente, y añado—. Además, fue culpa tuya, te me cruzaste por en medio como el egocéntrico que eres. —Él solo se ríe y añade:

—¿No era que no te acordabas?

Resoplo, pero lo ignoro. Este chico lo que quiere es atención y no voy a dársela. Va de humilde, pero su actitud es de chulo. Aunque en clase no dice nada, a mí se cree que puede vacilarme, y eso es porque no sabe ni quién soy.

—¿Me vas a explicar quién es? —dice Mia en un susurro.

—¿No te conté lo que me pasó con el top?

—¡No! —dice ella exhausta de intentar entender.

La señora Smith nos interrumpe repartiendo los exámenes y no puedo evitar ahogarme en un grito cuando veo un sobresaliente. ¡Un sobresaliente en matemáticas! Mia chilla a mi lado de felicidad, aunque ella tiene un suspenso, pero comparte mi alegría y no puedo creérmelo. Nos ponemos de pie y hacemos un bailecito de victoria, pero nos sentamos enseguida ante la cara de la profesora. Desde la segunda fila, Sofía y Kath celebran con nosotras a la espera de saber sus notas.

CAPÍTULO 19

Sofía

No puedo más de los nervios. Kath ha sacado un aprobado, Mia un suspenso, Alex un sobresaliente, así que no puedo guiarme por sus notas porque son todas distintas. La profesora me entrega el examen y lo giro al instante. Kath me mira con ilusión a la espera de que le dé la vuelta al folio y veamos un aprobado, o mejor aún, un sobresaliente. Giro la hoja con todas las energías puestas en ese examen, pero no sirve de nada haber estado rezando por aprobar. Tengo un suspenso, y aunque casi llega al aprobado no me ha bastado.

He suspendido.

—No te preocupes, es de los primeros parciales, haremos otro y puedes recuperarlo —dice Kath, pero solo miro la hoja fijamente y no puedo asimilarlo.

Noto como mi amiga les hace gestos a Alex y Mia de que no insistan en saber mi nota. Me da rabia, había estudiado un montón y el examen está lleno de despistes. Viajo en mi memoria a aquel día y recuerdo que no estaba concentrada.

Las peleas con mi padre, su presión…, ha causado este suspenso. Hay una ligera y fina línea entre exigir y presionar. Y en mi caso, no he aguantado la presión.

«Solo es un examen», repito en mi mente. Pero no he dicho nada desde que lo he visto. Durante todo el tiempo restante de clase de matemáticas he estado mirando fijamente a mi cuaderno, pensando en qué hacer para aprobar. Pero la nota ya está ahí y no puedo cambiarla. Entonces me cae la ficha y reacciono.

He suspendido y mi padre me va a prohibir absolutamente todo. No puedo, voy a tener que enfrentarme a él… No tengo fuerzas, llevo días sin comer y sin dormir, estoy con la cara hecha un asco y aún falta por saber la nota de literatura. Si al menos es un sobresaliente podré soportarlo.

El tiempo pasa tan lento que siento que podría estudiar mil cosas mientras la señora Smith corrige un ejercicio. Al fin suena el timbre de cambio de clase y todos salen disparados al pasillo a comentar las notas. Yo ni siquiera me muevo de ahí y espero a que llegue el profesor Barnes.

Entonces todos entran y él llega con sus exámenes. Ha llegado antes de tiempo, cosa que me sorprende, porque no nos ha dejado descansar. Se lo perdono porque es él, a otro profesor ya lo habría crucificado.

No estoy preparada para ver otra mala nota, intento ponerme en el peor de los escenarios posibles, pero no puedo imaginármelo. Espero ansiosa y siento que no puedo respirar. Parece que de nuevo soy la última y el maldito tiempo no avanza. Todos comentan y yo no puedo ver mi examen, aún no me ha llegado.

Entonces me levanto dispuesta a pedirle al señor Barnes mi examen, no aguanto más. Pero al levantarme me caigo de la silla, no sé qué me pasa, pero me siento bastante mal y veo todo borroso. Después se me nubla aún más la vista y escucho a mis compañeros casi en susurro diciendo mi nombre, y todo se vuelve negro y oscuro.

CAPÍTULO 20

Alex

El día de hoy está resultando ser una tremenda locura. Primero me entero de que el desconocido e insoportable será nuestro compañero, luego apruebo matemáticas con un sobresaliente, cosa que no me ha pasado en la vida, y ahora mi amiga se desmaya y por poco el profesor, que está como un queso, le hace el boca—boca, además de mostrarse tremendamente preocupado, al igual que Izan.

Hubiera pagado por ver eso, seguro que Sofía se muere si llega a pasar. ¿Su primer beso con un profesor y semiinconsciente? De locos. Me da mucha pena que viva ese infierno cuando es realmente innecesario. Si lo ponemos en contexto, suspender un examen es una tontería al lado de los verdaderos problemas de la vida. Pero claro, Rupert Meyer, don papi protector, debe tener la hija más perfecta del mundo. Estoy segura de que esto se debe a la presión de su padre. No veo la hora de que Sofía lo enfrente en serio. Pero visto lo visto, a este paso le diré algo yo antes que ella.

Nos echan de nuestra propia clase y esperamos más de media hora para saber cómo está. Los enfermeros entran y salen sin ella, por lo que entendemos que está bien, pero todo son deducciones y nadie dice nada. Entonces sale el director Henderson y nos informa de que Sofía está bien, al parecer se había desmayado a causa de un ataque de ansiedad.

Las clases siguen con normalidad dentro de lo que cabe, y cuando ya me había olvidado del desconocido, que no se ha pronunciado en todo el día, se ha hecho notar en la última clase, justo antes de irnos.

—¡Chicos! —dice alzando la voz cuando ha sonado el último cambio de clase—. Sé que no me conocéis de nada, pero bueno, quería invitaros a una fiesta en mi casa este fin de semana. Os pasaré la ubicación por el grupo y no olvidéis que estáis todos invitados —dice animándose cada vez más.

De repente, pasa de ser invisible a recibir una ovación de toda la clase, bueno, de todos menos yo, que lo miro con cara de asco. ¿Cómo puede querer ser el centro de atención todo el tiempo? Es un insensible que da fiestas mientras a su compañera le da un ataque de ansiedad.

Bueno, reconozco que estoy un poco a la defensiva con este chico, pero es que me pone nerviosa. Es verdad que él no tiene la culpa de lo de Sof, además nos ha invitado a toda la clase. Aunque no me imagino a todos en su casa.

Por las pintas que lleva, y sin querer ofender, no diría que pueda invitar a toda una clase a su casa. Diría que vive en una casa como la mía, simple pero cómoda y acogedora. Parece chulo, pero creo que es solo una fachada de chico malo y tío duro con el que no te puedes meter. Creo que es solo un escudo para alejar a las malas personas.

Sin darme cuenta, creo que he empezado a describirme a mí misma. Lo cierto es que en eso nos parecemos.

Callo mis pensamientos al darme cuenta de que no lo conozco, y parece que hablo como si supiera quién es. Por suerte Mia aparece para silenciar mi mente, pero no precisamente para cambiar de tema.

—Vamos a ir a la fiesta, ¿no?

—Guarda el móvil, te lo van a quitar —digo yo ignorando su pregunta.

—Aguafiestas —dice ella y añade—. Bueno, envío una cosa y lo dejo. —Y se ríe, acto que me hace sospechar que ha hecho de las suyas.

Cojo el móvil y leo el grupo.

Mia: «Alex y yo iremos»

Le lanzo una mirada asesina y ella se ríe aún más fuerte.

—«Guarda el móvil, te lo van a quitar» —imita mi voz.

—¿Por qué has hecho eso? —digo con rabia.

—Porque sé que luego me lo agradecerás. —Yo simplemente resoplo molesta—. ¿Qué nos pondremos?

—Ropa.

—Vale, malhumorada. —Mia entorna los ojos y se pone a dibujar en su libreta rosa.

No sé ni por qué estoy enfadada, supongo porque no me ha dejado decidir, y va a parecer que nos morimos de ganas de ir a su fiesta, como todas las de clase, que de repente pasan de Justin y hablan con Samuel.

«Vaya interesadas», pienso para mí. Entonces me acerco hacia Justin a tirarle una de mis bombas.

—De repente has perdido todo interés —digo señalando con la cabeza hacia Samuel, que está rodeado de chicas.

—Dales una semana, luego volverán a mí —dice el chulo para crecer su ego—. Además, Samu me las dejará a mí, él ya tiene bastante con mi hermana —frunzo el ceño confusa.

—¿Tu hermana? ¿Se conocen?

—Sale con mi hermana, o algo así. Nos conocemos desde hace años por el equipo de fútbol. Me dijo que se cambiaría a este instituto, pero no sabía que le tocaría en esta clase —dice él.

—Es igual de insoportable que tú —le digo a Justin.

—Y que tú —suelta él.

No le contesto porque no se me ocurre respuesta. Simplemente, lo dejo estar y vuelvo a mi sitio cuando la profesora entra y nos da la última clase.

—Así que vienes a mi fiesta… —dice Samuel mientras nos sentamos.

—Me han obligado —digo sin ninguna emoción.

—Dudo que alguien se atreva a obligarte a algo.

—Veo que vas pillándome —le dedico una falsa sonrisa—. Ahora quita los pies de mi silla para que pueda sentarme, gracias.

—¿Tienes siempre ese humor? —dice él divertido.

—Me irrita la gente que llama demasiado la atención —le espeto mientras me siento delante de él.

—Uy, entonces vas a estar irritada todo el curso, querida —me susurra mientras la profesora escribe en la pizarra.

Opto por no contestarle, y sigo los pasos de Mia de dibujar en mi cuaderno contando hasta mil.

CAPÍTULO 21

Sofía

Cuando abro los ojos veo al director suspirar de alivio mientras el señor Barnes pasa su mano por su cabeza sudada. ¿Qué ha ocurrido?

Miro a mi alrededor intentando descifrar dónde estoy y por qué estoy tumbada en el suelo. Entonces recuerdo mi caída en clase de literatura y deduzco que me he desmayado. Los sanitarios entran en la sala y siento que hacen mucho ruido. Aún estoy mareada y todo me da vueltas. Ellos levantan mis piernas y me ofrecen algo de comer.

Poco a poco me voy enderezando hasta que consigo ponerme de pie, diciendo que estoy bien a pesar de que noto que mi cara es un cuadro. El director manda al señor Barnes a que me lleve a la sala de profesores, mientras él sale de clase con los sanitarios. Salgo con su ayuda y veo a todos mis compañeros en el pasillo. Quiero acercarme, pero el profesor me dice que es mejor que los vea luego, cuando esté bien. A penas llego a decirle unas palabras a Kath, cuando el director manda a todos a clase y yo avanzo por el pasillo.

Una vez dentro de la sala, Barnes me explica que el director ha llamado a mis padres y que deben estar al caer, en mi cara se puede ver mi reacción de espanto.

—A mis padres no… —digo en tono frustrante.

—¿Por qué? —pregunta, confuso, y se sienta a mi lado a la espera de que diga algo.

No digo nada confiando en que alguien nos interrumpa, pero el silencio se está haciendo largo y espera mi respuesta. Me planteo mentir, pero lo cierto es que no me sale, no tengo energías y lo cierto es que me inspira confianza.

—Ellos son los que me presionan constantemente.

—¿Qué? ¿Por qué? Si eres una alumna brillante —lo dice sin pensárselo mucho, y cuando reacciona, carraspea y se aleja un poco de mí, intentando mantener las distancias.

—Gracias… —hago una pausa para pensar en una manera de resumir mi situación—. Mi padre está obsesionado con controlarme, mi hermana murió por un accidente en su adolescencia y teme que me pase algo así, eso le obliga a ser controlador con mis notas, mi vida social…

—¿No te deja salir con nadie?

—¡No! —exclamo riendo ante su pregunta—; y eso es lo de menos.

Me mira compadeciéndose. El silencio en la sala no es incómodo, sino tranquilizador. Noto un nudo en el estómago imaginando cómo se podrán mis padres.

—Es como vivir un déjà vu constante —me desahogo con el pobre Barnes—. Yo voy a alguna parte a la que a él no le hace gracia, cambio de sitio por cualquier motivo y él me persigue como un acosador desquiciado… Luego me grita frente a todos y me avergüenza, me lleva a casa y me amenaza con castigos y prohibiciones —suspiro mientras ando de un lado al otro, nerviosa —, solo quiero ser una chica normal, hacer planes con amigos, divertirme… ser feliz.

Entonces, Barnes se cruza en mi camino y me apoya su mano en mi hombro, en forma de consuelo. Siento la necesidad por un instante de abrazarle, pero aparto esa opción de mi mente.

Lleno el silencio incómodo de la sala preguntándole si sus padres eran así, y me siento aún más sola cuando él niega con la cabeza. Decido preguntarle también por mi nota,

aprovechándome un poco de la situación, y me informa de que he aprobado con un sobresaliente y no puedo evitar que se me escape una sonrisa.

Justo entonces vuelve ese silencio, esta vez un poco más denso y el ambiente se vuelve extraño. Él levanta la vista y nuestras miradas se cruzan, quedándose fijas durante unos segundos, hasta que ambos nos percatamos de la incomodidad y él carraspea, mirando el reloj. En ese instante entran mis padres como dos toros a punto de embestir a su presa.

—¡Sofía! —gritan y corren hacia mí, abrazándome y revisando que esté bien.

—Estoy bien —digo intentando calmarlos, pero me resulta imposible.

—Nos vamos a casa —dice mi padre.

—Está bien, pero estoy bien y mañana vendré a clase —digo esperando no discutir.

—De acuerdo.

Mis padres saludan al señor Barnes sin prestarle mucha atención. Él los observa con detenimiento cuando el director entra, saluda con amabilidad y les cuenta lo sucedido. Les recomienda que yo descanse y esté tranquila, a lo que mi madre asiente con una sonrisa de oreja a oreja, creo que no le está escuchando, es obvio que en mi casa no estoy tranquila. Mi padre casi ni le mira, está muy ocupado observándome y preguntándome cada dos segundos si estoy bien. El profesor Barnes me mira de reojo y mi madre parece fijarse en él.

Para mí resulta realmente incómodo cuando salimos de allí y mi madre me asegura que es demasiado guapo como para ser profesor. Me cuenta que en su época todos eran viejos, calvos o canosos. Yo me río en un intento de disimular que me he sonrojado al escuchar cómo mi madre habla del señor Barnes.

Mi mente viaja al momento de la sala de profesores, cuando nuestras miradas se unieron durante un segundo que pareció ser eterno. Me temo que cada vez me cuesta más entender este sentimiento extraño que siento hacia él.

CAPÍTULO 22

Kath

Toda la clase está insoportable con el tema de la fiesta del fin de semana. Casi todos han confirmado que irán por el grupo. Yo aún no sé qué hacer. No quiero ir si no va Sofía, cosa que es bastante probable debido a las restricciones de Rupert Meyer, y ahora mucho más que ha sufrido un ataque de pánico.

Alex lleva todo el día insistiéndome para que vaya, dice que, seguro que nos lo pasamos bien, y recordando la última vez que fui de fiesta, niego con la cabeza.

Tengo miedo de ver a Matt con otra y sentirme mal, aunque ya va siendo hora de pasar página. Últimamente, hemos hablado poco, pero cordial. Tras la última charla decidimos dejar todo en buenos términos, pero sin hablar demasiado. Aunque ya no me gusta tanto como antes, aún me duele oírlo hablar de sus ligues, y sé que él es tan imbécil que no se daría cuenta de que esos comentarios pueden afectarme.

Al final del día le digo a Alex que iré, y ella me obliga a enviar un mensaje por el grupo confirmándolo. Me conoce muy bien y sabe que, si envío ese mensaje, me comprometo a ir, porque yo siempre cumplo mi palabra.

Dudo por unos minutos, pero me convenzo de que será divertido. Entonces se me ocurre una idea loca, pero que merecerá la pena si lo conseguimos. Mi cara se ilumina y escribo por el grupo. Cuando Alex lo lee me mira en shock y yo le miro con una sonrisa pícara.

Kath: «Sof y yo también nos unimos»

—¿Sof? Sabes que no la dejarán —dice tan pesimista como de costumbre.

—Por eso… Haremos que se escape. —La cara maligna de Alex se ilumina—. Ya es hora de que se divierta, y si no la dejan, pues tendrá que escaparse.

Alex asiente y parece realmente emocionada. Esta vez seguro que la convencemos. Llevamos demasiado estudiando y merecemos un descanso, ella la que más.

Alex coge su móvil y la llama, pero no contesta. Pensamos que hoy ya vendría, sin embargo, sus padres prefirieron que descansara un poco más. Parece ser que Rupert se ha relajado con su presión académica.

Al escuchar el contestador automático, mi amiga no se da por vencida y vuelve a marcar con decisión. Esta vez Sof responde, entonces Alex pone el altavoz.

—¿Qué pasa? —dice con voz ronca.

—¿Estás durmiendo a estas horas, cabrona? —dice Alex.

—Sí —se le escapa una pequeña risita—, lo necesitaba.

—Bueno, pues sigue descansando porque el sábado nos vamos de fiesta —dice tan tranquila y yo le doy un codazo por ser tan directa.

—¿Qué? ¿A la del nuevo?

—Sí, a la del insoportable —dice Alex con cara de asco.

—Por sus pintas, seguro es un piso enano y ni cabremos todos —dice Sof por poner alguna excusa, entonces intervengo.

—Eso no importa, vamos a divertirnos —insisto mientras ella duda.

La llamada es interrumpida por el timbre. Colgamos apresuradas y nos vamos corriendo a clase, el tiempo de descanso ha terminado hace diez minutos y estamos en el pasillo como si nada.

Al entrar, Alex ve a Samuel, el nuevo, sentado en su sitio, por lo que ella anda con decisión y le hace gestos indicándole que se aparte.

—Ese es nuestro sitio —entona firme.

—Mira, bonita, los sitios aquí no están asignados, así que te toca detrás.

—¿Necesitas estar delante para hacerle la pelota a los profes también? ¿No te basta con los alumnos? —le espeta Alex—. Quítate de mi sitio ya.

—Venga, Alex, vamos detrás —intento calmarla.

—No, Kath, el insoportable se va a ir detrás —dice con rabia, mientras yo miro incrédula sus miradas de ira mutua.

—¿Y si no qué?, ¿eh? —dice él.

—No te conviene meterte conmigo —Alex le amenaza.

—No me das miedo —responde él poniéndose de pie, a su altura, mientras yo observo toda la situación.

—Pues debería dártelo. —Se sostienen la mirada ignorando al profesor que tienen delante y montando un escándalo innecesario en clase, hasta que Samuel cede a regañadientes y se levanta. Alex sonríe satisfecha y se sienta. Yo me siento a su lado y le susurro.

—¿Por qué la tienes tomada con él?

—No sé, simplemente, no lo aguanto, lo vi en una fiesta y es que ya sé que no me va a caer bien, míralo, —Lo señala y él está riéndose con Justin—, es igual a Reed, los dos insufribles.

—Pues deberías procurar caerle bien, nos ha invitado a la fiesta —le aconsejo.

—Eso es lo que quiere, ser popular y ganarse el cariño haciendo fiestas —dejo que Alex se queje sola, porque si algo la caracteriza, es el hecho de ser cabezota, por lo que, si le cae mal Samuel, nada hará que cambie de opinión.

CAPÍTULO 23

Sofía

No es que quisiera negarme a ir de fiesta, pero esta semana mi padre ya ha tenido suficiente con el desmayo y dudo mucho que acepte que salga por ahí. Aburrida, bajo a por algo de comer, aunque en la nevera no hay nada que valga la pena ingerir. Me paseo por la cocina en busca de algo apetecible cuando oigo que llaman a la puerta. Lo extraño es que mis padres han salido y yo no espero visitas, por lo que antes de abrir, observo la mirilla de la puerta.

—¿Qué hacéis aquí? —Mia, Alex y Kath están en la entrada poniendo cara de perrito mojado.

—No esperarías que nos rindiéramos a la primera —dice Kath decidida—. ¿Dónde están tus padres?

—Han salido.

—Pues los esperamos —dice Mia.

—Acamparemos si hace falta en la entrada a esperar a que vengan —bromea seria Alex—, pero tú vas a venir a esta fiesta.

Justo en ese instante la puerta se abrió y entraron mis padres con bolsas de la compra.

—¡Señora Meyer! Déjenos que la ayudemos. —Se lanza Mia con su amabilidad exagerada.

—¡Señor Meyer! —Kath y Alex gritan al unísono—. Le veo muy bien —insinúa Alex con una sonrisa pícara.

—¿Qué queréis, chicas? —dice él dejando las bolsas más pesadas en la cocina.

—Veníamos a ver cómo se encontraba Sofía —dice Kath con su tono angelical.

—Bueno y ya de paso… —arranca Alex—, queríamos confirmar que Sof vendrá el fin de semana a la fiesta de Samuel.

—¿Una fiesta? —Mi padre niega con la cabeza antes de obtener confirmación a su pregunta.

—Irán todos los de clase —dice Mia mirando a Michelle, mi madre.

—Y no puede ser la única que se lo pierda —dice Alex.

—Además, será algo tranquilo —insiste Kath.

—Bueno, si van a ir todos… —anuncia mi madre, dedicándole una mirada de piedad a mi padre.

—Ni hablar —suelta mi querido padre—. No estás para fiestas —dice él volviendo a la cocina.

—Lo siento, chicas —se disculpa mi madre y lo sigue, acto seguido me disculpo yo.

—Te vienes igual —susurra Alex cuando observa que mis padres ya no están en la sala.

—¿Qué?

Alex insinúa que me escape, y tras su insistencia, termino aceptando. La charla continua en mi cuarto, donde debatimos qué modelito nos quedaría mejor a cada una. No voy a negar que Mia observa mi armario y hace muecas de asco al ver mis opciones, por lo que termina eligiendo prácticamente por mí, cosa que agradezco porque no se me da muy bien elegir ropa para ir a fiestas, no es algo que haga muy a menudo.

—Yo sí que no sé qué ponerme —suelta Mia frustrada.

—Calla, zorra, que a ti todo te queda bien —le suelta Alex como puyita.

—Quiero impresionar a Thiago.

—Mia, aunque vayas en chándal a Thiago se le caerá la baba —le consuela Kath.

—Lo tiene hipnotizado —dice Alex.

—Comiendo de su mano —añade Kath burlándose.

—La verdad es que no los imagino separados —digo intentando recordarlos solteros.

—Son como siameses —se burla Alex.

—Cuando te enamores me reiré yo de ti —le espeta Mia.

—Nos vemos en la fiesta —dice Alex levantándose para irse, y tras ella las demás.

—Ahí nos vemos —digo en un susurro.

—No te nos rajes, eh. —Kath ladea la cabeza, en modo de advertencia, a lo que yo niego y sonrío inocente.

CAPÍTULO 24

Alex

El nuevo envía la ubicación por el grupo de clase el mismo día de la fiesta, y entro para ver dónde está su casa. «¡¿Qué?!»

Por sus pintas creía que sería un apartamento al final de mi calle, en la zona chunga de Maytown. Pero cuando veo la ubicación, su casa está situada casi a las afueras, en un barrio que ni conozco. Les escribo a las chicas para mostrarles mi sorpresa, a lo que ellas se ríen y comparten mi confusión.

Estudio el camino porque sé que hoy me tocará conducir, Kath se emborrachará sin límites y Sofía irá más tarde con su coche para poder escaparse tranquila. He de decir que me enorgullece corromper a mi amiga y conseguir que se revele ante su padre, aunque espero que no se entere.

Calculo que tardaremos unos veinte minutos en llegar, por lo que Kath se presenta en mi casa una hora antes de salir para prepararnos y arreglarnos. Entra duchada, pero con su chándal gris y una bolsa llena de prendas de ropa y maquillaje.

—Es hora de acicalarnos, amiga —dice ella sacando su arsenal.

Kath me ayuda a decidir qué ponerme y juntas detonamos mi habitación. Luego saca su maquillaje y me maquillo de forma discreta. No quiero parecer un payaso o estar tan irreconocible que todos se rían de mí. Me pongo un top negro con una falda corta negra, y me pongo unas zapatillas, aunque sepa que todas irán en tacones.

—¿Otra vez esas Vans? —Kath pone los ojos en blanco.

—Ni loca me pongo tacones, Katherine.

—¿Cómo estoy? – me pregunta indecisa.

Kath lleva un top blanco con una falda de brillos, y unas sombras a juego con el color de sus ojos, está despampanante. Ella lleva unos tacones negros, como es de esperar.

—Estás genial, no te obsesiones —le pido.

Mete su móvil y su monedero en un bolsito negro y le pido que guarde mis cosas. Yo conduzco, pero ella siempre me lleva todo porque odio llevar bolsos.

Tras el camino en coche con las ventanillas bajadas, salimos con el pelo hecho un desastre. Yo me lo peino un poco y me lo dejo suelto, al natural, por lo que tardo cinco minutos, Kath se tira quince haciéndose un peinado que ha visto en YouTube, que no le convence hasta el tercer intento. Mientras lucha con su rebelde melena rubia, llamamos a Sofía para asegurarnos que no se retira como soldado cobarde.

—Estoy saliendo de casa, pesadas —susurra estresada, mientras Kath y yo reímos.

—Aquí te esperamos —le aviso antes de colgar.

Avanzo hasta llegar al punto exacto de la ubicación, entonces miro a Kath frunciendo el ceño por la confusión. Es una enorme mansión blanca con una verja oscura negra y un jardín más grande casi que toda nuestra calle. Kath abre la boca y no consigue cerrarla, por lo que se la tapa y mira fijamente al lugar

—¿Es aquí?

—Parece ser que sí —digo asimilándolo.

—Jamás hubiese dicho que Samuel Ruiz vive aquí.

—Yo tampoco. —No puedo evitar sentirme intimidada ante esa enorme mansión de ricos.

Tocamos el timbre del portero y se abre sin que digamos nada, al parecer dejan entrar a cualquiera que sepa que hay una fiesta. Me pongo aún más tensa cuando al entrar, nos tenemos que abrir paso ante la multitud de gente que hay. Kath me mira con sorpresa y me dice algo que no consigo escuchar por el fuerte sonido de la música.

El jardín está lleno de gente bebiendo, hay una barra con cócteles y un DJ que está pinchando música electrónica, hay gente en la piscina a pesar de que es de noche y estamos en pleno noviembre. La enorme puerta blanca de acceso a la casa está abierta, por lo que nos dirigimos allí y al entrar vemos aún más gente. La entrada es muy luminosa y hay unas escaleras que llevan al piso de arriba, donde parece haber infinidad de habitaciones, además de lo que parece un baño donde muchos hacen cola. Abajo hay un enorme salón y una sala de juegos, además de una cocina. Por todos lados hay adolescentes, casi todos son desconocidos, y ya van borrachos, posiblemente amigos de Samuel.

Solo hemos visto a Thiago y a Matt en la cocina, soltando las bebidas que han comprado. Dejamos las nuestras con las de ellos y nos vamos fuera, donde hay más ambiente de discoteca. Dentro están todas las parejas que desean aprovecharse de una noche sin límites.

Nos sentamos en la barra con Matt, Thiago, Justin y su hermana, la pija Claire, y pedimos unas bebidas. Mia llega emocionada por el fiestón y vestida como una diosa —como ya sabía— y se pide una copa. Aún sigo impresionada con lo grande que es esta casa, tan grande que ni hemos visto al anfitrión. Realmente maleducado al no recibir a sus invitados.

Como si quisiera callarme la boca, aparece y nos saluda uno por uno, menos a Justin y a Claire, que parece ya haberlos saludado. Hay tensión entre ellos, lo noto, cosa que no entiendo si son de lo más amigos, además de que él sale con su hermana.

—Bueno, espero que os sintáis como en casa, y no dudéis en relacionaros, hay muchos amigos de mi instituto anterior, además de un montón de desconocidos. Seguro lo pasáis genial. —Y me guiña un ojo como si yo fuera a darle las gracias. Yo asiento alzando las cejas y poniendo los ojos en blanco ante sus comentarios insufribles.

Entonces se va hacia un grupo de chicos que seguramente sean de su otro instituto y comienza a hablar con ellos.

Me siento en lo que parece una barra y me tomo algo sin alcohol que resulta estar asqueroso. Cojo mi móvil, que está en el bolso de Kath, y lo miro incontables veces hasta que comienzo a desesperarme. Alzo la vista para observar el panorama de la fiesta, que continúa igual que hasta hace un rato, totalmente aburrido. Entonces mis ojos se clavan en Samuel, que, a pesar de que está rodeado de los que parecen sus amigos pijos, va con una sudadera y unos pantalones de chándal.

Él se ríe despreocupado de los chistes de esos pijos hasta que se percata de que lo estoy observando. Nuestras miradas se cruzan mientras la música suena a todo volumen y me dedica una sonrisa burlona. Yo pongo los ojos en blanco ante su actitud prepotente y creída y le doy un sorbo a mi vaso, en un intento de que, aunque no lleve alcohol, la bebida me ponga de mejor humor.

No sé por qué no lo aguanto, tampoco hemos hablado mucho, simplemente creo que intenta venderse como lo que no es. Puede que no sea un pijo refinado como los demás, pero sus aires de superioridad o el hecho de intentar ser popular me dan pereza.

Creo que no he podido disimular mis caras de asco, porque Samuel, que aún me seguía observando mientras pensaba en lo poco que lo aguantaba, se acerca con pasos acelerados hacia

mí.

—¿Qué tal? —pregunta sin más, sentándose a mi lado.

—Bien —digo seca, esperando que me deje tranquila.

—¿Qué estás bebiendo? —dice notando el color extraño de mi bebida en mi vaso de plástico, que no se parece en nada a la de ningún otro cóctel que estén tomando los demás.

—Zumo de piña, creo —digo poniendo una mueca de asco, entonces suelta una risa burlona y me pregunta.

—¿Por qué no bebes alcohol como los adolescentes de tu edad?

—Porque no me da la gana. —Paso de darle explicaciones—. ¿Qué pasa? ¿Tengo que beber alcohol para encajar aquí?

—Eres más insoportable de lo que pensaba —dice él sacándome de quicio—. ¿Por qué te tomas todo tan mal? —dice frunciendo el ceño, confuso.

—Porque yo tampoco te soporto.

—¿Y para qué has venido? —pregunta él y por un momento pienso que va a echarme de su casa.

—Porque tenía ganas de fiesta, y ya te dije que me obligaron, pero la pregunta es, si tan insoportable soy, ¿para qué me has invitado? —Él se calla durante un instante y pasa la lengua por sus labios, dudoso de su respuesta.

—Porque quería ver si no eras tan insufrible como parecías, pero veo que me equivocaba, además he invitado a toda la clase, no te creas tan importante. —Entonces, el muy imbécil pasa la mano por la mesa donde está apoyado mi vaso y lo derrama fingiendo que es un accidente.

—¡¿Qué haces?! —digo apartándome antes de mancharme.

—Uy, chao —dice con una sonrisa de satisfacción y se va, mientras yo lo maldigo en mi interior.

CAPÍTULO 25

Sofía

Abro la puerta de mi cuarto y con la linterna encendida me aseguro de que mis padres están en su habitación. Sé que no duermen, pero a estas horas ya me han dado las buenas noches y sé que no entrarán en mi cuarto.

Por si acaso, he dejado todo muy bien preparado, tapando mis almohadas con la manta, fingiendo mi silueta. Bajo las escaleras en silencio y despacio, apuntando hacia ellas con la linterna para no matarme. Cuando bajo, abro la ventana de la cocina y salgo por ahí. Sé que si utilizo la puerta me escucharán.

Cierro la ventana, pero la trabo con un trozo de cartón, para que no se cierre del todo y me permita volver a entrar. Cojo mi coche y arranco en dirección hacia la fiesta, tratando de hacer el menor ruido posible.

Es una noche un poco rara, hay viento y no se ven las estrellas, pareciera que va a haber tormenta, pero aún no llueve. Me detengo un momento para buscar la dirección en mi GPS, y es entonces cuando cae el chaparrón.

Arranco de todas formas. Odio conducir con lluvia, pero voy con cuidado para que no me pase nada. ¿Estará lloviendo allí también? Espero que la fiesta sea en el interior de la casa, porque me he tirado media hora alisándome el pelo a escondidas.

Llevo puesto un top de color violeta muy oscuro y una falda negra, además de unos preciosos pendientes que le dan un toque a mi conjunto. Me he quitado los tacones para conducir, pero pienso ponérmelos al bajar.

El camino está oscuro y llueve demasiado, y eso que solo voy por zona urbana aún. Cuando entre a la autopista será peor, así que espero que entonces pare un poco de llover.

El semáforo se pone en rojo y me detengo. Cojo el móvil y veo que Alex me pregunta si estoy bien a lo que le contesto que voy de camino. Suelto el móvil y arranco al ver que está en verde, pero entonces un estruendo me hace gritar.

«¡Mierda!»

Yo nunca digo malas palabras, pero esta ocasión lo merecía. Tengo la increíble suerte de haber pinchado una rueda por culpa de un trozo de calzada en mal estado. Miro a mi alrededor en busca de una gasolinera cercana, sin embargo, no veo nada.

Solo veo unos edificios que parecen apartamentos y un supermercado. Tampoco hay ningún lugar tapado donde parar el coche, por lo que me quedo en un callejón no muy concurrido, pensando qué hacer.

Me muerdo las uñas, nerviosa, analizando mis opciones. Si Alex estuviera aquí, me la cambiaría en dos segundos y se quejaría de lo quisquillosa que soy, pero en este caso es diferente. No solo no sé cómo cambiarla, sino que encima no sé si llevo rueda de repuesto, además de que llueve a cántaros.

Golpeo mi cabeza con el volante ante la frustración y sin querer toco el claxon, otro sonido que vuelve a asustarme. Necesito arreglar la rueda, al menos para volver a casa. Ya ni me apetece ir a la fiesta, solo quiero volver sin que me pillen.

Entonces miro hacia delante, hacia el callejón sin salida y hacia los edificios iluminados, puede que alguien quiera ayudarme, por probar, no pierdo nada.

Bajo descalza con cuidado e intento no mojarme, pero el diluvio constante y los charcos de la acera no me lo ponen fácil. Toco un montón de botones a la espera de que alguien responda.

El del segundo no me contesta, el del quinto me manda a la mierda y una señora del primero me dice que es demasiado mayor para ayudarme. Pruebo con el tercer y sexto piso. El del sexto es un señor que me cuenta toda su vida y más, pero que no quiere bajar con la lluvia a ayudarme, por lo que me despido y toco el tercer piso.

Una voz joven contesta.

—¿Sí? —Me resulta familiar.

—Hola… esto… yo… he pinchado una rueda y me preguntaba si me podría ayudar, necesito llegar a casa y… —Entonces la voz me interrumpe.

—¿Sofía? —Reconozco su voz en ese instante.

—¿Profesor Barnes?

—Ahora bajo —dice él.

Me quedo de piedra al darme cuenta de la absurda e increíble coincidencia de tocar al piso en el que aparentemente vive. Es obvio que es una buena persona contestando de forma tan dulce a estas altas horas de la noche. Espero unos minutos y veo cómo la luz del interior del edificio se enciende.

Inconscientemente, me miro reflejada en el cristal de la puerta y me arreglo el pelo. Está mojado y aunque iba bastante guapa, ahora mismo estoy hecha un desastre.

Entonces veo cómo abre el portal y me saluda con una sonrisa dulce. Lleva puesto un chándal gris con unas zapatillas blancas y una sudadera azul marino. Hasta en chándal está realmente sexy.

—¿Y el coche? —pregunta él al ver que me he quedado pasmada.

—Allí. —Le señalo cuando consigo salir de mi ensimismamiento—. He pinchado… tengo una suerte —digo en tono irónico.

—Estás muy guapa —dice él observando mi ropa.

—Gracias. —Me sonrojo y, tras un silencio mirándonos, se dirige hacia el coche.

Por desgracia no para de llover, pero no parece importarle y se pone en busca de mi rueda de repuesto bajo el diluvio.

—¿Pero qué haces? Te vas a empapar —digo tras él, abandonando el portal, obviando el hecho de que yo también me estoy mojando.

—Solo es agua, y cuanto antes la cambie, antes te podrás ir.

Yo cedo y vuelvo al portal, a la espera de que arregle la rueda. Espero unos minutos, pero veo que sigue bajo la lluvia cambiando la rueda mientras yo estoy en el portal pasando el rato. Me da mucha pena verlo ahí y yo estar de brazos cruzados, por lo que desisto y, tras un suspiro, me acerco a ayudarlo.

—¿Qué haces? Te vas a mojar —dice él.

—Solo es agua —le repito y le sonrío, aunque en el fondo me estoy congelando, joder.

Entre los dos conseguimos cambiarla, aunque quedamos sucios y empapados. Compruebo que la rueda de repuesto va bien y me bajo de nuevo para agradecerle.

—Bueno, y ahora podrías contarme por qué vas tan arreglada a estas horas de la noche —dice él curioso.

—Iba a ir a una fiesta, pero ya es demasiado tarde.

—Podría haberte llevado con mi coche a la fiesta.

—Eso… sería un poco raro, ¿no? —digo imaginando la situación.

—Sí, la verdad —dice él avergonzado.

—Muchas gracias, de verdad, siento haber arruinado tu noche.

—No la has arruinado —dice sincero—; esto ha sido lo más… —hace una pausa encontrando la palabra—, interesante del día.

Ambos nos miramos durante unos segundos y vuelvo a sentir esa tensión del primer día. Estamos empapados y ha dejado todo por ayudarme. Está aún más guapo mojado con su pelo revuelto y su ropa manchada de barro.

Nos acercamos mutuamente sabiendo lo que va a pasar, pero hay cierto temor en nuestra mirada. Sus ojos me miran con deseo. Mi corazón se acelera y todo mi cuerpo se tensa al sentirlo tan cerca. Me acerco a su boca y siento su aroma, lleva un perfume fresco que huele de maravilla, cierro los ojos y no lo pienso dos veces cuando me lanzo. Sé que él no lo habría hecho nunca, es demasiado correcto, como yo. Aunque por lo visto, yo ya no soy la misma chica correcta y perfecta de antes.

Ambos nos damos un beso apasionado, como si lleváramos esperando mucho tiempo a que sucediera. Casi no nos conocemos, pero ambos sabemos que las ganas siempre han estado ocultas tras nuestras miradas.

Él pone sus manos en mis mejillas y yo siento su boca mojada por la lluvia, pero perfecta. Su beso es tierno y dulce, pero a la vez apasionado y fogoso. Entonces la luz del interior del piso se enciende y ambos reaccionamos de forma brusca apartándonos. Un señor sale del edificio y nos saluda. Ambos estamos separados lo suficiente como para que el hombre pase entre nosotros dos.

Entonces, con la respiración aún agitada, le digo:

—Adiós, Edgar.

Para mí ya no tiene sentido llamarlo señor o profesor Barnes. Hace tiempo dejé de pensar en él como un simple profesor. En realidad, nunca lo he hecho, siempre lo he visto como algo más, aunque no lo quisiera admitir.

Subo deprisa al coche y me voy allí casi sin mirarle, siento una enorme vergüenza y en parte, culpa. No sé qué pensará él, pero si no se ha apartado, algo debe sentir. De camino a casa maldigo recordando el beso, Dios, ¡¿qué he hecho?! ¡He besado a mi maldito profesor! ¿Qué te pasa, Sofía? Mi mente se bloquea y solo pienso en llegar a casa sin que me pillen, a la mierda la fiesta…

Evito mis pensamientos y aparco el coche en casa, de forma sigilosa. Entro por la ventana y me encierro en mi cuarto sin dejar rastro ni pruebas de mi delito, y durmiéndome con una sensación de culpa indescriptible.

CAPÍTULO 26

Kath

La fiesta está resultando ser increíble, igual es porque estoy borracha, pero me siento muuuy motivada. La música suena a todo volumen y el alcohol ya me ha afectado lo suficiente como para atreverme a bailar en lo que parece la pista de baile de este lugar. En realidad, es un jardín, pero está muy bien ambientado.

Las luces de colores, el DJ que pincha canciones y la enorme barra con bebidas de todo tipo ayudan mucho a que este jardín parezca una extraordinaria discoteca. Sin embargo, lo único que no puede controlar Samuel, el nuevo y disimulado rico, es la meteorología, por lo que tal y como indica el tiempo, la lluvia llega a la fiesta antes de lo esperado, empapando a todos sus invitados.

Los más normales entran corriendo a la casa para evitar ensuciar sus preciosas galas. Los locos, yo incluida, nos quedamos fuera a pesar de que nos estamos empapando. El DJ y el servicio de bar no se detienen, ya que están situados en un porche bien tapados, por lo que la fiesta continua.

—¡Esto es una locura! —le grito a un chico de pelo rapado que salta a mi lado.

—¡Ya te digo, Kitty! —Yo me río al ver que lleva toda la noche llamándome así, creo que va más borracho que yo.

Bailamos todos al ritmo de la música, saltando como locos bajo la lluvia. Miro a mi alrededor y solo consigo identificar un par de conocidos. El resto son todos amigos de Samuel que no he visto en mi vida, sin contar a mi nuevo amigo, Kitty, que ni idea de cómo se llama, pero ya lo he bautizado con ese nombre.

A los quince minutos la lluvia cesa y poco a poco los invitados van volviendo a salir para bailar y beber.

Me siento empapada y estoy helada. Tenía bastante calor, pero ahora poco a poco estoy recuperando mi temperatura habitual. Me voy hacia la barra y pido otra bebida, mientras busco mi bolso con los móviles de Alex y mío. Necesito llamar a Sofía para preguntarle por qué no ha venido. No quería venir sin ella, y aunque me divierto sola, me encantaría saber por qué no se ha presentado.

—Mierda —digo más alto de lo esperado.

Me comienzo a desesperar cuando no veo el bolso por ninguna parte. Recuerdo dejarlo en la silla al lado de Alex, pero ella entró cuando empezó a llover. Entonces me dirijo hacia el asiento en el que estaba sentada hace un rato y veo un chico sentado en él bebiendo un cóctel.

Es moreno, de pelo castaño y ojos de color avellana, lleva una camisa lisa de color negro y unos pantalones claros. Tiene un pendiente en su oreja y un tupé corto y perfectamente peinado. Lo observo llevarse su copa de bebida a la boca con sus manos llenas de anillos, mientras se ríe comentándole algo al chico que sirve la bebida. Tiene unos dientes perfectos y pequeños. Mentiría si dijese que no es guapo. Me acerco en busca de mi bolso y veo que está sentado encima de él.

—Perdona —le digo, pero no me escucha, está mirando fijamente su bebida, parece bastante afectado—. Perdonaaaa —alargo la a, perdiendo la paciencia.

Me mira fijamente, pero no dice nada. Es más guapo de lo que parecía. Su camiseta está un poco mojada por la lluvia y huele a colonia. Bueno, también huele a alcohol. En su cuello lleva un collar de plata a juego con su pendiente.

—Estás sentado en mi bolso —le digo seria, al ver lo borde que es.

Entonces se levanta y veo que es bastante más alto que yo, y diría que está muy bueno, puede que el alcohol active mi lado más picante.

Cojo mi bolso y él vuelve a sentarse, sin mirarme ni mediar palabra, solo le da vueltas a su copa, concentrado en el movimiento del hielo.

Frunzo el ceño, confusa, y doy por hecho que está más borracho de lo que pensaba. Me cuelgo el bolsito y empiezo a andar hacia la casa, pero entonces el extraño me coge del brazo y tira de mí de forma un poco brusca.

—Espera —su voz es grave y creo que me gusta aún más que su cara—. ¿Esto es tuyo? —Sonríe juguetón y clavo la mirada en lo que señala, entonces veo mi móvil en su mano y me cambia la cara.

—¿Qué haces con mi móvil? —digo incómoda.

—Nada. —Me mira fijamente mientras juega con mi teléfono en su mano, evitando que lo coja—. Me lo he encontrado en la barra y temía que cayera en malas manos.

—Pues es mío, dámelo. —Me empiezo a enfadar.

—¿No me das ni las gracias? —Baja su mano y me devuelve el móvil, con rostro serio, deteniendo la broma.

—Gracias… —Hago una pausa esperando adivinar su nombre, algo muy estúpido por mi parte, mientras guardo el móvil en el bolso de nuevo, asegurándome de que no me falta nada más.

—Eric, me llamo Eric —dice acabando mi frase.

—Yo soy Kath, de Katherine.

—Vale.

¿Vale? ¿Qué forma de presentarnos es esa? Parece impasible, como si le pareciera una conversación absurda, aunque me mira fijamente esperando que diga algo. Pero me callo porque su extraño «vale», no me permite añadir mucho más. Sonrío extrañada y noto su nerviosismo cuando veo que se arregla el pelo con sus manos, pareciendo incómodo y añade:

—Quiero decir, encantado, Kate.

—Kath —le corrijo.

Él suelta una sonrisa maliciosa y vuelve a pasar sus manos por su tupé, intentando arreglar su pelo, aunque despeinado le queda bastante bien.

—¿De qué te ríes? Es Kath —digo molesta.

—Vale, Kate, ya nos veremos —dice volviéndose a la barra; entonces se la devuelvo contestándole.

—Adiós, Cedrick.

La verdad es que Kate también podría venir de Katherine, pero todo el mundo me llama Kath, y sé que me ha llamado así solo para molestarme.

—¿¡Cómo que «Cedrick»!? —dice alterado—. ¡Es Eric! ¡Eric West! —oigo que grita a lo lejos molesto. Pero yo me río de espaldas a él y sigo andando en busca de Alex.

CAPÍTULO 27

Alex

Sof no me contesta a los mensajes y la fiesta está por acabar. No he visto a nadie conocido en toda la noche. Thiago y Mia se han subido a una habitación junto con el resto de las parejas. Matt y Justin han hecho competición por ver quién se ponía más pedo, juego al que he intentado participar, pero he desistido al recordar que me toca hacer de chófer. Claire Reed se ha pasado toda la noche buscando al insoportable, Samuel, anfitrión pésimo, por cierto, porque se ha pasado toda la noche bailando con sus amigos pijos, y como si me leyera la mente, Justin pregunta:

—¿Y Samuel?

—Tu amigo es un pésimo anfitrión —me quejo malhumorada al ver que todos se lo están pasando genial menos yo.

—Qué amargada estás, Coleman —se burla Justin, pero lo ignoro.

—¿Y dónde está Kath? —pregunta Matt, curioso.

Kath estaba fuera la última vez que la vi, seguramente se quedó allí para acabar como una cuba y hacer nuevos amigos. Yo esperaba bailar con ella cuando llegara Sofía, pero no ha aparecido en toda la noche. Me ha dejado tirada, bueno, nos ha dejado tiradas, aunque Kath ha sabido aprovechar la fiesta igual.

—¿Alex? —pregunta Matt al ver que no ha obtenido respuesta.

—Estará fuera bailando —digo sin darle mucha importancia, hasta que veo que se dirige hacia la puerta de salida—. ¿Dónde vas? —Lo cojo del brazo, deteniéndolo antes de que salga.

—Voy a ver si está fuera —dice él en tono inocente.

—¿Para? —digo yo insistente.

—Pues… —Sin darle tiempo para que invente estupideces le interrumpo.

—Matt, será mejor que la dejes disfrutar, ¿vale? Ya le has jodido bastantes fiestas.

—¿Yo? —dice Matt en tono inocente, mientras yo pongo los ojos en blanco, viendo lo poco consciente que es del daño que causa a los demás.

Miro el reloj y veo que aún queda una hora para la hora acordada de irnos, por lo que salgo y me pido otra bebida.

Me pregunto dónde estará el insoportable. Desde el supuesto incidente con mi vaso, no le he vuelto a ver en toda la noche. Puede que esté en las habitaciones con la pija de Claire… ¿Toda la noche? ¿Por qué me preocupa dónde esté o lo que esté haciendo?

Me termino la bebida demasiado rápido y vuelvo a entrar a la casa. Busco un baño para poder hacer pis, pero hay una cola tremenda. Creo que la gente no se había ido, solo es que están haciendo cola para entrar al baño.

Busco otra sala que pueda ser un servicio, en esta maldita mansión no puede haber solo uno. Tengo miedo de abrir y encontrarme imágenes incómodas que luego no se borren de mi mente, pero muchas están cerradas con llave, cosa que agradezco.

Camino hasta el fondo del pasillo y veo unas escaleras a un segundo piso. ¿Otro piso más? Están bastante escondidas y no parece haber nadie arriba. Subo con la esperanza de encontrar

algún baño o si no acabaré meándome encima.

Cuando subo, veo que el segundo piso es igual al primero, un pasillo lleno de puertas con cerrojo. Pero la diferencia es que aquí está todo mucho más oscuro, y al final de este pasillo hay un balcón con vistas al jardín donde se encuentra todo el chiringuito montado. Avanzo con curiosidad de ver la fiesta desde lo alto y cada vez que me voy acercando, una silueta oscura se va transformando en una persona.

Samuel está en el balcón observando la fiesta mientras se fuma un cigarrillo. Va sin camiseta, al parecer se ha quitado la sudadera, y con ese pantalón de chándal cutre y simple.

Me acerco en silencio, aunque ya me estoy arrepintiendo. Cada vez que intercambiamos palabras nos llevamos como el perro y el gato y estoy convencida de que soltará alguna puya en cuanto me vea con tal de que me vaya.

—Ey —dice él mirándome de reojo mientras coloca otro cigarro en la comisura de sus labios —. ¿Quieres uno? —me ofrece.

—No, gracias. —Le miro con asco, no me gustan los chicos que fuman…

Me acerco hasta estar colocada a su lado, al borde de la barandilla, pero dejando espacio entre nosotros dos. Observo las vistas y me quedo boquiabierta. La fiesta mola, pero desde arriba es incluso mejor. Desvío la mirada hacia él y le pillo mirándome, observando mi reacción ante lo bonito que es todo desde aquí arriba.

—¿Mola, eh? —dice él exhalando el humo de sus pulmones.

—Es increíble, —Pero tampoco voy a ser maja del todo—, pero eres un anfitrión de mierda.

—En esta fiesta nadie ha notado mi ausencia. —Le miro y parece un poco triste.

—Yo sí —confieso y me arrepiento al instante de cómo ha sonado eso.

Vuelvo la vista hacia la fiesta y abro los ojos como platos, nerviosa. ¿Qué mierda acabo de decir? Sé que me ha escuchado, pero por primera vez desde que nos conocemos, no aprovecha la ocasión para meterse conmigo, sino que añade:

—Me mola hacer estas fiestas, por eso la hice; conoces amigos de amigos y te lo pasas bien sin dejarte la pasta, pero todos se interesan por ti solo por el dinero.

—Me gustaría decir que te entiendo, pero soy pobre. —Se me da de pena animar a la gente, pero al menos soy honesta, ¿no?

Él sonríe ante mi estúpido intento de consuelo, y vuelve a darle una calada a su cigarro.

—El dinero es una mierda —dice él confesándose.

—Pues dámelo a mí. —Le guiño un ojo en modo de broma.

—Oye, yo hablo en serio —frunce el ceño.

—Ya, sí, perdón —me disculpo, aun así, le digo lo que pienso—; aunque en el fondo no creo que el dinero sea una mierda.

—Bueno, eso dicen todos hasta que lo tienes.

—Peor es no tener —le rebato.

—Es peor tener.

—No lo creo.

—He vivido ambas, así que puedo opinar —dice él picándose—. ¿Y tú?

Pongo los ojos en blanco y suspiro.

—Ya está de vuelta el insoportable que debe tener la última palabra.

—¿Qué me has dicho?

—Insoportable —le repito retándole.

—Pero si la insoportable eres tú —y añade—, además de torpe, bruta y borde.

—Eh, no te pases —le advierto—, o esto acabará a puñetazos.

—Seguro que te reventaría en una pelea. —Otra vez creyéndose el mejor.

—Ya te gustaría, seguro que gano yo, con lo bajo que eres. —Lo cierto es que solo es un pelín más alto que yo.

—Seré bajo, pero soy más guapo.

—¿Más guapo qué quién? ¿Qué yo? Ya te gustaría, don creído.

Entonces ambos sonreímos al ver nuestro extraño humor y nos quedamos mirándonos fijamente, mirada que no puedo aguantar y la vergüenza hace que aparte la vista, sonriendo como una tonta. ¿Qué me pasa?

Entonces él se acerca a mí y me coge de la cara, por la barbilla, juntando nuestras caras como si me fuera a besar.

—¿Qué haces? —le digo susurrando.

—Besarte para que te calles, pesada. —Y a pesar de que odio ese maldito insulto, su forma de decirlo hace que me parezca lo más romántico del mundo.

Aún me sostiene de la cara con una mano mientras con la otra me coge por la cintura. Yo tengo las manos quietas, me ha pillado un poco por sorpresa y hacía mucho que no besaba a un chico. Sin embargo, esta vez lo he notado diferente. Mi pulso se ha acelerado con solo poner su mano en mi cara y no puedo aguantarle la mirada más de dos segundos. Siento una bola en el estómago que parece querer reventar en cualquier momento y el corazón se me va a salir del pecho.

Nos fundimos en un beso mientras pone su mano en mi nuca. Pega sus labios a los míos y con movimientos lentos, besa mi cuello.

CAPÍTULO 28

Kath

Todo me da vueltas ahora y no encuentro a Alex, he mirado por todas partes, pero no está. Empiezo a pensar que se ha ido, pero la conozco y sé que no me dejaría aquí a pesar de lo pasota que he estado esta noche.

La verdad es que, entre el alcohol, la música y ese extraño, me he olvidado de todo. Pero necesitaba esta fiesta de desmadre para desconectar de la presión de las clases, de todo lo de Matt y poder en serio pasar página y volver a mi yo alegre.

Matt viene a mi mente y a una parte de mi cuerpo le da el bajón. Llevaba unos días mejor, pero sabía que hoy recaería al beber. Cuando bebo me siento liberada, no me importan mis sentimientos y olvido toda mi vergüenza y mis fracasos amorosos. Sin embargo, al día siguiente siempre termino arrepintiéndome de lo que hago, por lo que me repito a mí misma que no voy a volver a llorar por él y me obligo a encontrar a Alex para que me lleve a casa, antes de que me lo encuentre y termine fastidiándola.

Busco incansablemente por toda la casa, pero no la veo. Les pregunto a Thiago y a Justin, pero nadie sabe dónde está. Subo al piso de arriba esperando encontrarla, pero todo está bajo llave.

«Qué bien se lo montan algunos».

Espero que no esté con alguien, porque no quiero pasar la noche aquí, en casa de un desconocido. De repente, me inundan unas tremendas ganas de vomitar y busco un baño, pero está lleno de gente. Sigo andando en busca de algún otro baño, pero me equivoco y veo unas escaleras que suben a un segundo piso.

Por instinto, sigo andando en busca del servicio, pero no veo nada, tan solo un enorme pasillo lleno de puertas cerradas, por lo que suelto todo allí mismo, esperando que nadie lo vea. Miro el suelo con asco y maldigo por no haber cenado nada.

Levanto la vista y veo un balcón abierto a lo lejos. Veo una pareja, pero no me importa, necesito aire fresco, ellos que se vayan a una habitación. Entonces mi cara se ilumina al ver el rostro de Alex dándose el lote con… ¿Samuel?

Abro la boca y la tapo con mis manos, impactada ante este beso, mientras se me escapa un grito ahogado. Esta sorpresa me ha quitado hasta las ganas de vomitar. Pensé que se odiaban, pero me alegra que esté aprovechando el momento. Por desgracia, en cuanto se separan lo más mínimo, interrumpo la ocasión. Le aconsejo que nos vayamos y ella se despega bruscamente de él, como si no hubiera pasado nada y salimos de allí.

—¿Le estabas besando o estoy tan borracha que lo he imaginado? —le pregunto con una sonrisa pícara, sentada en el asiento de copiloto.

—Kath, ahora no quiero hablar de eso.

—Pensé que lo odiabas. —Sigo sonriendo divertida mientras ella frunce el ceño, sin quitar la vista de la carretera.

—Y lo odio —asegura.

—Yo no beso a las personas que odio.

—Te he dicho que no quiero hablar del tema. —Me callo durante unos segundos.

—¿Y besa bien?

—¡Katherine! —río bruscamente, mientras su rostro se tiñe por completo de rojo.

—Vale, vale, ya me callo —le aseguro—, pero no creas que lo olvidaré.

—¿Quieres que te tire en medio de la carretera? —me amenaza.

—Oh no, por favor.

Ella parece relajar su expresión antipática por un momento, pero no dice nada más. El resto del camino es silencioso y tranquilo.

CAPÍTULO 29

Sofía

El lunes cae como un jarrón de agua fría cuando la maldita alarma vuelve a sonar a las seis de la mañana. Menos mal que quedan dos semanas para las vacaciones de Navidad, porque ya no aguanto más. Por lo menos hoy solo haremos la primera hora de clase, luego nos iremos de excursión a la montaña.

Por suerte, mis padres se han relajado con los estudios, al parecer mi desmayo les advirtió de que tanta presión no podía ser buena para mí. Eso no quita que mi padre sigue siendo el mismo controlador de siempre, me lleva y trae del instituto, controla con quién quedo…

El camino a clase es oscuro y el tiempo está bastante fresco. Voy totalmente callada mirando por la ventanilla. Sé que todos hablarán de la fiesta y me atiborrarán a preguntas sobre por qué no fui a pesar de que lo expliqué por mensaje.

«Se me rompió una rueda por el camino».

Esa es la verdad, pero no toda la verdad. El resto lo he omitido hasta para mí misma. No sé cómo voy a mirar a Edgar a la cara… Quiero decir, al señor Barnes, joder.

Lo de la otra noche fue un tremendo error, un muy bonito y romántico error, pero no quiero que se repita. Mis padres se volverían locos si se enteraran y me cuesta mucho ocultárselo a mis amigas. Ellas notan cuando me pasa algo, o cuando estoy rara. Sé que se darán cuenta si empiezo a mirar al profesor de forma diferente.

Bajo del coche y me despido de mi padre, mientras él insiste en que me ponga la chaqueta y que coma para que no se me baje la tensión, yo asiento fingiendo escucharlo, pero estoy concentrada en la clase que se me viene encima.

Siete de la mañana y tengo que lidiar con excusas sobre por qué no fui a la fiesta y un profesor al que he besado. Estoy nerviosa y no sé cómo actuar. Me doy una bofetada mental, obviamente actuaré con naturalidad. Tengo que olvidar lo que pasó y hacer como si nada.

Al entrar, veo a Alex y Kath sentadas echándome una mirada asesina, sé que es de broma, pero no puedo evitar ponerme nerviosa al pensar que puede que sepan mi secreto.

No, ¿cómo lo iban a saber? Respiro hondo e intento relajarme, estoy divagando.

—Ya nos estás explicando por qué no viniste —suelta Alex cruzada de brazos.

—Ya os lo dije, —Casi no me sale la voz—, se me pinchó la rueda de camino.

—¿Y cómo volviste? —dice Kath.

—Andando. —No sé ni qué inventarme, es muy pronto para este interrogatorio.

—Pues que sepas que te perdiste un beso entre Alex y Samuel —dice Kath sonriendo con malicia—. ¡No lo olvidé!

—¡Calla! —Alex está roja y parece cabreada, pero no puedo evitar abrir la boca y casi chillar.

—¿Qué? ¿El nuevo? ¿No era que lo odiabas?

—Eso le pregunté yo —dice Kath, confusa.

—Sí, aún lo odio, simplemente estábamos de fiesta y ya —dice ella mirando alrededor temiendo que nos oigan.

—Es bipolar —asegura Kath—, o masoquista.

—Cállate ya —insiste Alex—. Simplemente surgió.

Nadie se cree la respuesta de Alex, pero Edgar interrumpe nuestra conversación entrando por la puerta a toda velocidad. Este chico siempre llega tarde. Todos nos sentamos y yo evito mirarle, cojo mi cuaderno y escribo palabras sin sentido mientras él explica. Entonces Kath se percata de que no estoy prestando atención y me pregunta.

—¿Qué haces?

—Nada, me aburro —digo trazando garabatos en mi cuaderno.

—Tú nunca te aburres en sus clases, ¿por qué no le prestas atención?

—Es que ya he leído Romeo y Julieta —digo buscando cualquier excusa.

—Pues él te está mirando, finge interés, pobre.

Tras sus palabras, levanto la vista esperando que Kath esté equivocada, pero fallo. Es cierto que me busca con la mirada, y aunque nadie es capaz de notarlo porque estamos en clase y mira a todos sus alumnos, cada vez que detiene su vista en mí, me siento incómoda.

Vienen a mi mente las imágenes del beso en el portal y no puedo evitar sonrojarme. Sé que él está pensando lo mismo cuando hablamos sobre Romeo y Julieta. En esta clase nadie escucha ni participa, tan solo Kath y yo, y hoy ella parece estar resacosa.

De modo que Edgar y yo nos pasamos hablando toda la clase sobre Romeo y Julieta, pero olvidamos que estamos en clase y empezamos a discutir.

—Más allá de sus familias, ellos se enamoraron —comenta Edgar con tono de profesor apasionado.

—Su amor era imposible —le rebato en tono más alto de lo que me gustaría.

—Pero decidieron intentarlo.

—Y acabaron muertos.

—Porque prefirieron el suicidio antes que vivir separados.

—Madre mía, cuánto drama —dice Justin suspirando, aburrido.

Todos nos miran viendo el espontáneo debate, pero Edgar lo concluye antes de que pueda parecer otra cosa. Ambos sabemos que esta conversación podría tener un doble sentido.

—Julieta se arriesgó a pesar de que tenían todo en contra —añade.

—Y terminaron muriendo por amor —digo en un susurro.

Noto la tensión del ambiente cuando el profesor Barnes se queda sin palabras durante unos segundos que se me hacen eternos. Por suerte para ambos, nos sorprende el fuerte sonido del timbre, que avisa que la clase ha acabado. Salgo de allí en dirección a los vestuarios para ponerme el chándal, lista para la excursión.

CAPÍTULO 30

Alex

El fin de semana no ha bastado para olvidar la fiesta. Todos los comentarios que hacen tienen relación con esa maldita noche, por lo que cada cinco minutos los flashbacks del beso con Samuel vienen a mi mente.

—Pero ve a hablarle —me susurra Kath señalándome con la cabeza en dirección hacia Samuel, que va andando a los vestuarios.

—¿Estás loca? —le recrimino a Kath—. ¿Y qué esperas que le diga?

—No sé, pero deberías hablarle —dice ella cabezota. Yo niego con la cabeza y ella pasa de mí, llamándolo—. ¡Samuel! —chilla en su dirección mientras yo solo deseo matarla. Él se gira y se acerca lentamente con el mismo rostro neutro de siempre.

—Qué pasa, pesadas —dice vacilando, y su insulto hace que mire hacia abajo recordando la última vez que me llamó así.

—Hola, Samuel —dice Kath dedicándole una sonrisa exagerada y extraña.

—¿Sabías que Eric es amigo mío? Dice que le caíste muy bien, pero que iba demasiado pedo —dice Samuel.

—¿Eric? ¿Se acuerda de mí? —En la cara de Kath se puede ver la sorpresa.

—Sí, claro, dormimos juntos esa noche y no paraba de hablar de una Kate, iba como una cuba, al tío no le salía ni tu nombre. Pero después de media hora entendí que eras tú por la descripción.

Kath no dice nada, creo que está en shock. Me había contado lo del chico, pero no le había dado mucha importancia, y creo que ella tampoco, hasta ahora que se ha quedado sin palabras.

—¿Te habló de mí mientras iba borracho o después? —dice Kath confusa.

—Ambas.

—Bueno, pues ya lo veré en alguna otra fiesta —dice ella zanjando el tema para dejarnos solos, hecho que me resulta incómodo.

—Sí, le pasaré tu número —le grita Samuel guiñándole un ojo a Kath.

Se forma un silencio entre los dos y estoy a punto de dar la vuelta y seguir a Kath al vestuario, pero él habla antes de que reaccione.

—¿Y tú, qué?

—¿Yo, qué, de qué?

—¿Cómo te lo pasaste en la fiesta? —Sé que espera que responda algo cursi.

—Podría haber estado mejor. —Le guiño un ojo en modo chiste, pero él parece picarse por todo.

—Bueno, lo mismo digo. —Yo abro la boca para quejarme, pero me interrumpe—. Podrías haberte quedado tú a dormir en vez de Eric.

Sus palabras hacen que mi corazón vaya a mil y me ponga roja como un tomate, como si hubiera corrido una maratón, y eso me preocupa. Noto que tiene demasiado poder sobre mí y temo que me haga daño, por lo que mi mecanismo de defensa se activa y le corto el rollo en un segundo.

—No vayas tan rápido, no soy de esas.

—¿De esas? —Parece no haberme entendido.

—De esas de una noche y luego puerta.

—Yo no he dicho eso. —El tono de la conversación ha cambiado, ahora estamos serios y él parece molesto por lo que he dicho.

—Además, ¿tú no tenías novia? —digo recordando las palabras de Justin y cómo Claire Reed buscaba desesperada a Samuel por la fiesta.

—¿De qué hablas? —dice él tenso.

—Sí, la hermana de Justin, él mismo me lo dijo —digo alzando una ceja—. Basta ver cómo te buscaba a todas horas como un perrito faldero.

—Pero no es mi novia —se justifica—, además, tampoco tendría que darte explicaciones.

—Tampoco es que las necesite.

Pongo los ojos en blanco y me voy sin decirle nada más. Simplemente, he sido sincera, voy de dura, pero tengo miedo de que me haga daño, y creo que él, aunque no sea el chulo que dice ser, sí que se lleva a un par a la cama de vez en cuando y luego pasa de ellas.

Puede que sea nuevo, pero Justin ya me lo dijo, él las tiene a todas loquitas y no quiero ser su marioneta. Siento atracción hacia él, me gustan nuestros piques, aunque nunca lo vaya a reconocer, pero no quiero que me haga daño.

Sofía aparece corriendo, al parecer ha sonado el timbre y no nos hemos enterado. Entro corriendo con ella al vestuario y nos cambiamos para la excursión. «Qué guay, un paseíto por la montaña para relajarnos y desconectar». A veces me irrito con facilidad…

CAPÍTULO 31

Sofía

Cuando estamos todos con nuestro chándal puesto, el profesor de gimnasia, el señor Williams, se asegura que nadie se queda en el vestuario intentando escaquearse de la excursión. Al revisar el de las chicas, encuentra a Claire Reed, y lo cierto es que no la juzgo, si me atreviera yo también intentaría librarme de esta salida.

—Reed —dice el profesor serio—. ¿No querrás suspender gimnasia el primer semestre?

—Debería saber que con el cuerpo que tengo no necesito hacer tanto deporte —dice ella saliendo del vestuario a regañadientes.

—Es idiota —me susurra Alex al oído, y no puedo evitar soltar una risita sigilosa.

Después de pasar lista, nos dirigimos a los autobuses. Frente al instituto esperan los tres aparcados en el parking del recinto, uno para cada clase. Además del profesor Williams, Barnes y el director Henderson también vienen con nosotros. Maldigo en mi mente al ver que no voy a conseguir librarme de él. Para colmo, cada profesor escoge un bus, y como no, a Barnes le toca venir con mi clase. Digamos que la buena suerte no es mi punto fuerte.

Sin darme cuenta, me he despistado demasiado observando la decisión de los profesores y todos mis compañeros han entrado en el bus, por lo que cuando entro, está completamente lleno. Paseo de un lado al otro en busca de un sitio libre, pero no encuentro hueco. Kath y Alex van juntas, detrás de ellas están Samuel y Justin. Al lado Matt e Izan conversan amigablemente y delante Thiago y Mia se morrean como si no hubiera un mañana. «Genial».

—Sofía, ¿no tienes sitio? —dice Alex buscando con la mirada un lugar libre.

—Tranquila, iré delante, creo que quedan huecos.

—¿Seguro no te importa? Puede ir Alex o yo —propone Kath.

—Tranquilas – digo despreocupada—, con suerte me toca con algún chico de otra clase.

Como si el mundo se riera de mí, no solo no me tocó con nadie de otra clase, sino que tuve que ir sentada al lado de Barnes todo el camino.

Durante los cinco primeros minutos, el silencio fue incómodo, pero peor fue la conversación que le siguió.

—¿Qué tal tu coche? —pregunta con una sonrisa demasiado ancha.

—Bien… —digo buscando la forma de cambiar de tema.

—¡Chicos! ¡El volumen! —grita Barnes desde el asiento al ver que los imbéciles de clase han traído un altavoz del tamaño del autobús, entonces ellos suben aún más el sonido de la música—. ¡Me refería a que lo bajéis! —grita Edgar estresado.

—¡Perdón, profe, pensamos que no oías este tremendo temazo! —vocifera alguien a lo lejos mientras él suspira agotado.

—Sofía…, si prefieres que me cambie de sitio —insinúa él de pronto, al notar mi incomodidad.

—Oh, no te preocupes —digo esbozando una leve sonrisa, intentando disimular la presión que siento en el pecho.

Noto que me observa durante un instante, pero, para ser sincera, creo que es mi imaginación.

Dirijo la vista hacia el paisaje y miro impaciente el reloj, esperando llegar, pero el tiempo no pasa.

—Lo que ocurrió el sábado… —suelto casi en un susurro.

—¿Sí? – dice él con rostro expectante.

—Me… arrepiento.

—Te arrepientes… —repite pensativo.

—Bueno, no —suelto al instante—, o sí, no lo sé —me frustro, mientras él sonríe mirando mi frente—. ¿Qué pasa? —frunzo el ceño.

—Siempre que te pones nerviosa te sale una vena en la frente.

—Creo que nací con esa vena —digo en modo dramática.

—Oye —dice él despreocupado—, lo olvidamos y ya está.

—¿En serio? —¿Es lo que quiero? ¿Olvidarlo y ya?

—No quiero que nuestras clases sean tensas e incómodas, quiero que disfrutemos —dice él convencido, y no puedo evitar sentirme aliviada, yo asiento.

—Gracias —Le sonrío suavemente y noto cómo por un instante mira mis labios, justo antes de volver la vista rápidamente hacia la carretera.

Intento ignorar lo último y aprovecho esta ocasión para preguntarle por la excursión.

—¿Te gustan las excursiones a la montaña? —Sí, lo sé, pésima pregunta para cambiar de tema.

—Me gusta mucho hacer deporte, pero no suelo ir por la montaña.

—¿Por qué no? —pregunto curiosa.

—Porque suelo perderme en cualquier esquina, soy demasiado despistado.

Asiento, divertida, me causa gracia sentirme identificada con lo que ha dicho, lo cierto es que odio ir a la montaña porque me producen estrés ese tipo de lugares. En las ciudades te indican con carteles y hay mucha gente, pero en la montaña todos los árboles los veo iguales y cruzarse con alguien es casi un milagro. El resto del camino me la paso tarareando las canciones que suenan en el bus, mientras Edgar lee uno de sus tantos libros.

CAPÍTULO 32

Kath

Alex lleva todo el trayecto callada, escuchando música a través de sus auriculares, por lo que me he empezado a centrar en las conversaciones de los demás, no por cotilla, sino por aburrimiento. Bueno, y para qué mentir, también por curiosidad. Matt e Izan son los imbéciles que llevan el altavoz a todo volumen, por lo que no consigo descifrar de qué hablan. Mia y Thiago ya se han fusionado el uno con el otro de tantos besos que se han dado, por lo que lo más curioso es escuchar la despreocupada conversación de Justin y Samuel.

Al principio hablan de temas banales e insignificantes, pero decido poner la oreja cuando oigo el nombre de mi amiga.

—Es sobre Alex —dice Samuel, por lo que, inconscientemente, la golpeo en el brazo y le indico que escuche en silencio. Ella se queja al principio, pero luego apaga su música y se quita los cascos, centrando la mirada en la nada, pero poniendo el oído en dirección hacia ellos.

—¿Qué pasa con Alex Coleman? —dice Justin con tono neutro.

—Nos besamos el día de la fiesta.

—¡Qué dices! —dice Justin incrédulo.

—Te lo juro —le asegura él.

—Pero… —Justin parece quedarse sin palabras por un instante—, pero, no hay nada, ¿no? ¿Mi hermana lo sabe? —pregunta Justin serio, mientras yo miro a Alex alzando las cejas.

—Sí, ya lo sabe —dice Samuel rápidamente—, de todas formas, no hay nada serio con Claire.

—Ya. —El tono de Justin es distinto, y creo que se percatan de que están siendo escuchados, porque al instante Reed levanta su culo de la silla y se inclina hacia delante—. ¿Todo bien, chicas? —Alex y yo nos movemos a toda velocidad intentando fingir que hacemos algo, pero no cuela.

—Déjanos, Reed —dice Alex con malhumor.

—Necesitas a alguien que te dé de lo tuyo, Coleman —dice Justin con asco y por un instante, puedo notar la mirada de Samuel clavada en el asiento de Alex.

Después del incómodo e intenso momento, cuando parece que las cosas se han calmado, me acerco a Alex y le pregunto qué opina del tema. Ella asegura que todo le da igual. Su tono suena despreocupado, pero sé que solo quiere fingir que no le importa, aunque por dentro está dándole mil vueltas. Decido dejarla tranquila por temor a que me tire del bus, por lo que cojo mi móvil y busco mi carpeta de canciones favorita. Casi tiro el móvil del susto al encontrar una foto inesperada en mi galería.

—¿Qué te pasa loca? —dice Alex asustada ante mi reacción.

—Mira. —Le tiendo el móvil y le enseño la foto.

—¿Y ese quién es?

—El de la fiesta del otro día, Eric —digo yo, observando el selfi que se ha hecho en mi móvil, sacando el dedo corazón y con cara seria

—Parece borde, me cae bien —dice Alex al instante—. Oye, y es guapo. —Mira fijamente la

foto y me dedica una sonrisa pícara, a lo que no puedo evitar ruborizarme.

—¿Por qué crees que se habrá hecho una foto con mi móvil?

—No sé —dice ella sin pensarlo mucho—. Al igual iba como una cuba.

—Eso seguro —asiento recordando sus ojos rojos y su olor a alcohol e, instintivamente, me quedo mirando la foto.

—Kath, es un poco perturbador que lo mires tanto —dice Alex frunciendo el ceño.

—No lo miraba… esto yo… —intento explicarme.

—No quiero saber qué harás con ella ahora que sabes que está en tu galería —dice Alex riendo.

—¡Alex!

—¿Qué? Yo no he dicho nada, has malpensado tú —dice aún más contenta.

—Calla o empezaré a hablar de tu extraño desliz en la fiesta. —Ella pone los ojos en blanco y reproduce su música, dejándome hablando sola.

Después de exactamente quince minutos, seiscientas curvas y tres vómitos, conseguimos llegar al maldito destino.

CAPÍTULO 33

Alex

Cuando bajamos del bus aprovecho para inspirar todo el aire puro de la montaña, esperando que eso mejore mi humor, aunque es inútil. Nada más bajar, el director nos recibe con una sonrisa y comienza a soltar un sermón que paso de escuchar.

—Haremos el camino más largo —oigo que dice y empiezo a lamentarme—, por lo que lo mejor es que hagáis varios grupos y os peguéis a nosotros, los profesores —dice señalándose a sí mismo, a Barnes y a Williams.

—¡Sof! —la llamo esperando que se acerque para poder juntarnos todos los del grupo.

—¡Pegaos al profesor que ha ido con vosotros en el bus, por favor, haremos varios grupos!

—Nos toca con el bombón de Barnes —digo viendo lo bien que le queda el chándal, mientras Kath lo observa mordiéndose el labio y Sofía mira al suelo, inocente.

—¿Cómo un profesor está tan bueno? —se pregunta Kath en voz alta.

—Dejad de babear —suelta Justin, haciendo gestos de arcadas.

Después de conseguir organizar tres clases en varios grupos con tres profesores aparentemente inútiles, conseguimos iniciar la ruta por el sendero. Lo cierto es que no me puedo quejar, el camino es llano y hace buen día, además de que la montaña me relaja. Lo único que lamento es tener que aguantar al grupo, que no parece tener ganas de caminar y se queja por todo.

—¡Vamos chicos! ¡En nada estaremos en la cima! —dice animado Barnes, que va delante de todos.

—Encima de buenorro, amigable —dice Kath entre suspiros agitados.

—Kath, ¿qué me decías de una foto? —dice Sofía interrumpiéndola y Kath comienza a hablar con torpeza mientras subimos la parte de colina más empinada.

—Resulta que el chico de la fiesta dejó una foto en mi móvil.

—¿Eric? —dice Samuel entrometiéndose.

—Sí – contesta Kath.

—¿Acaso hablaba contigo? —le espeto.

—Si eres así siempre, no me quiero imaginar cómo serás cuando tengas la regla, mujer —me suelta él con tono inocente.

—Tranquilo, que cuando la tenga, te darás cuenta —le suelto una falsa sonrisa y le saco el dedo, esperando que desaparezca, pero por desgracia, mis deseos no se cumplen.

—Eric es así de impredecible —suelta Samuel hacia Kath, ignorando mi comentario.

—¿Os conocéis mucho? —pregunta ella como la cotilla que es.

—De toda la vida, prácticamente —dice Samuel con orgullo.

—Como con tu amigo Justin. —Lo señalo con la cabeza y Justin alza la vista, volviendo a traer su mente de a saber dónde.

—Sí, más o menos —dice Samuel y Justin, que parece haber bajado a la tierra, añade:

—A la vuelta vendrá con nuestro grupo mi hermana.

—¡Qué bien! —digo irónica—. Ya estaban tardando en ocurrir las desgracias…

—Chicos, parad —dice Sofía, y al principio pienso que se refiere a la discusión, hasta que choco con su espalda y freno en seco.

—¿Dónde están los demás? —pregunta Kath. El profesor Barnes se encuentra totalmente desorientado.

—¿Qué nos hemos perdido? —repite Sofía en tono histérico.

—Tranquila, el profesor sabe lo que hace —digo despreocupada.

—¡Pero si antes me ha dicho que no sale a la montaña porque se pierde! —dice Sofía en tono aún más preocupado, poniendo a los demás en tensión.

—Vamos a calmarnos y esperar —dice Kath intentando mantener la calma.

—Tenemos que separarnos —dice Justin.

—Claro, listo, para perdernos aún más —le suelto mientras pongo los ojos en blanco.

—Podemos hacer parejas y dar un paseo sin alejarnos mucho de este punto, a lo mejor encontramos a alguien —propone Thiago.

—¡Dios mío! Vamos a morir en la montaña —dice Sofía montándose su propia película, mientras los demás la ignoramos.

—Alex y yo vamos a ver por allí. —Me sorprende Samuel.

—¡Soy demasiado joven para morir en la montaña! —repite Sofía, mientras Barnes sigue husmeando impaciente su móvil.

—Yo miraré por allí —dice Kath, a lo que Justin le contesta de mala gana:

—Voy contigo.

—A mí no me dejéis aquí —pronuncia el callado de Izan.

—¡Cómo anochezca no sobreviviremos! —dice Sofía hiperventilando.

—Pues tendremos que comernos los unos a los otros —le espeta el insensible de Justin, mientras Sofía muerde sus uñas.

—¡Hay tantas cosas que aún no he hecho! —Sofía anda de un lado al otro—. ¡Qué mala suerte tengo siempre! ¡Dios mío! ¡Cómo se entere mi padre es capaz de llamar un helicóptero! —añade Sofía.

—¡Por favor, calma! —grita Barnes haciendo notar su estrés.

—Sofía, cálmate —dice Kath con su tono dulce de siempre—. Encontraremos el camino de vuelta.

Barnes marca el número del director andando de un lado al otro, frustrado. Sofía lo sigue preguntándole cosas estúpidas y los demás decidimos seguir la propuesta de Thiago de andar en busca de lo que sea que permita encontrar al grupo.

Samuel coge una rama y golpea los arbustos, abriéndose paso entre la naturaleza.

—Samuel de la jungla —me burlo al ver que casi se golpea con una rama por hacer el imbécil.

—No todos tenemos tanta experiencia en el campo —se queja y aprovecho para burlarme.

—Una pena, serás el primero en palmarla —digo despreocupada.

—Ya te gustaría a ti.

—¡Al fin estamos de acuerdo en algo!

—Lástima que te quede Samuel para rato.

—Menos mal, casi me da algo de imaginar una vida sin ti —digo irónica en tono dramático.

—Me encanta ver que te importo tanto —dice sarcástico, pero noto algo de decepción en su tono.

—Oye… claro que me importas —digo seria—. Una nunca olvida su peor beso —digo riéndome.

—¿Acabas de decir que he sido tu peor beso? —En su rostro se nota que ya no bromea, y me encanta ver que he conseguido sacarlo de quicio.

—No te tomes todo tan personal —se me escapa una risita por lo bajo al ver su cara de incredulidad, entonces avanza con pasos fuertes, reduciendo la distancia entre ambos.

—Voy a tener que darte otro para mejorar el anterior. —Y sin dejarme decir nada más, vuelve a besarme con la misma intensidad que el día de la fiesta.

El beso se intensifica cuando me empuja y nos pegamos a un árbol, escuchando tan solo el ruido de los pájaros. Retiro mentalmente lo del peor beso, evidentemente era para molestarlo, necesitaba descargar un poco la ira tras haber escuchado que le había importado tan poco lo del sábado, pero no hay duda de que besa muy bien, aunque claro, es no pienso reconocérselo nunca.

Él posa sus manos sobre mis mejillas y después sobre mi espalda, descendiéndolas poco a poco. Yo pongo las manos en su pecho mientras intento seguir el ritmo de sus fogosos labios. Durante un instante, nos separamos levemente y nuestra respiración se siente fuerte y entrecortada. Como si Dios se riera de mí, justo cuando nuestras miradas estaban fijas la una en la otra y Samuel iba a volver a pegar a sus labios, se escucha un grito a lo lejos que nos hace estremecernos, informándonos de que ya no estamos perdidos.

—¿Este te ha gustado más? —dice pasando la yema de sus dedos por mis labios.

—No te lo creas tanto —le espeto mientras dibuja una sonrisa burlona en su rostro.

—Eres insaciable, Alex Coleman —dice él acelerando el paso por el sendero en dirección al grupo, dejándome prácticamente de piedra.

CAPÍTULO 34

Sofía

—¿Has conseguido hablar con el director? —le pregunto a Barnes, que parece querer reventar la pantalla del móvil.

—No hay cobertura.

—¡¿Qué?! —exclamo nerviosa.

—Tranquila, seguro que los demás…

—¡No! —le interrumpo—. ¡Los chicos son unos simios que se creen los dueños del bosque, pero no tienen ni idea! Mia babea por Thiago, Kath no se ubica ni en su propia casa y Alex seguro se estará dando el lote con Samuel en cualquier arbusto. —Hago una breve pausa para coger aire y prosigo—. ¡Así que no digas que me calme porque todo depende de nosotros dos!

—Bueno, cálmate… —intenta relajarme.

—¿Pero cómo me voy a calmar si tú tampoco te ubicas en la montaña, Edgar? —Me tapo la boca al ver que he vuelto a llamarle Edgar, hecho por el que al principio él no se percata, pero un instante después, desvía su mirada hacia mí y se acerca con cautela.

—¿Puedes, por favor, parar y respirar?

—Lo intento.

—Estás haciendo un drama innecesario, Sof —dice él calmado.

—¿Sof? —digo impactada.

—¿No te gusta?

—No es que no me guste, pero como me llames así delante de todos, será un poco extraño. —Le sonrío inocente.

—Lo dejaré para los momentos privados —dice él.

—Mejor. —Entonces noto como posa su mirada de nuevo en mis labios y me aparto incómoda.

—Esto… perdón —dice él pasando la lengua por su labio superior y no puedo evitar ruborizarme.

—¿Perdón, por qué? —Finjo no darme cuenta de la tensión.

—Tú ya sabes por qué —dice él dedicándome una media sonrisa—. ¿O es que quieres que lo diga? —Me quedo callada, pero no aparto la mirada de sus ojos, por lo que se lo toma como un sí —. Solo… me han dado ganas…; —Pasa su mano por su pelo—; de repetir lo del otro día. —Oficialmente estoy roja—. Perdón…

—No, tranquilo —digo despreocupada, aunque por dentro noto mis mejillas ardiendo—. Repetir no estaría mal… —se me escapa—, quiero decir, que… —Me golpeo frustrada.

En ese instante en el que voy a volver a hablar, la voz de Thiago nos devuelve a la realidad.

—¡Estamos salvados! —grito con alegría y por la emoción lo abrazo, pero me aparto al instante, al notar la tensión de su cuerpo—. ¡No vamos a morir! —digo sonriente corriendo en dirección hacia Thiago, mientras oigo los pasos de Barnes tras de mí, pero no me atrevo a mirarle a los ojos.

Cuando al fin encontramos al grupo, el director Henderson comparte una mirada amenazante

con Barnes, pero enseguida se muestra amigable al ver que no ha habido ningún incidente y que todos los alumnos estamos enteros. Cuando nos reencontramos todos, Claire se acerca a Samuel y a su hermano y conversa con ellos.

—Hermanito, casi que te pierdo para siempre —dice en tono falso.

—Claire, no seas pesada —le dice Justin mientras se enciende un cigarrillo, a pesar de que no se puede fumar en excursiones escolares.

—En realidad, quería ver a mi Samu. —Samuel le sonríe secamente y ambos se adelantan al grupo. Yo miro a Alex que me comparte una mirada de asco y se le arruga la nariz, gesto que hace cuando detesta lo que ve.

—Cómo odio a esa tía —me dice mirándola con asco, mientras Claire camina moviendo exageradamente sus caderas.

Después de unos cuantos pasos más, conseguimos bajar el sendero y volver a la zona donde nos dejó el autocar.

El trayecto de vuelta es mucho más cómodo, ya que nos lo pasamos hablando de mis temas favoritos, la literatura, la lectura e incluso de música. Hablamos de los *Backstreet boys*, de *The Calling*…, y aunque nos cuesta elegir, nos decantamos por *Wherever you Will go* o *Lost* como las favoritas. Le menciono también a los *Vengaboys* y parece que le resulta gracioso, porque me imagina en la ducha cantando a todo pulmón.

Lo cierto es que mi padre siempre me ha puesto normas que amargan mi existencia y no me dejan ser una adolescente normal. Por eso tiene sentido que encaje más con Edgar que con mis amigos, teniendo en cuenta que pasé de ser una niña a prácticamente una adulta por los traumas de mi padre con la adolescencia de mi hermana, Abigaíl.

El resto del trayecto me lo paso callada hasta que me quedo dormida apoyada en la ventana del autocar. El tiempo se me pasa tan rápido que siento que solo he descansado cinco minutos cuando el autobús llega al instituto.

CAPÍTULO 35

Kath

De camino a casa, después de la dichosa excursión, comienzo a contarle a Alex mis dramas, pero noto que está en otro mundo.

—Oye.

—Dime —dice ella distraída.

—Te veo muy dispersa y sé que no me estabas escuchando.

—Sí, claro que sí —miente.

—¿Qué he dicho? —digo desafiante.

—Que estabas cansada.

—¡Eso ha sido hace un rato!

—Perdón —suspira—, es que tengo un dilema. —Entonces corto mi conversación para escucharla atentamente.

—Cuenta, ¿qué pasa?

—Es por Samuel. Me da miedo ser un simple entretenimiento para él.

—Veo que te gusta mucho eh. —Alex me fulmina con la mirada y yo borro mi sonrisa, poniéndome seria—. Bueno, yo creo que tienes que dejarlo claro desde el principio, para que no te utilice, no querrás marcarte un Kath/Matt, ¿no?

Ambas nos reímos y me alegro de poder bromear con la situación, antes no podía ni hablar del tema.

—¡Pero no me estabas escuchando! —le recrimino.

—Perdón, dime.

—Estoy cansada y hecha un asco, y hoy es un día muy importante. ¿Se nota que tengo resaca del finde y que me han matado a caminar por la montaña?

—¿Tienes una cita?

—¡No! Es que esta tarde empiezo a trabajar; me ha enchufado mi padre en el trabajo. Es mi primer día, quiero impresionar.

—¡Guau! Qué bien Katherine. ¿Por qué no me has dicho nada?

—Alex Coleman, —Voy a matarla—, te lo he contado durante todo el camino, pero ¡no me estabas escuchando!

Una sonrisa se le escapa y ella se ríe conmigo. Vuelvo a explicarle lo que llevaba intentando decirle durante todo el camino y como buena amiga que me conoce, me pide que por favor no me quede haciendo horas extra en la tienda por ser tan perfeccionista.

Después, Alex y yo nos despedimos y entro a casa. Cada día hace más frío y oscurece más pronto, por lo que ni me planteo salir. Entro por la puerta gritando

—¡Hola! —No obtengo respuesta.

Pero entonces veo por qué. Mi madre está en su habitación y mi padre está escuchando música por los auriculares. Está bailando de forma estúpida mientras hace la comida. Le encanta cocinar y, lo cierto es que se le da de muerte, pero no lo hace muy a menudo, no es su hobby favorito. A él le fascinan los deportes y jugaría a todos si pudiera, pero su rodilla no se lo

permite.

Cuando yo tenía cinco años, mi padre tuvo un accidente. Mi madre nos prohibió a Greg y a mí mencionar ese tema, pero mi madre me contó que tuvo un accidente con el coche y le dejó una herida en el hueso de la rodilla que le impide hacer deporte muy seguido.

Juega a fútbol o a tenis de vez en cuando, pero ya no puede tanto como cuando era joven. Al parecer, el accidente le hizo cambiar la mentalidad y ser un hombre aún más bondadoso. Supongo que esas cosas te transforman, te hacen replantearte que eres un simple mortal y que cada día es un regalo.

Mi padre cocina con la música a todo volumen mientras remueve su pelo castaño, mientras baila y menea su barriga cervecera causando que me muera de la risa. Sin duda, ahora es un bonachón que nunca dice que no a nada, mi madre es la dura en casa. Siempre intenta animar a los demás y da los mejores consejos, es muy correcto y humilde, y nos lo ha enseñado muy bien desde pequeños.

Antes también era así. Solo que la época del accidente tuvo bastantes problemas, lloraba, bebía mucho… Pero mi madre siempre nos ocultó los días en los que él llegaba borracho a casa. Ella lo disfrazaba diciendo que era una mala época, pero que pasaría. Y al final tenía razón. Se recuperó al año y desde entonces, ha sido el hombre alegre que es ahora.

Yo siempre he sido muy curiosa y por eso sé de esa época oscura de mis padres, pero lo cierto es que ellos nunca han hablado de eso, y creo que Greg, a pesar de que es el mayor, tampoco lo sabe. Con mi insistencia conseguí averiguar unos pocos detalles, pero nunca me contaron por qué mi padre estaba así. Siempre he pensado que mis padres tuvieron problemas de pareja. Ellos son mi ejemplo porque lo cierto es que, a pesar de las dificultades, lucharon y se mantuvieron juntos, con la verdad siempre por delante.

CAPÍTULO 36

Sofía

Nada más llegar a casa me doy una ducha fresca para quitarme la suciedad de la excursión. Andar por la montaña me ha dejado las piernas destrozadas, así que solo quiero pillar algo para merendar y tumbarme a ver alguna serie de HBO Max.

Cuando ya estoy sentada en el sofá dispuesta a poner un capítulo de *Friends*, mi padre entra al salón interrumpiendo mi preciada calma preguntándome por la excursión. Le comento nuestro percance y me arrepiento al instante al ver su reacción.

—¡¿Cómo has hecho para perderte?! —dice alzando la voz—. ¿No ibas pegada al profesor como te advertí?

—Sí, papá —digo agotada—, pero él también se perdió.

—Menudo inútil —dice bruscamente—, deberían despedirlo.

—¿Pero qué dices? —frunzo el ceño, ofendida.

—Trata con alumnos, tiene una gran responsabilidad, si te hubieses llegado a perder me habría dado un…

—Un infarto, sí, pero no me he perdido —le aclaro—, así que cálmate, por favor.

—Debería hablar con el director —dice mi padre pensativo.

—¿No me oyes? No ha pasado nada, así que ¡deja ya de meterte! —digo alzando la voz, claramente molesta.

—Sofía, no me hables así, solo me he preocupado, eres mi hijita y…

—Me voy arriba —digo levantándome en dirección a mi cuarto.

—Siempre te enfadas por nada… —dice mi padre en tono molesto mientras yo ignoro sus palabras subiendo a mi habitación.

Enciendo el ordenador con la esperanza de ponerme *Friends* y olvidarme de todos los dramas, pero me sorprendo al ver que se me abre una pestaña que no había cerrado el otro día, porque sí, soy un desastre y siempre dejo todo abierto. La página se carga rápidamente y aparece el chat del profesor Barnes del Facebook.

No puedo evitar sonreír al ver que ha subido una historia de esas que duran veinticuatro horas con una foto del paisaje de la montaña e, increíblemente, la canción de fondo es de The Calling. «Mierda ahora le saldrá que la he visto». Las redes sociales me estresan, pero no puedo evitar ser una cotilla. Entonces, en un extraño ataque de locura, me da por responderle.

«Buen tema».

¿Buen tema? ¿No se me podía ocurrir algo peor? Aunque para mi sorpresa, me responde al instante.

«Prefiero los Vengaboys», bromea.

Y esta vez se me escapa una sonrisa demasiado exagerada. ¿Me estoy riendo a través de una pantalla? Esto no es bueno.

Decido intentar ignorar el chat y ver el dichoso capítulo, pero digamos que no estoy demasiado concentrada. Casi sin darme cuenta, mi padre entra bruscamente al cuarto invadiendo mi paz. Continúa insistiendo con el tema de la excursión, pero desisto y salgo de la habitación

informándole de que me voy a dar un paseo a pesar de que se niega por completo.

CAPÍTULO 37

Kath

El primer día en el trabajo ha sido agotador. He recibido demasiada información en muy poco tiempo y me he equivocado con la caja registradora unas cinco veces. Igualmente, me lo he pasado bien y he aprendido bastante. La tienda es bonita y pequeña, no es la típica tienda de esas de los centros comerciales, sino más bien una tienda hippie y acogedora. Cuando salgo de allí ya es de noche, el tiempo ha pasado volando.

Me duelen los pies y el cartón que llevo en las manos me pesa. La encargada me pidió que lo tirara a la basura y no podía negarme, pero no pensé que me daría todas las cajas de los pedidos de toda la semana.

El cartón tapa mi visión y voy andando a ciegas, esperando no chocar con nadie. Empujo a una señora sin querer y me maldice, pero yo me disculpo y cuento hasta mil. Sigo andando y ya veo el contenedor. Camino recto y me concentro en mis pies, lo único que me falta es que se me caiga todo ahora que me quedan solo unos pasos. Entonces, choco con alguien y la mitad de las cajas se caen.

—¡Mierda! —grito e intento recogerlo todo antes de que se caiga, pero es demasiado tarde. Levanto la vista con una mirada asesina, que se transforma en cara de sorpresa cuando veo un rostro familiar.

—Tú —dice él, cosa que me sorprende aún más.

Es el extraño que estaba en la fiesta borracho, Eric.

—Deberías tener más cuidado —digo quejosa.

—Perdón por el choque —sonríe y me quedo aún más pasmada que antes—. Igual son solo cajas —sonríe burlón restándole importancia.

Tiene una dentadura perfecta formada por unos dientes pequeños que forman una sonrisa que achina sus ojos y mejora su rostro.

—Oh, no pasa nada —suspiro y me agacho a recoger las cajas, mientras lo miro confusa cuándo pregunta.

—¿Te pasa algo?

—No, es solo que no pensé que te acordarías de mí —añado para que no suene raro—. Ibas muy borracho.

—Ah, bueno, era para no estar nervioso al conocerte —dice riéndose.

Sé que lo dice de broma, evidentemente no sabía que nos conoceríamos, pero una sonrisa tonta se me escapa y mis mejillas sonrojadas me delatan.

Va vestido con una sudadera negra enorme y unos pantalones de chándal grises, y su tupé está despeinado. Parece que vive por aquí, porque lleva las mismas pintas que yo cuando salgo de casa a tirar la basura por las mañanas. Eso no quita que sigue estando guapo, incluso en sudadera se puede ver que su cuerpo es fornido y los pantalones marcan su entrepierna, pero evito mirar a toda costa, seguro que haría alguna broma pesada sobre eso.

Lleva puesto una cadena de plata, creo que ya la llevaba en la fiesta, solo que no lo recuerdo bien.

—¿Vives por aquí? —pregunto agachándome para coger las últimas cajas del suelo.

—No, pero voy a clase por aquí.

Me ayuda a recoger los cartones, pero antes se remanga para estar más cómodo. Al arremangarse, no puedo evitar fijarme en sus brazos, que llevan pequeños detalles tatuados. No quiero ponerme a observar con detenimiento qué lleva tatuado, porque va a notar que llevo minutos fijándome en él, por lo que aparto la vista a pesar de mi curiosidad y recojo los cartones uno a uno.

Cuando recogemos todas las cajas, él me acompaña hasta el contenedor, que está unos metros, y las tira allí. Yo voy tras él y hago lo mismo.

—Gracias —le digo.

—De nada, Kate —dice él con tono burlón.

—¿No vas a dejar de llamarme así? —le miro frunciendo el ceño.

—No por ahora —sonríe por un instante y después su expresión vuelve a ser neutra. No sé qué decir, por lo que me intento despedir.

—Bueno, tengo que irme, ya nos veremos —digo para cortar el incómodo silencio.

—Eso espero. —Me alejo mientras noto que mis mejillas se encienden—. Y dile a tu jefe que no sea tan cruel y no te haga cargar con tanto peso —dice mientras me alejo y le dedico una sonrisa de despedida.

Ya en el bus de vuelta, mi mente revive la conversación y llego a la conclusión de que me parece una persona reservada y misteriosa, por alguna razón, me llama la atención; y mi curiosidad me pide conocerlo más.

CAPÍTULO 38

Alex

Llevo toda la tarde intentando aprenderme una maldita página. Es imposible. Hoy mi cerebro no se quiere concentrar, pero no voy a desistir. Cualquier cosa es mejor que pensar en el día de hoy.

Sé que, si dejo de estudiar, empezaré a comerme la cabeza sobre por qué Samuel le lame el culo a Claire Reed y luego me besa a escondidas, revelándome intimidades suyas y haciéndome sentir especial. ¿Para qué? ¿Para luego hacer como que no existo?

Menos mal que no iba a desconcentrarme. Me molesta no entender a los chicos, es frustrante. Hoy me besa en el bosque y luego se va de paseo con Claire. Me preocupa que solo quiera confundirme, reírse de mí… A lo mejor solo siente una atracción física…

Si por un momento dejase de ser tan insegura conmigo misma, creería que le puedo llegar a gustar. Aunque de carácter y humor somos iguales, él tiene más dinero que toda la comunidad de vecinos de mi barrio, y por eso todos lo aman. Al final el dinero también nos hace diferentes.

Golpean la puerta de mi cuarto interrumpiendo mi quinto pensamiento autodestructivo del día. Mi padre me avisa de que tengo visita, un compañero para estudiar e, intrigada, acepto que pase.

Entonces él baja y hace pasar a «mi compañero». Lo que no podía imaginar es que fuese el insoportable de Samuel. Él entra sin llamar a la puerta y se sienta en la cama, como si estuviera en su casa. Me intento poner seria y dejar claros mis límites, no puede hacer lo que le da la gana siempre. Pero me resulta difícil ponerme seria cuando lo miro a los ojos y siento nervios en mi estómago.

—¿Qué haces aquí?

—Vengo a estudiar. —Es tan falso que ni él se lo cree.

—Samuel, tú no estudias.

—Bueno, nos vamos conociendo —dice él dando un brinco de la cama—. Vengo a hablar contigo.

—Pues habla. —Le doy la espalda y comienzo a ordenar mis cosas.

El insoportable ha entrado a mi habitación y ni siquiera he pensado en si tenía todo recogido. Miro de reojo al suelo y me alegro de que no haya dejado nada de ropa interior tirado; aunque la silla del escritorio está llena de ropa y mi mesa de estudio está hecha un desastre de las hojas que hay.

Él se pone de pie y comienza a andar de un lado al otro, se nota que se le da tan mal hablar como a mí, pero decido quitarle hierro al asunto.

—¿Vas a hablar o te vas a quedar dando pasos de un lado al otro?

—Sé qué opinas de mí —dice y espero que diga algo más, pero no continúa.

—¿Qué crees que pienso? —frunzo el ceño, confusa.

—Pues que me lío con todas, soy un chulo rico que engaña a tías para conseguir cosas.

No digo nada, pero mi silencio afirma sus sospechas y parece que se derrumba

—Sí, creo lo de las tías —me sincero—, pero no creo que seas un chulo, pijo, rico; solo que a veces… vas demasiado detrás de la gente.

—Sigo creyendo que son unos falsos, solo que, en el colegio, ellos se ríen conmigo, y yo me lo paso bien haciéndome el chulo —dice ignorando el tema de sus ligues con las chicas.

—¿Por qué no puedes ser simplemente tú?

—Porque entonces, —dice frustrado—, dime tú a quién le gustaría ese Samuel.

—A mí —le digo mirando al suelo, incapaz de mantener la mirada en sus ojos

Él no dice nada, pero puedo notar cómo su mirada se ilumina, aunque no lo esté mirando. Se acerca a mí y me coge la cara, pero me aparto enseguida. La puerta está abierta y mi padre grita emocionado cada dos por tres comentando un partido de futbol de la tele, cortando cualquier posible escena romántica.

—¿Qué pasa con lo de hoy? —me atrevo a decir, pero no parece pillarlo.

—¿Qué pasa?

—Para ti fue solo un beso o…

—¿Qué? —Se pasa las manos para la cara y me levanta la mía, de nuevo estaba mirando al suelo como una tonta—. Si solo hubiese sido un beso, no estaría aquí, ni tampoco te hubiese dicho nada en la fiesta, simplemente te habría dicho lo buena que estás para que nos liáramos y punto.

—¿Lo buena que estoy? —Levanto una ceja sorprendida—. ¿Esas son tus tácticas con las otras chicas? —se lo digo riendo, vacilando, pero parezco una loca celosa. Él se ríe.

—Bueno, antes sí.

—Lo único que no quiero —me detengo y carraspeo, necesito sonar contundente con lo que voy a decir ahora—, es que me hagas daño. Si no quieres nada, bien, pero no me permitas entrar en tu vida para utilizarme.

—Trato hecho. —Me tiende el meñique como si tuviéramos tres años y me entran ganas de pegarle.

Le empujo y le insulto mientras él se ríe. Sé que, aunque no lo dice, ha entendido que iba en serio.

—Y ahora, —Levanta el dedo índice—, es hora de estudiar.

—¿Estudiar tú?

—Tengo que aprobar, no pienso repetir, así que vamos a estudiar.

—¿Quién escribió Hamlet? —le pregunto desafiante a Samuel.

—Mi abuela.

—Qué chistoso.

—En serio, no tengo ni idea.

—¡Shakespeare, burro!

—Dóname un poco de tu inteligencia.

—No es inteligencia, es poner codos y empollar.

—Y también es inteligencia —dice él tumbado en la cama.

—Si tú lo dices… —digo poco convencida.

—No vayas de humilde que eres la más lista de la clase.

—Se nota que no prestas atención en el instituto —digo al ver que tiene un concepto equivocado de mí.

—¿Insinúas que no eres inteligente?

—No lo soy —digo sincera.

—Claro que lo eres, más que todos esos que van de sabiondos, pero te da miedo mostrarlo.

Me sonrojo y no sé qué contestar ante su piropo; ¿cree que soy inteligente? Continuamos bromeando y sin darnos cuenta, nos tiramos toda la tarde preguntándonos el uno al otro, posibles

preguntas de examen. Yo me sé pocas, pero Samuel no se sabe ni una y hace que me sienta un poco mejor.

CAPÍTULO 39

Sofía

Ya no queda nada para empezar las vacaciones y tengo que reconocer que eso me ha motivado mucho durante estos últimos días, días en los que la tensión en casa ha disminuido un poco al haber cedido ante las paranoias de mi padre. En realidad, lo único que he hecho ha sido encerrarme y estudiar como una condenada, por lo que parece haberse relajado un poco.

Después de clase, me dirijo hacia la casa de Justin Reed para poder hacer un trabajo en parejas, pareja que evidentemente no he elegido de forma voluntaria. Sin embargo, cuando salgo de clase y no veo a Justin por ninguna parte, le escribo.

«¿Dónde estás?»

Al ver que no contesta, le envío otro mensaje.

«¿Recuerdas que tenemos que hacer un trabajo?»

A los dos minutos se conecta y escribe rápidamente.

«Estoy fumando en el parque con unos amigos, seguro que el trabajo te queda genial».

Será imbécil.

Tras su mensaje, me detengo en el Danielle's y me quedo allí, haciendo el trabajo sola. Sin darme cuenta, las horas pasan volando y el cielo ha oscurecido y cuando miro mi móvil me altero al ver veinte llamadas perdidas de mi padre, por lo que lo llamo.

—¡SOFÍA MEYER! —Tal y como esperaba…

—Papá —digo en tono calmado.

—¿SE PUEDE SABER DÓNDE ESTÁS?

—Te avisé ayer. Tenía que hacer un trabajo en casa de un compañero…

—¿Qué? ¿En su casa? ¿No podía ser en la biblioteca?

—Tranquilo —digo suspirando—, no se ha presentado así que lo he hecho en Danielle's.

—¿Y por qué no lo has hecho en casa? ¡Y no permitas que te manipulen! Ese compañero tuyo tiene los días contados.

—¡Papá! ¡Cálmate! —digo en voz baja, al ver como algunos clientes me observan y es que sus gritos atraviesan la maldita pantalla.

—¡No me calmo! ¡Abusan de tu inteligencia y no lo voy a permitir! ¡Y ven de inmediato a casa, no te quiero por ahí!

—Ahora voy. —Cuelgo antes de darle tiempo a contestar y salgo de Danielle's tan rápido como puedo; no sin antes pagarle a Ellie.

Camino calle abajo en dirección a casa, pero me detengo al oír un estruendo, parecido al sonido de alguien tirando la basura. Miro por mera curiosidad y me quedo estupefacta al reconocer esa maldita calle. La voy a titular como la calle del beso. Pero me sorprendo aún más cuando veo que quien tira la basura es nada más y nada menos que el profesor Barnes. Sin darme cuenta, mis piernas avanzan para confirmar que no estoy soñando y que es él.

—¿Sofía? —dice él mirándome a lo lejos, mientras yo me acerco confirmando mis sospechas.

—Esto… hola… —digo a secas.

—¿Qué haces por aquí? —dice en tono amigable.

—Nada, volvía de Danielle's y…

—Siempre vas allí a estudiar —afirma más que pregunta.

—Digamos que es mi remanso de paz.

—Problemas en casa, eh —dice apoyando una mano en mi hombro y no puedo evitar tragar saliva.

—Ahora mismo es el último lugar al que iría, lo único que me libera es ir a Danielle's o leer libros.

—¿Leyendo te liberas?

—Por lo menos desconecto y olvido que estoy en casa —contesto sonriente.

—Yo tengo una colección de libros —dice él andando hacia su casa, y yo lo sigo—; mientras estudiaba, me ayudaban a desconectar del estrés.

—Te entiendo. —Llegamos a la puerta y él se detiene, pensativo.

—Bueno…, ¿quieres pasar? —dice él abriendo la puerta de casa.

—¿Qué? —digo incrédula, a lo que él sacude su cabeza y añade:

—A ver la colección. —Se encoge de hombros y al instante dice—. Olvídalo, perdona.

—Hay un montón de motivos por las que no debería… —pienso en voz alta.

—Tienes razón —asiente autoconvenciéndose.

—No…, bueno…, quizá…, podría pasar un rato… Si no…, si no te importa. —¿Por qué acabo de aceptar?

—Tengo un montón de libros que te encantarán —dice ilusionado.

Al entrar, veo su felpudo marrón con una llave y una palabra: «*Alohomora*».

¡No puedo creerlo! ¿Es fan de Harry Potter?

He de decir que tengo adicción por esta saga, estuve tan obsesionada durante un tiempo, que tuve que dejar de verla para poder superarla. Si me dijeran de empezarla otra vez, la volvería a ver una y mil veces. No tengo límites con Harry Potter.

—Bienvenida a mi humilde morada.

Miro al interior de la casa y veo un luminoso y acogedor piso, con suelo de madera y paredes blancas llenas de cuadros en blanco y negro.

El salón está conectado a la cocina, lo que hace todo más cómodo y práctico. En el fondo hay una puerta que lleva a un pasillo con lo que parece un baño. Es un piso simple, pero con pequeños detalles personales que le dan un buen ambiente y una sensación hogareña. Cuando entré no esperaba que fuera tan moderna.

Observo la enorme estantería con una inmensa colección de libros, encerrados en una especie de vidriera. Dentro, además de libros, hay pequeños detalles, como papeles, cuadros y objetos personales. Entre ellos, veo una taza de Harry Potter. Todo está perfectamente ordenado, tan ordenado que parece hasta obsesivo.

—¿Friki de Harry Potter? —Le miro cruzando mis brazos a la espera de una buena respuesta.

—No serás una *muggle* —dice en tono preocupado.

—Eso jamás, pero dime de qué casa eres, para saber si irme de aquí ahora mismo o no.

—Soy *Hufflepuf.*

—Mmm —finjo meditar mi respuesta mientras paseo por la sala—. Yo soy…

—*Ravenclaw* —dice él para mi sorpresa.

—¿Cómo lo has sabido?

—Sumamente inteligente, creativa… —Sonrío tímidamente y él parece ruborizarse, porque su rostro se vuelve rojo—. Bueno, ¿alguno que te guste? —dice señalando la estantería.

—Oh, sí, este de aquí. —Le señalo uno de *Gerónimo Stilton*.

—Oh, venga —se queja—, tenía ocho años cuando los leía.

—No te juzgo —digo observando la gran cantidad de libros de la estantería—, yo también los leía.

—A veces creo que tenemos mucho en común —dice él pensativo.

—Bueno…, creo que la mitad de la población ha leído *Gerónimo Stilton*, Barnes.

—¿Tú crees? Opino que la mitad de la población no ha leído un libro entero en su vida.

—Eso no te lo discuto

El sonido del timbre interrumpe nuestra conversación y me devuelve al mundo real. Edgar pone una mueca y se acerca a la puerta, extrañado.

—Es el director Henderson —dice él pálido en un susurro.

—¿Qué? —digo tapando mi boca, deseando desaparecer—. Si es una broma…

—¡No es una broma! —dice alterado—. Si me llega a ver con una alumna… —Durante unos instantes se hace un silencio desesperante, pero reacciono en busca de una salida.

—Me escondo —digo andando por la sala, en busca de un lugar decente.

Me voy hacia el mueble de al lado de la tele y me escondo en lo que parece un enorme armario de ropa. Me escondo entre las camisas de Barnes y su olor inunda mis fosas nasales. Todas sus camisas huelen a su colonia y empiezo a asfixiarme, pero por nada del mundo pienso salir de aquí.

Escucho cómo él le abre la puerta al señor Henderson. Se saludan amigablemente y el señor Henderson comienza a irse por las ramas, como siempre. Finalmente, menciona algo de unos rumores, que hace que me altere de inmediato.

¿Y si algún alumno nos ha visto hablar demasiado? A ver, tampoco es que haya pasado nada… ¡Qué digo! ¡Estoy metida en su maldito armario!

El señor Henderson le informa a Barnes acerca del rumor, algo relacionado con que en su pasado había abusado de su posición como profesor para conquistar a una alumna. Pero Barnes se justifica enseguida explicándole que nunca fue su alumna ni mucho menos abusó de su posición. Finalmente, el director le aconseja que vaya con cuidado con los rumores y que use su cabeza… y tras un saludo, se va.

Tras oír el portazo salgo con cautela, temiendo aún por encontrar al director. Miro hacia la puerta y veo a Edgar pasando la mano por su cabeza, frustrado.

—¿Cómo estás? —le digo acercándome a él.

—Creo que es mejor que te vayas —dice él serio mirando al suelo.

—¿Qué? —Le miro confundida.

—No quiero…, no quiero que tengamos problemas —dice con mirada fría.

Se forma un silencio entre ambos y pregunto por la conversación.

—¿Es verdad lo de la alumna? —digo sigilosa.

—¡No! Jamás abusaría de mi posición como profesor.

—No me refería a eso —me explico—, me refería a que tienes una ex.

—Sí, estudiábamos en la misma universidad, la de Inglaterra, después me hice profe en esa misma universidad, pero nunca le di clases, solo nos llevábamos dos años.

—¿Y qué pasó con ella? —No puedo evitar sentir curiosidad.

—Se graduó y se fue —dice poco interesado en el tema.

—Se fue…, ¿del país?

—No…, ella se graduó y se fue a trabajar a un instituto. Habíamos roto y le vino de perlas la oportunidad de trabajar en un instituto y no volver a verme. Yo volví a Maytown, donde me crie

y no volví a saber de ella.

—Ah…

—En serio, es mejor que te vayas. —Abre la puerta del edificio asegurándose que no haya nadie.

—Sí…, seguro que me están esperando —digo estresada al recordar los gritos de mi padre.

—Siento que hayas tenido que esconderte —dice él frustrado.

—Esto…, no pasa nada —digo en un susurro y salgo de allí a toda prisa.

No he podido evitar sentirme molesta al ver cómo me echaba, no es que no lo entienda, pero por un momento me había sentido tan bien…, desconectada de mis problemas, hablando de libros… Cuando entro en casa, mi padre me avasalla a preguntas y quejas, pero lo ignoro subiendo a mi cuarto, soltando un fuerte soplido.

CAPÍTULO 40

Sofía

Por fin llega la Navidad, la época favorita de la friki de Kath. Ha venido el último día de clase con su jersey navideño y nos ha obligado a todos a ir a Danielle's a merendar tortitas con chocolate caliente. Nadie se lo ha negado porque sabíamos que era una batalla perdida.

En la última clase, el señor Barnes nos manda a leer Romeo y Julieta. Ya lo hemos comentado en clase, pero ahora quiere que lo leamos durante las vacaciones para que en el segundo semestre nos pueda hacer un examen. Cuando suena el timbre, Izan pasa por mi lado y me da un papelito, acto seguido, se esfuma de clase y desaparece. Alex frunce el ceño y empiezo a imaginar lo que está pasando.

Genial, un pretendiente. Salgo con la nota rezando por que no sea eso, una carta de amor. Kath me sigue desesperada como la cotilla que es y yo la fulmino con la mirada, pero ella me dedica una sonrisa exagerada.

Ya en el pasillo abro la nota con Kath, y juntas leemos.

«No me atrevo en persona, pero desde hace tiempo quiero pedirte una cita. Entenderé si dices que no, pero tenía que intentarlo. Me gustas desde siempre Sof. Izan».

—¡Qué tierno! —dice Kath.

—¿Tierno? Eso es como decir que te da pena.

—Bueno, el pobre lo intenta. ¿Por qué no pruebas? Puede que tenga un lado secreto y no sea tan rarito.

—No —me niego en banda.

—¿Por?

—Porque…, no me gusta. —Es la verdad, Izan es simpático y atento, pero lo veo como un amigo.

—Venga ya, Sof, deberías darle una oportunidad. Es un chico callado y reservado, pero es inteligente y simpático, tampoco es feo, es un chico normal… —me intenta convencer y razón no le falta, pero simplemente no me llama la atención.

—Es que… —Llega Alex y se abalanza sobre mí.

—¡¿Qué mierdas pone la nota!?

—Le ha pedido una cita —responde Kath, y yo tiendo la mano enseñándole el papel.

—Deberías darle una oportunidad.

—Lo ves —dice Kath—, no me escuchas.

—Si no te gusta, pues no vuelvas a quedar con él —afirma Alex—. El chico es mono, listo y no está tan mal…

—Ay, no sé —dudo—, puede ser.

No sé por qué, pero a mi mente llega la imagen de Barnes, observando todo el panorama. Creo que desde el beso estoy confusa y no creo que quedar con Izan aclare mis sentimientos, más bien complicará todo.

Suspiro frustrada, porque no solo me da pena hacerle posibles ilusiones a Izan, sino que siento que no quiero hacer esto. A pesar de mis pensamientos, opto por hacerle caso a las chicas

e intento darle una oportunidad, a pesar de que no es que me haga especial ilusión tener una cita con Izan.

CAPÍTULO 41

Alex

Las notas del primer semestre están colgadas ya en la web del instituto, por lo que enciendo a toda velocidad mi ordenador y entro a mi cuenta. La verdad, no me puedo quejar, todo está aprobado. No puedo evitar pegar un salto en la cama y llamar a Samu para comentarle mis resultados.

Las vacaciones empezaron hace dos días y desde el último día de clase no hemos hablado. Sé que está preparando algo gordo y extravagante para su fiesta de Año Nuevo, así que no he querido molestarle, y yo he decidido descansar y ver todas las series que se me habían acumulado desde septiembre.

Marco su número y le doy a llamar, y al segundo tono me contesta con voz agitada.

—¿Hola? —dice él en un suspiro—. ¿Qué tal tus notas? Seguro que todo aprobado, maldita —afirma envidioso, pero con tono alegre.

—Sí… —digo emocionada—, quería saber si por algún milagro de Dios no te había ido tan mal como esperabas.

—Pues Dios no ha querido obrar milagros y me ha ido peor de lo que pensaba.

—Pero el último examen lo clavaste, ¿no? —pregunto.

—Si a clavarla te refieres a sacar un cinco…, la clavé.

—Bueno, algo es algo, el próximo semestre te ayudo y así apruebas. Por cierto, ¿me vas a contar ya lo de tu fiesta? —cambio de tema recordando su idea de realizar una fiesta de Año Nuevo.

—He pensado en hacer una fiesta de disfraces, donde todos nos vistamos como queramos, cada uno que elija su temática y que vaya como quiera disfrazado, a su gusto, y hacer un concurso de disfraces. —Parece entusiasmado y su idea me resulta alucinante.

—Dios, ¡ya tengo ganas de ir! —digo llevándome las manos a la boca de la emoción.

—Los disfraces serán sorpresa, para que sea más…, interesante —dice él.

—Me encanta.

—¿Alguna idea de cómo irás? —dice él curioso.

—Ya lo tengo decidido —digo tranquila.

—¿Y no me vas a decir de qué?

—Me lo pienso… —hago una pausa—, ya me lo he pensado… ¡No! —Noto cómo pone los ojos en blanco, aunque no puedo verle.

—Vale, no me lo digas, yo tampoco te diré el mío.

—Eres tan infantil. —Me río de su absurdo enfado.

Cuando cuelgo les cuento la novedad de la fiesta de Fin de Año a las chicas, pero ellas ya lo saben. Me arruinan la ilusión con su contestación. ¿Cómo es que ya lo saben? Entro al grupo de clase y veo que Samuel ya ha informado sobre la fiesta hace unos cinco minutos.

«Cabrón, se me adelantó».

CAPÍTULO 42

Sofía

No puedo negar que la cena de Navidad es una de las mejores del año. La comida de mi madre está exquisita y es la única noche del año en la que mi padre parece relajarse. Aunque es el típico grinch que odia la Navidad, en la cena de Nochebuena disfruta de reunirse con su familia. Mis tíos, mis abuelos, mis tías…, todos en la mesa compartiendo un rato familiar.

La silla vacía de Abigaíl le obliga a recordar que hay un plato que no será servido esta noche. Hay un sitio que se vació un día y ya nadie podrá llenarlo. Sé que le duele, pero, aunque el dolor no se va, la alegría se va recuperando, la vida continúa, y aunque tiene sus obsesiones y su locura controladora, esta noche me permito quererlo y dejar pasar sus comentarios negativos, porque sé que en el fondo son de dolor, por no tener aquí a su hija mayor.

—Abigaíl era tan perfecta —dice mi tía Ruth.

—Sí, era tan guapa e independiente —añade mi otra tía. Pongo los ojos en blanco al oír sus comentarios, hablan de Abigaíl como si fuera la sobrina predilecta, la santa de la familia, la pobre Abi, cuando sé que se quejaban de ella cada vez que venía vestida como quería y hacía lo que le daba la gana.

—¿Y tú, qué, niña? ¿Tienes pareja?

—No.

—Bueno, ya encontrarás a alguien —dice con una risita.

—O acabarás como nosotras. —Mi tía Ruth se ríe y yo casi me ahogo bebiendo agua.

Mis tías siempre han sido unas malas bichas, Abigaíl siempre fue rebelde y valiente, enfrentaba a todo el mundo y no temía por lo que pensaran los demás de ella. Yo no tenía nada que ver con ella, nunca les llevo la contraria e intento fingir que me interesa lo que cuentan.

Debaten sobre si estoy más gorda o delgada, y cómo me queda el vestido que llevo puesto. Me entran ganas de lanzarles un vaso, pero no quiero arruinar el momento, así que sonrío y me concentro en otra cosa.

Cojo mi móvil y cotilleo las redes, ignorando las conversaciones banales. Entro al chat de Facebook y le deseo una feliz Navidad a Barnes. No sé por qué, pero desde que han empezado las vacaciones no he dejado de pensar en él.

Al final de la noche, después de las doce, mis tías se despiden y la cena termina. Me pongo ropa cómoda y me tumbo en la cama, suspirando. Miro de nuevo el móvil y veo que Barnes me ha contestado.

«¡Igualmente, Sofía! Espero que no eches mucho de menos las clases».

«En realidad sí», le confieso.

«Eso es porque me echas de menos a mí», sonrío al ver su atrevimiento.

«¿Qué tal tu Nochebuena?», pregunto unos segundos después.

«Noche loca», me contesta al instante y vuelvo a reírme.

«¿Estás borracho, profesor Barnes?»

«Me has descubierto Sof».

«Qué suerte», le confieso.

«Pues ven»

Detengo la fluida conversación suspirando ante la pantalla. ¿Quiero hacer una locura? Quiero hacerla. ¿Me matarán como me escape de casa? Seguro.

Se desconecta y muerdo mi labio inferior, tensa. Escribo y borro tres veces y al final contesto.

«¿Me estás invitando a tu casa llena de amigos?»

«Estoy solo, todos se han ido ya».

«Estás loco invitando a una alumna».

«A veces me gustaría olvidar que eres mi alumna».

Me levanto instintivamente y me calzo los zapatos. Abro la puerta sigilosa y pongo el oído. Todo está oscuro y tranquilo, por lo que cojo las llaves del coche y salgo en la oscuridad.

CAPÍTULO 43

Alex

Llevo un jersey con la cara de Santa Claus y un gorro navideño rojo. Me siento estúpida vestida así, me encantaría ir con mi jersey negro y mis zapatillas, pero ir a casa de los Brown significa volverte un friki de la Navidad.

Robert y Celeste Brown, los padres de Kath, siempre han amado la Navidad. Su casa es siempre la más decorada de toda la calle, por no hablar de que comienzan su campaña navideña el uno de diciembre, y terminan de quitar todo en febrero.

Kath se contagió de la obsesión por la Navidad con solo tres años, ya para entonces nos invitaban a pasar la Nochebuena a mi padre y a mí. Mi madre nunca vino, odiaba a esa familia. No sé por qué, si son de lo más agradables.

Salgo de casa con mi padre y cruzamos a casa de Kath. Llevamos unos regalos y un vino, como cada año. Esta vez se han superado. Han decorado todo por dentro con luces y guirnaldas verdes. Hay pequeños detalles en rojo, pero todo es muy rústico y hogareño.

Dejamos los regalos en la entrada y pasamos al salón, donde hay una enorme mesa con un mantel rojo. El pavo está preparado en el centro de la mesa y los padres de Kath se levantan para saludarnos. Además de los padres de Kath, están sentados sus abuelos y algunos vecinos del barrio.

Celeste Brown sirve el pavo y hacemos un brindis antes de comenzar a comer

—Por este vecindario —dice ella con entusiasmo, y todos brindamos.

Y lo cierto es que este no es un barrio normal, todos los vecinos nos llevamos de lujo y nunca ha habido problemas, Celeste y Robert, los padres de Kath siempre han acogido vecinos, sobre todo, aquellos con pocos parientes, para las cenas de Nochebuena, y poco a poco se ha ido formando una pequeña familia.

La cena es muy agradable y aunque odio socializar, por un día me permito escuchar las anécdotas de los mayores e interactuar con ellos, contándoles mis planes de futuro.

—Me encantaría ir a la Universidad de Maytown. No es la mejor, pero está en el pueblo y me encantaría quedarme con mi padre, aunque él insiste en que me vaya —les comento a todos.

—Tienes que irte, Alex, tu padre lleva razón —dice una de las vecinas.

—Vente conmigo a Stanford —dice Kath.

—¿Ya sabes qué estudiarás?

—No tengo ni la menor idea —me confiesa con frustración y yo le dedico una sonrisa.

Nos pasamos las horas conversando hasta que mi móvil se ilumina y vibra en mi muslo, por lo que me levanto amablemente y me dirijo a otra sala para atender la videollamada entrante de Samuel.

—¡Feliz Navidad…! —comienza a decir Samuel con una copa en la mano, pero se detiene en cuanto me ve y suelta una carcajada exagerada.

—¿Qué? —le espeto

—Qué bonito jersey. —Me sonrojo y tapo instintivamente al maldito Santa Claus.

—Todo es culpa de Kath, me ha obligado.

—¿Por qué no vienes así a la fiesta de disfraces? —continúa riéndose.

—Vuelve a reírte de mi jersey de Santa Claus y prometo ir yo misma hasta tu casa a pegarte.

—Si vienes que sea con eso puesto —se ríe y añade—. Por favor, ven; así te hago una foto.

—¿Quieres parar? No es gracioso —digo ofendida.

—Vale, vale… ya paro.

Cuando vuelvo a la mesa, los más mayores y aburridos se están despidiendo, parece ser que ya se van. Solo quedamos mi padre, los Brown y yo.

Kath y yo vamos a su cuarto y hablamos sobre la fiesta de Fin de Año.

Cuando le comento mi disfraz, me asegura que le encanta, dice que me pega mucho y es acorde a mi personalidad.

Volvemos al salón y justo antes de irnos nuestros padres nos dicen de abrir los regalos. Entonces Kath abre el suyo y vemos lo que le han regalado sus padres, es un móvil. La pobre seguía con uno de repuesto desde septiembre, desde el incidente con el borracho. Su cara está llena de ilusión y sus padres parecen satisfechos.

Cuando abro el mío no puedo evitar chillar. Mi padre me ha regalado unas llaves, lo que significa que tengo coche nuevo. Llevábamos un año ahorrando para comprarme uno, pero no esperaba que llegaría tan pronto. Chillo como una loca y salgo al jardín para verlo aparcado.

Es un descapotable rojo, y aunque sé que no es nuevo, para mí es el mejor regalo de la historia.

—Se acabó ir con las ventanillas bajas, ahora iremos chillando sin techo cómo dos locas —dice Kath emocionada.

Yo solo asiento y vuelvo a gritar de emoción, no puedo creerlo.

Después de los regalos, nos despedimos y nos vamos a casa, pero no sin antes dar una vuelta mi padre y yo en el descapotable, con nuestras canciones favoritas a todo volumen.

CAPÍTULO 44

Sofía

Conduzco hasta su calle y aparco el coche frente a su portal, toco el timbre de su piso y la puerta se abre al instante. Subo las escaleras hasta que llego a su puerta. Me planteo dar media vuelta y salir de allí, pero la adrenalina de lo prohibido me incita a avanzar.

—¿Barnes? —pregunto empujando la puerta suavemente, que está entreabierta.

—¡Has venido! —dice él en tono alegre, acercándose a cerrar la puerta tras de mí.

—Estás peor de lo que pensaba —me río al ver cómo anda dando tumbos.

—P…, puede ser —dice pestañeando exageradamente—. Estás muy guapa.

—Mira mis pintas. —Señalo mi sudadera roñosa de dormir—. Estoy hecha un asco.

—Yo…, yo te veo muy guapa —carraspea—, como siempre. —Me sonrojo y no puedo evitar sentirme un poco incómoda.

—No sé si venir ha sido buena idea —confieso y se forma un denso silencio entre ambos hasta que añado—. ¿Tienes más de eso? —Señalo la botella de alcohol.

—Si crees que no es buena idea que hayas venido, imagina si encima te doy alcohol.

—Ya he bebido otras veces —confieso—, no me voy a morir.

—Vaaale —dice él andando hacia una estantería llena de botellas de vino—. ¿Qué quieres?

—Lo que sea. —Ando cautelosa hasta el sofá y me siento, dejando la chaqueta a un lado.

Comenzamos a hablar sobre nuestra cena familiar, le comento que tengo dos tías insoportables, aunque a Edgar le resulta imposible imaginar a alguien peor que a mi padre, me pregunto por qué le pone tan nervioso, pero él no encuentra una respuesta coherente.

—Quizá es por…, bueno, es obvio que entre nosotros hay…, tensión —confieso.

—Tensión —repite, pensativo.

—¿No? ¿Si no qué hago aquí?

—¿Tensión de qué tipo? —dice él clavando la vista en mis ojos.

—¿Es que hay diferentes tipos de tensión?

—Yo solo conozco una —confiesa.

—¿Cuál?

—La sexual.

Le doy otro sorbo a mi copa evitando contestar, mientras noto mis mejillas ardiendo por el bochorno del momento. ¿Estoy hablando de estas cosas con mi profesor?

—¿Y crees que eso es lo que nos pasa? —pregunto mirando fijamente al interior de mi copa casi vacía.

—¿Que nos tenemos ganas? —dice él en un susurro—. Sí. —Noto su mirada clavada en mi rostro y me atrevo a mirarle directamente.

—Pues no deberíamos… —digo en voz baja, casi para mí—, está mal.

—Está muy mal… —suelta tras un suspiro, pensativo, mientras con sus dedos remueve su pelo.

—Las consecuencias… —digo preocupada—, son casi peores para ti que para mí. —La distancia entre nosotros se ha ido acortando y de pronto estamos bastante más pegados el uno al

otro.

—Yo no estoy preocupado por mí —confiesa.

—Eso es porque estás borracho —me río.

—Tienes razón —admite—, esto es una locura —dice mirando mis labios y yo trago saliva.

—¿Y qué hacemos? —susurro mirando sus labios también.

—Lo que queramos —dice él.

—Si hago lo que quiero, esto va a acabar muy mal.

—Pues que no acabe. —Y con esa última frase, pega sus labios a los míos.

Pongo mis manos en su pelo mientras él pasa las yemas de sus dedos por mis mejillas. Sus labios son suaves y arden, sus movimientos no son bruscos, sino delicados, pero fogosos. Durante un breve momento nos separamos y besa mi cuello. Siento un hormigueo por todo mi cuerpo y mi piel se eriza al instante.

—Quizá… —dice él entre besos—, deberíamos parar.

—Puede ser —le susurro, pero ninguno cede.

Separa las manos de mis mejillas y rodea mi cuerpo con ellas, con un suave movimiento tira de mí y me sienta sobre su regazo. Durante un segundo desconecto del mundo y suspiro cuando él acaricia mi espalda mientras besa mis labios con intensidad. Yo bajo mis manos hasta su pecho y nos separamos un instante, con la respiración un poco agitada. Ese breve instante me devuelve a la realidad.

—No deberíamos… —Me siento de nuevo en el sofá—. Estamos muy borrachos.

—Esto ha sido por el alcohol —se convence.

—Sí —admito más para mí que para él—. Me tengo que ir. —Me levanto y me pongo la chaqueta mientras él peina sus oscuros rizos con sus dedos.

—¿Necesitas que pida un taxi o algo?

—No, tranquilo, —Cojo mis cosas y me acerco a la puerta—, he traído mi coche.

—No vas a coger el coche, estás borracha —dice él deteniéndome.

—Tranquilo, ya estoy mejor y son solo tres calles —confieso.

—Ten cuidado, Sof, por favor.

—No deberías llamarme así —confieso—. Luego en clase… —Me interrumpe.

—Hoy puedo hacerlo, tú me has llamado Edgar. —Me dedica una sonrisa picarona y besa brevemente mis labios, lo que me pilla por sorpresa, pero no puedo negar que me gusta.

—Adiós, Edgar —digo en un susurro.

Salgo del apartamento haciendo el menor ruido posible y conduzco con cautela, aunque lo cierto es que ya no me siento tan mal. Lo bueno de vivir en un pueblo es que las distancias son realmente cortas. Cuando llego a casa, subo de puntillas y entro en mi cuarto sigilosamente. Por suerte, mi padre ronca y mi madre está inmersa en un profundo sueño, porque habla sola. Me tumbo en la cama y paso mi mano por mi frente, mientras suspiro.

¿Qué estoy haciendo?

CAPÍTULO 45

Kath

El día de Navidad se pasa volando rodeados de regalos, reuniones familiares interminables y sobras de comida en cada rincón de la nevera.

Agotada antes de que empiece el día, me levanto de la cama y me visto para trabajar. La calle está vacía y en la tienda no entra prácticamente nadie. Me canso de doblar y arreglar camisetas, por lo que cuento el dinero, limpio el suelo y miro el móvil. Solo quedan quince minutos para irme y que entre mi compañera a hacer el turno de cerrar, cuando entran un par de personas y me entretienen en mi último rato del día trabajando. Les ayudo a probarse ropa y al final terminan comprándose unos zapatos.

Cuando llega mi compañera, la saludo y me voy pitando al piso de arriba, al baño, para quitarme el uniforme. Salgo del baño y cuando bajo las escaleras veo una cara conocida. Otra vez. Ya es la segunda vez o la tercera que se pasa. Está mirando lo que parece un vestido blanco con cara de asco. Como si estuviera matando el tiempo esperando a alguien. Entonces levanta la vista y me ve. Pasa de estar totalmente serio a sonreír con malicia.

¿Qué trama?

—Hola —le digo confusa—. ¿Qué haces aquí? En esta tienda no hay casi ropa de chico. —Niego con la cabeza, alzando las cejas.

—¿Ah no? ¿Y qué me dices de esto? —Coge unos calcetines de colorines.

—Son de chica.

—¿Y si me los quiero poner? —Desciende los calcetines hacia sus pies comprobando la talla.

—Son horribles —digo sincera.

—Me ofendes —dice él sarcástico—. ¿Qué clase de vendedora eres tú? Te van a echar con esa actitud.

—Me echarán como me vean perdiendo el tiempo contigo.

—Yo no lo llamaría perder el tiempo —dice él pensativo—, pero si solo soy un cliente que quiere tu atención…

—¿Te divierte estorbarme?

—Puede ser…

—¿Vas a comprar algo de verdad?

—¡Estos calcetines! —insiste.

—Hablo en serio, son horribles —le advierto.

—Pues pienso llevarlos a todas partes… La verdad es que le estoy cogiendo cariño a esta tienda.

—Antes de que yo trabajara aquí, ¿cuántas veces has venido?

—¿En total? Un enorme total de cero unidades.

—O sea que vienes por mí.

—Bueno, solo te ha costado pillarlo un par de semanas. He venido a buscarte y a animar tu día, debe de ser una mierda trabajar en vacaciones de Navidad.

Ya te digo. Me quedo seria y pensativa, intentando entender por qué me viene a ver por

sorpresa, quiero decirle que no pienso ir con él, que no nos conocemos, pero no puedo resistirme y tengo curiosidad.

—¿Por qué estás tan seguro de que voy a aceptar ir contigo si ni nos conocemos?

—¿Tienes algo más interesante que pasar la tarde con Eric West?

—Hasta ahora ni sabía tu apellido —le confieso demostrándole que no sabemos nada el uno del otro.

—Venga, Kate, no seas coñazo.

Me coge suavemente del brazo y me lleva hasta su coche.

Es un coche negro muy nuevo, está limpio, pulcro y perfecto tanto por fuera como por dentro, que huele a coco por el ambientador. Me subo en el asiento de copiloto sin pensármelo mucho.

Miro por la ventanilla durante todo el camino. Al principio reconozco las calles del pueblo, pero poco a poco comenzamos a perdernos en la carretera rumbo a una dirección desconocida. No quiero decir nada y él tampoco habla, solo se escucha la radio, donde cambia de canción cada dos por tres.

—¿Puedes dejar una canción entera?

—No —dice él cambiando de emisora por enésima vez—. Esta, esta es la buena. —Sube el volumen a tope y acelera.

Comienza a sonar la canción de *Please don't go,* de *Joel Adams*, y lo miro frunciendo el ceño, extrañada al ver que balancea la cabeza al ritmo de la música mientras sus manos están colocadas en el volante.

No digo nada, de hecho, ya no me suena tan extraño que me llame de ese modo. Viajamos en silencio tarareando la melodía. La verdad es que la veo demasiado lenta, romántica y melosa para alguien como él. Aunque a mí me encanta y me alegra que tenga un poco de buen gusto, porque todas las anteriores eran horribles.

Después de un rato sin saber dónde mierda estamos, aparca en medio de la nada y se baja del coche, esperando a que yo haga lo mismo. Miro a mi alrededor y rezo porque no sea un psicópata a punto de asesinarme.

—¿Dónde estamos? —digo mientras le sigo por un sendero.

—En mi casa.

—¿No me habrás traído aquí para matarme? —le digo preocupada, él se ríe y niega con la cabeza.

—Miedica.

Andamos un buen rato y llegamos a una casa que está escondida. Está pegada a la playa, en Maytown, pero bastante alejada del centro del pueblo. Tiene unas vistas impresionantes, pero está muy desgastada y vieja. Se encuentra en mal estado y parece que necesita una reforma. Eric abre con la llave la casa y me invita a pasar, por dentro está mejor que por fuera. Es una casa normal, pero parece que le faltan cuidados. Tiene un balcón con vistas al mar que compensan todo.

Esta casa es como un diamante en bruto, está en medio de la nada, con vistas al mar y sin vecinos que molesten.

—Este es el mejor y el peor lugar del mundo —dice él colgando las llaves.

—¿Por? Está un poco vieja, y necesita limpieza, pero es preciosa —digo mirando lo luminosa y grande que es.

—Puede ser. —Con tan pocas palabras, me cuesta entenderlo.

—¿Y no hay nadie en casa? —pregunto al oír el silencio sepulcral de la misma.

—No —dice él yendo hacia la nevera.

Él coge una lata de cerveza y me ofrece una, yo niego y mientras le da un sorbo a su bebida, me indica con un gesto que lo siga. Lo sigo hasta el balcón y salimos para ver el mar. Hace un frío de muerte, pero merece la pena ver cómo el sol se pone a lo lejos. Se forma un silencio que genera paz. No es incómodo, sino relajante.

—Me encantan las vistas —le confieso—. ¿Qué significan tus tatuajes? —Llevo días esperando a hacer esta pregunta, y aunque no viene a cuento de nada, me mata la curiosidad.

—¿Cómo sabes que tengo tatuajes? —Me mira intensamente con una media sonrisa.

—Los vi, en los brazos.

—Ah, los de los brazos —dice serio mientras da otro sorbo a su bebida.

—¿Tienes más?

—Sí, pero necesitamos un poco más de confianza para que los veas.

No digo nada, solo me sonrojo y aparto la mirada, mientras él me mira con sonrisa pícara. Entonces se quita su sudadera tirando de la capucha.

—¿Qué haces? —le pregunto.

—Tranquila, Kate, que no me voy a desnudar aquí.

Se queda en manga corta, con una camiseta blanca y unas letras, dejando a la vista sus tatuajes. Miro hacia sus brazos sin disimulo y analizo cada tatuaje. Lleva dos nombres escritos en la parte posterior del brazo, con una letra bonita y delicada.

Silvia & Thomas

En su brazo derecho lleva una fecha y una frase:

20 de mayo

Somos lo que hacemos con lo que hicieron de nosotros.

Él sabe que llevo observándolo descaradamente más de un minuto, pero no parece importarle, porque mira a la nada con el rostro serio. Le da un trago a la botella y se enciende un cigarrillo, relajándose. Empiezo a sentirme incómoda, no quiero presionar a preguntas, pero me entra mucha intriga.

—Puedes preguntar solo sobre uno —dice él sin apartar la vista del mar.

Me lo pienso bien, no sé cuál elegir.

—El de la frase —digo al fin, es el que más profundo me parece.

—Me gusta la frase, puedes aplicarla a muchas situaciones de la vida. Estamos hechos de las cosas que nos pasan, de las experiencias, de lo que vivimos y de lo que hacen con nosotros —dice impasible—. No pensé que preguntarías por ese. —Su tono suena decepcionado por mi elección.

Miro al suelo incómoda, no sé qué decir, y su actitud parece haber cambiado. En el coche parecía alegre, estaba disfrutando, ahora parece molesto, como si hubiera hecho algo.

—Cuéntame también sobre los otros —insisto—, por favor.

—Eres cotilla, Katie, ¿eh? —dice sonriente.

—¿Cómo me acabas de llamar? —Lo fulmino con la mirada.

—Kate me gusta, pero viendo tu reacción a Katie, creo que voy a comenzar a llamarte así.

—Vuelve a llamarme así y empezaré a llamarte Cedrik, de verdad.

—Vale, vale. —Alza los brazos rindiéndose y le da otra calada a su cigarro—. La fecha y los nombres son de lo mismo. Mis padres… —dice él mirando ahora hacia el suelo, cruzando sus brazos y lamiendo sus labios, nervioso—. Es el día de su accidente. —Se enciende otro cigarrillo mientras observo sus ojos llenos de rabia.

Mi confusión se transforma en pena y aflicción. ¿No tiene padres? No quiero preguntar, nos

acabamos de conocer y no quiero ser irrespetuosa, por lo que pregunto de la mejor forma posible, compartiéndole una mirada de compasión.

—¿Qué les pasó? —Él tarda en contestar, y sé que revive un recuerdo al ver sus ojos tristes y furiosos.

—Tuvimos un accidente. Un coche chocó con el nuestro y se dio a la fuga. Mis padres murieron en el acto y yo tenía solo cinco años. Pero yo salí ileso, de milagro.

Sé que cada palabra le pesa y hace que el dolor reaparezca. Pongo mi mano sobre su hombro y le dedico un «lo siento», entonces él se aparta y cambia de tema.

—No es lo primero que cuento cuando conozco a una chica. —Me dedica una sonrisa ladeada—. Y tú, cuándo te fijaste en mis tatuajes? —Me mira con malicia.

—El primer día que nos encontramos en mi trabajo —digo colocando el mechón de pelo de mi cara.

—¿Quieres ver los otros? —dice mirándome fijamente. Me sale una risita nerviosa y no sé qué responder a eso.

—Depende. —Una respuesta bastante penosa.

—¿De qué?

—De donde estén. —Él sonríe.

—Te noto pervertida —dice él burlándose.

—Imbécil. —Amago con la mano como si fuera a pegarle, entonces se gira, levanta su camiseta y veo un tatuaje en su espalda. No es enorme, pero tampoco pasa desapercibido. He de decir que le queda de maravilla. Es un corazón con unas alas y unos dibujos abstractos—. ¡Guau! —me sale decir.

—Ya no tengo más —dice colocándose la camiseta—, tranquila, que no verás nada indecente. —Vuelve a mirarme con malicia.

—Una pregunta —digo cambiando de tema.

—¿Más preguntas, Kate? —Su tono es cansado, pero, aun así, insisto.

—¿Siempre fumas y bebes tanto? —Observo como expulsa el humo por su boca pensando en qué responder.

—Solo cuando me estreso.

—¿Y ahora estás estresado? —digo extrañada, pero me ignora y finalmente suelta.

—Tú me estresas —confiesa.

—Oye, es la segunda vez que me dices eso —me quejo.

—Basta de preguntas. —Me guiña un ojo.

Nos quedamos en silencio, disfrutando de las vistas. Sin darme cuenta, el sol se ha puesto y es de noche, y llevo horas con un desconocido en medio de la nada. Noto que mi móvil vibra y atiendo al ver que es mi madre. Alterada, me pide que regrese a casa, que ya es tarde y le indico a Eric con un gesto que nos vamos.

El camino de vuelta es menos incómodo. Nos pasamos todo el trayecto cambiando la radio en busca de una canción que nos guste a los dos, pero no encontramos nada. Nos reímos y me enfado cuando me prohíbe cambiarla.

Sin darnos cuenta, llegamos a la calle de mi casa gracias al GPS. Eric aparca frente a mi casa y se forma un silencio tenso cuando se apaga la radio. Nos miramos fijamente y por un momento, creo que me va a besar. Se acerca a mi boca y mi pulso se acelera. Él mira fijamente mis labios y la tensión aumenta. Es un segundo que se hace eterno a la espera de que estampe sus labios en los míos. Instintivamente, cierro los ojos, en vano, porque entonces tiende su mano para abrir la puerta de copiloto y me susurra.

—Adiós, Kate.

Tardo un segundo en reaccionar, entonces bajo del coche, aún con las piernas temblando y roja, notando mi cara ardiente por la tensión, por el casi beso. Él arranca el coche y me saluda, guiñándome el ojo.

—Nos vemos en casa de Samuel, Katie.

Mientras camino hacia la entrada, mi mente revive esos últimos segundos con él, y me siento extraña al ver cómo reacciona mi cuerpo al tenerlo tan cerca. Mi pulso se acelera y mis piernas tiemblan y no puedo evitar avergonzarme al pensar que a lo mejor se me nota demasiado.

CAPÍTULO 46

Sofía

No contengo la emoción, ¡hoy se acaba el año! Creo que de las ansias he llegado demasiado pronto. Mis padres, por una vez en su vida, han cedido ante la petición de ir de fiesta en Año Nuevo. Por supuesto han querido evitarlo a toda costa, pero no hay ni un solo adolescente de Maytown que se quede en casa en este día. Les ha venido muy bien la existencia de Samuel a mis padres, porque ambos creen que una fiesta en una casa es mucho más tranquila que una discoteca. Lo que no saben es que, aunque haya más control, viene a ser lo mismo.

Me acomodo el disfraz de alumna de Hogwarts al bajarme del coche mientras me despido de mis padres con la mano, esperando que se vayan, pero mi querido padre, Rupert, se queda mirando y se asegura que entro en la casa.

Al llegar, me arrepiento de mi disfraz. La música suena a todo volumen y ya está lleno de gente, aunque es pronto. Todos van con disfraces atrevidos y alguna que otra chica va casi en ropa interior por la casa. Con el frío que hace fuera, no sé cómo habrán conseguido llegar sin congelarse.

Busco a mis amigas por la casa, pero no las veo, creo que no han llegado aún. Entro al salón principal y veo muchos grupos, ando un poco hasta que identifico al mío. Están en un círculo y Samuel está con ellos. Matt va disfrazado de marinero, creo que él también está arrepentido de su disfraz. Miro a Thiago y a Mia y nos piropeamos los unos a los otros. Thiago va de preso y Mia va disfrazada de policía sexy, sin duda han dado en el clavo.

A su lado está sentado Justin Reed, bebiendo sin cesar, al lado de su hermana Claire Reed. Él va de bombero sexy, porque lleva solo un casco, con los pantalones y unas tiras sin camisetas. ¿Todo el mundo va a ir provocativo?

Miro a Claire y confirmo mi pensamiento anterior. Sin duda gana en la batalla de provocar a los invitados. Sé que los chicos de los otros grupos están mirándola, aunque ella solo mira a Samuel. Va vestida de gatita, un disfraz bastante típico que, sin duda para los chicos, es la chica mejor disfrazada. Lleva un encaje negro y unas orejas, además de que va pintada de gatita y lleva unas botas altas.

—Claire, estás muy guapa —la piropeo por una vez y me arrepiento al instante.

—Me encantaría poder decir lo mismo de ti, cariño —dice con maldad.

La ignoro y me siento al lado de Izan, que lleva desde mi llegada mirándome descaradamente, va disfrazado de Einstein, sin duda él no quiere ir provocativo, y está orgulloso de su disfraz, dice que ganará por ser el más original y el mejor adaptado. Yo me río de su confianza en sí mismo, aunque a veces es raro, tiene su carácter oculto gracioso cuando decide hablar.

Miro mi móvil esperando recibir un mensaje de Alex o Kath, pero no hay notificaciones. Desconecto un poco de las absurdas conversaciones y a mi mente llega Barnes, lo cierto es que desde aquel… beso, no he vuelto a saber nada de él. ¿Qué hago pensando en esto ahora? Cuando levanto la vista de la pantalla, veo entrar a las chicas en casa, por lo que me animo y ellas vienen hacia el grupo impresionadas por todos los disfraces.

CAPÍTULO 47

Alex

La casa rebosa de gente disfrazada formando miles de colores diferentes a juego con las luces de fiesta que hay colocadas en el techo. La música está demasiado alta, y la gente baila en la pista de baile improvisada montada en la sala principal, mientras otros se sirven bebidas o se sientan en los sofás. Kath va disfrazada de animadora de instituto Riverdale High, de la serie de Riverdale. Inspirada en la inteligente Betty Cooper, va vestida con el mismo traje de animadora con los colores azul, blanco y amarillo. Yo, en cambio, voy de una atracadora de un banco, de la serie de La casa de papel, pero lo tuneé en versión adolescente, y en vez de ponerme un mono rojo, llevo unos pantalones rojos idénticos, pero un top negro que marca mis pechos, y mejora mi figura.

Kath y yo buscamos a nuestro grupo en la pista de baile, pero no están. Miramos en la parte de los sofás y los vemos sentados con sus bebidas en el centro de la mesita, formando un círculo. Me alegra ver que Samuel está allí sentado con los de clase, porque la última vez no nos dedicó ni un minuto a los de Maytown High School.

Lo miro asombrada por su disfraz, va vestido de Jack Sparrow, de piratas del Caribe. Está realmente guapo y hasta creo que se ha pintado los ojos de negro. Me acerco a él y me besa nada más verlo. Me quedo perpleja al ver que lo hace delante de todos, pero es que ya todos lo saben y fingir que solo somos amigos sería raro.

Todos silban y gritan al ver nuestro simple beso, y yo no puedo evitar avergonzarme. Odio ser el centro de atención, pero pensé que no sería para tanto. Me siento incómoda y me quiero apartar, pero él me besa más fuerte dando a entender que los gritos de los demás no importan.

Kath y Sofía van juntas a buscar la urna para votar el mejor disfraz, yo iré después con Samuel, aunque él no pueda votar porque dice que es el anfitrión y «no vale», excusa que no entiendo.

Me siento a su lado y me sirvo en una copa una bebida roja que hay en la mesa. Sabe a fresa, no está nada mal, pero demasiado fuerte para mi gusto. Miro a Justin Reed y alucino al ver cómo va disfrazado, no me había percatado, confieso que estaba demasiado pendiente de Jack Sparrow.

—Dios, Reed, ¡estás increíble! —le digo como cumplido.

—Gracias —dice en tono borde y burlón Claire Reed.

—Me refería a tu hermano —aclaro, y Justin se gira extrañado ante mi cumplido, pero no dice nada, típico de él ser un maleducado.

—El que está increíble eres tú, Samu —dice Claire. No hace falta ser muy lista para saber que está colada por él, hecho que desata mis celos y me hace perder la cordura.

—Gracias, Claire —dice Samuel totalmente serio, mirando su móvil, prestándole la menor atención posible. Ella se percata y yo sonrío victoriosa, pero me fulmina con una mirada de superioridad y se retoca su maquillaje.

—Sin duda un pirata merece más una gatita que una ladrona cutre —dice Claire ofuscándome.

—¿Qué dices? —le digo con mirada asesina. Samuel reacciona dejando su móvil y

levantándose para interponerse entre ambas, que estamos sentadas, pero a punto de levantarnos.

—Chicas… ya vale —dice Samuel.

—Todos sabemos que yo soy mejor para Samuel, ¿o es que no te ha dicho ya a quién se tiró la noche de la primera fiesta en su casa? —Quiero pegarle, pero Samuel se interpone y me frena.

—Claire, cállate y vete —dice Samuel enfadado, y no negar lo que acaba de decir la guarra de Claire Reed solo hace que sienta más rabia.

Justin, que hasta el momento parecía pasar de todos nosotros, se levanta al ver que Samuel le dice a su hermana que se vaya. Se pone delante de Claire y encara a Samuel.

—No le digas lo que tiene que hacer —dice Justin con rabia.

—Tío, dile que pare de contar mierdas —dice Samuel intentando bajar los humos.

—Eres un puto imbécil con las tías. —Justin empuja a Samuel y lo tira al suelo, pero este se levanta al instante para devolverle el empujón.

—¡Imbéciles parad! —insiste Thiago separándolos.

A pesar de los gritos por evitar la pelea, los gritos que incitan a que se peguen son más fuertes. ¿Por qué a la gente le gusta la violencia? ¿Y por qué mierdas Justin Reed ha reaccionado así? ¿Será porque se ha metido con su hermana?

Intento separarlos, pero solo consigo que me tiren al suelo.

—¡Chicos, parad! —grito sin esperanza.

Samuel se gira hacia mí para comprobar si estoy bien, al verme en el suelo olvida a Justin y se apresura a acercarse. Justin parece calmarse también al verme en el suelo. Se pasa la mano por el pelo y suspira. Se va dando fuertes pisadas con una botella de alcohol, parece cabreado.

Claire parece confusa ante la reacción de su hermano. Me mira con asco y me saca la lengua, como si tuviéramos cinco años, yo le saco el dedo como la bruta que soy.

—Déjala —insiste Samuel.

—¿Que la deje en paz? ¡Solo me provoca!

—Es lo que quiere, pelear y llamar la atención —dice él poniendo sus manos en mis mejillas, pero yo me aparto para no mirarle a la cara.

—¿Qué pasa? —dice él.

—¿Es verdad lo que ha dicho?

—Alex, aquí no, está todo el mundo mirando —dice él indicándome con la cabeza.

Levanto la vista del suelo y veo a todos observando el bochornoso espectáculo que acabamos de dar. Me incorporo y cojo su mano para buscar un sitio en el que podamos hablar tranquilos. Me hago hueco entre la gente en busca de una salida.

Mientras camino, recuerdo las palabras de Justin cuando conocí a Samuel.

«Samu me las dejará a mí, él ya tiene bastante con mi hermana (…) Sale con mi hermana, o algo así. Nos conocemos desde hace años por el equipo de fútbol…»

Cada paso que doy es un reto por no ponerme a llorar de la rabia. Pareceré una sensible, pero él no me contó nada de una noche con Claire, y recordando las palabras de Justin, cabe la posibilidad de que tras besarme en la fiesta pasara la noche con ella.

No. Recuerdo que bromeó sobre que Eric pasó la noche con él. Necesito hablar con Samuel y que me diga la verdad, aunque no sé cómo reaccionaré al escucharla. Busco incansablemente una maldita habitación vacía mientras tiro de su brazo. Entonces él me indica que subamos al piso de arriba del todo, al dichoso balcón. Asiento con la mirada fría y subo las escaleras.

CAPÍTULO 48

Sofía

Kath y yo vamos andando hacia la entrada y vemos el buzón con el cartel de «¡VOTA!»

Cogemos una especie de etiqueta en blanco y con un bolígrafo escribimos un nombre. Kath lo tiene claro, dice que hay un disfraz que le ha hecho mucha gracia, por lo que puedo intuir que va a votar por Izan.

Yo dudo unos instantes y miro alrededor para ver si alguien me cautiva con su disfraz, pero no sirve de nada porque todos los disfraces son simples y básicos. Termino votando por Justin, sin duda me ha impresionado que vaya de bombero sexy, aunque pega con su personalidad de chulo. También pensé en votar a Mia y Thiago, pero solo se puede a una persona y lo bonito de su disfraz es que es en pareja.

Tiramos los sobres en el buzón y volvemos a la fiesta. Sé que Kath está buscando a alguien, porque no para de mirar de un lado a otro, fingiendo que le interesa la decoración y la iluminación de la casa.

Nos acercamos a la zona de las bebidas donde hay una mesa con ponche, alcohol y aperitivos. Mientras Kath bebe de su vaso buscando con la vista a su querido ligue, yo me sirvo ponche y miro mi móvil, solo obtengo un mensaje de mi padre Rupert: ¿Cómo va? ¿Paso ya a buscarte?

Suspiro y cuento hasta mil para no cabrearme. Kath nota mi enfado y me pregunta qué me ocurre, aunque ya deduce que es por mi padre. De repente, aparece Izan y se sienta a nuestro lado, Kath le informa de que le hemos votado al mejor disfraz y él se ruboriza, tímido y algo nervioso.

—¿Qué tal la fiesta, te gusta? —digo por hablar de algo con él.

—Sí, venía a decirte…, cuándo…, ya sabes…, la cita —dice mirando al suelo temblando como una gelatina, Kath me observa y asiente abriendo los ojos, sé que en su mente me está diciendo que le dé una oportunidad.

—Sí, claro —digo sonriendo incómoda—, si te parece mañana o pasado mañana. —Cuanto antes pase el bochornoso y embarazo momento, mejor.

—¿Sí? Vale. —Se anima y se va dando brincos de alegría.

—Le has hecho feliz —dice Kath satisfecha.

—Ya…, qué pena —digo yo compadeciéndome.

—¿Por? —parece confusa—. ¿Es que no quieres intentar conocerle y ver qué pasa?

—Esto…, sí… —miento—, solo que no creo que vaya a funcionar.

—Bueno, —Kath me da una palmada en la espalda—, amiga, ya me contarás, diviértete, voy a darme un paseo. —Y se aleja.

—¡Dirás a buscar a Eric! —le grito y ella me saca el dedo corazón.

Me quedo allí dando un par de vueltas y buscando a Alex, pero no la veo. Me siento con Mia, Thiago y Matt y seguimos bebiendo, aunque me detengo al notarme algo afectada.

Mi móvil vibra en el bolso y lo reviso por si es importante. Evidentemente, mi querido padre me ha vuelto a escribir, pero no le dedico ni dos segundos y borro los mensajes.

—Que le den —digo en voz baja.

Nadie se percata de mi comentario, la música está demasiado alta. Miro la pantalla, aburrida, esperando que aparezcan los demás del grupo. Entro a las redes sociales y veo el nombre de Edgar.

Uh, Edgar Barnes…

Vale, creo que es oficial, estoy borracha.

No me lo pienso demasiado y le mando un mensaje.

«¿Por qué no me has escrito?»

CAPÍTULO 49

Alex

Por fin llegamos al famoso balcón y me pongo frente a él, con los brazos cruzados a la espera de que se explique, pero él camina de un lado al otro, rascando su cabeza nervioso. Se muerde las uñas y mira a la nada, pensando qué decir.

—¿Pasaste la noche con Claire? —Soy directa, y puede que eso no le guste, pero quiero la verdad, sin rodeos.

—¿Qué? ¡No! —dice él sorprendido por mi pregunta.

—No éramos nada, de hecho, ahora tampoco es que seamos nada —suspiro, frustrada por mis palabras absurdas—. No pasa nada, es solo que me gustaría saberlo.

—Pasé la noche con Eric, te lo dije —asiento y me siento aliviada, por poco tiempo.

—Pero…, sí que he hecho cosas con Claire —dice él en bajito.

—Te la has tirado —digo con mi lenguaje basto—. Lo pillo, pero, ¿el día de la fiesta?

—A qué día te refieres —parece no entenderme y me estoy cabreando.

—Joder, Samuel, el día que nos besamos. —Se acabaron los rodeos.

—Sí, joder, sí —dispara como una bala directa a mi corazón, él parece aliviado al confesarse, pero yo me siento destruida y creo que se me acaba de caer una lágrima.

Joder.

Limpio mi rostro en un instante y vuelvo a recolocarme, pero él ya está a un centímetro de mi cara con sus manos intentando secar mis lágrimas. Me siento llena de rabia y me alejo de él al instante, fulminándolo con la mirada.

—No éramos nada, ni siquiera sabía qué sentías por mí… —No sé qué decir, quiero pegarle —, para mí todas las chicas son un entretenimiento. Claire Reed es una estúpida pija que solo le interesa llevarme a la cama borracho.

—¿Fue antes o después de lo que pasó aquí? —digo refiriéndome al balcón.

—Fue después, cuando te fuiste, pero más tarde dormí con Eric. —Ve cómo mi rostro va cambiando y cada vez me siento más decepcionada, entonces añade casi gritando—. ¡La mandé a casa porque me sentía culpable! No podía dejar de pensar en ti. —Será cabrón.

—¡Vete a la mierda! —le espeto—. Podrías haber sido sincero, pero me vengo a enterar por ella, que se ríe de mí en mi cara. —Ya no puedo controlar mis lágrimas—. ¡Y tú! Tú te ríes como ella y como todos, ocultándome la verdad.

—Lo siento, Alex, en serio, es que yo… —le cuesta hablar y me cabreo más—, nunca me ha pasado esto, solo la cago —dice frustrado.

—Que te den.

Entonces se forma un silencio en el que nadie sabe qué decir. Solo siento que quiero salir de ahí y él saca de su bolsillo un cigarro, gesto que me recuerda a la primera vez que lo encontré aquí, momento que ahora ya no veo con los mismos ojos que antes.

Me giro dándole la espalda y me voy hacia el interior, buscando las escaleras para poder salir de ahí, pero entonces me detiene y me ruega que me quede.

—Espera, por favor —dice él desesperado.

—¿Qué quieres, reírte un poco más?

—No, —Vuelve a frustrarse—, quiero que me escuches un momento. —Hago silencio y levanto las cejas, indicándole que hable de una vez—. Te lo tendría que haber contado, pero temía que pensaras que era aquel Samuel del que todos hablan, el que vuelve locas a las chicas y no le importa ni una.

—Justin te tiene bien calado —digo recordando su pelea de hoy.

—Pero es que yo no soy ese. Se pasa las manos por su rostro—. Vale, era así, pero porque nadie me importaba, todos son unos falsos y unos hipócritas que les intereso por mi dinero. Ellos me utilizan a mí, y yo a ellos. Pero contigo nunca he tenido que fingir. Por eso me odiabas, porque te mostré cómo soy en realidad, y a pesar de eso, te gusté y tú también me gustaste —dice desesperado.

—No puedo creerte si no me cuentas la verdad —le confieso.

—Lo sé, prometo ser sincero, lo estoy siendo ahora mismo —me ruega—. Eres lo único real en mi vida, lo único que no está contaminado por toda esta mierda —dice cabreado.

Yo asiento y bajo la mirada. No quiero ceder tan rápido, yo nunca cedo tan rápido, pero sus palabras me atraviesan el corazón y su mirada hace que mi pecho se estruje. Al final, opto por perdonarle y darle otra oportunidad, sin decir nada, asiento y entramos de nuevo al interior de la casa y volvemos con el grupo, que está mucho más afectado que la última vez que los vimos.

CAPÍTULO 50

Kath

Paseo por la casa en busca de alguien disfrazado de policía, asesino, vampiro, payaso… En realidad, no tengo ni idea de a quién busco, porque no sé de qué irá disfrazado Eric. Solo espero que no lleve máscara porque si no reconocerlo será imposible.

Ni siquiera sé seguro si va a venir.

Ya ha pasado una hora desde que llegamos. Me termino la bebida de mi vaso y cuando me levanto para ir a por más, la puerta de entrada se abre. Me quedo de pie frente a la puerta. Eric entra vestido de negro, con un gorro de lana y una cazadora de cuero negra. ¿No se ha disfrazado? Lo miro fijamente analizando su ropa. Él entra con el ceño fruncido como siempre hasta que me ve y se tapa la cara riéndose de mi disfraz.

—¿¡Qué!? —Lo fulmino con la mirada, me siento juzgada viendo su reacción.

—Muy guapa —dice acortando nuestra distancia.

—¿Y tú? ¿Eres de esos aburridos que no se disfrazan? —digo decepcionada.

Entonces él se gira y me enseña su espalda, a lo que reacciono tapándome la boca ante un gritito ahogado.

Ahora entiendo el gorro. Va disfrazado de serpiente, del personaje de *Jughead Jones*, de la serie de Riverdale. ¿Le gusta Riverdale? En su cazadora lleva el símbolo con la S verde de serpiente.

—No puede ser. —Sigo perpleja con su disfraz y él parece estar a punto de explotar de tanto que sonríe—. ¡Vamos conjuntados!

—Eres mi *Betty Cooper* —dice señalando mi disfraz orgulloso, mientras agito mis pompones alegre.

—Menuda coincidencia —digo observando la cazadora.

—Al final va a resultar que tienes buen gusto —admite—. Eres una crack —bromea y se acerca a mis labios suavemente, poniéndome a prueba como la última vez.

Entonces vuelvo a quedarme de piedra, pero recuerdo que la última vez me provocó y me dejó con las ganas, por lo que me aparto con una sonrisa ladina y le indico que me siga.

—Tienes que conocer a mis amigos —digo tirando de él hacia la zona de los sofás.

—Espera que primero recargue un poco las pilas. —Se detiene en la barra y espero a que se sirva una copa, para después seguirme.

Avanzamos entre la gente y encontramos a Matt, Sofía, Izan, Thiago y Mia muy afectados. ¿Sofía borracha? ¡Lo que me he estado perdiendo! Alex y Samuel acaban de bajar y nada más cruzarnos, Eric y Samuel comparten un saludo amistoso. Justin y Claire están sentados en un rincón y nadie pronuncia ninguna palabra hasta que aparecemos los cuatro.

—Chicos, este es Eric —presento—, un…, amigo —digo con cautela y él me dedica una mirada burlona.

—Somos superamigos —dice él irónico, mientras se acerca a los chicos y se presenta.

—Esta es mi mejor amiga, Sofía —digo acercándome a Sof.

—¡Oh! ¿Este es el ligue que…, que llevas buscando toda la noche? —dice Sof totalmente

ebria.

—¡Sofía! —La fulmino con la mirada y todos se ríen, mientras noto mi rostro ardiendo.

—Encantado, chicos —dice él en general y se sienta entre Thiago y yo.

Claire, que lleva observando todo el panorama, decide pronunciarse.

—Ahora que estamos todos más calmados… —empieza a decir, mientras veo que Alex pone los ojos en blanco—. ¿Y si jugamos a un juego?

—¿A un juego? —dice Matt desconcertado.

—La última vez que jugamos a un juego tuyo, Claire, casi acabo entre rejas —dice Thiago riendo con Izan, haciendo referencia a un secreto que nadie parece entender.

—Esta vez será algo más tranquilo…, nada de verdad o reto.

—¿Y entonces a qué? —dice Matt desinteresado.

—Al yo nunca —aclara Claire con sonrisa victoriosa, mientras algunos abuchean.

—Paso… —responde Alex con asco—, no tenemos cinco años.

—Ya sabemos que tú no beberás nada, cielo, pero los demás queremos jugar.

—A ver si con suerte te da un coma etílico, «cielo» —repite Alex, frunciendo el ceño.

—Calma, chicas —digo yo mientras trago saliva—, hagamos una ronda.

—¡Empiezo yo! —suelta Mia, que lleva insistiendo en jugar desde que Claire ha mencionado la idea—. Yo nunca…, he tenido sexo con alguien sin conocerle.

Miro a mi alrededor sin beber. No me sorprende ver a Justin y Claire hacerlo, Thiago también lo hace y Mia lo fulmina con la mirada, pero enseguida le asegura que fue mucho antes de que estuvieran juntos. ¿Acaso existía el mundo antes de que esos dos fueran novios?

—Sigo yo —dice Matt, sentado frente a Mia—. ¿Pueden ser cosas que sí hayamos hecho?

—Claro —dice Mia—, así bebemos más.

—Yo nunca he besado a nadie de este grupo. —Entonces se lleva el vaso a los labios y le da un largo trago, yo bebo un sorbo, cabizbaja, mientras noto la mirada de Eric clavada en mi mejilla, pero no dice nada. Observo que casi todos beben, pero me sorprendo al ver cómo Claire le da un sorbo exagerado a su vaso y le sonríe con maldad a Alex, mientras ella suspira.

—Sigo yo —dice Alex sentada al lado de Matt—. Yo nunca he tenido sexo.

—Qué pena… —exclama Claire entre risitas y Sof salta en su defensa.

—Claire, cállate, no todas somos unas zorras.

—Eso lo dices porque tú también eres virgen —dice Claire dando un sorbo a su bebida.

De los presentes beben, Thiago, Justin, Mia, Samuel, Claire y Eric. Observo a Eric con curiosidad, pero él se encoge de hombros, indiferente y evito preguntar, aunque como la cotilla que soy, me muero de ganas. La ronda sigue con Samuel y luego le toca a Claire sentada a su lado.

—Yo nunca he sido infiel —dice Claire mirando a Samuel con sonrisa maliciosa, increíblemente, nadie bebe—. Vamos, Samu, ¿tú no bebes?

—No somos pareja —aclara Alex al instante, incómoda.

—¿Eso significa que tengo carta blanca con Samuel? —dice Claire con tono inocente.

—Claire, cállate ya —pide Samuel exhausto, entonces Justin, sentado al lado de Claire, salta.

—Yo nunca me he enrollado con más de una en una noche —dice Justin serio, y aunque pienso que va a beber, no se inmuta. Samuel bebe y Alex baja la mirada.

—Ya estoy cansada de esta mierda de juego —dice ella y Claire sonríe a Justin, que tiene una expresión enfadada. ¿Qué mierdas pasa con estos?

—¡Me toca! —chilla Sof emocionada.

—Antes va Izan —indica Thiago, respetando el orden.

—Él no sabe qué decir —aclara Sofía mientras Izan se encoge de hombros.

—Yo nunca…, yo nunca me he arrepentido de besar a nadie.

Se forma un silencio y acerco el vaso a mi boca. ¿Me arrepiento? Cruzo una breve mirada con Matt. Él no se ha inmutado, pero me observa curioso. Opto por no beber, mientras veo cómo Samuel, Justin e Izan beben. Sofía también bebe y frunzo el ceño, confusa.

—¿A quién has besado tú? – le susurro mientras Alex me mira, tan curiosa como yo.

—¿Yo? Yo no… —dice ella con la mirada perdida—, nunca, nunca —repite. Va doblada.

—Te toca, Kath —dice Mia—. ¡Di algo para que pueda beber!

—Vale… —Pienso en alguna estupidez, odio tener que decir yo alguna idea, porque todo lo que se me ocurre es penoso—. Yo nunca he tenido una relación seria.

Mia me tira un beso y bebe satisfecha, mientras le dedica una sonrisa traviesa a Thiago, que bebe al mismo tiempo. Eric también bebe, cosa que me sorprende de nuevo, pero opto por no preguntar.

—Te toca —le digo girando mi rostro hacia él.

—Yo nunca le he hecho daño a nadie a quien quiero.

Él no bebe, pero noto que observa a Matt; ¿qué sabe? ¿Le habrá contado algo Samuel? Samuel, Thiago, Claire y Justin beben, mientras Matt revuelve el vaso.

—¿Tú no bebes? —le pregunta Eric a Matt, mientras se miran tensos.

—¡Eh!, Mattie, tienes que beber —salta Sofía—, todos sabemos lo mucho que te gusta jugar con los sentimientos de Kath.

—Sofía, deja el vaso —digo apartándoselo, para que deje de beber de una vez.

—Tampoco es para tanto —dice él encogiéndose de hombros, mientras yo niego con la cabeza, asqueada; será idiota. Eric también lo mira con el ceño fruncido.

—Pues entonces bebe tú también, Sofía —dice Izan, que hasta ahora no se había pronunciado.

—¿Yo? —dice Sof, desconcertada.

—Vas de buena, pero rompes corazones —dice Izan con tono neutro, mientras Justin sonríe entretenido.

—Oh, pero bueno, esto se pone interesante —dice él—, creo que aquí podemos beber todos.

—No todos somos unos cabrones, Reed —le dice Alex a Justin.

—¿No te cansas de estar tan amargada? —le espeta Justin.

—Chavales, calmaos —dice Thiago notando la tensión.

—Creo que es mejor que dejemos de jugar —dice Mia observando el panorama.

—Os dije que con los juegos de Claire alguno podía terminar mal —suelta Thiago entre risas, pero ni sus comentarios absurdos consiguen disipar la tensión que se palpa en el ambiente.

CAPÍTULO 51

Sofía

Mientras jugamos al estúpido juego de Claire, miro mi móvil. ¿Por qué estoy tan pendiente? Ah, sí, porque le he mandado un mensaje a mi profesor. Durante toda la ronda me despisto unas cuantas veces y después de que Izan me insinúa que rompo corazones, he desconectado completamente. Mi móvil se enciende y leo su mensaje.

«Pensé que no querías que lo hiciera».

«Pues no pienses tanto, Edgar».

Otra vez le he llamado Edgar, aunque cada vez me da más igual.

«¿Te encuentras bien?», me pregunta, entonces me alejo un poco del grupo, al ver que discuten entre ellos y marco su número. Me alegra ver que lo tiene en Facebook, aunque nunca me había atrevido a marcar.

—¿Sofía? —dice confuso.

—¿Por qué crees que estoy mal? —digo pensativa.

—Por tus mensajes, pero ahora que te oigo deduzco que estás borracha.

—¿Estoy borracha? —me pregunto.

—¿Cuánto has bebido? —pregunta él.

—¿Estoy pedo? —me sigo preguntando.

—Definitivamente, has bebido bastante.

—¡Estoy borracha! —grito.

—Sofía, ¿estás sola? ¿Nadie nos oye? —pregunta con cautela.

—Tranquilo, fiera, estoy a cubierto —digo despreocupada—. Estoy en una fiesta de disfraces.

—¿Y de qué vas disfrazada?

—De Hermione Granger.

—Esa es mi friki.

No puedo evitar sonreír a través de la pantalla olvidando dónde estoy.

—Sofía —dice Kath acercándose a mí con cautela—. ¿Con quién hablas?

—Nada, mi padre, que quiere saber cuándo vuelvo. —Cuelgo ante el susto, miento fatal.

—¿Desde cuándo sonríes por llamadas de tu padre? —Parece más confusa que antes.

—Era por una broma. —Cambio de tema—. ¿No vamos a jugar? —le digo señalando al grupo.

—No, nadie quiere seguir con esa porquería de juego —dice ella observando las miradas de tensión entre el grupo.

Volvemos a los asientos, pero nos dispersamos. Algunos se van a bailar, otros suben a morrearse a la habitación o salen a fumar. Yo soy de las pocas que se queda bebiendo, mientras miro el móvil, y le escribo a Barnes.

«Siento haberte colgado».

«Tranquila, es mejor que no hablemos cuando vas así».

«Pero si borracha es cuando más me atrevo».

«Mañana no pensarás lo mismo».

Una presencia a mi izquierda me inquieta y puedo notar que me está atosigando. Miro y veo a Izan sentado a mi lado, mirándome fijamente como un niño a un caramelo. Entonces le sonrío y espero que se aparte, pero no lo hace.

—¿Sabías que eres supersuperguapa cuando sonríes? —dice alargando las eses, creo que va aún más borracho que yo.

—Gracias —le digo de forma cordial y educada, pero después me alejo para que note mi incomodidad.

Entonces él se acerca otra vez a mí y me mira fijamente, y me temo lo peor. Se agacha para llegar a mis labios e intenta besarme. Me debato entre apartarme o no, pero no tengo tiempo ni de pensar cuando se abalanza sobre mí sin miramientos.

Captamos la atención de los invitados porque todos chillan al presenciar el beso mientras yo parezco una piedra que no se mueve y no hago nada más que quedarme quieta como un maniquí. Cuando consigo reaccionar, me aparto disimulando la asquerosidad de su húmedo y baboso beso, con sabor a vodka y a ron.

Debe de haber bebido demasiado, porque se ha atrevido a besarme cuando casi ni siquiera es capaz de hablar conmigo. Tras el beso, me levanto y me voy al baño, incómoda por cómo silban todos.

Él se queda allí tumbado bocarriba, sonriente y ebrio, totalmente en su universo de yupi y relamiendo sus labios, mientras se peina con las manos su peluca de Einstein. Yo cojo mis cosas y busco cualquier habitación cerrada para poder despejarme.

CAPÍTULO 52

Kath

Eric lleva un buen rato hablando con Thiago, y aunque parece escuchar atento sus anécdotas, me mira de reojo y me comparte una sonrisa tierna. Yo bailo con Mia mientras lo miro de reojo. Decido parar de beber para poder estar lo suficientemente sobria como para acordarme, no me gustaría olvidar nada de esta noche.

Suenan temas increíbles tanto de reggaetón como de tecno y pop. Llevamos mucho tiempo bailando y me duelen los pies, por lo que me voy a la zona del porche a sentarme y a comer algo para picar y evitar que me siente mal todo lo bebido.

Eric, que lleva mirándome serio desde que hemos empezado a bailar, se acerca detrás de mí y me coloca el pelo liso, que seguramente debo tener enredado y revuelto, hacia un lado.

—Hola, Kate —dice él sonriente.

—¿No te cansas ya de llamarme Kate? —le digo poniendo los ojos en blanco—. Ya no tiene gracia.

—No lo hago por burlarme —confiesa mientras bebe un vaso de ron.

—¿Entonces? —le miro confusa.

—Lo hago porque nadie te llama así, y es algo nuestro. —La forma en la que dice «nuestro» hace que mi pulso se acelere y mis manos comiencen a sudar. Aunque la chaqueta le quedaba genial, el hecho de que se la haya quitado por el calor solo ha aumentado la tensión en mi cuerpo.

Ninguno dice nada. Pero nuestros ojos no mienten. Bajo la vista hacia la mesa y él se bebe el vaso de un solo trago. Entonces se pone en pie y extiende su mano. Yo lo miro pensando que vamos a bailar, pero me lleva al piso de arriba.

Oh, no.

Empiezo a recordar para qué se usan estas habitaciones, y temo que él quiera hacer lo mismo. Me conduce hasta la habitación más alejada, y al entrar, cierra la puerta, aunque no pone el pestillo.

—¿Qué vamos a hacer? —Mi obsesión por tener el control se hace notar.

—Lo que tú quieras —dice él tumbándose en la cama, apoyándose con el codo sobre el colchón.

—¿Hablar? —Soy muy cutre, pero me aterra la idea de estar a solas con un chico en la habitación. La última vez que besé a alguien, no significó nada para él y me sentí un simple pañuelo de usar y tirar, y tengo miedo de ser un simple pañuelo otra vez.

—¿Hablar? ¿Eso quieres? —Su tono me incita a negar con la cabeza, retirando mi propuesta de conversar—. Entonces, ¿qué quieres? —dice levantándose y acercándose a mi boca.

—Yo… —susurro confusa…—. No sé ni lo que quiero —suspiro y coloco mis mechones detrás de la oreja, nerviosa.

—No haré nada que no quieras, aunque confieso que solo he venido a esta fiesta cutre por ti.

—¿En serio?

—¿Te parece que esté de broma? —Le sonrío y me relajo un poco más.

—Tú siempre estás de broma —digo negando con la cabeza, divertida.

—No he venido aquí para bromear, Kate.

—¿Y para qué has venido?

Entonces me estampa contra la puerta y me dedica un suave pero apasionado beso. Me permito no pensar durante unos minutos y solo sentir. Él besa mi cuello y pone sus manos en mi cadera, mientras yo coloco las mías en su pecho. No se detiene, y continúa besando mi cuello mientras yo no puedo evitar suspirar de placer. Le llevo suavemente hacia la cama, donde nos sentamos y continuamos besándonos sin frenos. Estoy encima de él y de repente el calor que sentía ha aumentado en tan solo medio segundo.

Paso mis manos por su pelo y él vuelve a besar mi boca. Es suave y tierno, pero también atrevido y apasionado, es una mezcla de sensaciones que hace que todo mi cuerpo se estremezca y pida más.

Estos segundos han sido más intensos que cualquier otro beso. Mi corazón está acelerado y mi respiración agitada delata las ganas que tenía de besarle.

Entonces alguien golpea y abre la puerta, gritando sin parecer que le importe interrumpir lo que está pasando.

—¡Van a decir el ganador del concurso de disfraces!

Me levanto de encima de él enseguida, avergonzada porque alguien nos haya visto así, aunque al desconocido no parece importarle en absoluto, porque ha ido entrando en cada habitación para avisar, sin sorprenderse de lo que pasa en el interior.

Eric me mira aún con malicia y se peina el pelo, tumbado en la cama. Entonces se levanta frustrado por la interrupción y acomoda mi disfraz de animadora, mientras me susurra al oído.

—Esto queda pendiente.

Creo que, si estuviera totalmente sobria, me desmayaría con sus palabras. Cualquier cosa que dice hace que suene sensual, y mi cuerpo no puede contenerse ante semejante excitante ser misterioso.

Ser misterioso.

Se nota que estoy borracha y digo estupideces.

Bajamos al salón principal y poco a poco van llegando todos. Samuel aparece de la nada y coge una especie de micro, se sube a la mesa y nos saluda.

—¡Hola, chicos! ¡Espero que estéis disfrutando! —dice gritando y todos responden animados —. Bueno, es hora de saber quién es el ganador del concurso… —Saca un papel con el aparente recuento y exclama…—. Y el ganador es…, ¡Izan, alias Albert Einstein!

Parece ser que a más de uno le ha gustado el disfraz de Izan, sin duda no ha pasado desapercibido. Pero me temo que no se encuentra en estado para celebrar, ya que está dormido en el sofá.

Todos nos reímos al ver que no puede recibir ningún premio y Samuel promete que Izan recibirá lo que quiera cuando se encuentre en condiciones.

Agotada, miro la hora y veo que de nuevo vamos a llegar justas a la hora máxima de llegada vuelta, por lo que obligo a Eric a buscar a Alex.

—¿Ya te vas a ir? —dice con tono de decepción.

—La fiesta ya se acaba —le aseguro mientras muchos invitados se van—, necesito encontrar a Alex.

—Yo te ayudo a buscarla —me asegura y gracias a que es alto, la encuentra en dos segundos.

CAPÍTULO 53

Alex

Tras anunciar el ganador, Eric y Kath se acercan a mí para avisarme de que deberíamos irnos. Yo miro la hora y asiento, pero les digo que antes quiero despedirme.

Kath dice que va a despedirse de todos y a llamar a un taxi, que me espera fuera. Yo, despido con Kath a los del grupo y busco a Samuel para despedirme, pero no lo veo. Eric, que parece no irse todavía, me ayuda a buscarlo.

Mientras lo buscamos no dudo en aprovechar la ocasión.

—Eric, ¿el día que conociste a Kath, dormiste con Samuel? —Él está callado, haciendo memoria cuando me contesta.

—Sí, ¿por qué lo preguntas?

—Quería confirmar que no me mentía —le confieso suspirando aliviada.

—Deberías confiar en él, es un poco chulo, pero ha tenido una vida de mierda —dice para mi sorpresa.

—¿Por? —No entiendo cómo un rico puede tener «una vida de mierda».

—Pregúntale tú misma —dice mientras me señala hacia la entrada, dónde está Samuel despidiéndose.

Saludo a Eric, que se dirige hacia Kath. Me acerco a Samuel que está despidiendo a sus invitados, tocándole el hombro para captar su atención.

—¿Te vas? —dice él sorprendido.

—Sí, pero antes… deberíamos hablar.

—Vale… —dice poco convencido.

Salimos, el frío pasa desapercibido ante la tensión que se ha formado por nuestra charla. Yo estoy tranquila, pero noto que él está nervioso.

—Bueno…, dime —dice él esperando que hable de una vez.

—Eric dice que debería darte otra oportunidad. —Me mira sin entender mi frase.

—¿Y? Es normal, somos amigos de siempre.

—Dice que has tenido una vida de mierda.

—¿Y quién no? —dice sonriendo y resoplando frustrado.

—Bueno, yo he vivido momentos malos, pero de ahí a tener una vida de mierda… —le confieso.

Entonces se forma un silencio entre ambos y espero que diga algo, pero le cuesta

—Has dicho que serías sincero —le digo intentando no presionarle demasiado.

—Mis padres están juntos, pero ambos se engañan mutuamente. Mi padre pega a mi madre desde que tengo uso de razón, hasta que a los dieciséis le pegué yo por defenderla, pero ella se posicionó de su lado y lo perdonó. Ambos viven en casas de sus respectivos amantes, y solo vienen aquí de vez en cuando para ver que estoy vivo y para fingir ante todos que somos una familia feliz. —Me siento a su lado en el banco del porche—. La criada a la que pagan vive conmigo desde hace casi más de dos años, de ahí que puedo montar fiestas a todas horas —sonríe y añade—, así que esa es mi supervida de mierda.

—Y por eso no te va bien en clase —deduzco.

—Nunca nadie me ha enseñado a ser disciplinado, ni tampoco a tratar a las chicas —confiesa —, pero te prometo que contigo lo estoy intentando, Alex. —Me mira fijamente, desesperado por encontrar mi consuelo, mi muestra de afecto. No puedo evitar sonreírle y sentir pena por él.

Entiendo que su vida no ha sido fácil, de ahí que se sienta tan solo. Ya entiendo lo de que el dinero no da la felicidad… Sin duda, prefiero ser pobre, pero tener un buen padre a llevar la vida de Samuel.

El pitido de un coche me hace alzar la vista y veo al taxi con Kath sentada en el asiento de atrás, haciéndome gestos con la mano por la ventanilla para que suba al coche. Me levanto de un brinco y me despido.

—Te perdono —le confieso.

—¿Eso es otra oportunidad? —pregunta con cautela.

—No sé cuántas llevo ya… —bromeo mientras él sonríe satisfecho.

Entonces le aviso de que debo irme y me da un beso en la frente, hecho que me resulta sumamente tierno. Él vuelve al interior de la casa y yo subo al taxi con un sabor agridulce, me alegra ver que lo está intentando, pero eso no hará que olvide que me ha ocultado lo de Claire.

CAPÍTULO 54

Kath

Me despierta el teléfono con una insistente Alex pidiéndome que le acompañe a patinar con Samuel a pesar de que Eric no puede porque trabaja.

Cuando por fin consigo levantarme, bajo a desayunar con mi pijama puesto, mi madre está ordenando la casa y parece no haber nadie más.

—Hoy me voy a patinar —le informo mientras tomo mi batido de chocolate—. Luego iremos a merendar a una heladería, así que llegaré para cenar.

—¿A una heladería? —frunce el ceño, confusa, mientras guarda mis cereales en el armario.

—Sí, es que un amigo trabaja allí, iremos a verle. —Mi madre me mira fijamente analizando mi expresión facial.

—¿Un amigo? —dice arqueando una ceja.

—Es un amigo de Samuel, el chico de Alex —le explico—, también es amigo nuestro.

—Ah, ¿cómo se llama? —dice curiosa.

—Eric… —Tardo un poco en recordar su apellido, aún estoy dormida—. Eric West.

Mi madre no responde nada, solo se queda ordenando los productos de limpieza como si fuera un robot. Parece preocupada, su rostro ha cambiado y no para de moverse nerviosa.

—¿Qué pasa?

—Nada. —Evita mi mirada, suspira y exclama señalando la encimera—. ¡Hay mucho por guardar! —Se nota que han ido a la compra esta mañana.

—¿Y papá y Greg?

—Se han ido a jugar al fútbol —dice mi madre mientras mira la nevera, buscando un hueco para guardar el queso—. ¡Esta casa es un desastre!

Recoge como la obsesa del orden que es mientras yo me levanto y me dirijo a mi cuarto. Recojo la ropa sucia y doblo la limpia. Después friego el suelo de todo el piso de arriba, dejándolo impoluto. Me visto y bajo a ayudar a mi madre con la comida, pero me dice que no es necesario, que estaremos solas y almorzaremos sopa, nada mejor que un caldo caliente con este frío.

Después de comer, pone un programa en la tele y yo me voy para sacar la basura antes de encontrarme con Alex.

Cuando salgo, Alex está en la puerta. Lleva puesta su superchaqueta gris que parece abrigarle demasiado, porque tiene sus mejillas rojas, como si tuviera calor. También lleva puestas unas botas negras y un gorrito blanco que conjunta con su pelo oscuro. Yo llevo puesta mi chaqueta de pana marrón a juego con mis orejeras blancas.

Subimos a mi coche y vamos hasta la pista de patinaje, que se encuentra en el centro del pueblo. A su alrededor, aparte de la nieve que cubre los techos de las casas, hay un montón de puestos navideños donde venden juguetes, regalos, figuras navideñas… También hay carruseles para los niños y pequeñas atracciones. La plaza está llena de gente, sobre todo de niños que no paran de gritar y nos impiden casi escucharnos.

—Estúpidos críos —me grita Alex, haciendo que se giren todas las madres de alrededor para

mostrar su desaprobación ante su comentario.

Yo me río y me tapo la cara, avergonzada por la poca discreción de mi amiga. Ella sigue como si nada, buscando a Samu mientras mira el móvil. Al parecer, le ha mandado un mensaje diciendo que ya estaba por aquí.

Entonces levantamos la vista y está justo en frente, saludándonos con la mano, cruza la calle y viene hacia nosotras. Va vestido con una sudadera blanca y una chaqueta marrón oscura. También lleva un gorro de lana que le queda de maravilla, he de decir que tiene mucho estilo para vestir, y no es para nada pijo.

Samuel le da un beso a Alex nada más llegar y ella se ruboriza.

—¿Y estas confianzas? —dice Alex incómoda—. El otro día en la fiesta también.

—Era un beso de saludo.

—¿Oh, para mí también hay? —digo de broma.

—Si a tu amiga no le molesta… —Samuel mira a Alex y ella lo fulmina con la mirada.

—Sois idiotas.

—Explícame por qué hay heladerías abiertas en enero —le dice Alex incrédula.

—Joder, no es tan raro —dice riéndose Samuel—; también preparan gofres, crepes, batidos…

—¿Y desde cuándo trabaja Eric ahí? —pregunto intrigada.

—Desde los dieciséis años —responde sorprendiéndome—. ¿No lo sabías?

—No, no me lo dijo.

—Trabaja ahí para poder pagar la comida y gastos de la casa.

—¿Vive ahí solo? —pregunta Alex.

—Sí, aunque Lizzie le visita casi cada día para limpiar la casa, hacerle de comer… Se ocupa un poco de él, hasta donde Eric le permite. —Samuel nos mira y tras ver nuestras caras añade—. Lizzie es la medio hermana menor de su difunta madre, es como su tía —explica él.

El señor de la recepción interrumpe nuestra conversación preguntando cuántas entradas queremos. Pedimos tres y nos hace pasar a una sala para pedir los patines.

Alex ayuda a Samuel a ponerse los patines mientras yo doy unas vueltas por la pista entrando en calor. Patino cada año, pero poco a poco te vas oxidando si no lo practicas a diario. Alex y Samuel entran poco a poco cogidos de la mano y no puedo evitar la fuerte tentación de soltar una carcajada cuando se caen los dos a la vez, nada más entrar.

—Esto es una mierda —se frustra Alex.

—¿Tú no sabías patinar? —le pregunta Samuel.

—Sí…

—Pues se te da de pena.

Lo que Samuel no sabía es que Alex, aunque sepa patinar, es la persona más torpe del mundo y si ya le cuesta no caerse, peor aún si debe ayudar a otros.

—¿Quieres que te suelte? —lo amenaza.

—Si me dejas aquí tirado, me vengaré. —Entonces Alex suelta su mano y deja a Samuel solo en el centro de la pista, ocasionando que se caiga y una niña le saque la lengua—. ¡Alex! ¡Ven aquí!

—Discúlpate —le pide, mientras yo río a lo lejos.

—No me jodas.

—Pues sal solito de la pista —dice ella alejándose.

—Vale. ¡Lo siento! —Ella sonríe satisfecha y va a por él.

Lo levanta con cautela y vuelven a intentarlo, parecen ir pillando el ritmo cuando Alex se

resbala y se cae de culo, por poco aplastando a un niño. Al ir de la mano con Samu, este le sigue y se cae tras ella. Yo me lo estoy pasando mejor de lo que creía al ver que se repite la misma escena una y otra vez.

—Joder, Alex —se queja Samuel frotando sus pantalones mojados.

—La próxima vamos al cine —dice Alex estresada.

—Esa próxima pinta bien. —Samuel le dedica una sonrisa burlona y yo pongo los ojos en blanco, mientras Alex está demasiado ocupada en mirar sus pies, ignorando las bromas de Samu.

Salimos de la pista y creo que me duele la barriga de tanto reírme. Ambos tienen la cara roja del calor y los guantes empapados de caerse al suelo. Samuel tiene también las rodillas mojadas a causa de las numerosas caídas, y Alex la parte trasera del pantalón, pareciendo que se ha hecho pis encima.

Devolvemos los patines y vamos andando poco a poco hacia la heladería. Samuel nos guía, y aunque nos perdemos un poco, porque su sentido de la orientación es pésimo, conseguimos llegar a un precioso establecimiento pintado de colores pastel con el título de «Helados Jackson».

Accedemos al interior por una pequeña puerta de madera, por dentro es aún más bonita, decorada con pequeños detalles de colores pastel, dando una sensación de armonía y paz.

Nos sentamos en una mesa y con la mirada busco disimuladamente a Eric, pero no lo encuentro. Veo bastantes personas, pero a nadie atendiendo. Más que una heladería, parece una especie de cafetería.

Entonces sale de una puerta de acceso prohibido Eric, vestido con el uniforme. Es una camisa blanca con el logo de la heladería, y un helado pequeño dibujado, y unos pantalones blancos con un gorrito blanco que hace que se me dibuje una sonrisa divertida.

Al vernos, Eric cubre su cara avergonzado de que lo veamos vestido así.

—¿Qué hacéis aquí? —dice sorprendido.

—¿No le has dicho que veníamos? —le dice Alex a Samuel.

—¿Estás de coña? —le contesta Samuel a Alex—. Si le llego a avisar se fuga del trabajo —dice saludando a su amigo con un abrazo.

—Pero bueno, si os habéis traído a Katie —dice Eric dándome dos besos, mientras yo pongo los ojos en blanco.

—Me moría de ganas de verte disfrazado de heladero —le digo y él borra su sonrisa divertida mientras Samuel sonríe descaradamente.

—Primero te metes con mis calcetines… ahora con mi uniforme… Al final va a resultar que eres una abusona.

—Pero si soy inofensiva —digo inocente.

—Perdonad. —Eric atiende a una señora que se encuentra en la mesa de al lado.

Nosotros esperamos a que él se libre de esa señora. No hemos hablado desde la fiesta, lo cierto es que fue hace nada y por el móvil nunca hablamos. Yo no tengo su número y ya no estoy tan segura de si él tiene el mío. Si lo tuviera, ¿por qué no me ha hablado nunca?

Eric nos trae la carta y me saca de mi ensimismamiento diciendo que escojamos lo que queramos, pero nos recomienda las tortitas. Yo no dudo en pedir su recomendación, más que nada para compararlas con las de Danielle’s y saber cuáles son mejores.

Cuando los pesados al fin se decantan cada uno por una cosa distinta, Eric nos toma el pedido y se va corriendo a otra mesa, casi sin dejarnos acabar de hablar. Yo solo lo observo ir de un lado al otro mientras Alex y Samuel hablan de a saber qué.

Está realmente guapo con esa camisa que transparenta sus disimulados tatuajes, y ese gorro de heladero que hace que parezca tierno, a pesar de su mirada malhumorada, muy típica de él. En

sus manos lleva de un lado al otro todos los pedidos, y me fijo en que lleva un nuevo anillo de metal en su pulgar, detalle que le queda superbién. Lo cierto es que cada día veo algo en él que me gusta más, y no puedo evitar sacudir mi cabeza cuando Samuel grita mi nombre y noto que llevo un buen rato desconectada siguiendo con la mirada y una sonrisa tonta a mi heladero favorito, que me comparte una leve sonrisa cada tanto.

—Tierra llamando a Katherine Brown —dice Samuel pasando su mano por mi cara.

—¿Qué?

—Alex te preguntaba si sabías por qué Sofía no ha venido con nosotros.

—Ah, —Los miro a ambos apartando la vista de Eric—, no tengo ni idea, puede que tuviese hoy la cita con Izan.

—¿Va a tener una cita con Izan?

—Sí, creo.

Entonces les cuento cómo en la fiesta Sofía le dijo a Izan que tendrían una cita, mientras Eric nos trae nuestro pedido.

No voy a admitirlo, pero estas tortitas están mucho mejor que las de Danielle’s. Lo siento, Ellie.

Poco a poco el establecimiento se va vaciando, hasta que anochece y solo quedamos nosotros, esperando a que Eric acabe su turno para irnos los cuatro juntos.

CAPÍTULO 55

Sofía

Después de la fiesta, lo primero que hago es disculparme con Barnes por mis mensajes de la noche anterior. Aprovechando que es el aniversario de casados de mis padres, se me ocurre una idea.

«Perdón por lo de ayer… ¿Te apetece que nos veamos?», escribo y me planteo eliminarlo al instante, pero ya está escribiendo.

«¿Sigues borracha o estoy soñando?»

«Si no quieres…»

«Yo no he dicho eso», tarda unos segundo más y añade, «¿Y qué quieres hacer?»

«Podríamos ir a cenar».

«Definitivamente, sigues borracha». «¿Se te olvida el pequeño detalle de que nos podrían ver?»

«Podemos ir a algún restaurante fuera del pueblo». «Aunque si no quieres… puedo hacer planes con algún amigo».

«No se hable más, te recojo a las siete».

No he tenido ni el valor ni las ganas de dignarme a poner una excusa para no ir a patinar. No sabía qué inventarme y la verdad, dudo que se sorprendan, porque saben que cuando falto, suele ser porque mi padre no me deja ir. No me apetecía mentir, me encantaría poder decirles a mis amigas que me voy de cena con nuestro profesor, pero creo que les daría un infarto.

Mis padres tocan a mi puerta y yo finjo leer un libro de mi mesita, sentada en mi cama, con mi pijama puesto. Mi padre entra vestido con una camisa azul marina y unos pantalones marrones claros. Aún va con el pelo mojado y huele a colonia. Mi madre le sigue detrás, vestida con un precioso y fino vestido rojo, demasiado elegante para mi gusto.

Ambos me dan un beso como si tuviera cinco años y me dicen que no tarde en dormirme, a lo que asiento sin rechistar. Me informan de que no volverán hasta tarde porque la función de la película es a las diez, por lo que no llegarán hasta las doce y pico a casa.

Cuando salen por la puerta, corro hacia la ventana a asegurarme de que no vuelven. Me cambio a toda prisa y me maquillo. Por suerte, ya tenía decidido que me pondría una falda negra con una blusa floreada, por lo que no tardo demasiado y en quince minutos estoy en la puerta de su apartamento.

Espero en el coche durante cinco minutos, que se me hacen eternos. Durante esos minutos me planteo irme a casa, pero no quiero echarme atrás. Si ya estaría nerviosa en una primera cita normal, una cena con tu profesor a espaldas de tus padres y amigos genera el doble de adrenalina.

Veo a Edgar bajar vestido con una camisa blanca y unos pantalones negros, está guapísimo y aún tiene el pelo mojado de la ducha, detalle que no sé por qué creo que le sienta mejor.

—Estás guapísima —dice él sonriendo.

—Gracias. —Sonrío y me ruborizo, no sé por qué, pero le ha salido tan sincero que me ha puesto un poco nerviosa—. Tú también.

Arranco el coche y conduzco a toda velocidad. Durante el camino pongo música a todo volumen y ambos vamos cantando canciones de rock. Por suerte, tenemos el mismo estilo musical y los treinta minutos de viaje se pasan como si fueran diez. Escuchando todo el disco de Queen llegamos al restaurante al que Edgar me ha estado guiando todo el camino.

Bajamos y entramos en busca de una mesa libre. Encuentro una próxima a la entrada, por lo que me siento en ella y Barnes me sigue. Observo los preciosos techos de madera y el toque hogareño del lugar. Es un poco caro y demasiado lujoso para mí, pero Barnes parece sentirse cómodo, por lo que hace que yo también me sienta a gusto.

—¿Qué van a pedir para comer? —dice el camarero un tanto frustrado por la cantidad de gente del local.

—Yo pediré este de aquí. —Barnes lo señala, ya que tiene un nombre de lo más extraño.

—¿Y usted, señorita?

—Yo…, quiero un escalope con patatas. —Sonrío con ternura y Barnes sonríe mientras suspira—. ¿Qué? —pregunto cuando se va el camarero—, «*es la vieja confiable*».

Edgar se burla, pero se termina arrepintiendo cuando le traen una especie de pulpo. Cuando lo ve me susurra:

—Odio el pulpo. —No puedo evitar reírme y casi escupir el agua, captando la atención de todos.

—De repente, ya no es tan gracioso reírte de mi escalope, ¿eh? —Se la devuelvo.

—Pienso comérmelo, aunque lo odie, con lo que cuesta…

—Además, estás bebiendo vino, y no es bueno que bebas sin comer —digo llevándome un bocado de escalope a la boca, hambrienta.

—¿Te preocupas por mí? —dice sorprendido.

—No quiero que acabes borracho.

—Bueno…, técnicamente la que me llamó borracha fuiste tú…

—Ambos lo hicimos —puntualizo.

—Quizá deberíamos emborracharnos más —insinúa y yo desvío la mirada, nerviosa.

Entonces alzo las cejas y siento que se me van a salir los ojos cuando veo a lo lejos una pareja brindando. Oh no.

Me agacho bajo la mesa de forma torpe y exagerada, causando que los que tenemos alrededor nos miren extrañados

—Vale, ya sé que lo que he dicho no está muy bien… —bromea Edgar mirándome—, pero tampoco es para esconderse.

—¡Mis padres están ahí! —señalo la mesa, desesperada y aún medio escondida. A Barnes se le cambia la cara y se le tiñe del color de su plato de pulpo.

—¡¿Qué!? —Se limpia la boca con la servilleta y observa disimuladamente a la mesa, donde mis padres están mirando la carta.

—¿Qué hacemos? —digo nerviosa.

—Irnos. —Edgar pide la cuenta y salimos a toda prisa, rezando porque no nos vean. Por suerte, mis padres están en su mundo y no parece que hayamos captado su atención.

—¡Dios! —suspiro al entrar al coche—. ¿Eres consciente de lo que podría haber pasado si…?

—Ni lo digas —dice él, aún pálido. Hace un breve silencio y añade—. ¿Vamos a mi apartamento?

—Mejor.

Arranco el coche y volvemos, el trayecto de ida y vuelta ha sido más largo que toda la

estancia en el restaurante, pero al menos hemos podido salir un poco. Llegamos a eso de las once a su apartamento y subimos por las escaleras.

—¿Cuánto tiempo lleva roto el ascensor? —digo jadeando al llegar al tercer piso.

—Demasiado tiempo —jadea—, y con la suerte que tengo, lo arreglarán el día que me mude —dice él abriendo la puerta.

Nada más llegar, Edgar va directo a la cocina.

—¿Estás cocinando? ¡Pero si acabamos de cenar! —le digo entrando a la cocina.

—No pensarás que ese pulpo me ha llenado.

—Ha sido una cena un poco nefasta, ¿no? —digo pensativa.

—Técnicamente, aún no hemos cenado… Por lo que todavía podemos salvar esta cita. —Se frena en seco al decir la palabra cita—, cena.

—¿Qué estás cocinando? —pregunto ignorando su pequeño desliz.

—Hamburguesas.

—Pues vamos a cenar estas hamburguesas con mucho queso y kétchup, nos vamos a atiborrar a patatas fritas y vamos a ver la última película de la saga de Harry Potter —le ordeno.

—A sus órdenes, señorita Meyer —dice él como un soldado, y va al salón a poner la peli, mientras yo me quedo vigilando las hamburguesas.

Mientras él pone la peli, hago un estúpido intento de poner la mesa, pero no encuentro dónde está nada, por lo que desisto. Me siento frente a mi hamburguesa y, apenas le doy un bocado, me mancho.

—A la mierda el top de flores —me quejo viendo la enorme mancha de kétchup.

—Toma, —Él me tira una camiseta suya con una imagen de un grupo de música—, póntela.

—Gracias. —No puedo evitar olerla de forma disimulada mientras me la pongo.

¿Por qué huele tan bien? Creo que me estoy obsesionando… Mientras cenamos, conversamos sobre mis opciones de universidad, si debo ir a Harvard o Yale.

Miro la hora en mi móvil, por suerte mis padres ahora deben estar viendo la película, por lo que me relajo al ver que mi padre ha dejado de escribirme por un rato.

—Al fin me deja en paz —digo casi para mí misma.

—¿Tienes un fan obsesionado contigo? —me río ante su absurdo chiste.

—Es por mi padre.

—Se me olvidaba que el obsesionado fan soy yo —dice bromeando, pero mi mente se queda maquinando y él lo nota—. ¿Qué pasa?

—Tengo un fan —le informo.

—¿Quién?

—Izan Crawford, de clase.

—He observado que te mira mucho.

—¿Lo has observado? —Se sonroja por un instante.

—Bueno, el chaval no lo disimula muy bien.

—Pues lo cierto es que hasta que no me lo dijo, no tenía ni idea —confieso.

—¿Y qué opinas?

—Que no me gusta, aunque mis amigas insistan y que lo mejor ha sido cancelarle la cita.

—¿Le has rechazado?

—No del todo… aún. ¿Y tú tienes fans? —cambio de tema.

—Que yo sepa, no —dice tranquilo.

—¿Nadie? —me sorprendo.

—Yo solo tengo ojos para una —lo suelta sin mirarme a los ojos.

Nuestras miradas se cruzan durante un instante y no puedo evitarlo y me lanzo contra sus labios. Al principio se queda quieto, sorprendido, pero enseguida me responde con un suave movimiento.

—Ya sabemos cómo acabará esto —dice él preocupado, pero sin despegar casi sus labios—; uno de los dos terminará mal —susurra en mis labios—, o puede…, que ambos.

—Solo si nos pillan —le susurro cogiendo con las manos sus mejillas y obligándole a que me bese de nuevo.

Cada vez cuesta más controlar la tensión y ambos nos besamos desenfrenadamente, como si lleváramos mucho tiempo deseándolo.

—Tu padre me asesinará si se entera —susurra él preocupado, entonces le coloco un dedo en sus labios, separándome y mirándole seria.

—Mi padre no se va a enterar.

—¿Te apetece ver la peli? —Se aparta suavemente de mi cuerpo y no voy a mentir, me deja con bastantes ganas de más.

—¿Ahora?

—La hemos pausado hace un rato y me apetece verla.

Me encojo de hombros al notar su incomodidad y nos quedamos mirando la tele. Lo cierto es que me engancho enseguida y ver lo fan que es de Harry Potter hace que se me olvide cualquier desacuerdo.

—Tengo que admitir que *Draco Malfoy* fue mi primer amor —le confieso a Barnes.

—Me siento celoso —bromea.

Y entre bromas, no sé cómo, pero me quedo dormida con el sonido de la película de fondo.

—Sofía —repite—, ¡Sofía! —dice más alto, sacudiéndome.

—¿Sí? —digo abriendo los ojos.

—Son la una de la mañana.

—¡Mierda! —exclamo levantándome aún con los ojos pegados.

Busco mi ropa y salgo a toda prisa, saludando rápido a Edgar, rezando porque mis padres no hayan llegado a casa. Mientras bajo las escaleras, miro mis notificaciones y me relajo al ver que no hay nada. Bajo del coche y corro hacia mi cuarto, lo más sigilosa posible. Entro a mi cuarto y guardo la ropa en mi armario a toda velocidad. Entonces me doy cuenta de que llevo puesta su camiseta. Oigo la puerta de la entrada y me abalanzo sobre la cama tapándome hasta arriba.

Cuando mi padre entra a comprobar si estoy dormida, finjo y espero que no note que el pijama está tirado encima del escritorio. Por suerte, me da un beso en la frente y ambos se van a la cama. En cuanto cierra la puerta me levanto y me cambio, guardando la camiseta con su olor en mi almohada. Hago un baile de la victoria y suspiro aliviada. Un día más, Sofía Meyer ocultando la verdad a Rupert Meyer. Cierro los ojos y me duermo sonriendo ante el recuerdo de la cara de Edgar al ver el plato de pulpo.

CAPÍTULO 56

Kath

La heladería—cafetería ha cerrado y Eric está levantando las sillas. Hemos decidido esperarle para hacerle compañía. Termina de recoger todas las mesas y va a cambiarse, cuando sale lleva el pelo despeinado y la ropa cutre de ir a trabajar, pero aún puedo oler la cantidad de perfume que se ha echado.

Salimos de allí y ya es prácticamente de noche. Le escribo a mi madre para avisarle que llegaré un poco más tarde de lo previsto, a lo que me contesta un simple y borde «Ok». No es porque esté enfadada, sé que es su forma de escribir, típica de los padres.

Eric se despide del compañero al que le toca cerrar y salimos los cuatro de la heladería. Andamos hacia mi coche, que está cerca de la pista de patinaje ya cerrada, casualmente aparcado frente al de Samuel.

—Kath —me dice Alex—, voy a volver con Samuel, me voy a ir a su casa —me dice mirando al suelo, avergonzada.

—¡Pero bueno, Alex Coleman! ¿Tu padre lo sabe?

—Oye, no hagas de madre.

—¡Pero qué rebelde! —ella me chista—. Vale, ya me callo.

—Adiós, chicos —se despide Alex.

—¡Con cuidado, chicos! —hago una breve pausa—. ¡Y no hablo de la carretera! —Entonces se sonroja y me saca el dedo corazón.

Samuel se ofrece a llevar a Eric a casa, pero le dice que no hace falta, lo cierto es que ambas casas están muy alejadas la una de la otra. Cuando Samuel y Alex se alejan en dirección hacia el coche, me ofrezco a llevar a Eric en coche, ya que tiene el suyo en el taller. Él, cabezota como siempre, se niega diciendo que no hace falta, pero yo insisto hasta convencerle.

—Eres una cabezota —dice en tono inocente—, ya te voy conociendo.

—Sin embargo, tú no dejas de sorprenderme —reconozco.

—¿Ah, sí? —en su expresión se forma una sonrisa burlona—. ¿Y eso, por qué?

—Lo hiciste en el juego del «yo nunca».

—Y de nuevo, sutil forma de sonsacarme información, Kate…

—¡Me da curiosidad! Y tú nunca me cuentas nada —me quejo.

—¿Y qué es lo que quieres saber? —pregunta, confuso.

—No es que quiera saberlo, es que simplemente me llamó la atención las cosas que has vivido y lo poco que sé…

—¿Te asombra que no sea un inexperto en el sexo?

—Bueno —sonrío—, digamos que eso es de lo que menos me sorprendió.

—Yo pensé que beberías —me confiesa, yo casi me ahogo de la risa.

—¿Yo?

—No, mi tía —me incomodo al notar cierta tensión.

—Lo que me impresionó fue lo de… la relación seria —vuelvo al tema, él pone los ojos en blanco.

—¿No me ves serio?

—Bueno, no mucho.

—Soy muy serio cuando quiero.

—¿Y cómo fue lo de vivir esa experiencia?

—Vivir esa experiencia —repite mis palabras, burlándose—, lo dices como si tener una relación fuera irse de voluntariado a otro continente.

—¿Ves que no eres serio?

—Y tú eres demasiado cotilla. —Pongo los ojos en blanco, cansada de no obtener ni una respuesta—. Oye, ¿vamos al coche o nos vamos a quedar aquí hasta morir congelados?

—Vamos —suspiro, rendida, abro la puerta y se sienta en el asiento del copiloto, se pone el cinturón y pone música, mientras yo subo al coche.

—Soy muy joven para morir, así que cuidado —me advierte.

—Para tu información, conduzco mejor que tú, a veces vas demasiado rápido —le confieso.

—¿Eres de las tortuguitas en la carretera? —se burla—. Oh, qué mona.

—Cállate —le amenazo y le miro de reojo, lanzándole una mirada asesina.

—Vale, Kate. —Busca alguna canción que nos guste a los dos, pero no nos ponemos de acuerdo.

Entonces suena de nuevo *«Please don't go»*, y ambos nos emocionamos al mismo tiempo, abriendo la boca para cantar a pleno pulmón el estribillo. Nos meneamos de un lado al otro al ritmo de la canción y nos reímos del ridículo que estamos haciendo. La gente nos mira bailar en el tiempo de espera a que el semáforo se ponga en verde.

—Nos la han puesto para que la bailemos —dice Eric cuando acaba la canción.

—No puede ser la única que nos guste.

—Si mejoraras un poco tus gustos…

—Yo tengo un muy buen gusto, querido.

—Eso ya lo sabía, te gusto yo, así que… —me sonrojo al instante y carraspeo.

—Voy a buscar otra canción —digo cambiando la emisora, evitando su mirada clavada en mi rostro.

—¿Por qué siempre me cambias de tema cuando más interesante se pone?

—No es eso…, es que…, me da vergüenza…

—Eres tímida —concluye tras un silencio.

—Tanto que fardas de conocerme…, ya deberías haberte dado cuenta.

—Bueno, el otro día no me pareciste muy tímida en casa de Samuel —me sonrojo aún más, voy a insultarle, pero entonces llegamos a su abandonada calle en medio de la nada.

—Gracias por traerme —dice él serio, evitando mis ojos, como si le costara darme las gracias.

—No hay de qué —le digo—. ¿Nos vemos?

—Sí, claro, escríbeme. —Nos quedamos durante un instante que parece eterno mirándonos como idiotas, sin saber cómo despedirnos, baja del coche sin tener muy claros sus movimientos, y cuando se aleja, me acuerdo:

—¡Pero no tengo tu número! —Él se da media vuelta y marca en su teléfono, entonces mi móvil suena y contesto. Está lo bastante lejos como para no oírlo, pero veo su silueta de pie con el móvil en su oreja.

—Ahora ya lo tienes —dice a través del teléfono, y puedo ver a lo lejos su medio sonrisa y como me guiña un ojo, mientras yo miro al volante, como una tonta, nerviosa por su mirada.

¿Él ya tenía mi número?

Cuando estoy cerca de él no puedo evitar sentir que me va el corazón a mil, mi cuerpo se descontrola y se me hace un nudo en el estómago. Cuando nos despedimos, trago saliva nerviosa por no saber qué hará. Es muy impredecible, puede ser tímido o atrevido, puede ser cariñoso o pasota. Es imposible saber lo que piensa o siente. Me saca de quicio.

Vuelvo a casa por el oscuro sendero, siento que se me cierran los ojos y me pongo música para espabilarme. Consigo llegar sana y salva y me voy directa a la cama, sin cenar de lo cansada que estoy.

CAPÍTULO 57

Alex

El camino en el coche no es incómodo, sino más bien intenso. Ambos vamos hablando uno encima del otro, discutiendo por estupideces.

—¿Me vas a obligar a besarte para que te calles? —me dice, y justo antes de que pueda contestar, me besa.

Comenzamos a besarnos de forma intensa y fogosa. Me quito el cinturón y me siento encima de él. La tensión aumenta por segundos, pero con mi torpeza, solo estoy arruinando el momento. Me doy contra el techo del coche y Samuel suelta una risita.

—El coche no es precisamente el lugar idóneo para hacer esto por primera vez —se burla.

—Deberíamos entrar a tu casa… —digo mientras froto mi cabeza dolorida.

Bajamos del coche y llamo a mi padre para decirle que dormiré en casa de Kath. No me gusta mentirle, y pienso contarle la verdad, pero no creo que sea buena idea hacerlo por teléfono y menos, en estos momentos.

Samuel abre la puerta de la enorme entrada y me indica que pase. Al parecer no hay nadie en la casa, salvo la criada que está a punto de irse.

La mujer se despide y se va cerrando la puerta que Samu acaba de abrir. Samuel me lleva hasta su cuarto y se sienta en la cama; se quita los zapatos y, tras ellos, los calcetines.

—No, no —me quejo y le advierto—, odio el olor a pies, y más aún los pies, aparta eso.

—Estoy en mi habitación —sonríe y estira sus pies acercándomelos a propósito para que me enfade.

—Samuel —le miro seria, desafiante, a la espera de que ceda—. Ni de coña voy a aguantar eso.

—¿Recuerdas cuando me has dejado tirado en la pista de hielo? —ríe maligno recordando nuestra mañana de patinaje.

—¡Vale, lo siento! ¡Pero en serio, quita eso de mi vista!

—¿Has dicho que lo sientes? —Acerca sus pies aún más.

—Ponte los calcetines —le pido desesperada—. Es que odio los pies.

—Pónmelos —dice él tirándomelos, yo los esquivo.

—Ni de coña.—Él se ríe ante mi negativa.

—¿Tanto asco te da? Hay cosas peores. —Me mira fijamente, sonriendo, con cara pícara.

—Prefiero mil veces todas esas cosas antes que poner calcetines —le confieso.

—Vale, —Se sienta y se pone los calcetines—, pues hagamos «todas esas cosas» —suelta en tono burlón.

—Pero con calcetines —le pido.

—Mientras solo sea con calcetines, no me opondré.

Entonces miro a otro lado, nerviosa. Él tira de mí y besa mis labios jugando con mi lengua. Nos continuamos besando y posa sus manos en mi barbilla. Yo pongo mis manos en sus muslos mientras me siento a su lado. Él desciende las suyas y baja la mano suavemente hasta mi vientre. Me separo de él, un poco nerviosa al notar que intenta levantarme la camiseta.

¿Por qué me he puesto tan nerviosa?

—¿Todo bien? —pregunta.

—Sí…

—¿Y si me dices la verdad?

—Solo estoy un poco nerviosa porque hace mucho que…, que no beso a nadie…

Él sonríe y alza una ceja, pero yo no le devuelvo la sonrisa, por lo que se queda un segundo en silencio y, tras esa breve pausa que me parece eterna, se levanta y coge un pequeño altavoz conectado a su portátil.

—¿Qué haces? —pregunto confusa.

—Poner música.

—¿Música?

—Solo relájate.

Samuel reproduce una canción del grupo *Chase Atlantic* y se sienta a mi lado. Yo cierro los ojos y tarareo la canción mientras él coloca un mechón de mi pelo tras mi oreja. Ese simple roce entre ambos causa un incendio en mi interior. Volvemos a juntar nuestros labios mientras me quita la camiseta, haciendo que la tensión crezca por segundos. Continúa besándome el cuello y poco a poco desciende por mi pecho, pasando por mi barriga hasta llegar a mis pantalones.

Poco a poco desabrocha botón por botón, convirtiendo la espera en un infierno, jugando con mi paciencia. Cierro los ojos cuando se coloca entre mis piernas y comienza a mover su lengua, haciendo que me estremezca y pida más y más.

Vuelve a besarme la boca mientras los dos gemimos, pero entonces, se frena en seco e inicia una conversación mientras de fondo se escucha la melodía de la música.

—Muy cruel por tu parte llevarme a patinar —dice en un susurro entre besos.

—Muy cruel por tu parte ponerte a hablar ahora de eso —le digo entre gemidos, intentando controlar mi respiración agitada.

—¿Quieres más? —propone con una sonrisa y asiento con un leve gesto—. Aquí no se asiente, Coleman, aquí se dice «sí». —Pongo los ojos en blanco.

—Sí —digo forzada.

—¿Sí, qué? —Yo hago un breve silencio y él coloca sus dedos en mi entrepierna—. ¿Sí, qué? —repite.

—Que quiero más —le pido y me avergüenzo al instante, pero él muerde su labio inferior y pega sus labios a los míos, dejándome sin respiración.

El sonido de un portazo corta toda la tensión del momento y hace que Samuel se sobresalte. Se pone de pie en dos segundos, pausa su música y se asoma a la puerta para escuchar las voces. Un hombre y una mujer están gritando a muerte, y puedo intuir quiénes son.

—¡Vete a la mierda!

—¡Cerdo!

—¡Zorra!

—¡Imbécil!

Los padres de Samuel han vuelto en el peor momento y parecen estar muy alterados. Me coloco mi ropa lo más rápido posible y me acerco a él, compartiendo una mirada de consuelo. Apoyo la palma de mi mano en su pecho en modo de compasión, pero sus ojos están llenos de rabia.

—¡Suéltame! —grita la mujer.

—No vuelvas a llamarme imbécil

Su mirada se llena de ira cuando se escucha una bofetada al otro lado de la puerta. El padre

de Samuel ha pegado a su mujer, Samuel está a punto de abrir la puerta para enfrentarlo, pero entonces se detiene y descarga su rabia conmigo.

—¡Siempre igual! —me dice susurrando para que no nos oigan, aunque eso no disimula su rabia—. Llegan, se pelean, él le pega y si me meto y me pego con mi padre, mi madre lo defiende. ¡Pero si no me meto, la va a matar! —me dice intentando decidir qué hacer.

—Ve —le digo sabiendo que es lo mejor.

Él abre la puerta y sale, dejándome ahí a la espera. Cuando sale, me quedo escuchando con la puerta entreabierta, mientras miro en dirección al piso de abajo, desde donde se oían los gritos.

—Samuel, vete a la cama —dice con tono amargado la señora.

—Mamá, deja de protegerme —le pide Samuel—, no puedes dejar que te trate así.

—Ya has oído a tu madre —dice el padre de Samuel con tono arrogante, mientras yo me asomo para intentar ponerles cara a todas las voces.

—¡Tú no me toques! —Samuel aparta el brazo de su padre y observo a sus padres.

Su padre aparenta ser un hombre serio, de negocios, los típicos ricachones, arrogantes y superficiales. Su madre parece más sencilla, aunque su rostro es de desquiciada. Ambos van vestidos de gala, pero ella va con parte de su vestido roto, mientras él está despeinado y sudado por la tensión del ambiente.

—Vuelve a la cama y fóllate a la zorra con la que estabas y olvídate de esto —le espeta su padre, frase que apenas puede llegar a acabar porque Samuel le encaja un puñetazo en la boca.

—¡Samuel! —Su madre le aparta y se acerca a su marido, que va cubierto de sangre. Este se aparta de ella y sale de casa mientras ella lo sigue.

—¡Deja de pegar a mi madre! —le espeta Samuel, pero su padre se gira antes de irse y le encaja un puñetazo en el estómago.

Su madre grita y yo me cubro la boca, asustada. Ella mira a Samuel con preocupación, pero en cuanto su padre sale por la puerta, ella va detrás de él.

—¡Joder! —se queja Samuel, mientras yo bajo las escaleras aún con el susto en el cuerpo.

—Samuel… —digo en un susurro.

—¿Qué? —dice en un tono más elevado, que hace que me estremezca.

—¿Estás bien? —Abro los ojos al ver el golpe de su estómago descubierto.

—Perdón… —se disculpa al ver mi rostro de terror—. Yo no quería…, no quería que vieras eso.

—Tranquilo. —Me acerco lentamente a él, mientras él intenta calmar su respiración agitada.

—Siempre es la misma mierda —suspira—, estoy cansado de vivir en este infierno. Siento esta escena tan bochornosa, de verdad.

—Tranquilo —le repito.

—¿Podemos subir y olvidar todo esto? —me pide.

Yo le asiento y le sigo hasta su habitación. Él apaga su ordenador y algunas luces, dejando solo la de la lamparita. Me tumbo a su lado sin saber qué decir, pero tampoco creo que necesite hablar ahora. Me acuesto con el cuerpo bocarriba y le miro de reojo, cuando noto que me observa fijamente.

Me arrastra suavemente y apaga la luz, dejando todo el cuarto a oscuras.

—Espero que lleves calcetines —le amenazo en voz baja.

Parece que no se espera mi absurdo comentario porque consigo sacarle una sonrisa.

—Menos mal que te tengo, insoportable —dice en un susurro y me duermo con esa última palabra rondando mi cabeza.

CAPÍTULO 58

Sofía

Me retuerzo en la cama intentando apagar la alarma. Aunque no haya clases, mi padre quiere que salgamos pronto a hacer deporte para empezar el día con energía. Cada mañana me inunda la pereza, pero me he dado cuenta de que salir a correr hace que vuelva con las pilas recargadas y con mucha más energía.

Me levanto y abro las cortinas, el cielo está nublado y hace bastante frío. Me pongo mis leggings de deporte cómodos y apretados, con un sujetador de deporte y una chaqueta de cremallera a juego. Calzo mis deportivas y voy al baño a lavarme los dientes, la cara y a hacerme una coleta.

Bajo y mi madre nos espera con un rico desayuno. A lo que en esta casa llamamos rico es un yogur, fruta y zumo de naranja, además de algunas galletas. Mi padre ya está listo y espera sentado en el sofá del salón mirando en su ordenador su correo.

Me siento en la mesa del salón con el desayuno en una bandeja y me lo como en silencio, tratando de despertarme. El timbre suena y mi madre sale creyendo que es el cartero. Celebra que su pedido de internet debe haber llegado antes, pero se desilusiona al ver que no es un repartidor.

—¡Sofía! —dice desde la entrada—, es para ti.

¿Quién iba a venir a estas horas a verme? Veo cómo el rostro de mi padre se transforma en seriedad y autoridad. Se pone de pie y se acerca a la entrada, a la espera de que yo vaya también.

Me levanto confusa y asomo la cabeza con cautela, para ver quién es. Me sorprendo al ver a Izan, en ropa deportiva en la puerta, esperando nervioso a que aparezca.

—¿Izan? —digo incrédula acercándome a la puerta, invitándole a pasar con un gesto en las manos—. ¿Qué haces aquí? —digo mientras entra al interior de la casa.

—Yo… —no le salen las palabras, está sudado y temblando, pasa su mano por su pelo unas quinientas veces antes de acabar la frase—. … Vengo a hablar contigo. Bueno, con tus padres —aclara.

—¿Qué? —No entiendo nada y mi cara de confusión lo dice todo. Mi padre, que está escuchando todo como el controlador que es, se acerca a nosotros, esperando que Izan hable, pero este recula.

—Eh…, esto… Yo… Soy Izan. —Le tiende la mano a mi padre y esta escena me parece realmente incómoda, él le tiende la mano por educación, pero tiene una mirada asesina. Por suerte, mi madre sale a calmar las aguas.

—Hola, yo soy Michelle, la madre de Sofía y él es Rupert, su padre. Creo que te hemos visto alguna vez por el instituto con Sofía —dice mirando a mi padre, mientras bebe su zumo.

—Encantado —carraspea—. Bueno, yo vengo a pedirles permiso para tener una cita con su hija. —Abro los ojos como platos.

—¡¿Qué?!

Mi madre se ahoga con el zumo que estaba bebiendo en esos instantes y mi padre parece estar morado, al borde del desmayo. Se balancea de un lado al otro y juraría que se ha pellizcado, con la esperanza de que sea un sueño.

Yo suspiro, incrédula ante la osadía de este chico. ¿Es que no se da por vencido con nada? Lo peor es que tengo que fingir una sonrisa y mi aprobación ante su propuesta, ya que mi excusa para no tener una cita eran mis padres, con los que se supone que no estoy de acuerdo.

Aún no puedo creer que Izan, el callado y vergonzoso, esté haciendo esto por mí. Ahora veo que está realmente enamorado, porque uno no hace estas locuras por cualquiera. Eso hace que me sienta más culpable, no quiero ilusionarle y al parecer, es lo único que hago.

Mi madre, que parece no encontrar las palabras adecuadas, se pronuncia antes de que mi padre se abalance contra él.

—Eres todo un caballero —dice ella halagándole—, pero Sofía no puede salir con nadie hasta los dieciocho años.

—Solo será una cita, como dos amigos que salen a comer algo —insiste y rezo porque mi padre se niegue en banda.

Pero mi madre mira a Rupert y lo empuja a la cocina, disculpándose un minuto. Izan me mira ilusionado y yo aparto la vista, no puedo fingir alegría en estos momentos. Entonces escucho los susurros de mi madre.

—Rupert… Es un buen chico, lo conozco… —insiste ella—. Es mejor él que cualquier otro… Y algún día tiene que salir con alguien, mejor él que un desconocido al que no nos presente.

No me jodas.

Mis padres salen de la cocina. Mi madre tiene una mirada victoriosa, lo que me huele a una derrota para mí, y también para mi padre, que mira cabizbajo al suelo, como si estuviese obligado a estar de acuerdo.

Por una vez, hubiese preferido que mi padre actuara como el protector que es y me hubiese prohibido salir con él, pero mi madre me guiña el ojo e Izan celebra que tendremos una cita. Yo saco mi mejor sonrisa, pero siento que es una mueca falsa y patética, un intento nefasto de mostrar felicidad.

Mi padre me dice que me espera fuera y yo me despido de Izan con un simple hasta luego, mientras él se enreda a hablar de que la cita será hoy mismo y de que ya sabe dónde me llevará…, y mil cosas más que no me importan una mierda.

Salgo a correr para despejarme, pensé que podría evitar esta situación y acabo de involucrar a Izan en mi familia. Cuando vuelvo de correr, me encierro en el baño y me pego una ducha rápida. Al salir, me visto y mientras me peino llamo a Barnes, la verdad es que llevo un malhumor insoportable y necesito desahogarme un poco. Le comento la propuesta de Izan y él bromea restándole importancia, a pesar de que a mí me resulta frustrante la insistencia de este chico.

—Por cierto, no me olvido de que eres una ladrona —me dice Barnes mientras yo me peino en el baño.

—¿Eh?

—Me has robado una camiseta. —¿Se refería a la camiseta que usé de almohada toda la noche?

—¡Perdón! No me di cuenta con las prisas y…

—Te la puedes quedar.

—¿Seguro? Te la puedo lavar y llevártela…

—Prefiero vértela puesta. —Sonrío como una imbécil.

—¡Sofía! —Mi padre aporrea la puerta del baño—. ¿Con quién hablas?

—¡Estoy hablando por teléfono con una amiga! —le espeto—. ¿Quieres oír también las

conversaciones?

—¡Sal ya del baño que lo necesito! —me grita ansioso.

—Te dejo —le susurro a Edgar, que no deja de reírse al otro lado la línea.

—No sabía que fuese tu amiga —dice él—, qué emoción.

—Imbécil —sonrío y cuelgo.

Salgo del baño con mejor humor que antes de entrar y me dirijo a mi cuarto. Recojo mis cosas y me pongo a estudiar. Me tiro toda la mañana concentrada hasta que un mensaje de Izan consigue que mi malhumor regrese.

«Nos vemos hoy. Paso por ti a las nueve, bebé».

¿¡Bebé!? ¿¡Pero qué película se ha montado!?

Resoplo y pongo los ojos en blanco, mientras escribo una respuesta.

«Vale, pero no me llames así».

«Era una broma, mujer».

Suspiro, exasperada. Con Izan todo son bromas hasta que se emociona demasiado. Si hubiese sabido que hoy se presentaría así en mi casa, juro que le habría dejado las cosas claras desde el principio, y bueno, eso pienso hacer hoy. Lo mejor es que le diga la verdad, no me gusta y tiene que saberlo.

CAPÍTULO 59

Kath

Me despierto con agujetas en las piernas del patinaje de ayer, pero sin duda mereció la pena ver cómo Samuel y Alex se estrellaban una y otra vez. Miro mi móvil como cada mañana y veo una notificación de un número desconocido. Con leer el mensaje me basta para comprender quién es.

«Hola, Kate».

Mi corazón se acelera y no puedo evitar sonreír. Antes odiaba que me llamara así, porque nadie lo hace y me resultaba raro, pero ahora lo veo como algo íntimo y personal. Bajo las escaleras con una sonrisa y me encuentro a mis padres sentados desayunando. Greg está saliendo por la puerta, al parecer se va a casa de su novia a pasar el día. Me siento en la mesa con una actitud más amigable que de costumbre y mis padres me miran con preocupación, al ver que no me he despertado de mal humor como cada mañana.

—Buenos días —digo en tono alegre.

—Hola, cielo. ¿Ayer por qué llegaste más tarde? —dice mi madre mientras se unta la tostada. Su tono no es quejoso, sino curioso.

—Ah, acompañé a un amigo a casa —digo dándole un bocado a mi tostada—, al que te dije, Eric West. —Mi madre asiente recordando la conversación y mi padre parece estar en otro universo, mirando hacia la nada con la vista clavada en el suelo—. Solo es un amigo —digo para calmar la tensión que parece haber en el ambiente.

—Sí, tranquila. —Mi padre vuelve a la mesa—. Pero no quiero que te quedes hasta las tantas por ahí con gente que no conoces.

—Claro que lo conozco —le corrijo.

—¿Vas a clase con él? —pregunta mi madre.

—No, pero… —Mi padre me interrumpe.

—O sea que, ¿no es de tu grupo de amigos?

—Si te refieres a que no se lleva con Matt, ni con Thiago, ni Izan, ni el lerdo de Justin Reed, pues no, no es de mi grupo de amigos —le comento—, es amigo de Samuel Ruiz, el nuevo.

—Pues por eso mismo —dice él volviendo al tema—, no los conoces bien aún.

—¿Qué problema hay? —digo confusa, a la defensiva.

—Ninguno —insiste mi madre—, solo ten cuidado con volver más tarde y con quien te juntas, nada más.

—¿Y esto a qué viene? —No entiendo. Mis padres callan y se miran entre ellos—. ¿Es por lo del borracho que me atacó por la noche y me robó el móvil? Porque os recuerdo que no era un amigo —digo intentando entender algo de esta conversación.

—Bueno, era porque ibas sola a las tantas de la noche —me dice mi madre rebatiéndome, mientras mi padre asiente a su favor.

—Entendido, no ir por la noche sola —resumo—, pero eso no tiene nada que ver con fiarme o no de Samuel y Eric.

Mis padres asienten, dándome la razón, mientras intento entender por qué de repente se preocupan tanto por este tema si cuando me pasó, no le dieron demasiada importancia. ¿Quizá es

porque notan mi alegría y les preocupa que me ilusione y me hagan daño? Suspiro rendida al no saber qué les asusta a mis padres y me voy a mi cuarto a cambiarme. Quedan tan solo unos días para volver a clase y mi cuerpo no quiere asimilarlo. Decido que voy a aprovechar estos últimos días al máximo, a pesar de que tengo que trabajar, por lo que le contesto a Eric diciéndole de volver a vernos y aprovecho para mandarle un mensaje a Alex, Sofía y Mia, proponiendo hacer una fiesta de pijamas para cotillear y mirar películas absurdas de amor.

Sofía acepta al instante, pero me pide que sea mañana, porque hoy tiene una cita con Izan. Me tapo la boca ilusionada, incrédula de que haya dado el paso, ¡genial! Les pregunto si pueden venir mañana y ninguna pone pegas, salvo Mia, que se disculpa, pero nos comenta que está en casa de la familia de Thiago. Ellos son como una familia de casados. Alex no contesta, debe estar durmiendo, lo cierto es que aún es muy pronto, además si pasó una noche loca con Samuel, seguro que lo que menos le apetece es mirar el móvil.

Cojo mi uniforme del trabajo y me cambio. Hoy es mi último día.

La mañana se pasa volando y a las doce del mediodía soy un alma libre. Salgo pitando del trabajo y voy hacia el coche cuando veo unas llamadas perdidas de Alex.

—¿Alex? —la llamo confusa.

—¡KATHERINE BROWN! —chilla.

—Por Dios, ¿por qué estás tan histérica?

—¿Está mi padre en tu casa ya?

—¿Qué?

—¿Dónde estás? —pregunta al oír el ruido de la calle.

—Trabajando, tenía turno de mañana.

—Mierda.

—¿Tu padre va a mi casa y se piensa que has dormido allí?

—Necesito que mientas y digas que me dejaste ahí durmiendo.

—Vale —me río—, pero eso no hay quien se lo crea, amiga.

—Solo necesito tiempo —dice mientras se oyen ruidos torpes.

—Te dejo, voy a conducir hacia casa.

—Te veo allí —suelta y cuelga.

Abro el coche y me dirijo hacia él, mientras guardo el móvil en mi mochila. Pero de camino, alguien cubre mi boca y me arrastra a un callejón. El miedo se apodera de mí y por instinto le muerdo la mano, aunque tras hacerlo, su olor inunda mis fosas nasales y reconozco ese aroma familiar.

—¡Ah! ¡Joder! —Se retuerce de dolor.

—¡Eric! —le grito—. ¡Eso no ha tenido gracia!

—Joder, perdón, solo quería saludarte.

—¿Y no podías decirme «Hola, Kate, cómo te va»?

—Te gusta que te llame Kate, ¿eh? —Pongo los ojos en blanco.

—Digamos que ya me he acostumbrado. ¿Te he hecho mucho daño?

—Creo que me la van a tener que enyesar —se queja.

—Oh, vamos, no seas quejica.

—¿Y tú ibas a pasar por aquí sin saludarme? —Miro a mi alrededor y observo que había aparcado justo al lado de la heladería.

—¿Estabas trabajando?

—Ya me iba, pero tengo que coger mis cosas, ¿me esperas?

—Claro.

—Ven. Me guía hasta la zona privada dónde los empleados se cambian.

—Oh, la zona prohibida —digo cruzando el cartel de «solo personal autorizado».

—¿Sabes qué se hace en las zonas prohibidas?

—¿Me… merendar? —Él se ríe al instante.

—Merendar, ¿Kate? —Entreabro la boca al entender su humor, qué corta soy.

—Oh, esto…, eh —balbuceo.

—Te dejo hasta sin palabras —dice orgulloso, mientras coge su mochila de la taquilla.

—Oh, cállate —le espeto.

—Cállame.

Nuestras miradas se cruzan y la broma comienza a desvanecerse cuando él aparta la vista de mi rostro para comprobar que no viene nadie. Entonces avanza a pasos agigantados hacia mí y estampa sus labios contra los míos.

—Eric… —digo entre su boca—, nos pueden pillar.

—¿Y?

No se me ocurre qué decirle, por lo que sigo besándole cada vez con más entusiasmo. Él suelta su mochila, dejándola caer sobre el suelo mientras coloca sus manos en mi espalda, rodeándome con sus largos brazos, que hacen que me sienta pequeña. Yo poso mis manos en sus mejillas y él pega aún más sus labios jugando con su lengua.

Desciende sus manos y me estrecha contra su cuerpo. ¿Por qué hace tanto calor en este sitio?

Continúa pegado a mí mientras su pelo se despeina por nuestros bruscos movimientos. Él coge con una mano de mi pelo y me lo coloca hacia un lado, justo como hizo el día de la fiesta. Lo cierto es que podría acostumbrarme a ese estúpido gesto.

Tira un poco de él haciendo que levante la cabeza aún más, mientras él desciende sus labios hacia mi cuello. No lo puedo evitar y se me escapa un suspiro y me dedica una sonrisa burlona.

—¿Recuerdas que teníamos un asunto pendiente? —dice con voz ronca.

—¿Eh? —Ah, por lo que dejamos pendiente. Me cuesta coordinar, estoy imbécil—. Ah…

Mientras él vuelve a mis labios, yo asciendo mis manos hasta su pelo descontrolado. Entonces él me coge por los muslos y me levanta, guiándome a ciegas hasta las taquillas, dónde hay un banco en el que se sienta dejándome sobre su regazo. Y cuando digo sobre su regazo es por no especificar que siento bastante más cosas que sus piernas.

—Joder, es que eres tan guapa —dice colocando un mechón de mi pelo tras mi oreja, mientras me mira fijamente.

—No me mires así —le pido.

—¿No te gusta?

—Me pones nerviosa —le confieso.

Entonces vuelve a besarme, haciendo que me calle. De repente, el sonido de un portazo nos sobresalta y el que parece ser compañero de Eric aparece en la zona de las taquillas.

—Joder, Eric —dice frenándose en seco al vernos—, búscate otro lugar, hijo.

—Perdón —dice él con tono inocente mientras yo me sonrojo.

—Como te vea el jefe te vas a la calle.

—Seguro que hasta le animaba el pedazo espectáculo que íbamos a montar. —Su compañero se ríe mientras yo me aparto de Eric y miro al suelo avergonzada.

—Eres un cachondo —dice su compañero.

—No solo lo soy —dice Eric bromeando—, lo est…

—Suficiente —aprieto los labios, roja y muerta de la vergüenza.

—Ya os dejo. —El compañero coge sus cosas y se va a toda prisa—. Adiós, chicos.

—Adiós —le digo en un susurro y en cuanto se va fulmino a Eric con la mirada.

—¿Qué? Me las deja a huevo…

—No sé cómo puedes hablar tan a la ligera de estos temas… Vamos. —Cojo su mochila y me dirijo a la puerta.

—¿No vamos a acabar?

—No —Le dedico una sonrisa falsa—. Alex me espera.

—Se nos acumulan los asuntos pendientes.

Salgo por la puerta y siento que todos nos juzgan, aunque creo que todo son imaginaciones mías. Noto la mirada de Eric clavada en mi nuca y me volteo a verlo, pero enseguida que me giro, mira a otro lado, pensativo.

—¿Quieres que te lleve a casa? —me ofrezco.

—Ya tengo coche, tranquila. —Se enciende un cigarrillo mientras yo intento buscar mis llaves del coche.

—¿Sabías que fumar mata?

—También quita el estrés.

—¿Qué estrés puedes tener tú?

—El que me provocas dejándome con las ganas siempre. —Pongo los ojos en blanco.

—Alex me va a matar como no llegue a casa ya —digo mirando la hora.

—Te veo pronto —dice él guiñándome un ojo y yo le dedico una leve sonrisa.

—Vale.

Salgo pitando a casa y en cuanto entro por la puerta, me encuentro con el señor Coleman.

CAPÍTULO 60

Alex

Me despierto sudada pegada a alguien que no para de roncar. Durante unos segundos, no sé dónde estoy. Me ubico en tiempo y en espacio y veo a Samuel roncar y babear en mi camiseta. Busco con la mirada mi móvil, pero está todo demasiado oscuro y no quiero moverme por si lo despierto. Por suerte, en sueños, se mueve y se aleja de mí, ladeándose al otro extremo de la cama. Me levanto y rebusco entre mis cosas, sin éxito. Entonces veo que la pantalla ilumina la habitación, el móvil está en el suelo, pegado a una esquina de la cama, no sé en qué momento lo dejé ahí.

Entonces veo que mi padre me está llamando, así que salgo sigilosamente de la habitación, esperando que nadie me escuche. Al parecer, mi padre va a ir a casa de Kath a comer, por lo que tengo muy poco tiempo para vestirme, salir de aquí y llegar allí sin que se percate de nada.

Samuel sale de la habitación, con los ojos pegados y haciendo pucheros.

—No me digas que te vas.

—Sí. —Entro a recoger todas mis cosas, alterada y concentrada por no dejarme nada.

—Pero ayer dejamos algo pendiente. —Se frota los ojos y me mira con deseo, sonriendo con maldad.

—Pues otro día será. —Le beso en modo de disculpa y mi cuerpo me pide que me quede, pero no puedo ni pensar la desilusión que se llevará mi padre si se entera de que es la primera vez que le miento en diecisiete años de vida.

Samuel me acerca con su coche a casa de Kath, todo el camino ha sido silencioso, creo que sigue medio dormido.

—Lo que pasó ayer… —empiezo.

—Déjalo —se niega.

—Solo quiero que sepas que cualquier cosa…

—No quiero dar lástima —dice aún con tensión en el cuerpo—, puedo con esto.

—No es lástima, solo me preocupo.

Me dedica una leve sonrisa y besa mi frente, pero al instante vuelve a ser el irritante de siempre.

Bajo del coche y me cuelo por la ventana del cuarto de Kath. Menos mal que decidí llamarla por el camino para avisarle de lo de mi padre, porque él ya está aquí y los padres de Kath no sabían que yo «estaba en su casa». Doy gracias que Kath me ha contado que les ha enviado un mensaje diciendo que me invitó a dormir de forma improvisada, que estaba durmiendo y por eso no había bajado a desayunar, que no me molestaran.

Salgo del cuarto y escucho la puerta de entrada. La voz de mi padre inunda la casa.

—¿Kath?

—Señor Coleman —dice ella tras carraspear.

—¿Estabas trabajando?

—Sí. He dejado a Alex durmiendo —miente.

—Eso sí es una amiga —dice mi padre con tono amigable.

Bajo al salón y saludo a todos, siguiendo nuestra farsa, mientras Kath me dedica sonrisas delatadoras.

Luego de una larga sobremesa hablando sobre el maldito último curso y cómo hemos crecido desde que nos conocimos, consigo convencer a mi padre de irnos a casa. Me despido de Kath y le aseguro que mañana nos vemos para la fiesta de pijamas. Nuestros padres no entienden a qué viene otra vez dormir juntas, y lo comprendo porque lo que no saben es que no dormimos juntas tanto como ellos creen.

Al entrar a casa, Samuel me envía un mensaje:

«Podríamos volver a vernos esta semana».

«¿Ya me echas de menos?»

«Eres tan creída».

«Si no me queda más remedio, pues nos vemos».

«Te dije que no te ibas a librar de mí».

«Perdón por irme tan rápido esta mañana».

«Ya hasta me pides perdón, te tengo cautivada».

«Idiota».

Sonrío estúpidamente con la vista clavada en la pantalla hasta que no noto la mirada curiosa de mi padre.

—Estoy saliendo con un chico —le suelto directa.

—¿Ah sí? ¿Por eso no has dormido en casa? —dice él sonriendo mientras se estira en el sofá.

—Vale, ¿cómo lo has sabido?

—No sabes mentir, nunca lo haces y cuando lo haces, se te nota.

—¿Pero cómo?

—Te conozco —dice riéndose satisfecho mientras yo me muerdo las uñas, nerviosa.

—¿Estás enfadado? —pregunto preocupada.

—No, solo quiero que me lo cuentes, —Tras una pausa pensativa, añade—, y que hagas lo que hagas, siempre con cabeza.

—¡Lo sé! —No necesitaba oír ese comentario, pero no puedo evitar quererle muchísimo. Él nunca se enfada y se preocupa siempre por mí.

—Solo espero que no sea un imbécil y te trate bien.

—Claro que sí, papá, a mí nadie me trata mal —digo como la matona que soy—, nadie se atreve —bromeo.

—Dile por si acaso que sé disparar.

—¡Papá!

—Y que tengo pistola.

—¿Tienes pistola? —Me sorprendo.

—No, pero eso él no lo sabe. —Me guiña un ojo y enciende la tele mientras yo niego divertida.

Tras un par de risas y alguna advertencia sobre las parejas y sus responsabilidades, me voy a mi cuarto a ver si consigo ordenarlo de una vez por todas, porque lleva desde septiembre hecho un desastre.

CAPÍTULO 61

Sofía

Mi madre saca cuatro prendas de mi armario y me ayuda a elegir qué ponerme, pero yo niego con la cabeza a todas sus propuestas y suspiro tumbada en la cama. No me creo que mi primera cita sea con alguien que no me gusta y encima obligada por mis padres ¿Qué es esto? ¿La edad media?

Dejo el móvil cargándose y me voy al baño a arreglarme. Solo me interesa estar decente, lo cierto es que lo único que me preocupa es tener que rechazar a Izan, me da pena, pero hasta aquí he llegado. No puedo estar haciéndole ilusiones a alguien solo por contentarle.

Me termino de retocar y bajo al escuchar que llaman a la puerta. Izan va vestido con una camisa blanca y un traje negro. ¡Dios mío! Qué lujo, voy hecha un desastre en comparación a él. ¿Por qué no podía ser una cita más simple?

Mi cara de sorpresa hace que se sonroje, y entonces él me piropea a pesar de mis horribles pintas.

—Estás preciosa —dice tímidamente.

—Gracias —digo sonriendo incómoda—, estás…, muy elegante.

Me despido de mis padres y les repito que no volveré tarde, para que se relajen.

—Vale, cielo —contesta mi madre emocionada.

Antes de salir interroga a Izan sobre su familia, sus estudios… Mi padre está en shock aún por la noticia e insiste en llevarnos, no quiere que vayamos solos en un coche. Por supuesto que me niego, pero Izan le agradece que nos lleve, por lo que eso solo hace que el camino con mi padre sea aún más incómodo.

Sin embargo, cuando llegamos, mi padre parece un poco más relajado a pesar de todo, y se despide de Izan estrechándole la mano. Esta situación hace que me sienta aún peor por lo que voy a hacer, pero mi decisión es firme y no quiero tener más mentiras a mis espaldas.

Llegamos a una pizzería italiana y nos sentamos en la primera mesa que vemos. Izan me coloca la silla como si estuviéramos en una película donde él es el galán y apuesto caballero. Me siento y miro la carta, aunque ya sé la pizza que voy a pedir desde que entré.

Ya he venido a este lugar y siempre pido la misma, mi favorita es la de cuatro quesos con anchoas y aceitunas. No despego la vista de la carta para evitar su mirada. Está nervioso y yo no sé qué decir.

—He pensado que podemos ir luego a tomar un helado —emite al fin palabras.

—No te preocupes, con la pizza estamos bien —digo intentando no sonar borde.

—Si prefieres otro postre… —dice y le interrumpo.

—No quiero postre —le sonrío esperando que lo entienda y él asiente.

Me siento mal, pero no quiero estar aquí y ha insistido demasiado para algo que solo quería él. Yo tampoco he sido clara, pero ya va siendo hora. Cuando traen la pizza, Izan empieza a hablar de lo mucho que le gusto halagándome sin parar.

—Si fuéramos novios podríamos hacer tantas cosas… —dice hablando prácticamente solo.

—Izan —intento pararle, pero sigue a lo suyo—. Izan —repito.

—Te haría tantos regalos… —Sin darme cuenta alzo la voz y le corto.

—¡Izan! —No me escucha.

—¿Te gustaría ser mi novia? —propone.

—¡Izan! —vuelvo a gritar.

—¿Sí? —dice él sonriente.

—No me pasa lo mismo que a ti —confieso suavemente.

—¿Cómo? —No lo entiende.

—Que…, no siento lo mismo que tú. —Entonces puedo ver la desilusión en su rostro—. Yo solo te veo como un amigo —le confieso cabizbaja.

—¡¿Y por qué aceptaste esta cita?! —suelta enfadado.

—Por presión, tuya y de mis amigas.

—Yo no te presioné —dice aún más enfadado.

—¿Ah no? La nota, venir a mi casa a pedírselo a mis padres…

—Pensé que era lo que querías —me dice confuso.

—Pues no me preguntaste. —Alzo las cejas y él frunce el ceño—. Mira, no pretendía hacerte ilusiones —le digo apenada—, solo que no sabía cómo decirte que no.

—¿Es porque te gusta otra persona?

—No…, yo… —miento fatal o él es muy listo porque no me deja terminar.

—Por lo menos no me mientas en la cara —dice molesto.

—Lo siento, es secreto, no puedo decirlo —le digo buscando una mirada de compasión o algo del buen Izan, porque ahora mismo solo veo rabia en sus ojos.

—Bien, pues en ese caso, esta cita no tiene sentido. —Se levanta de la silla y antes de que pueda reaccionar, se va del restaurante.

Me quedo sentada unos instantes valorando qué hacer. No sé por qué, pero se me forma un nudo en la garganta y siento que voy a llorar. Miro mi pizza a medias y luego su plato de pizza entero. Ha dejado una pizza porque estaba enfadado. ¿Quién deja un plato de pizza entero?

Llamo a Kath, pero no contesta. Justo cuando voy a marcar a Alex me llega una notificación de llamada de Barnes.

—¿Barnes?

—Hola —dice mientras se oye que mastica, detalle que odio, por cierto.

—Estoy en mi cita —digo con tono amargo.

—Me disculparía, pero no me arrepiento de estar interrumpiéndola.

—No hay nada que interrumpir porque estoy cenando sola —digo con asco—, y mi pizza está fría.

Le explico lo sucedido y me pregunta dónde era la cita, luego le cuelgo para poder terminarme la pizza a pesar de que está helada. Me planteo comerme la de Izan, pero si la mía estaba fría, la de él ya está casi congelada, además es de piña. ¿En serio hay gente a la que le gusta eso?

Pido la cuenta y me recogen los platos.

Genial, he comido sola y pago por dos.

Cuando guardo mi móvil en el bolso y me pongo la chaqueta, Barnes entra al restaurante.

—¿En serio has venido? —digo sorprendida.

—No, soy un holograma.

—Tonto. —Le empujo.

—No he venido hasta aquí a que me llames tonto.

—¿Has cenado?

—Mi superlasaña casera.

—Me encanta la lasaña.

—Sí, lo sabía, te invitaba y dejabas tú a este imbécil plantado.

—Siempre tomo las peores decisiones —me lamento.

—Siento no haber llegado antes para hacerte compañía. —Se me dibuja una sonrisa ante su bondad.

—No te disculpes, ni que fuera tu culpa.

—¿Quieres que nos sentemos y pidamos algo más?

—Aquí no te traen nada más que pizza y pasta, Edgar.

—Pues vamos a Danielle's.

—Nunca niego un batido de Ellie —confieso—, pero…, ¿no has pensado en…, la gente?

—Oh, vamos, a esta hora nunca hay nadie y Ellie es cascarrabias, pero es una tumba.

Tal y como él pensaba, a esta hora no hay nadie más que Ellie haciendo la caja. Cuando nos ve entrar frunce el ceño y yo me sonrojo, yo hago el ademán de saludarla, pero al instante me corta.

—En este pueblo ya nada me sorprende —suelta mientras Edgar me mira con inocencia y yo me ruborizo—. ¿Vais a pedir algo u os vais a quedar ahí parados toda la noche?

—Yo quiero un batido de mango —le pido.

—¿Y tú, Barnes? ¿Lo de siempre?

—Por favor, Ellie.

Tras sus palabras, nos sentamos en la mesa en la que se sentó él el día que nos vimos.

—¿Siempre te sientas aquí?

—Desde que te conocí —confiesa.

—Aún no te he dado las gracias por venir a buscarme —me sincero—, gracias.

—Aún estoy a tiempo de dejarte plantada yo también. —Ellie nos deja los batidos en la mesa con prisa.

—Por favor, dos plantones en un día no —le pido, mientras él sonríe divertido.

—Tienes suerte, yo no soy de esos, —Se me escapa una sonrisa—, pero no te acostumbres.

—Sin duda, podría acostumbrarme a esto —confieso.

—¿A qué te planten o a tener citas improvisadas conmigo?

—Bueno, ¿si me plantan vendrías a arreglar mis citas?

—Oye, yo no soy celoso, pero tampoco espero que tengas muchas más citas.

—Guau, gracias.

—Rectifico —dice él alzando el dedo índice—, espero que tengas un millón de citas.

—Mucho mejor —asiento.

—Y que todas sean conmigo —suelta mientras se me escapa una sonrisa divertida.

Cuando termino mi batido miro la hora y ya son casi y media.

—Tengo que irme, mis padres me han puesto hora de llegada y ya sabes cómo son.

—Fingiré que me sorprende.

—Gracias por esto, en serio —digo mientras vamos hacia la salida.

—Deja de agradecérmelo —me pide—, la verdad es que me encanta estar contigo.

Sonrío y miro al suelo, nerviosa. Levanto la vista hacia él y veo cómo observa a su alrededor, precavido. El pueblo está muerto y oscuro. Cuando regreso la vista para verle, no me da tiempo a reaccionar y me planta un beso.

—No ha estado mal para haber sido la peor primera cita de la historia —le confieso.

No sé cómo, pero consigo despedirme de Barnes y me dirijo hacia casa. Cuando llego, mis

padres están expectantes, esperando a que comente cómo ha ido.

Mis padres parecen haberse fumado lo mismo que Izan porque ya dan por hecho que somos una pareja y parecen estar satisfechos con Izan como novio. ¿Por qué no podrían ser las cosas tan fáciles con Barnes? No es que seamos nada aún…, o sí…, lo cierto es que ni yo sé qué somos. Mi padre se pondría histérico, creo que le daría un infarto si se enterara, y mi madre se decepcionaría muchísimo.

Y ahora que me he librado de Izan, añado una mentira más a mis padres. Ahora creen que Izan y yo somos novios. Por una parte, me viene bien para quedar con Edgar, bueno, con Edgar o con mis amigos, pero la otra parte, bastante más grave, es que mentir nunca trae nada bueno, y cuantas más mentiras, más difícil será mantener todo este secreto.

CAPÍTULO 62

Kath

Desayuno tranquilamente mientras hago una lista de lo que tengo que comprar para la cena de hoy. Todos sabemos que las fiestas de pijamas incluyen pizza, helado, palomitas y chucherías. Mi móvil suena y vibra a todo volumen, el sonido llega desde el salón hasta la cocina. Lo cojo y veo que es Eric.

«¿Nos vemos hoy?» Lo cierto es que tenía pensado verlo al menos una vez más antes de volver a clases. Ni siquiera saluda, siempre tan directo.

«Hoy no puedo, ¿mañana?» Le contesto.

«Me duele tu rechazo».

«Es que tengo que ir a comprar y luego vienen Alex y Sofía a dormir».

«¿Puedo ir a dormir?»

«Ya quisieras».

«Segundo rechazo del día y solo son las diez de la mañana».

«Puedes acompañarme a comprar al supermercado».

«Guau, es el mejor plan que me han propuesto en meses».

«No seas quejica, te estoy invitando a hacer la compra conmigo».

«Me muero de ganas».

Termino de desayunar y me cambio. Me pongo unos leggings ajustados y una sudadera. Recojo mi pelo rubio en una corta coleta y salgo de casa. Recojo a Eric y conduzco hasta el súper, donde hacemos la compra. Bueno, donde hago la compra y Eric me estorba.

—Nunca te había visto con ropa deportiva —dice haciéndome un repaso.

—Porque odio hacer deporte —le confieso.

—Qué mierda —se queja.

—No esperes que deje de ser vaga —digo buscando la pizza entre los pasillos.

—¿Pero podrías vestirte así más a menudo?

—¿Eh? —Me miro la ropa, frunciendo el ceño—. Si voy hecha un asco.

—Me gusta tu sudadera —dice él cómo pretexto—, y esos leggings te hacen un culo…

—¡Eric! —le espeto avergonzada, mientras una señora mayor, muy mayor, pasa por nuestro lado riéndose de su comentario.

—Es que me encanta ver cómo te ruborizas. —Sonríe divertido al ver mi incomodidad.

—No vuelvo a traerte a comprar —niego mordiendo mi labio inferior.

Termino de comprar las cosas para la cena y fiesta de pijamas de hoy y llego a casa con todas las bolsas de comida. Eric me ayuda a meterlas y las deja en la entrada.

—Bueno, tengo que irme —dice incómodo, con prisas.

—Vale…, ¿no quieres pasar? —le invito.

—Ummm… tengo que irme a trabajar, pero mañana nos vemos.

—¿Mañana?

—Sí, ven a mi casa —dice mientras se aleja.

Coloco la comida en la nevera y guardo las bolsas. Las siguientes horas pasan muy lentas, me

pongo una película a la espera de que lleguen Sof y Alex.

La primera en llegar es Sofía, irónicamente la que vive más lejos. La ha traído su padre, Rupert, que la saluda desde el coche y no para de repetir que no nos desmadremos. Es una pesadilla de padre. Agradezco cuando al fin se va y entramos a casa. Alex llega quince minutos después cargada de un arsenal de palomitas, bebida y juegos de mesa.

Traigo la cena y ponemos la mesa en el salón entre las tres. Enciendo la tele y elegimos una película que ya hemos visto un millón de veces. Es para poner algo de fondo, porque lo cierto es que no paramos de hablar de tonterías y cotilleos de instituto.

—¡¿Cómo fue tu cita?!

—¡La cita! – exclama Alex

—Bueno… —dice ella mirando al suelo—, al principio mis padres no querían que fuera, pero se presentó en casa y les convenció.

—¿Izan hizo eso? —dice Alex sorprendida.

—Se ve que no es tan tímido como creemos… —dice Sof—, pero la cita fue un desastre.

—¿Por qué? —le digo con tono apenado.

—Porque lo cierto es que a mí no me gusta y darle una oportunidad fue una pérdida de tiempo —explica—, es simpático, pero nunca será mi tipo.

—Bueno, —digo yo con tono positivo—, es hora de buscar a alguien de tu tipo.

—En la próxima fiesta te buscaremos un ligue —dice Alex guiñándole el ojo a Sofía.

Sofía no parece muy satisfecha, solo sonríe y asiente, después cambia de tema, preguntándole a Alex.

—¿Y tú con Samuel qué? —dice dándole un codazo.

—Yo… —se sonroja y parece darle rabia.

—¡Te gusta! —exclamo.

—¡No! Lo odio —confiesa.

—Lo que odias es admitir que te gusta —le suelta Sof y ambas nos reímos.

—Bueno, ¿y qué tal en su casa? —le digo.

—Bien, nos cortaron el rollo, pero bien.

Decidimos poner una película que nos distrae de nuestros cotilleos amorosos y terminamos discutiendo sobre si debería haber tenido un final tan drástico o podrían haber sido más realistas.

Cuando acabamos de cenar, las chicas me ayudan a recoger y subimos a mi cuarto, donde he preparado las camas en el suelo. Cada una se coloca en su cama y Alex saca una botella de su mochila.

—Es una mezcla nueva —dice sacudiendo la botella con color extraño.

—¿Jugamos a verdad o atrevimiento? —dice Sofía.

—Venga —asiente Alex.

—Empieza Kath —dice Sofía—. ¿Verdad o reto?

—Verdad —contesto para su decepción.

—¿Te gusta más Eric o Matt? —Alex se ríe ante la pregunta de Sof.

—Es diferente —explico y ellas me miran curiosas—. Matt me gustó bastante, pero resultó ser un fracaso. Eric me gusta, me da curiosidad conocerlo… —digo pensativa—, pero tengo miedo de que me haga daño como Matt.

—Este tiene pinta de ser más maduro —dice Alex con toda su sinceridad.

—Puede ser —afirmo—. Te toca. —Miro a Alex—. ¿Verdad o reto?

—Reto —dice ella orgullosa y tranquila—, no soy cagona.

—Atrévete a llamar a Claire Reed y decirle que es una zorra —dice Sofía.

—¿Qué? —Alex se sorprende.

—Venga, ¿no decías que no eras una cagona? —le insisto.

Alex no dice nada, solo piensa y se ríe, está meditando si hacerlo o no. Coge su teléfono y marca el número de Claire, que contesta a los pocos segundos, parece que está en una fiesta.

—¿Alex Coleman? Qué haces llamándome —dice tan borde como de costumbre.

—Solo quería decirte que eres una zorra —suelta y cuelga el teléfono.

Ambas nos quedamos de piedra ante su valentía, no cualquiera se metería con Claire Reed. Primero porque es una chica mala, celosa y rencorosa, por lo que es capaz de vengarse de cualquier estupidez, y segundo porque su hermano, Justin Reed, mataría por ella. Por suerte para Alex, Justin parece tenerle cierto respeto, a pesar de que siempre se vacilan el uno al otro.

—Muy bien, tu turno —dice Alex mirando a Sofía—. ¿Verdad o reto?

—Verdad —dice ella cambiando su rostro risueño por nerviosismo.

En ese momento el móvil de Sofía se ilumina por varios mensajes. Ella gira la pantalla enseguida y Alex y yo compartimos una mirada cómplice.

—¿Quién te ha escrito? —dice Alex.

—Nadie —contesta Sofía quitándole importancia.

—¿Quién es? ¿Izan? —digo levantándome de la cama acercándome a su móvil.

—¡No! —dice ella negando también con la cabeza.

—Tienes que contestar a mi pregunta, es verdad o reto —dice Alex encogiéndose de hombros.

—Esto…, es solo mi padre… —dice ella esquivando nuestra mirada, haciendo que nos pique aún más la curiosidad.

Alex y yo dejamos el tema por unos minutos, cuando Sofía le pregunta por Samuel. Alex se niega a contestar, no quiere admitir que está enamorándose. Aprovechando el despiste de su disputa, me levanto de la cama y le robo el móvil a mi amiga, esperando poder ver de quién son sus mensajes.

Ella se levanta de la cama al instante y va detrás de mí, dando vueltas por la habitación para quitármelo, pero se lo lanzo a Alex en una corta y segura distancia y ella lo coge encendiendo la pantalla. Mira la barra de notificaciones y su rostro me parece confuso, casi indescifrable.

—¿Quién es Edgar? —dice frunciendo el ceño.

Se hace un silencio en la habitación durante unos instantes y poco a poco nos cae la ficha. La primera en reaccionar soy yo, que miro a Sofía, incrédula. Ella parece estar blanca a punto de desmayarse.

—Oh, no —digo lentamente, casi riéndome—, dime que no es quien yo creo, por favor. —Levanto el dedo índice en modo de advertencia.

Alex aún parece no saber de quién hablo, hasta que cae ella también.

—¿Edgar Barnes? ¿El profesor? —Me encantaría haberle hecho una foto a la cara de Alex en este momento, está flipando. Debe ser la misma cara que tengo yo ahora también—. ¿Qué?

—¡¿Qué?! —repito esperando que reaccione.

Sof no dice nada, solo mira al suelo avergonzada, suspirando y tapándose la cara con las manos. Su silencio lo confirma y Alex y yo nos llevamos las manos a la cabeza al mismo tiempo.

—¡No, no, no! —dice Alex—. ¡No puedo creerlo!

—¿Desde cuándo? —digo yo aun asimilándolo.

—Desde el día de la fiesta en casa de Samuel, más o menos.

—La de disfraces —dice Alex por aclarar.

—No, desde el día que se me pinchó la rueda —admite.

—¿Nos lo has ocultado desde entonces? —digo asimilando más información.

—Chicas, perdón. —Parece tener los ojos llorosos cuando levanta la vista y no puedo evitar sentirme mal—. Yo quería contarlo, pero es muy arriesgado, si mi padre se entera… —suspira frustrada.

—No pasa nada —le digo apoyando mi mano en su hombro—. Te entendemos. —Alex asiente.

—Solo que nos ha extrañado que lo hayas ocultado tan bien durante tanto tiempo —añade.

—Dilo por ti, yo sospechaba algo —confieso.

—¿Qué? —dice Sof preocupada—. ¿Se nota?

—No, pero me extrañó que rechazaras tan rápido a Izan si en teoría no te gustaba nadie.

—Si vierais cómo se cabreó al rechazarle… —vuelve Sofía al tema—, pero lo cierto es que no me gusta y Edgar…

—Dios, hasta le llama Edgar —dice Alex mirándome sorprendida, yo me río.

—No esperabas que le llamase Barnes —le digo—, sería raro.

—Le llamo de las dos maneras —confirma Sofía.

—Entonces, ¿Izan lo sabe? —pregunta Alex—, lo tuyo con Barnes.

—¡No! —dice Sofía—, ni debe saberlo, si se entera seguro que me fastidiaría, se cabreó mucho en la cita.

Ambas le dedicamos una sonrisa mientras la interrogamos con cien mil preguntas a la vez.

Sofía nos pone al día de su vida amorosa. Nosotras pensando que no había besado a nadie nunca y resulta que se estaba estrenando a escondidas con el profesor. Aún no puedo creerlo, Sofía Meyer, la perfecta hija de los Meyer, ocultándole la verdad a todos y viviendo un amor secreto y prohibido.

CAPÍTULO 63

Alex

Aún estoy impactada con la noticia de Sofía, es increíble, y realmente admirable de que sea capaz de arriesgarse con la familia tan estricta que tiene. A eso de las tres de la mañana, Kath cae rendida en la cama, soñando con a saber qué, porque no deja de hablar en sueños. Sof y yo nos quedamos hablando y riéndonos de los ronquidos sigilosos de nuestra amiga.

—Oye, Sof —le digo entre susurros—, ¿qué tal las cosas en tu casa?

—Pues como siempre —dice ella encogiéndose de hombros.

—¿Tu padre siempre ha sido así? Bueno, desde que lo conozco sí, ¿pero toda tu vida ha sido así de pesado? —inquiero.

—Se acentuó más cuando murió mi hermana, Abigaíl.

—Lo que me molesta es que tus padres crean que eres como Abigaíl.

—No puedo hacerles cambiar de idea, y mira que he intentado que reaccionen —dice Sofía abatida—, igual tampoco quiero hablar mal de mi hermana, ¿sabes?, no sé, yo apenas recuerdo los líos en los que se metía, todo lo que sé es por mis padres.

—Te entiendo —digo identificándome totalmente con ella—, yo lo único que sé sobre la marcha de mi madre, es por mi padre. No he vuelto a saber mucho de ella desde que se fue.

—¿Y nunca has tenido la necesidad de saberlo?

—Me lo he planteado muchas veces, pero… —suspiro—, no sé, si se fue es porque no le importo, y yo sé que, a mi padre aún le duele su partida, porque evita hablar de ella a toda costa…

En un momento de la noche ambas nos callamos y nos quedamos dormidas sin apenas darnos cuenta.

A la mañana siguiente, la luz de la ventana nos despierta junto con el sonido de los pájaros, los malditos pájaros que pían en el árbol de al lado de la casa de Kath. Su sonido es tan fuerte que se escucha aún con las ventanas aparentemente cerradas.

Tras cerrar la ventana, un escalofrío recorre mi cuerpo, por lo que me meto en la cama a toda prisa y me tapo hasta arriba. Cojo mi móvil y miro la hora, son las nueve de la mañana, miro mis mensajes y veo que solo tengo uno de mi padre preguntándome a qué hora llegaré.

Sin embargo, una llamada en el buzón capta mi atención, es de Justin Reed. ¿Y ahora qué querrá este imbécil? Entonces me viene una imagen de ayer, cuando llamé a Claire. Puede que me quiera insultar por llamar «zorra» a su hermana, pero no sé por qué se mete en estos asuntos.

«Qué quieres», le escribo.

Al instante mi móvil vibra por una llamada entrante suya. No atiendo, no quiero salir de la habitación, ya lo hice en casa de Samuel y por poco podría haberme encontrado a sus padres dando vueltas, así que no me apetece encontrarme a Greg en el pasillo o a cualquier otro miembro de la casa, aunque creo que no hay nadie.

«Llámame más tarde».

Me deja leído. Siempre tan amigable.

Sofía se despierta tosiendo ahogada por sus mocos, creo que se ha enfermado. Kath sigue en

un sueño profundo, por lo que nos vemos obligadas a hacer los típicos ruidos disimulados para que la anfitriona se vaya despertando.

Después de unos quince minutos abre los ojos que aún tiene pegados por el sueño, y nos saluda con una sonrisa. Se gira y vuelve a dormirse durante otros cinco minutos. Cuando por fin consigue despertarse, bajamos a desayunar, por suerte no hay nadie en la casa, por lo que llamo a Reed para que me diga lo que me tenga que decir.

—Coleman —dice él al teléfono móvil.

—¿Se puede saber por qué me llamas a las nueve de la mañana? —le digo bruscamente.

—¿Por qué llamas tú para insultar a mi hermana?

—Era un estúpido reto, y además tampoco he dicho nada que sea mentira.

—¿Me meto yo con el estúpido de tu novio? Pues deja en paz a mi hermana, Alex.

—¿No se suponía que erais amigos? —pregunto sorprendida.

—Nos conocemos de hace tiempo, pero ese tío no es mi amigo.

—¿Se puede saber qué te pasa…?

Cuelga el teléfono sin siquiera despedirse y me deja con la palabra en la boca. Además de maleducado, resulta que es un mentiroso. Recuerdo perfectamente cuando llegó Samuel al colegio, que Justin comentó que eran amigos de la infancia. ¿Por qué ahora está tan cabreado con él? Sin duda le gusta demasiado llamar la atención y creo que tanto fumar y beber con Thiago y Matt le ha pasado factura.

—Recordadme que no vuelva a llamar a Claire.

—¿Era Justin? —pregunta Kath con voz de dormida.

—Sí.

—¿Qué le pasa últimamente con defender a su hermana? —pregunta Sofía.

—Es Justin, no busques porqués —dice Kath.

Dejo el móvil en la mesa del salón y nos dirigimos a la cocina donde nos preparamos unas tortitas y unos gofres, no son como los de Danielle’s, pero no están mal. Mientras estamos en la mesa, el silencio inunda la sala y solo se escucha el sonido de las cucharas en nuestro chocolate caliente.

—No quiero volver a clase —dice con voz cansada Sofía.

—Al menos tienes a un profesor que te va a aprobar sí o sí —me burlo.

—Yo tampoco estoy preparada para volver a estudiar tantas horas al día —dice Kath con voz ronca.

—No es solo eso —dice Sofía entre cada bocado de su gofre—. En este último semestre ya tenemos que elegir universidad, mandar solicitudes, elegir carrera, hacer cartas de presentación, buscar trabajo para el verano… —Cada cosa que añade su tono sube generándome frustración, por lo que Kath y yo le tapamos la boca a la vez.

—¡Por el amor de Dios! ¡Frena el carro!

—Te noto alterada —le dice Kath—, todo a su tiempo, Sof —le consuela.

Después del desayuno cada una va recogiendo sus cosas, yo me voy antes que Sofía, quien se queda hablando con Kath en el porche, sobre universidades y cosas realmente estresantes que prefiero no escuchar.

Aún no sé qué voy a hacer, pero mis notas decidirán mi futuro y mi beca, así que lo que debería hacer es irme a estudiar. Inevitablemente, pienso en Samuel, él es muy listo y no podrá pasar de curso por su situación familiar. Seguro que estudiar con gritos y peleas debe ser insoportable.

«¿Cómo llevas los exámenes?», le pregunto y me contesta al instante.

«No sé ni qué tema estamos viendo».
«¿Quieres venir a estudiar?», me ofrezco.
«¿A tu casa?»
«Sí».
«¿Solo a estudiar?», me manda unas caritas sonrientes acompañadas del último mensaje.
«SÍ. Prométeme que solo estudiaremos».
«Uf… yo no soy del que cumple sus promesas».
«SAMUEL, ¿quieres aprobar o no?»
«Vale… Me portaré bien. ¿Si aprendo todo obtendré premio?»
«Eres insoportable».
«¿Eso es un sí?»
«Es un puede ser».
«Así sí me entran ganas de aprenderme todo el libro».
«Cállate y ven».
«Estoy saliendo».
«Joder, qué rápido».

Salgo de la habitación y le pregunto a mi padre si puede venir y acepta sin pensarlo dos veces, siempre y cuando estudiemos. Samuel me dice que vendrá en unos veinte minutos, al parecer hay tráfico, por lo que me pongo a ordenar mi habitación, que de nuevo parece que ha pasado un tornado por aquí.

CAPÍTULO 64

Kath

Cuando Alex y Sofía se van, me pongo a ordenar todo el estropicio. Consigo organizar todo, y veo que mis padres bajan por las escaleras.

—¿Qué tal ayer? —pregunta mi padre mientras se hace un café.

—Todo bien, nos lo pasamos muy bien —les digo mientras desayunan—. Hoy tengo que ir a trabajar unas horas… y luego he quedado con Eric.

Mi padre alza la vista, serio y mira a mi madre, que busca decir algo, pero no lo hace.

—¿Puedo? —pregunto confusa.

—Sí, claro —dice mi madre untando la tostada—, pero no vuelvas tarde.

—Hecho —digo feliz, y les doy un beso antes de subir a mi cuarto a ordenarlo y prepararme.

«Voy a trabajar, cuando salga voy a tu casa».

«Te explotan, lo sabes, ¿no?»

Por desgracia, no volvemos a hablar en todo el día, la jornada laboral se me hace eterna y la tienda de ropa tiene tan poca gente hoy que siento que voy a morir del aburrimiento.

Cuando salgo, cojo el coche y conduzco hasta su casa. Le hago una llamada perdida y veo cómo sale de su casa, vestido con una sudadera negra, un collar de oro y unos pantalones vaqueros como los míos. Me quedo mirando fijamente cómo peina su pelo castaño con sus dedos, pero ya lo tiene un poco más largo y se le está descontrolando.

—Hola, Kate —dice abriendo la puerta del asiento del conductor—, vamos. —Hace señas indicándome que baje del coche.

—¿Vamos a ir andando?

—No, voy a conducir yo.

—¿Vas a conducir mi coche? —le digo levantando una ceja.

—No, vamos en el mío, ¿algún problema? —Me medio sonríe.

—No, es solo que espero no morir, soy demasiado joven —me burlo repitiendo sus palabras y él sonríe sin decir nada, mientras le sigo hacia su coche.

El trayecto es corto, vamos desde la calle de su casa hasta la carretera y después coge un desvío que lleva a una urbanización donde parece haber algunos bares nocturnos, discotecas… con la especialidad de que estamos a nada de la playa. Él aparca en una calle estrecha y le sigo hasta la playa. Debido a que es invierno, el sol se pone antes, por lo que ya casi es de noche y está oscuro a pesar de que no son aún las siete de la tarde.

Cuando llegamos a la playa, él tiende una enorme manta en la arena y otra enorme manta para taparnos.

—Hace un poco de frío, pero la playa en invierno es increíble— me explica—. No hay gente y si te abrigas bien, a estas horas no hace tanto frío.

No le contesto, me quedo mirando al cielo oscuro, despejado y lleno de estrellas.

Tiene razón, aunque esta mañana hacía frío, a esta hora parece no hacer tanto fresco y al no hacer viento, se está bastante bien si estás abrigado. Nos sentamos uno al lado del otro y nos tapamos con la manta, entonces Eric saca de su mochila negra unas patatillas y las abre.

—¿Y por qué aquí? —le pregunto mientras cojo una patatilla.

—Es un lugar especial —dice él, pero no añade nada más.

—Me gusta —le digo mirándole a los ojos.

La tensión aumenta cuando noto que él me mira los labios. Miro la leve sonrisa que se forma en su rostro y hace que me derrita. Se acerca a mí suavemente, huele tan bien…; me besa sin detenerse, posando sus manos en mis frías mejillas. Nuestro beso está salado por las patatillas, pero no puedo sentir más dulzura.

Entonces nos detenemos y pongo mi cara en su hombro, apoyándome, mirando hacia el inmenso y oscuro mar. Lo bueno de Maytown es que, a pesar de que es un pueblo, tiene una gran diversidad de lugares.

—Me han contado que no te cae bien mi amigo Matt —le digo sonriendo con malicia.

—Simplemente, no me caen bien los gilipollas —dice tensando su mandíbula, totalmente serio.

—¿Cómo sabes que me hizo daño? —le pregunto curiosa.

—Sé muchas cosas de ti —dice él—. Eso me lo contó Samuel, y solo con verlo, me bastó para que me cayera mal.

—¿Por qué? No es el chico más maduro y centrado del mundo, pero es buen amigo —le confieso.

—Basta verlo —niega con la cabeza y después me mira—. ¿Quién en su sano juicio te rechazaría? —Me río y me sonrojo ante su comentario, que a pesar de que es brusco, es tierno.

—No podemos gustarle a todo el mundo —le digo mirando a la arena—. ¿No será que estabas celoso? —le pico.

—¿Celoso de él? —se ríe—. Venga ya, ni se compara a mí. —Salta su ego.

—Bueno, lo suyo y lo nuestro no es muy diferente —le provoco—, ambos me habéis gustado y a ambos os he besado.

—Espero que sea coña, no es lo mismo. —Me fulmina con la mirada y yo me río ante sus evidentes celos.

—¡Lo ves! Estás celoso —me río y él parece picarse.

—No digas que es lo mismo —se pone serio—. ¿Tú crees qué es lo mismo? —En su mirada noto preocupación.

—No. —Me pongo seria al instante—. Estaba bromeando, siempre y cuando no termines haciéndome daño como él. —Lo miro con una ceja alzada—. Bueno, —digo recolocándome—, estoy en desventaja, tú sabes mucho de mí, por Samuel, pero yo no sé nada de ti de antes de conocernos.

—Ya estamos otra vez, pequeña cotilla… ¿Qué quieres saber? —dice él mirando a la nada.

—Pues… —Pongo mi mano en la barbilla para pensar—. ¿Has tenido novia?

—Sí —contesta, serio y neutral—, y eso ya lo sabías. Pero la dejé porque no sentía lo mismo que ella —dice sin darle importancia—, ella estaba enamorada de mí y yo nunca fui capaz de decirle que la quería, porque no la quería. —No muestra ni una pizca de culpa ni pena en su comentario—. Por aquel entonces estaba muy mal, bebía y me sentía culpable por la muerte de mis padres —confiesa—, y aún sigo mal, para qué mentir —se ríe, hecho que me parece un poco preocupante—, pero estoy mejor.

—¿Cómo se llamaba?

—Ni importa —dice quitándole importancia—, no fue nadie para mí.

—Entonces, ¿nunca te has enamorado? —deduzco.

—Mmmm … —medita su respuesta y termina contestando un rotundo—, no

Entonces se forma un silencio cuando no sé qué preguntar. Su respuesta me ha dejado con más dudas de las que antes tenía. ¿Y si soy como su exnovia? Borro esa última pregunta de mi mente y me obligo a pensar en positivo.

Compararse es odioso y lo he hecho durante mucho tiempo con todas las chicas a las que Matt miraba. Me prometí que sería yo misma y que alguien me querría por lo que soy, así que borro esa negatividad de mi mente y me centro en ir poco a poco y disfrutar del momento.

Entonces Eric se levanta y me propone:

—¿Nos damos un baño? —sonríe. Yo miro alrededor y veo que está totalmente desierto, solo se oyen las olas y los grillos.

—¿Estás loco? —le digo mientras se quita la ropa—. Debemos estar a unos doce grados o menos.

—¿Ves qué eres demasiado responsable? —Se queda en calzoncillos y se tira al agua, corriendo sin pensarlo dos veces. Desde la orilla lo miro incrédula.

—Definitivamente, estás loco.

—Tú me vuelves loco —dice casi en un grito por el agua helada. Al escucharlo mi corazón se paraliza durante un instante.

Me mira sonriente y nada para no congelarse, desde aquí veo su piel de gallina. Mi lado más emocional observa todos y cada uno de sus tatuajes mojados por el agua, además de su abdomen, que no es perfecto, pero me encanta. Nunca me han gustado los chicos demasiado fibrosos y musculosos, y al conocer a Eric he confirmado que tengo un prototipo.

Los tatuajes de sus brazos mejoran mil veces su figura y el de su espalda hace que su cuerpo sea sensual y llamativo. Mete su cabeza en el agua y sacude su pelo al salir, colocándoselo.

—Venga, Kate —insiste—, no está tan fría.

—¡Estás temblando!

—Porque no te tengo aquí. —Me ruborizo.

Mi lado más racial considera que hace un frío tremendo para meterme en el agua con solo mi ropa interior y mi camiseta. Por lo que le pregunto.

—¿Y cómo nos secamos luego? —le grito desde la orilla.

—He dejado en el coche una maleta con toallas y ropa de repuesto, en el asiento de atrás.

—¿Y hasta llegar al coche?

—Habrá que correr.

Obedeciendo a mis impulsos, me quito la ropa suavemente y me meto en el agua con solo mi camiseta y ropa interior. Intento dar marcha atrás al ver que está congelada, pero Eric tira de mi mano y hace que me sumerja y me empape del tirón.

—¡Joder! ¡Está más fría de lo que me esperaba!

—Lo mejor es hacerlo rápido. —Me río al mal pensar sus palabras.

—Mírate, yo que pensaba que eras una chica inocente. —Me sonrojo.

—Calla. —Le salpico y él se defiende salpicándome también.

—Me encanta venir cuando no hay nadie —confiesa.

—A mí me pone nerviosa que esté todo tan oscuro —me sincero.

—Ven. —Tira de mí y me abrazo a él, cruzando mis piernas alrededor de su cuerpo.

—Me quedaría aquí si pudiera.

—Moriríamos congelados —se mofa.

—Tonto, me refiero aquí, contigo. —Él sonríe mientras me avergüenzo de mi confesión, entonces me coge por la nuca y me besa.

—¿Quién es la persona que más daño te ha hecho? —pregunta de la nada, me callo durante

unos segundos, analizando su pregunta.

—¿Por qué me preguntas eso? —digo, curiosa.

—Para conocerte mejor… —dice sin más.

—Posiblemente, tu amigo Matt —digo irónica y sonrío apenada, mientras observo rabia en sus ojos, aunque no dice nada, tan solo sale del agua.

Al salir, el camino al aparcamiento se me hace eterno, y siento que voy a morir de hipotermia. Eric abre el coche y me envuelve con una toalla, mientras él se tapa con otra.

—Toma. —Me da una sudadera mientras se viste y yo la coloco en el asiento de atrás, con el resto de mi ropa seca.

—Voy a cambiarme —le informo mientras me subo a la parte de atrás del coche y cierro la puerta. Él sube y se coloca en el asiento del conductor.

—No mires —añado.

Él se gira y pone los ojos en blanco.

—¿Vas en serio?

—¡Claro que voy en serio!

—Algún día te tendré que ver…

—Pero no será hoy —le interrumpo.

Él vuelve a girarse hacia delante y clava la vista hacia la nada, mientras me quito la camiseta mojada. Me dejo la ropa interior mojada porque no tengo otra, pero decido quitarme el sujetador porque está empapado. Instintivamente, le doy la espalda a Eric, mientras me pongo su sudadera.

Cuando me volteo hacia delante, observo su mirada clavada en el espejo retrovisor.

—¿Me estabas mirando? —digo ofendida.

—¡Puedes dejar de creer que te miro todo el tiempo!

—Me estabas mirando —afirmo.

—Bonito lunar —dice refiriéndose a un lunar que tengo en la parte del hombro.

—¡Pervertido!

—Oh, definitivamente eso no es un insulto para mí. Es un halago.

Pongo los ojos en blanco ante su comentario mientras paso al asiento de copiloto ya cambiada. Me echo el pelo a un lado para no mojar la sudadera y me caliento las manos soplándomelas.

—No me has contado por qué ese lugar es tan especial para ti —le digo mientras él niega con la cabeza.

—No quieres saberlo.

—¿Por?

—Cotilla. —Vuelvo a poner los ojos en blanco.

—¿Sabes? Tú haces lo mismo que yo.

—¿Eh?

—Cuando te pregunto algo que no me quieres contar, me cambias de tema.

—Yo no cambio de tema. —Hace una pausa pensativa.

—Pero evades mis preguntas —le recrimino.

—¿Por qué quieres saberlo todo siempre?

—Porque, como has dicho, soy una cotilla —recalco.

—Pues yo un pervertido —dice orgulloso mientras vuelvo a poner los ojos en blanco, rendida.

Cuando llegamos a su casa, bajamos y yo subo a mi coche, que había dejado allí aparcado cuando llegué.

—Para confiar en ti, tienes que contarme lo que piensas —le digo tras haber ido todo el resto del camino en silencio.

—Ya te he dicho que no quieres saberlo —repite cansado.

—Te devolveré la sudadera cuando nos veamos —le cambio de tema al ver que no voy a obtener respuesta.

—Quédatela, Kate, te queda mejor a ti —me dice sonriendo, alejándose en la oscuridad.

¿Es normal que me saque de quicio y al mismo tiempo me vuelva loca?

CAPÍTULO 65

Alex

Samuel entra con su mochila gris de clase llena de libros. Mi padre le abre la puerta.

—Tú debes de ser Samuel. —Le tiende la mano.

—Encantado, señor Coleman.

—Llámame Andrew —dice mi padre con tono amigable—. Alex me ha hablado muy bien de ti.

—Mentira —les digo a ambos mientras Samuel me dedica una sonrisa burlona.

—Aún estás a tiempo de dar media vuelta e irte —dice mi querido padre—, es difícil de aguantar.

—Oh, ya lo creo —asiente Samuel.

—Como si tú no fueras insufrible —le espeto a Samuel, mientras mi padre nos mira, divertido.

—¿Os traigo algo de tomar? —Mi padre se dirige a la cocina y nos sirve agua en vasos de cristal.

Nos sentamos en la mesa de la cocina, porque sé que en mi habitación no vamos a poder concentrarnos. Mi padre sube a su habitación a dormir la siesta mientras Samu y yo quitamos los libros de la mochila, poniéndolos sobre la mesa uno encima de otro.

Practicamos un poco matemáticas y terminamos el libro del profesor Barnes. Mi padre baja de dormir la siesta y me avisa de que se va a ir a comprar un par de cosas al supermercado. Me pregunta qué necesito y le doy mi lista de alimentos que faltan en casa.

En cuanto mi padre cierra la puerta, abro el libro de historia.

—En historia vamos muy mal y será nuestro primer examen al volver —digo buscando el tema en el libro.

—Es hora del descanso —dice él cerrando mi libro.

—¿Qué? No, —Lo abro de nuevo, desafiándole con la mirada—, así no vamos a conseguir que pases de curso.

—Me da igual —dice él resoplando, pero sé que no va en serio.

—Si pudieras elegir qué estudiar, ¿qué harías? —le pregunto.

—Quiero estudiar informática, o diseño de videojuegos —dice él ilusionado—, o si no, me encantaría ser entrenador personal.

—Ideas no te faltan —digo envidiándole.

—Pero ni siquiera creo que consiga sacarme el curso.

—Si no nos ponemos en serio, pues no —le digo señalando al libro cerrado.

—¿Y tú? ¿Qué harás cuando acabemos? —dice él cruzando sus brazos, echando para atrás la silla.

—No lo sé… —estoy indecisa—, voy a intentar entrar en la universidad de aquí, la de Maytown.

—Podrías ir a una mejor —dice él—. La de este pueblo es una mierda.

—Pero ir a otra sería carísimo y tampoco quiero irme del pueblo y dejar a mi padre —le

explico.

—¿Y qué quieres estudiar?

—A ti te sobran ideas, pero a mí me faltan —le digo abriendo el libro, para seguir estudiando.

—Yo pienso que te pega ser abogada —dice pasando las manos por su mentón, pensativo—, o jueza.

—¿Por qué? —me río, nunca lo había pensado.

—Bueno, siempre defiendes a los demás, no callas las injusticias… El mundo quiere una Alex Coleman que defienda a la gente —dice él riéndose, y yo me río con él.

—No creo que entrase en una carrera tan chunga y demandada como la de derecho —digo negando con la cabeza.

—Sí que entrarías —dice él serio—, no te limites, estoy seguro de que podrías si quisieras. —Sus palabras me enorgullecen, me hacen sentir que soy capaz de todo.

—Tú también podrías, pero si no estudias, no —le digo abriendo su libro y poniéndome firme.

—Pero un descansito… —dice quejándose y le miro como si fuese una madre regañando a un hijo.

Entonces se forma un silencio entre nosotros y él extiende su mano hasta llegar a mi pelo. Me lo coloca detrás de la oreja y me acaricia la mejilla, haciendo que pierda cualquier atisbo de concentración que pudiera quedar en mi cuerpo.

—Será rapidito —dice en un susurro.

Cierro los ojos, disfrutando el momento, mientras noto como se levanta de la silla para acercarse a mi boca. Me besa suave y lentamente, inclinado hacia mí. Entonces me levanto y por instinto andamos pegados hasta el sofá, empujando el uno del otro.

Me tumbo encima de él, con mis rodillas apoyadas en el sofá y comenzamos a besarnos más fuerte, con más intensidad. El calor comienza a ascender en mi cuerpo provocando que sude, mientras mi corazón se acelera por cada beso suyo. Él coloca sus manos en mi espalda y comienza a besarme el cuello, consiguiendo que me estremezca y gima su nombre.

—¿Vamos a acabar lo del otro día? —dice con tono excitante, mirándome fijamente y yo asiento sin ser capaz de mediar palabra.

—Sí —consigo decir entre besos y suspiros.

Entonces me da la vuelta, colocándose arriba, se quita la camiseta, pasando sus manos por mi espalda, consiguiendo poner mi piel de gallina. Yo hago lo mismo con su camiseta, pero de forma mucho más torpe y bruta, aunque a él parece encantarle, porque sonríe al ver cómo se la quito.

—No sabía que fuera tan difícil sacar una puñetera camiseta —digo tras mis movimientos torpes.

—¿Por dónde lo dejamos el otro día? —dice él pasando su mano por mi vientre, descendiendo poco a poco.

—No sé —digo medio riendo, nerviosa.

—¿Estás nerviosa otra vez, Alex? —dice él con una sonrisa satisfecha—, yo creo que íbamos por aquí. —Mete su mano por debajo de mi pantalón desabrochado y comienza a mover sus dedos—. ¿Algo así? —dice repitiendo sus movimientos con mucha más energía.

—Sí —digo casi en un susurro, suspirando y mordiendo mi labio inferior.

—Ya me parecía

Entonces besa mi cuello descendiendo por mi ombligo hasta llegar a mis pantalones, que

besa justo antes de quitarlos del tirón. Mi cuerpo está en una nube y creo que va a arder en llamas. Él besa mi entrepierna y creo que nunca había sentido tanto placer con un solo beso.

Cuando siento que voy a explotar de placer, el ruido de la puerta de un coche cerrándose capta mi atención, mi padre ha vuelto de la compra. Nos vestimos a toda velocidad y salgo a ayudar con las bolsas

—Casi me muero esperando que abras —dice mi padre impaciente, mientras entra en casa.

Mi querido insoportable me sigue detrás y nos ayuda, a pesar de que me dedica miradas seductoras a escondidas de mi padre. Yo no puedo evitar sonreír y cuando entramos las últimas bolsas, mi padre dice que va a dejar el coche en el garaje. Cierra la puerta y nos sentamos los dos en el sofá, apoyando la cabeza en el respaldo. Suspiro, aliviada porque no nos haya descubierto, aún con el corazón en la boca.

—Estoy cansada de que nos interrumpan —le confieso con tono enfadado.

—A la tercera va la vencida —me guiña un ojo y se acerca, acortando nuestra distancia.

—Mi padre estará por venir… —susurro en sus labios y entonces se levanta, sentándose en la mesa de la cocina para seguir estudiando, dejando mi cuerpo con ganas de más.

Mi padre entra en casa y me ve sentada en el sofá, mientras Samuel abre el libro.

—Alex, hija, ¿qué haces? —pregunta mi padre sorprendido.

—Venga, Alex, a estudiar —me dice Samuel, fingiendo ser un niño bueno y estudioso. Mi padre se ríe al ver que pongo los ojos en blanco y sube de nuevo a su cuarto, dejándonos solos, pero esta vez para seguir estudiando.

Cuando ya se hace la hora de cenar, mi padre cocina la cena e invita a Samuel a quedarse, y este acepta sin dudarlo, por lo que nos sentamos a la mesa y comemos la rica lasaña casera de mi padre.

Pongo los ojos en blanco mientras revuelvo la comida en mi plato, pensativa. Sé lo que quiero, pero no quiero dejar a mi padre, además tampoco entraría, las buenas universidades piden alumnos demasiado perfeccionistas y yo dudo estar a la altura.

Cuando terminamos de cenar, mi padre se despide de Samuel y yo lo acompaño hasta la salida.

—Nos vemos en clase —dice él medio sonriente.

—No se te ocurra robarme el sitio —le espeto.

CAPÍTULO 66

Kath

Entro en casa con una sonrisa alegre, saludando a mis padres que están de pie frente a mí, con cara de enfado y preocupación. Mi rostro cambia por completo y me pongo seria, sin entender qué les pasa. Cuelgo las llaves en su sitio y me acerco a ellos con delicadeza, expectante. Al parecer, a mis padres no les ha hecho ni pizca de gracia que llegue a estas horas precisamente por quedar con alguien que ni conocen.

—Deberías invitarlo a cenar un día, así lo conocemos —insiste mi madre.

—¿Cómo hemos pasado de que no quieras que me junte con él a invitarlo a cenar?

—A lo mejor tenemos un concepto erróneo de él y necesitamos conocerlo —insiste.

Mi padre y yo no parecemos muy convencidos de su propuesta.

—Vale, pero dentro de un tiempo, apenas hemos salido, no voy a invitarlo a cenar aún —le digo a mis padres.

Ambos aceptan y mi madre añade:

—Pero si vas a tener novio, no puedes dejar de lado tus estudios, no olvides que tienes que entrar en Stanford —me advierte seria.

Suspiro y asiento dándole la razón, recuerdo que entrar en esa universidad ha sido siempre mi sueño. Aunque aún no sepa a qué me quiero dedicar, elegir universidad es un gran paso para mi futuro.

Me siento en la mesa con mis padres mientras esperamos a que Greg llegue a casa. Pero cuando llega, nos dice que ya ha cenado y que se va a la cama, al parecer ha discutido con su novia y no parece estar de humor ni tener mucho apetito.

Termino de cenar con mis padres y subo directa a mi cuarto, me pongo los pantalones del pijama, pero me dejo puesta la sudadera de Eric que aún huele a él. Sin darme cuenta, caigo rendida en la cama.

A la mañana siguiente, el despertador me sobresalta y siento hasta ganas de llorar de volver a las clases. Me preparo un desayuno rápido y salgo. De camino a clases mi móvil vibra y atiendo al ver que es Eric.

—¿Qué haces despierto?

—Solo quería desearte suerte para la vuelta a clases —dice con voz somnolienta.

—¿Te has despertado solo para llamarme? —digo sorprendida.

—Así soy. —Sonrío inocente—. ¿Y cuándo te veo?

—Tiene pinta de que no voy a tener vida en mucho tiempo.

—¿Me estás insinuando que no voy a poder molestarte?

—Al revés, vas a tener que distraerme para que no acabe pegándome un tiro. —Él ríe tras el teléfono.

—No te agobies, consuélate pensando que al menos dejas de trabajar.

—¿Cómo haces para estudiar y trabajar a la vez?

—Es fácil, no estudio

—¿Y apruebas?

—Eso ya son muchas preguntas.
—Eric, son solo dos preguntas.
—Apruebo, pero no soy el mejor de clase como tú.
—Yo no soy la mejor de clase.
—Que no lo quieras aceptar solo hace que lo confirme.
Pongo los ojos en blanco mientras se forma un silencio entre ambos.
—Bueno, te dejo, me voy a clase.
—¿Me dejas? Pero si aún no somos pareja.
—Idiota.

Cuelgo mientras sonrío como una tonta y entro al instituto.

CAPÍTULO 67

Sofía

La vuelta a clase se está haciendo muy dura. Llevo unos días encerrada en casa estudiando, por lo que no he tenido mucha vida social. Mi padre conduce camino al instituto y cuando aparca en la entrada me frena antes de bajar.

—¿Qué tal te va con tu…, ya sabes, el Izan ese? —suspiro, agobiada.

—Bien, papá… no creo que quieras saber…

—¿Y por qué no nos hablas de él?

—Porque te pondrías muy pesado —digo bajando del coche—, luego hablamos.

Huyo a toda velocidad esquivando sus preguntas mientras muerdo mi labio, nerviosa. Mis padres creyendo que salgo con Izan, Izan creyendo que estoy con otro, yo quedando con mi profesor… Al final, Abigaíl a mi lado al igual era una santa…

Nada más entrar a clase, Edgar nos saluda mientras habla con el director, que parece estar pidiéndole que se vean luego en su despacho. Nos vamos sentando poco a poco y yo miro fijamente a Barnes cómo conversa con Henderson. Los susurros de Alex y Kath me devuelven a la realidad y me piden que disimule un poco. Yo me sonrojo y ambas se ríen, en forma de chiste. ¿Cómo puede ser que se me note tanto?

Saco mis libros y espero a que el pesado del director nos explique qué hace aquí otra vez.

—Buenos días, alumnos —empieza con su voz aburrida y molesta, pero seguramente trae un mensaje importante, por lo que escucho atentamente—. Todos aquellos que deseéis ir a una universidad, tenéis que comenzar a enviar vuestras solicitudes. Además, deberéis escribir un breve relato para captar la atención de estas universidades. En un plazo de dos semanas debe estar todo enviado, por lo que no os quedéis dormidos y empezad a pensar. El profesor Barnes os ayudará a todos los que lo necesitéis para la redacción, pero cualquier duda sobre la solicitud u otra inquietud que tengáis, no dudéis en pasar por mi despacho. —El director se coloca la camisa y se despide con prisa—. Eso es todo —concluye y se va.

Edgar va detrás de él pidiéndonos unos minutos, dice que enseguida vuelve y va tras sus pasos, supongo que para comentar algo relacionado con la universidad. Aprovechamos su ausencia para hablar de lo que hemos hecho estas vacaciones. Samuel menciona el patinaje y a Eric, y Matt parece molestarse.

—¿Estás saliendo con él? —le pregunta a Kath.

—No.

—Tampoco te incumbe, ¿no Mattie? —dice Alex.

—¡Bueno, veo que todos habéis disfrutado! —digo yo cortando la tensión.

—Claro que sí, gracias por preguntarnos, Sofi —dice Justin con malhumor.

—Qué amable eres, Reed, de verdad —dice Alex irónica, mientras Kath se encoge de hombros por la contestación de Justin, el cual pasa de ambas y cierra los ojos, intentando dormir.

Samuel nos detiene a Kath y a mí y nos susurra.

—Tengo que hablar con vosotras, es sobre Alex —dice en voz baja.

—Después hablamos.

Nos sentamos y durante toda la clase leemos y conversamos sobre «*Orgullo y prejuicio*», el libro de esta semana. Cuando suena el timbre, todos salen poco a poco para ir a la cafetería del instituto a desayunar. Yo les digo que avancen, entonces Alex y Kath nos comparten una mirada burlona a Edgar y a mí. Miro a Edgar y está blanco, con los ojos abiertos como platos.

Yo las echo con gestos en las manos y ellas se van riéndose. Edgar me mira sorprendido y le comento que ya saben lo nuestro. Tras asegurarle que no tiene de qué preocuparse, me informa de que el director le ha avisado de la llegada de una nueva profesora, la de debate, que resulta ser la ex de Barnes. Genial.

Edgar me asegura que no hay motivo para preocuparse y se acerca con cautela para besar mis labios. Inevitablemente, mis ojos van en dirección a la puerta, esperando que nadie esté presenciando nuestro beso, al recordar que estamos en clase. Pero el sonido de cuadernos cayendo al suelo hacen que muerda los labios de Edgar del susto y me aparte rápidamente.

Él tapa sus labios con sus manos del dolor y me disculpo, con una sonrisa. Pero su cara de terror no es por la mordida, si no por quién ha causado el sonido de los cuadernos. Miro hacia la puerta con el corazón en la boca y me quedo de piedra al ver que Izan está de pie en la entrada con todos los cuadernos en el suelo, contemplando la escena romántica y secreta. Él recoge sus cosas sin decir nada y se va hacia la clase.

—Joder, primer día de clase con este secreto y ya lo saben tres personas.

—Tranquilo… —digo calmando la situación—, yo hablo con él.

—Luego me cuentas —dice él en voz baja mientras otros alumnos entran a su aula.

Pero al salir de clase, no tengo tan claro que vaya a ser fácil hacer que Izan olvide lo que acaba de presenciar.

CAPÍTULO 68

Kath

Sofía llega al pasillo de la clase de debate con cara de pocos amigos, por lo que Alex y yo intuimos que la charla con el señor Barnes no ha ido muy bien. Ella se acerca a nosotras y susurra:

—Izan lo sabe, nos acaba de pillar. —Al instante buscamos a Izan con la mirada, y lo encontramos mirándonos descaradamente, con cara de sorpresa y desaprobación. Él niega con la cabeza y los brazos cruzados, con el rostro lleno de rabia.

—Deberías hablar con él —le aconsejo a Sof.

—Sí, pero ahora no, mirad a la nueva profesora de debate —dice Alex.

—Es exnovia de Edgar —aclara Sofía suspirando.

—¡Cuántas desgracias al mismo tiempo! —exclama Alex con tono burlón.

—Las desgracias siempre vienen de a dos —digo entre risas.

—Chicas, no es gracioso —dice Sofía preocupada, pero Alex y yo no podemos evitar la risita nerviosa.

La profesa abre la puerta de clase, que estaba cerrada con llave y nos invita a pasar, mientras entramos nos indica que nos sentemos donde queramos y se presenta.

—¡Hola a todos! ¿Cómo estáis? Yo soy Jade Johnson, y seré vuestra profesora de debate estas últimas semanas de clase. —Parece simpática, demasiado para mi gusto, lo que me hace sospechar que posiblemente sea una fachada—. Espero llevarme genial con todos vosotros.

Observo sus gestos mientras explica y creo que sonríe demasiado, puede que sea porque es su primer día, pero no lo creo. Tiene el pelo castaño oscuro, largo y liso, y lleva un maquillaje horrendo de color azul cielo. Sin embargo, no es una chica fea, solo tiene un gusto extraño. Me llama la atención que el profesor Barnes se fijara en alguien tan…, peculiar.

—¡Oh, vaya! Me he dejado una carpeta, chicos, vuelvo enseguida. —La profesora sale en busca de su carpeta y, aprovechando que Alex está hablando con Justin, Sofía y yo nos hacemos a un lado al fondo de la clase para hablar con Samuel.

—Bueno, mi idea es hacerle una fiesta de cumple sorpresa perfecta —dice Samuel con la mirada iluminada, sin duda está ansioso—. Sé que no se lo espera. Sería en mi casa y solo invitaríamos a gente del grupo, nada de Claire Reed o zorras similares —nos advierte.

—Por mí bien —digo yo—, puedo encargarme de engañarla y llevarla hasta ahí el día de su cumple.

—Y yo puedo hacer un grupo y hablar con los invitados para decirles la hora e informar de las novedades —propone Sofía.

—Sí —asiento entre risas—, se le da muy bien ocultar secretos. —Le guiño un ojo y ella me asesina con la mirada.

—¿Qué pasa? —Alex aparece de la nada.

—Conversábamos sobre Izan —dice Sofía interpretando y en mi interior alucino de lo rápido que miente.

—Exacto —digo yo improvisando.

Volvemos a nuestro sitio a la espera de que llegue la profesora, que no aparece por ninguna parte.

—¿Esta idiota se ha ido a buscar la carpeta a China o qué? —dice Justin.

—Dios, hoy estás de peor humor que de costumbre —le digo.

—Katherine, déjame ser —pide de mala gana.

—Es que cuesta soportarte —dice Alex poniendo los ojos en blanco.

—A poder ser no me hables —le espeta Justin, entonces Samuel levanta la vista de su cuaderno y mira a Reed.

—Justin, cálmate.

—Estoy calmado —dice Justin con tono burlón—. ¿Tú estás calmado?

Se forma un extraño silencio en clase donde algunos comparten miradas. ¿Por qué nunca me entero de los cotilleos?

—No pagues tu malhumor con nosotros, no tenemos la culpa de que seas gilipollas —dice Samuel, entonces Justin se levanta y se dirige hacia él.

—Chicos… —Thiago y Matt se interponen en su camino para detenerlo.

—Todos los que tenemos dos dedos de frente sabemos que el gilipollas eres tú —le espeta Justin con rabia.

La profesora Johnson entra interrumpiendo esta extraña pelea y nos sentamos todos a la espera de que empiece la clase.

CAPÍTULO 69

Sofía

La profesora Johnson es delgada como un palo y un poco más alta que yo. Mientras está hablando, miro a Kath con cara de asco, y pongo mis ojos en blanco. Ella se ríe y tapa su boca para que no nos escuchen, entonces le susurro:

—Es que es insufrible. —Entonces ella levanta su vista y nos ve a Kath y a mí riendo.

Su exagerada sonrisa de simpática se borra en cuestión de segundos.

—Bueno, Katherine y Sofía —dice ella recordando nuestros nombres—, ya que tenéis tantas ganas de hablar, empezaréis algún tema de debate —dice ella invitándonos a ponernos de pie en el centro de la clase.

Todos nos miran expectantes y Kath mueve sus ojos de un lado al otro, nerviosa, sin saber qué decir, entonces la pesada de la profesora Johnson insiste.

—¡Vamos! El tema es totalmente libre —dice ella mirando también a los alumnos—, como si queréis hablar de sexo. —Entonces todos los adolescentes inmaduros sueltan una risita estúpida, mientras yo intento disimular mi cara de asco ante su estúpido comentario.

Ninguna de las dos pronunciamos una sola palabra, por lo que Izan levanta su mano para hablar y dejo de respirar durante unos segundos.

—Tengo un tema —dice Izan poniéndose en pie.

—Adelante, ¡un valiente! —le agradece Johnson.

—Tener una relación con un profesor, siendo alumno. —Me mira al instante—. ¿Debería aceptarse o está fuera de lugar? —Al instante todos se ríen y Justin grita:

—¡Si te ha gustado la profesora dale tu número, tío! —dice pegando a la mesa mientras se ríe como un lerdo.

Noto cómo las miradas de Kath y de Alex se dirigen hacia mí como si atravesaran mis ojos. Me siento juzgada y avergonzada, a pesar de que nadie entiende el comentario de Izan y las dos únicas personas de esta sala que lo saben no me juzgarían por eso. A mi favor, la señora Johnson, que parece bastante confusa, interviene en la propuesta tras carraspear.

—No creo que sea lo más apropiado hablar de esto, Crawford —dice refiriéndose a Izan, que aún tiene la mirada fija en mí, llena de rabia.

—¿Por qué no? Ha dicho que es tema de libre elección. —Se forma un silencio expectante y ella suspira rendida ante sus súplicas.

—Está bien —cede—. Sofía, empieza tú, estarás a favor —dice señalándome—, Katherine, tú en contra.

El silencio que se forma en la sala se vuelve mil veces más pesado e inquietante. Y lo más irónico es que se supone que debo defender una situación irreal, que es de todo menos ficticia.

La incompetente profesora Johnson resopla impaciente a la espera de que emita algún sonido, por lo que despierto y digo lo primero que se me ocurre.

—Uno no elige de quién se enamora —afirmo firme, fulminando a Izan con la mirada.

—Algo a rebatir —dice Johnson esperando que Kath diga algo, pero ella parece sentirse tan incómoda como yo. Entiendo que no quiera participar, sabe que si rebate este argumento me

hundirá. Ella me mira negando con la mirada, rechazando participar, pero asiento con una leve sonrisa, indicándole que no hay problema.

—El hecho de que sea profesor puede afectar, haciendo creer que te enamoras de él como persona, pero en realidad es solo admiración —suelta con tono sincero.

—Puedes admirar a una persona y al mismo tiempo amarla —digo sin esperar a que la profesora me dé el turno para hablar.

—Aun así, siempre te cuestionarás si te enamoraste o si te condicionaron a amarlo —dice Kath olvidando que hablamos de mí, centrándose en el tema—. Te preguntarás si al final él influyó en ti y te persuadió para que lo ames… —Me quedo sin palabras y la profesora Johnson aprovecha para cortar el tema de debate, ella parece tan incómoda como nosotras, posiblemente porque también salió con Edgar y debe verse reflejada en las duras palabras de mi amiga.

—Excelente, chicas, es suficiente.

Kath y yo nos sentamos y escuchamos cómo la profesora Johnson se tira cinco minutos hablando sobre debatir y da miles de técnicas que ya conocemos desde primaria acerca de nuestra posición corporal y nuestro lenguaje no verbal a la hora de defender una idea.

El timbre suena justo a tiempo y todos vamos saliendo con calma, excepto Izan, que parece tener prisa de repente. Recojo mis pertenencias con apremio y lo sigo, pidiéndole que me espere.

Él se detiene en el pasillo mirando hacia el suelo, aún con rabia en sus ojos, y yo no puedo evitar enfadarme. Yo soy la que debería estar enfadada por haberme avergonzado así. Sin embargo, no me conviene una discusión con él.

—Izan… yo… —intento explicarme.

—No necesito que digas nada, me ha bastado con verlo —dice él con tono rabioso—, ahora ya entiendo por qué no querías una cita conmigo.

Él se aleja enfadado y le suelto la pregunta, cuya respuesta temo tanto.

—¿Se lo dirás a alguien? —digo con mirada apenada.

—A todo aquel que me cruce —dice él irónico, por lo que le sigo a pesar de que se está yendo.

—Si de verdad me quieres —me detengo delante de él interrumpiendo su avanzado paso—, o por lo menos tienes algo de cariño por nuestra amistad, no se lo digas a nadie. —No contesta.

Su rostro parece reflexivo y me esquiva para seguir avanzando, dejándome sola en el pasillo con la seria duda de qué hará con esa valiosa información.

No hay nada peor que vivir con el miedo a que te descubran, y es aún más malo si alguien sabe tu secreto y puede revelarlo en cualquier momento. Si confías es más simple, pero cuando dudas de esa persona, puede volverse una pesadilla vivir con la ansiedad a que esa persona diga algo que te delate.

Y lo peor no es que te delaten, es el poder que obtiene sobre ti. Si sabe un secreto tuyo, puede chantajearte u obligarte a cumplir sus deseos con tal de que guarde el secreto. Es peor tu mente que el propio secreto, cuestionándose todo el tiempo qué pasará.

Kath y Alex aparecen por detrás, golpeando mi hombro, indicándome que vayamos a la siguiente clase, yo asiento aún inmersa en mis pensamientos, cansada.

CAPÍTULO 70

Alex

Durante la última hora de clase, no puedo evitar pensar en la pelea entre Samuel y Justin. ¿Qué les pasa? Yo pensé que eran amigos, pero desde que ha venido Samuel se han llevado como perro y gato.

Lo cierto es que Samuel lleva unos días muy raro y se dispersa con facilidad. Cuando le pregunto qué pasa, él dice que nada y continúa como si nada. Soy muy observadora y suelo acertar con mis presentimientos, pero también soy un poco paranoica, por lo que no quiero que mis pensamientos me pasen factura.

Cuando salimos de clase veo cómo sale corriendo y habla con Justin, que por desgracia está con la cerda de Claire Reed, su hermana querida. Justin asiente a todo lo que dice él, pero no consigo descifrar de qué hablan. ¿Se habrán perdonado?

Cuando me acerco un poco más para escuchar, noto como Claire le manda una señal a Samuel con los ojos, indicándole de que me acerco, y mis preocupaciones se duplican por mil.

Samuel me pide un minuto y se dirige hacia Justin, con quien continúa conversando, mientras Claire analiza mi expresión. La cabrona, que ha notado mi preocupación, se acerca con una sonrisa de arpía y apoya su mano larga y con uñas postizas a mi hombro.

—Si te preguntas de qué hablan, es por su pelea de hoy y también por la de la fiesta de disfraces —me explica en su tono pijo y refinado de siempre—. Creo que Samuel se está disculpando.

—Ya, vale —le digo apartando su mano de mi hombro.

—Aunque… —Y ahí va su bomba—, deberías saber que también hablaban de mí. —Frunzo el ceño y agito los brazos para indicar que se explique mejor, pero es tan lerda que tarda unos segundos en continuar con su maligno discurso—. Al parecer, Samuel se arrepiente de haberme besado en la fiesta de disfraces, —Mi respiración se detiene un segundo—, y eso que le he explicado que no erais nada aún —dice ella con una sonrisa ancha—, no al menos oficialmente, ¿verdad, Alex Coleman?

¿Por qué siempre me llama por mi nombre y apellido?

—Cállate y deja de inventar —le espeto alejándome de ella, mordiendo mis labios y apretando mis puños, controlándome por no estamparle sus labios recién pintados de rojo contra el suelo.

Ella no dice nada, solo sonríe con satisfacción y me saluda orgullosa con la mano, como si fuera la reina. Yo la fulmino con la mirada y salgo del instituto lo más rápido que puedo, confiando en que la fría brisa calme mi ira.

Espero unos minutos a que salga Samuel, que aparece unos minutos después que yo, con prisa por irse.

—¿Qué pasa?

—Claire Reed. —Su rostro cambia por completo y pasa de sonreír a poner cara de «y ahora qué ha dicho esta»—, dice que os besasteis en la fiesta de disfraces.

—¿Qué? —suspira con rabia y se pasa las manos por el pelo—. Alex, son milongas, es una

zorra que quiere provocarte. —Yo miro al suelo, preocupada—. Deberías saber que te tiene envidia —dice él levantando mi cara con su mano en mi barbilla.

—¿Envidia? —suelto una risa sarcástica—. ¿De qué puede tener envidia ella de mí? —me pregunto.

—¿De lo increíble que eres a lo mejor? —dice él orgulloso con una sonrisa mientras me suelta, alejándose poco a poco—. Me tengo que ir, tengo prisa.

Yo no digo nada, y él me tira un beso en la distancia, pero no se va sin antes tirar su puyita diaria.

—Ah, sí —dice él volviendo al tema de qué envidia Claire de mí—, y evidentemente el perfecto novio que tienes —dice orgulloso, empujando su skate para irse.

—¡Creído! —le grito desde lo lejos con una sonrisa, mientras él se aleja con sus pintas de matón camorrero y barriobajero, a pesar de que está forrado.

Me quedo pensando en que se ha referido a él como «mi novio», por lo que las palabras que me habían hecho dudar de Claire Reed, no han hecho más que desvanecerse. Puede que Samuel nunca sea capaz de proponerme que seamos novios, pero no lo necesito si nos respetamos y actuamos como tal.

El camino a casa en coche se me pasa rápido y nada más llegar me pongo a estudiar. Este finde es mi cumpleaños, y aunque me niegue a celebrarlo, no pienso estudiar el día de mi cumple.

CAPÍTULO 71

Kath

La idea de que Samuel haya invitado a Justin a la fiesta a último momento no me convence, pero supongo que tras haber tenido una charla con él y disculparse por no sé qué, le ha parecido buena idea limar perezas y olvidar sus diferencias. Evidentemente, le he advertido que solo puede presentarse Justin, porque ninguna Claire Reed será bien recibida en la fiesta de cumpleaños de Alex. Pienso ponerme de guardaespaldas en la entrada si es necesario.

Salgo a toda velocidad buscando a Sofía, que se escabulle entre los alumnos hasta que la veo acercarse al coche de sus padres, pero le grito y ella se detiene tras abrir la puerta, esperando a que llegue hasta ella.

Estoy nerviosa y temo su reacción, pero no podía irme sin hablar con ella. Le explico que la situación del debate me pareció incómoda y que jamás la juzgaría, y ella asiente sin dudar de mis palabras. Aprovecho para preguntarle por Izan.

—¿Has convencido a Izan?

—Creo que sí, al menos por ahora. —Sonrío aliviada, entonces el pesado de Rupert pita a la espera de que su hija se suba al coche, pero ella se gira y le grita aún más fuerte.

—¡Ya voy! —Se gira de nuevo hacia mí y continúa—. Esta tarde iré a verle al apartamento —susurra—, hablaré con él de todo un poco.

—¿Y cómo vas a engañar a tus padres? —pregunto desconcertada.

—Les diré que tengo otra cita con Izan —dice tan tranquila y añade—, ellos se creen que salimos.

Entonces Rupert Meyer vuelve a pitar ansioso y hace un gesto con la mano para que Sofía suba al coche.

—¡Que ya voy! —chilla ella con mirada asesina, luego se vuelve a mí y me sonríe—. Nos vemos mañana.

Cuando llego a casa, el sonido de mi móvil llega nada más abrir la puerta. Miro la pantalla y atiendo. Es Samuel, al parecer necesita ayuda con los preparativos de la fiesta y me pide que le acompañe hoy a comprar unas cosas.

A las seis estoy esperando frente a su casa con mi coche. He hecho una lista mental de camino a casa de Samuel para saber qué necesitamos comprar.

Samuel sale de su casa y no solo para mi sorpresa. Va acompañado de Eric, que nada más verme cambia de una mirada seria a una sonrisa burlona. Mi rostro también cambia y no puedo evitar sorprenderme. Ahora siento que llevo unas pintas horribles, pero ya es demasiado tarde.

—Hola —dicen al unísono.

—No sabía que venías —miro a Eric.

—Yo tampoco. —Se hace el inocente.

—No he tenido tiempo de avisar —se justifica Samuel, que disfruta con una pícara sonrisa del momento.

Andamos hasta una tienda enorme dedicada a las fiestas de cumpleaños. Entramos sin saber bien qué estamos buscando, pero enseguida nos inspiramos al ver la multitud de cosas que hay.

Nos separamos debido a la cantidad de pasillos que hay en la tienda, y nos reencontramos a los diez minutos con las manos llenas de cosas. Samuel y yo hemos cogido de todo, y Eric se ha dedicado a dar vueltas por el pasillo para pasar el rato.

—¿No has cogido nada? —le pregunto.

—Casi no conozco a Alex, solo he podido coger unos vasos. —Me enseña unos vasos amarillos.

—Alex odia el amarillo —le digo arrugando la nariz.

—Lo ves —dice de malhumor—, si yo solo he venido por ti.

—Tortolitos, —Samuel aparece tras de mí interrumpiendo—, ya tengo todo, vamos a pag… ¿Quién ha cogido ese horror de vasos? —pregunta por los vasos amarillos que tengo yo ahora en la mano.

—Pensé que… podrían gustarle, ¿no? —digo improvisando mientras Eric sonríe divertido.

—Son horribles —dice Eric y Samuel se ríe.

—Hasta Eric que tiene un gusto pésimo se ha dado cuenta, Kath.

—Gracias, Eric —le digo falsamente ofendida, mientras él me guiña un ojo.

Pagamos las cosas y las llevamos hasta casa de Samuel, donde las guardamos en una de las tantas habitaciones vacías que tiene. Al acabar, me dirijo a la puerta y me despido. Antes de ir hacia casa, acompaño a Eric a la suya con el coche. El trayecto es silencioso y hoy parece no tener uno de sus mejores días. Intento hacer chistes absurdos y consigo sacarle una leve sonrisa, pero el resto del camino se lo pasa callado mirando por la ventanilla, con los ojos tristes y una actitud distante.

Al llegar me da las gracias y abre la puerta, pero le detengo y le pregunto, me puede la curiosidad.

—¿Estás bien? —le pregunto.

—Sí —dice cortante, parece enfadado.

—¿He dicho o he hecho algo que te haya molestado o…?

—¿Qué? —Su rostro se vuelve sorprendido—. No… —Se pasa la mano por el pelo, frustrado, buscando las palabras adecuadas—. Tengo un mal día, nada más.

—Ven —le indico que vuelva a sentarse, pero se lo piensa antes de ceder ante mi petición.

—Estoy bien, solo déjame —dice para mi sorpresa.

—Cuéntamelo —le obligo y me fulmina con la mirada, pero pongo mis ojitos más tiernos y parece ceder ante mis encantos.

—Hoy es el aniversario de la muerte de mis padres, puedes por favor dejar de insistir —me suplica de peor humor.

—Eric…, yo…, lo siento.

—Tengo que irme al trabajo —dice serio, y cierra la puerta del coche sin siquiera despedirse.

No puedo evitar quedarme mal por él. Entiendo su dolor, pero, ¿por qué no puede contarme las cosas? Siempre tengo que estar investigando qué le pasa. Sé que debe ser difícil haberse criado solo, pero su forma de superar o resolver los problemas es, o bien gritando, o callándose lo que siente. Por lo que esa forma de actuar solo hace que el problema se agrave aún más.

El camino de vuelta a casa me pongo la música a todo volumen y evito mis pensamientos, necesito despejarme un poco antes de llegar a casa y ponerme a estudiar como una loca.

CAPÍTULO 72

Sofía

Cuando llego a casa como algo rápido y, aprovechando que mis padres están muy ocupados con sus asuntos, les informo de que voy a ir un rato a estudiar.

Convenzo a mi padre de que solo voy a estudiar con Izan, pero ando con cautela girándome en cada esquina para comprobar que el psicópata no me siga. Cuando llego, toco el timbre y Edgar abre al instante el portal sin siquiera preguntar quién soy.

—Hola.

—Pasa —dice Barnes en tono preocupado.

Entro al piso que parece estar más desordenado que de costumbre y Edgar me indica que me siente en el sofá.

—La que se ha liado en cuestión de unas horas, ¿eh? —bromeo y por su cara no parece estar de humor—. Vale, nada de bromas.

—Sofía, esto es serio. ¿Has hablado con Izan?

—Sí. No dirá nada —digo con tono poco convencido.

—¿Segura?

—¡No! No puedo estar segura, es Izan, si quiere, me puede joder la vida en cinco minutos.

—¿Él qué te ha dicho?

—Ha bromeado diciendo que se lo contaría a todos y luego le he dicho que si me tiene un mínimo de aprecio no diga nada, después se ha ido. —Él suspira, preocupado—. No creo que diga nada, al menos por ahora.

—Esperemos

Aprovecho para mencionarle que al parecer no soy del agrado de su ex.

—¿Estás celosa?

—No, solo es por ella, es que veo muchas complicaciones…

—Tú solo piensa que en cuanto te gradúes todo esto no será tan secreto…

—Cuando me gradúe me iré a Harvard o Yale —digo sin pensar.

—Eso está a horas del pueblo —dice una obviedad y yo asiento.

—Lo sé —se forma un silencio incómodo entre ambos que soy incapaz de llenar.

—Quizá… —dice Edgar tras carraspear—, quizá deberíamos cortar con esto antes de que sea demasiado para los dos.

—¿Eso es lo que quieres? —digo con tono sorprendido.

—Es lo mejor, ¿no? —dice con tono frío.

—¿¡Quieres o no!? Es fácil responder.

—¡No! No quiero, ¿pero acaso eso cambia algo? No, solo lo hace más difícil.

—Yo tampoco quiero —digo apenada.

—Sabes que esto tiene fecha de caducidad.

—No digas eso —se me quiebra un poco la voz al escuchar sus palabras.

—En el fondo lo sabemos…, ¿o qué piensas que pasará cuando te vayas a Harvard o Yale? Solo nos hemos dejado llevar, pero no creo que estemos hechos para estar juntos —me río de

mala gana.

—¿Ahora crees que esto ha sido un simple pasatiempo?

—No, pero ambos queremos cosas distintas y ninguno parece querer ceder…

—¡Siempre hay otras soluciones, Edgar! Pero prefieres rendirte.

—No me rindo, solo que no me veo con ganas de luchar por esto.

—Será porque no soy tan importante entonces —digo levantándome del sofá.

—Pues será por eso. —Lo miro fijamente mientras se encoge de hombros.

—Sabes, tienes razón, mejor lo dejamos aquí antes de que esto se convierta en algo de lo que después vayamos a arrepentirnos —le espeto.

—Ojalá fuera todo más fácil —dice casi en un susurro mientras me levanto en dirección a la puerta.

—Lo que vale la pena de verdad nunca lo es.

Y con esas últimas palabras salgo del piso pegando un portazo, mientras noto como mis ojos se llenan de lágrimas. Vuelvo a casa y no entro hasta asegurarme de que no parezca que haya llorado.

—Sofi —me saluda mi madre—. ¿Cómo te ha ido con el noviete? Bueno, con tu Izan… —dice ella emocionada—, no te lo vas a creer, pero… papá ya comienza a aceptarlo… Se ha informado, sabe que es estudioso y que viene de buena familia —dice emocionada.

—¿Sabéis que eso es violar su intimidad? —digo abriendo la nevera en busca de algo que comer.

—No seas exagerada, hija… Deberías invitarlo más, así lo conocemos mejor y no tenemos que estar investigándolo.

Aprovecho su aparente buen humor para pedirles permiso para ir a la fiesta sorpresa del cumple de Alex. Por suerte, aceptan que vaya, a pesar de que me prohíben quedarme a dormir allí.

Desganada, dejo a mis padres hablando entre ellos y subo a mi cuarto, pero en vez de estudiar, termino por tumbarme en la cama y escuchar música por mis auriculares a todo volumen durante toda la tarde.

CAPÍTULO 73

Kath

El fin de semana llega volando y ya tengo a Alex totalmente engañada, dispuesta a caer en la trampa. Ella cree que como es su cumple, la voy a llevar a Danielle's como cada año, donde soplábamos las velas en una magdalena y le dábamos un simple regalo grupal. Esta vez, en lugar de vendarle los ojos y llevarla donde siempre, iremos hasta casa de Samuel, donde estará todo listo y lleno de invitados listos para pasar una noche increíble.

Lo mejor de esta fiesta es que no hará falta que volvamos a casa. Por suerte podremos dormir todos allí, debido a la infinidad de habitaciones que hay y a que no somos muchos. Los invitados son nuestro grupo de siempre, Alex, Mia, Thiago, Matt, Samuel, Eric, Sofía, Izan, Justin y yo.

Me levanto de la cama ansiosa y busco mi ropa para la fiesta de hoy. Por suerte, el padre de Alex, el señor Coleman, me ha dado ropa suya para que se cambie en la fiesta. Sé que Alex irá superinformal creyendo que vamos a Danielle's, pero en cuanto lleguemos a la fiesta quiero que se sienta la más guapa de toda la casa.

Yo también tendré que ir informal para disimular, pero llevaré ropa en el coche, en un bolso enorme lleno de cosas mías y de Alex. Necesitaremos pijamas, un neceser e infinidad de cosas más para pasar la noche ahí.

Me lleva casi toda la mañana preparar el bolso, y Samuel no para de llamarme cada dos segundos histérico.

—Tengo los globos, la tarta, las velas…

—¿Quiere calmarte? —digo riéndome.

—Es que parece que no, pero es exigente —dice quejoso—. Repasemos todo una vez más —pide nervioso—. La decoración está lista, la tarta en la nevera, la comida está preparada…, ¿me olvido de algo?

—El regalo —digo en broma.

El silencio al otro lado de la línea corta mi risa de golpe y abro la boca.

—No me digas que te has olvidado del regalo —añado con las manos tapando mi boca, atónita.

—Joder…, sí —se lamenta él, y puedo imaginarme que está tapando su cara frustrado.

—¿Tienes al menos alguna idea de qué regalarle? —Se queda en silencio unos segundos y se emociona.

—¡Sí! Ya sé. Le va a encantar, pero voy a comprarlo ya —me dice y cuelga sin despedirse.

El resto del día es aburrido, y mi impaciencia hace que pase aún más lento. Cuando llega la hora, Alex sale de casa tal y como la esperaba, con sus pintas de un día más en el barrio del pueblo. Yo me río a lo lejos, incapaz de contener la sorpresa, pero me relajo, no quiero que sospeche nada. ¿Por qué me han encomendado a mí esta tarea si no sé mentir?

Entonces subimos al coche y le hago taparse los ojos, como cada año.

Cuando pasamos el Danielle's de camino a casa de Samuel, me invento una excusa.

—No tengo gasolina, antes de que vayamos me voy a parar en una gasolinera —miento.

Conduzco lo más rápido que puedo y me detengo en medio de la nada, fingiendo que estoy

repostando gasolina, luego vuelvo a subir y continúo conduciendo, no sin antes avisar a Samuel de que estamos llegando.

Llego a la esquina de la casa y obligo a bajar del coche a Alex a ciegas. Entonces, abro la puerta y entramos al jardín. Andamos un poco y le digo que he aparcado un poco lejos. Abro la puerta y le digo que ya estamos en Danielle's, a lo que ella contesta confusa.

—Qué silencio…

Entonces baja su venda suspirando aliviada, pero enseguida grita cuando ve a todos gritando, «¡Sorpresa!»

Ella se lleva las manos a la boca instintivamente y abre los ojos como platos. Samuel sonríe satisfecho mientras Thiago, que está haciendo de DJ con la música, grita:

—¡Que empiece la fiesta, chavales!

Subimos, nos arreglamos y cuando estamos listas, bajamos desfilando mientras todos los de la fiesta nos halagan con gritos.

—¡Solo habéis tardado cincuenta minutos! —dice Samuel irónico.

—Bastante prisa nos hemos dado —dice Alex, tan amigable como siempre.

Me acerco al grupo y veo a Eric hablando con Thiago. Lo cierto es que no hemos hablado mucho desde su malhumor. He preferido no presionarlo, no obstante, le he echado un poco de menos.

—Hola —digo acercándome hacia él.

—Hol… —dice él desviando la vista hacia mí—. ¡Joder! ¡Qué guapa! —suelta sin miramientos mientras me ruborizo.

—Gracias —me sonrojo.

La música resuena por toda la casa, mientras las luces giran por toda la sala. No sé cuántas copas nos bebemos. Pero yo al menos pierdo un poco la cuenta.

—¡Vamos a jugar a algo! —dice Izan, que parece estar afectado de nuevo.

—¡Sí! —Mia se emociona.

—Ya sabemos lo que pasa cuando jugamos a estas cosas —se queja Thiago.

—¡Pero hoy no pasará nada! —le intenta convencer su novia—, porque Claire Reed no ha venido y Justin está demasiado borracho como para jugar.

—Más que borracho, creo que está colocado —digo viendo sus ojos rojos, mientras gira su cabeza desorientado.

—¡Venga, juguemos! —dice Sof—. ¡Vamos a confesar nuestros secretos más oscuros!

—¿Seguro quieres jugar a eso? —le espeta Izan mientras ella traga saliva incómoda.

—¡Hagamos una ronda donde cada uno pueda hacer una pregunta a quien quiera! —dice Mia cortando la tensión que parece no haber notado.

—Pero jugamos todos —dice Justin uniéndose al círculo como puede.

—Empiezo yo —sentencia Samuel.

—¿A quién le quieres preguntar? —le pregunto, mientras él lo medita un segundo.

—A Eric. —Por primera vez desde que lo conozco, Eric se pone tenso.

—¿Cómo vas a decidir humillarme esta noche? —pregunta Eric sonriendo sarcástico.

—¿Por qué no me dejas llamarte por tu apodo?

—Porque me niego a que me llames así por una broma de cuando teníamos cinco años.

—¿Qué apodo? —pegunto curiosa.

—¿Pero qué apodo?—insisten.

—Nunca lo sabrás —dice Eric negando con la cabeza.

—Vale, tengo otra para Sofía —dice Samuel—. ¿Qué es lo que más te gusta de Izan?

—Su nariz —contesta de repente, sin pensar—. Me toca.

—Ja, ja, ja, está bien. ¿A quién le preguntas? —le dice Samuel.

—A Justin. —Y sin dejarlo reaccionar le cuestiona—. ¿Te has enamorado alguna vez?

—Por desgracia, Sofi, sí —suelta con asco—, y ya que estáis tan pesados… me toca. —Nos mira a todos y clava la vista en Eric.

—¿Te has tirado ya a Katherine? —Eric pone los ojos en blanco.

—No —suelta seco.

—¡Aún puedes ser el primero, Matt! —le grita Justin a Matt, que lleva callado todo el juego.

—Para eso tendría que querer yo —le espeto a Justin de mala gana y noto la mirada de Matt clavada en mí, ofendido.

—Sabes que querrías —suelta Matt dándole un sorbo a su bebida.

—¿Qué has dicho? —le espeta Eric.

—No te ofendas, pero es la verdad —suelta él haciéndose el gracioso.

—Y tú qué sabes, Matt —niego con la cabeza, asqueada.

—Si no te hubiese dicho que no, aún estarías embobada conmigo. —Y antes de que acabe la frase, Eric se pone de pie.

—Embobado vas a quedar tú del puñetazo que te voy a dar —le espeta Eric—. ¿Por qué no puedes simplemente emborracharte y dormirte en ese sofá?

—Porque antes que tú, estaba yo.

—Pues haberlo valorado antes —le espeta él con la mandíbula tensa.

—Vamos a bailar —dice Sofía levantándose.

—Me queda preguntar a mí —suelta Izan.

—No —dice Sofía de repente.

—¿Cuándo fue la última vez que besaste a alguien? —La mira directamente y todos centran su atención en ella.

—¿Sof ha besado a alguien y yo no me he enterado? —suelta Thiago aparentemente ofendido.

—Yo no he besado a nadie. —El sonido de la puerta nos interrumpe y yo lo agradezco por unos segundos.

—¡La pizza! —dice Mia emocionada, mientras aporrean aún más fuerte.

—¡Joder, que ya va! —Justin abre la puerta y retrocede unos pasos volviendo hacia nosotros —. ¿Quién coño ha invitado a nuestro profe de literatura?

CAPÍTULO 74

Sofía

Se me paraliza el corazón por un instante cuando veo a Barnes entrar a casa de Samuel. No reacciono y me quedo inmovilizada observando su presencia, que parece confusa.

—¡Genial! El que nos faltaba —dice Izan irónico.

—¿Qué hace aquí? —me pregunta Kath extrañada, mientras yo niego extrañada.

Desde que salí por la puerta de su casa me había llamado un par de veces, pero no tenía ganas de escuchar de nuevo todo lo que me había dicho. Había evitado sus clases a toda costa y agradecí que no me hubiese puesto falta por no causarme problemas con mis padres. Pero sabía que tarde o temprano tendría que volver a verle, lo que no me esperaba es que fuera ahora mismo y en esta maldita fiesta.

—Vengo a hablar con Sofía —dice con voz firme, mientras todos me miran extrañados.

—Esto…, yo… —digo confusa y afectada por el alcohol—, ahora vengo. —Me levanto y ando en su dirección.

—¿Por qué no nos lo presentas ya como lo que es, Sofía? —espeta Izan.

—¿Qué está pasando aquí? —dice Mia con los ojos como platos.

—Chicos, yo… —Miro a Edgar y miro al grupo, nadie parece entender nada y a la vez todos parecen juzgarme—, resulta que…

—¿Estás saliendo con Barnes? —expresa Thiago alucinando.

—¡No! —digo primero—, bueno, sí —me corrijo—, pero ya no, bueno, no sé ni qué somos —confieso.

—¡¿QUÉ?! —chilla Mia dejándome sin oído—. ¿CÓMO HE SIDO LA ÚLTIMA EN ENTERARME?

—Eso por no venir a la fiesta de pijamas —le recrimina Alex.

—Debe estar contento Rupert Meyer —expresa Justin divertido.

—¡Por favor, no digáis nada! —pido desesperada.

—Tranquila —dice Kath con tono suave.

—¿Estás de coña? Yo quiero ver la reacción de ese viejo ante semejante noticia —expresa Justin.

—¡Justin! ¿Es que no puedes tener un poco de respeto? Esto es preocupante —le dice Alex.

Entonces cojo de la mano a Barnes y tiro de él bruscamente en dirección al porche. Cuando salgo, cierro la puerta con agresividad y lo miro fijamente.

—¿Se puede saber qué diablos haces aquí?

—Necesitaba hablar contigo y tú me ignoras.

—¿Y te presentas aquí?

—Escuché a Kath comentar algo con Mia de una fiesta y pensé que solo estaríais las chicas…

—¿Solo las chicas en casa de Samuel?

—¿Esta es la casa de Samuel? —pregunta sorprendido.

—¡Sí, joder, sí! —Me llevo una mano a la cabeza—. ¿Y qué tienes que decirme? Espero que

sea importante porque ahora mismo todo mi grupo de amigos sabe lo que ha pasado.

—Quiero decirte la verdad.

—Te escucho —digo seria, cruzando mis brazos.

—El otro día me enfadé, no es que no desee luchar por esto, es que…, no quiero que te vayas; me dolió enterarme así de que ya tienes pensado y decidido irte a una universidad en otro estado y yo ni siquiera lo sabía.

—Edgar, no te lo quería contar porque ni siquiera sé si es lo que quiero… de hecho, desde que te conocí…

—Eso es lo que no quiero —me interrumpe—. No quiero pedirte que te quedes, pero tampoco podría soportar que dejes todos tus planes por mí.

—¿Y por qué no me dijiste en ese momento que este era el problema?

—Porque no sabía cómo reaccionarías, y no quiero influenciarte en tu decisión.

—Es complicado —digo sincera—, de hecho, todo lo que tiene que ver con nosotros es complicado.

—Pero lo que vale la pena nunca es fácil, ¿no? —repite él mientras yo le brindo una sonrisa.

—¿Y si nos dedicamos a vivir el presente y pasar del futuro?

—¿Tú pasando del futuro? No te pega mucho…

—Prefiero que dejemos este tema y disfrutemos del ahora —digo sincera.

—¿Me perdonas por ser un imbécil?

—Voy a necesitar un par de masajes, una lasaña y alguna buena película para que se me olvide…

—Hecho —dice él sonriente y desaparece sigilosamente de la casa, como si nada hubiera pasado—. Siento haberme presentado así…

Cuando vuelvo, noto que todo el alcohol que había ingerido se ha disipado por la tensión y los nervios del momento, por lo que me sirvo otra copa y me la bebo de un trago. Al parecer, el grupo se ha dispersado y parecen estar todos desfasados.

CAPÍTULO 75

Alex

—¡Vamos a abrir los regalos! —dice Samuel de repente.

Al parecer, Thiago, Izan, Justin y Matt se han unido para regalarme una camiseta ancha y gris con unas letras increíbles. Mia, Sof y Kath me han regalado una caja llena de ropa, unos zapatos chulísimos de cuadros blancos y negros y un álbum de fotos. Agradezco a las chicas y me lamento porque Sof se haya perdido este momento. Samuel no me da nada e intuyo que su regalo es esta impresionante fiesta, que no es poco, por lo que le agradezco al oído por enésima vez.

—Muchas gracias, de verdad —le digo al oído.

—No mereces menos, pero no te pienses que no tengo regalo, es solo que prefiero dártelo en privado, más tarde —me dice al oído, intentando hacerse escuchar ante el fuerte sonido de la música.

—¿Más tarde en privado? —Mi mente mal piensa y como si él leyera mis pensamientos, se ríe y se lame los labios, mientras posa sus manos en mi cintura, balanceándonos al ritmo de la música.

—En privado —repite provocando que mis nervios aumenten.

Después del comentario de Samuel, desvío la mirada hacia la puerta de entrada, incómoda. Entonces veo a Sofía entrar por ella y me acerco con cautela. Me comenta que ya ha arreglado todo con Barnes, pero sigue preocupada por Izan. A mí me parece increíble que él haya decidido venir hasta aquí para arreglar las cosas a pesar de las posibles consecuencias.

Más tarde volvemos a la pista de baile, Kath y Eric desaparecen y Mia y Thiago suben a una habitación. Bailamos durante horas y hacemos juegos estúpidos, sin darnos cuenta el tiempo pasa y la noche avanza, por lo que los pocos que no pueden quedarse a dormir se despiden y se van.

CAPÍTULO 76

Kath

Cuando Barnes y Sofía se van por la puerta, Thiago se encarga de subir el volumen a la música y todos bailamos olvidando lo sucedido. Después de incontables copas salgo a bailar y me desato. Siento que vuelvo a llevar el pelo enredado como de costumbre y noto la mirada de Eric clavada en mí, a pesar de que no nos hemos dirigido la palabra.

La fiesta no es el momento ideal, pero necesito hablar con él sobre su malhumor del otro día. Mientras bailo, me acerco a él lentamente y clava su mirada en mi rostro.

—¿Por qué algo me dice que debería preocuparme? —dice él al verme llegar—

—¿Por qué piensas eso?

—Porque sé que tramas algo —dice él analizando mi rostro—, te conozco.

—Pero si soy un angelito —digo con tono inocente—, solo un angelito es capaz de aguantar tus cambios de humor.

—Con que la noche de hoy va de reproches…

Él me lleva a la cocina para alejarnos del resto. Como si supiera qué voy a decir, se me adelanta antes de que pueda decir algo.

—Vale, perdón —escupe como si le costara pronunciar unas disculpas—, el otro día me porté mal, y tú no tienes la culpa, evidentemente.

—Entiendo que estuvieras mal, pero si no lo hablas conmigo no puedo saber lo que te pasa —le explico buscando su mirada, mientras él la evita—. Tampoco quiero que te pelees con Matt.

—Eso ya es mucho pedir —dice relamiendo sus labios—. No puedo creer que te gustara semejante idiota.

—Yo tampoco lo entiendo, la verdad —digo recapacitando—. Igual me gusta que me defiendas —se me escapa una sonrisa estúpida, creo que, a causa del alcohol, pero parece que capto su atención, porque al instante me mira y levanta una ceja.

—¿Ah, sí? —dice con malicia mientras se acerca, acortando nuestra distancia—, podría hacerlo siempre.

—Pero sin peleas —le advierto—, yo soy muy pacífica y odio la violencia.

—En realidad, tú eres la única razón por la que merece la pena cualquier cosa. —Hago un silencio, sorprendida por su comentario.

—Eres experto en esquivar los temas de conversación —recalco.

—No sé si me gusta o me perturba que me conozcas tanto —dice acercándose con cautela.

—Nunca podemos tener una conversación seria sin acabar así —le digo susurrando.

—¿Así cómo? —dice él mirándome fijamente.

—Sin acabar besándonos.

—Contigo es inevitable. —Entonces pega sus labios sin titubeos y me coge por la cintura, subiéndome a la encimera.

Rodeo su cuerpo con mis piernas y pego mi cuerpo instintivamente al suyo. Continuamos besándonos mientras yo paso mis manos por su pelo.

¿He mencionado ya lo bien que huele?

Siguiendo mis impulsos, desabrocho los botones de su camisa, dejando su pecho al descubierto. Mi cuerpo arde en llamas y siento que sudo tanto que voy a desmayarme, y eso que solo he visto su pecho, se me escapa un leve gemido mientras él sonríe burlón.

—Mi pequeño angelito —se mofa—, luego soy yo el pervertido.

—Idiota.

Sigue besando mi cuello mientras levanta mi falda, pegando mis piernas contra las suyas, apoyando sus manos en mis nalgas. Yo pongo mis manos en su espalda y susurro su nombre intentando que me salgan las palabras, pero el aroma que desprende me distrae.

—Eric… —consigo decir—, no deberíamos hacer esto aquí.

—Tienes razón —musita él, pero ninguno parece tener la intención de detenerse—, pero no pienso acumular más asuntos pendientes.

Entonces él pasa su mano por mis muslos, subiendo hasta mi entrepierna. Me mira fijamente mientras desliza su mano hacia arriba, lentamente. Pone sus dedos en el elástico de mi ropa interior y tira suavemente, para introducir sus dedos.

Me asusto al ver que no duda en sus movimientos, mientras me sigue mirando fijamente a los ojos y me pregunta.

—¿Estás bien? —dice controlando su respiración agitada.

—Sí —digo besándolo de nuevo.

Por repetición, imito sus movimientos, desabrochando la bragueta de su pantalón vaquero negro y poniendo mis manos dentro de su bóxer. No tengo ni idea de lo que tengo que hacer, pero me dejo llevar por la adrenalina del momento.

—Joder, Kate —dice gimiendo, besándome con más entusiasmo.

—Perdón —digo insegura.

—No te disculpes por volverme loco.

Ambos continuamos nuestros movimientos y siento como si viajara al cielo y al infierno al mismo tiempo. Nunca pensé que algo tan sucio, tan prohibido, pudiera sentirse tan bien. Parte de mí siente culpa por hacerlo en medio de la encimera de una cocina ajena, pero la otra parte, que es más poderosa, me dice que a la mierda todo y disfrute de este momento.

Quisiera congelar el momento en el que nuestras miradas se quedan fijas y llegamos al punto máximo de placer, tocándonos el uno al otro, son unos breves segundos que me gustaría detener y disfrutar durante más que un instante.

Nos quedamos quietos suspirando el uno al lado del otro con nuestras frentes sudadas apoyadas la una en la otra, hasta que finalmente Eric entierra su cabeza en mi pecho y yo apoyo mi barbilla en su cabeza.

—Es la primera vez que… hacía esto —confieso.

—¿En serio?

—Sí… —confieso insegura.

—Pues no lo parecía —afirma con una sonrisa ladina.

—Ha estado bien, ¿no? —digo satisfecha.

—Espero que más que bien —confiesa.

En ese preciso instante, Justin entra en busca de más bebida, en dirección a la nevera, cuando nos encuentra a mí, sentada en la encimera, y a Eric con el pantalón desabrochado.

—Joder, lo que me faltaba —se queja Justin.

Bajo de la encimera con su ayuda y volvemos a la fiesta, como si nada hubiera pasado.

CAPÍTULO 77

Sofía

La fiesta ha estado muy bien para desconectar de todos mis problemas y poder divertirme. No voy a negar que esta vez creo que me he pasado con la bebida, porque no paro de reírme y me cuesta andar en línea recta.

Suelo beber con moderación por temor a que mis padres sepan que he bebido alcohol. Podrían montar un escándalo si me vieran en este estado, y seguro que no volvería a salir en mi vida.

Matt, Izan, Justin y yo hemos salido juntos de la casa para dejar a las parejas solas. Justin ha bebido muchísimo más de lo normal, va descontrolado y hasta se ha puesto a llorar sin motivo aparente. Yo no puedo parar de reírme y Matt se siente avergonzado de lo borrachos que vamos, sin embargo, él también está en mal estado y no es capaz de ponerse serio.

—Justin, tío. ¿Por qué mierdas lloras? —dice Matt sin ningún tipo de tacto.

—Dejadme, gilipollas —nos insulta y avanza con paso fuerte hacia la parada de taxis, pero se cae en el intento y se queda llorando en el suelo, yo me río sin querer y miro a Matt.

—Vuestro estado es decepcionante —expresa él frustrado.

—Matt, no te frustres —le animo, pero no parece tomarse a bien mi ayuda, porque resopla y me sienta al lado de Justin.

—Sentaos y callaos —dice serio, pero le hago una mueca y no puede evitar reírse, ya que va tan pedo como todos.

—¡Me encanta la hierba! —grita Justin de repente.

—Eso lo sabemos, Reed —expresa Matt.

—Me refería al césped —dice tumbándose en el suelo del jardín.

—Vale, calmaos ya, que viene un taxi —dice Izan.

A pesar de que ha bebido, Izan está bien y no se ríe en absoluto. Solo me dedica miradas de resentimiento y alguna leve sonrisa cuando digo algo sin sentido. Ignoro todas sus miradas y me centro en disfrutar del momento.

Conseguimos subir a un taxi, y tras varias paradas, me quedo a solas con Izan, pero decido ignorarle. Miro el móvil y se dibuja una sonrisa en mi rostro al ver un mensaje de Edgar preguntándome si he llegado ya a casa.

—Me duele verte sonreír y que no sea por mí —suelta liberándose, como si se estuviera guardando durante mucho tiempo ese sentimiento, mientras yo lo miro sorprendida.

—Izan… —Tapo mi cara estresada, buscando unas palabras que no le hieran.

—Ya lo sé, no te gusto —dice él alzando la voz, provocando que el taxista nos mire durante un instante.

—Pero te quiero como amigo —le digo en forma de consuelo, pero resulta ser en vano.

—No es suficiente —dice con sus ojos llenos de furia—, igual, he decidido que, aunque ya lo sepan todos nuestros amigos, no contaré nada de lo que sé —dice frotando sus manos.

—Gracias —me interrumpe sin dejarme añadir nada más.

—Pero, —hace una pausa molesta—, si tus padres creen que salimos, deberíamos salir de

vez en cuando para que se lo crean.

—¿Cómo sabes que mis padres piensan que salimos? —No entiendo cómo se ha enterado.

—Tu madre me llamó preguntando por qué no quería ir a tu casa si éramos pareja —dice él sonriendo—, de modo que deberíamos actuar como pareja a ojos de los demás —dice acercándose a mi boca, poniendo una mano en mi muslo.

—Izan, ¿qué haces? —Le aparto la mano y me separo de él, rechazándolo.

—¿Por qué nunca me has dado una oportunidad? Sabes que conmigo todo sería más fácil… ¡Pero claro, yo soy Izan, el rarito! —Mientras lucha interiormente con sus inseguridades, su cuerpo se deja llevar y vuelve a acercarse a mí, intentando un nuevo acercamiento, pero me aparto bruscamente y le obligo a alejarse.

Sus palabras me enfadan y me apenan a la vez. El taxista hace una mueca al escuchar todo lo que estamos hablando, sin duda, para él debe ser la mejor noche de trabajo de toda la semana.

—No eres Izan el rarito —le explico mientras él mira indignado hacia el exterior—, encontrarás a alguien que te valore y te quiera, pero tienes que entender que no me gustas y cuanto más lo intentas, peor es —digo con mirada apenada. No dice nada, y añado—, si necesitas que no hablemos durante un tiempo lo entenderé, pero deja de insistir, por favor.

—Ejem —el taxista carraspea—, ya hemos llegado.

Izan se baja con los ojos llenos de lágrimas y hasta que no se va no me doy cuenta de que yo también estoy llorando. Él es del grupo, uno más, aunque con algunos ni hable, conmigo siempre ha sido agradable. Él es reservado, y puede que un poco raro, pero eso no lo hace mejor ni peor persona.

Me apena rechazarle y ponerme así de seria, pero no puedo permitir que me utilice o que hagamos de una mentira una relación falsa donde finjamos salir. Si quiere sacar a la luz mis trapos sucios, que lo haga, ya veré cómo lo resuelvo.

El taxista me mira con compasión y cambia la radio por música alegre, hecho que agradezco en mi interior, porque al menos puedo volver a casa con la mente distraída en las canciones que suenan.

Lo único bueno de esta conversación es que todo lo que quedase de alcohol en mi cuerpo se ha desvanecido y vuelvo a ser una persona medianamente decente, aunque con unas pintas espantosas. Nada más llegar a casa, me tumbo en la cama y me intento dormir, no sin antes avisar a Edgar de que he llegado.

CAPÍTULO 78

Alex

Después de la fiesta, organizamos la distribución de las habitaciones y terminamos durmiendo por parejas, como era de esperar. Nada más entrar a la habitación me pongo nerviosa. Samuel saca una caja de debajo de su cama y me la da, esperando ansioso mi reacción. Abro la caja despacio.

—Dios, qué lenta eres, Coleman —se queja impaciente.

—No seas impaciente —le digo abriendo el paquete más despacio todavía.

—Dios, voy a matarte —me río ante sus ansias y rompo el envoltorio.

Cuando abro la caja veo un paquete y un sobre. El paquete tiene algo de ropa. Lo abro ansiosa y veo que es una camiseta. Pero no es cualquier camiseta. Es un top brillante, igual al que me ensució el día que nos conocimos. No puedo evitar sonreír al recordar nuestro primer encuentro en el que me tiró toda la bebida en el top nuevo, top que no pude volver a usar porque la mancha nunca salió.

—O sea que ya me echaste el ojo la primera vez que nos vimos ¿eh? —digo con tono de superioridad.

—Siempre me fijo en las más irritantes.

Me parece un detalle precioso que, a pesar de que ni nos conociéramos, se acordara exactamente de cómo iba vestida. Lo miro con una sonrisa tímida y no puedo evitar agradecérselo con un beso ardiente.

—Si ya me he ganado un beso con el top, no quiero imaginar la noche que me espera con el regalo del sobre —se farda.

—¿Puedes dejar de creértelo tanto? —le espeto.

Abro el sobre creyendo que no puede superar el anterior, pero me ahogo en un grito al ver unas entradas al concierto de mi grupo favorito.

—¿¡Qué!? —chillo—. ¿QUÉ?

—¿Ahora piensas que soy un creído?

—¡Pero si son carísimas y casi no quedaban!

—No sabes lo que me ha costado conseguirlas —dice tumbándose en la cama, apoyando sus manos en su nuca.

—Dios, esto es genial. —Mis ojos brillan de felicidad y al verlo tumbado solo me entran ganas de seguir llenándolo de besos—. Gracias —digo de corazón.

—Cualquier regalo es poca cosa —dice acercándose a mis labios.

Me sonrojo y miro a otro lado, pero él tiene esa costumbre de obligarme a que le mire a los ojos, a pesar de que soy incapaz de mantener su mirada.

—Aún me falta otro regalo —dice con tono burlón.

—¿Ah sí? —digo sonriendo.

Él muerde su labio inferior y como si se liberara y dejara de contenerse, me coge y me empuja hacia la cama.

—Y esta vez no nos van a interrumpir —dice él cerrando con pestillo la puerta.

—¿A la tercera va la vencida? —mi propuesta hace que sonría como un niño travieso.

—Solo si tú quieres —dice él quitándose la camiseta, haciéndome más difícil asentir.

—Sí, quiero —le digo entre besos.

Con sus manos me guía hasta la cama, donde nos tumbamos rápidamente. Él coloca mi mechón de pelo hacia atrás y me da un cálido beso, a la espera de que se lo devuelva. Yo coloco mis manos en su nuca y pego mis labios a los suyos sin intención de detenerme.

Entonces, me quita la camiseta mientras continuamos pegados el uno al otro y yo hago lo mismo con sus pantalones. Él baja poco a poco los míos y desciende su boca hasta mi ombligo, haciendo que se me pongan los pelos de punta. Sigue bajando hasta que besa mi entrepierna, consiguiendo que le pida más. Vuelve a mi boca y me enseña un preservativo, lo abre con los dientes y se lo pone tan rápido que me hace plantearme cuánta más experiencia que yo tiene.

Ese pensamiento me corta un poco y me vuelvo retraída y tímida. Me separo un instante de él aún con la respiración entrecortada. Él nota mi incomodidad y se detiene.

—No hay por qué si no estás preparada —dice con la respiración agitada.

—No es eso —le explico—, es solo que tienes mucha más experiencia por lo que veo.

—¿Y? —dice sin entender, yo miro a otro lado, y me siento para poder hablar.

—No creo estar a la altura —confieso.

—Esto no es cuestión solo de experiencia, Alex —dice cogiendo con sus dedos mi barbilla —, es cuestión de conexión.

—¿Y hay conexión? —digo en tono dramático.

—Hay tanta conexión que voy a acabar antes de empezar solo con verte. —Me sonrojo de nuevo y la confianza vuelve a mí, con solo esa frase.

—Pero…, y…, —me callo al instante.

—¿Qué?

—Qué pasa si no soy tan buena como…, tus otros ligues…, o como…, Claire —confieso insegura.

—¿Esto es por Claire?

—Es que la imbécil esa…, siempre se está metiendo conmigo y…

—¿Desde cuándo a Alex Coleman le afectan los comentarios de una pija?

—Es que no la soporto, pero me hace dudar…, no me fío de ella.

—Pues fíate de mí.

Conseguimos recolocarnos y volver donde lo habíamos dejado. Él no detiene sus movimientos y va despacio, asegurándose de que estoy bien mientras entra en mi interior. Al principio es doloroso, pero después se calma y me inunda de placer. Lo miro fijamente a los ojos mientras acabamos y me susurra al oído:

—Joder, nunca voy a olvidar cómo te ves esta noche.

—¿Cómo me veo? —pregunto curiosa.

—Perfecta

Él se tumba en mi pecho y suspira, agotado. Nos quedamos pegados el uno al otro.

—Como todos los días en realidad —suelta sincero.

Y casi sin ser conscientes, nos dormimos abrazados, aún con el sudor de nuestros cuerpos.

CAPÍTULO 79

Kath

Después de darme una ducha para quitarme el sudor del calor que parece hacer en esta casa a pesar de que estamos en febrero, me pongo el pijama y me cepillo el pelo. Salgo del baño y entro a la habitación donde está Eric, para mi sorpresa, leyendo un libro.

Esta casa es tan grande que parece un hotel. Cada habitación cuenta con un baño y una cama de matrimonio.

—¿Lees porque te gusta o por aparentar? —digo burlándome mientras recojo mis cosas.

—Me gusta leer, pero solo cuando estoy con gente de confianza —dice cerrando el libro para centrarse en mis movimientos.

—O sea que, ¿tenemos confianza? —me río ante la ironía de que tengamos confianza y no sea capaz de contarme lo que pasa por su cabeza, y que siempre sea tan misterioso, un enigma.

—¿Te parece que lo que hemos hecho en la encimera de la cocina lo harías con cualquiera? —Me mira con picardía, frunciendo el ceño a la espera de mi respuesta.

—No —admito y sonríe satisfecho mientras finge que mira el libro—; pero confianza también es abrirnos.

—Pero si te has abierto muy bien… —Me dedica una mirada traviesa.

—¡Tonto! No a abrirnos de piernas, —Le pego con la ropa que tengo en las manos—, a contarnos cosas el uno al otro.

—Uf, eso… —dice poco convencido—, pues venga, empieza tú —propone desafiante, mientras cierra su libro de golpe.

—Vale. ¿Qué quieres saber?

—Algo chungo —dice.

Mi mente viaja hacia el recuerdo más reciente. Aquel que creí haber olvidado, pero que a veces aún me persigue cuando vuelvo a casa de noche.

—Hace unos meses, —Me siento en la cama, y noto como el ambiente ha pasado de ser bromista a ser serio—, volvía a casa de noche. —Su rostro se vuelve serio y frunce el ceño, atento—. Solo era una calle, pero tuve mala suerte. Un borracho se cruzó conmigo y me quitó el móvil —hago una pausa y trago saliva—, pensé que eso era lo peor que iba a hacer, pero no me soltó cuando tuvo mi móvil en sus manos. —Eric, que estaba tumbado en la cama, deja el libro a un lado y se apoya con su codo sobre la cama, atento a lo que cuento—. Con una mano me tapaba la boca, —Repito el gesto al recordarlo—, y con la otra… —me trabo, pero continúo—, con la otra la pasó por mis pantalones… entonces una pareja gritó algo y se fue corriendo.

—¿Viste qué aspecto tenía? ¿Lo denunciaste? —dice sentándose a mi lado, con tono preocupado.

—Estaba muy oscuro. Lo denuncié, pero quedó en nada. Lo cierto es que tampoco insistí mucho, y hasta ahora pensé que no había sido para tanto —suspiro aliviada—. Es la primera vez que soy capaz de hablarlo con los detalles —confieso.

Entonces él posa su mano en mi muslo y me dedica una sonrisa sincera, una de las pocas que deja ver a los demás.

—Esto es abrirse —le digo medio sonriendo, para quitarle seriedad a la conversación.

—Te has lucido —dice él echándome el pelo mojado hacia atrás para quitarlo de mi cara.

Entonces se forma un silencio y él mira hacia el suelo. En su mirada noto que él está haciendo lo mismo que yo unos minutos atrás, revivir una experiencia traumática. Entonces, sin apartar la vista del suelo, se sincera.

—Yo vivo enfadado desde el día del accidente de mis padres. —Sus ojos se llenan de ira—. Nadie hizo nada por encontrar al culpable, y yo me crie a base de servicios sociales de mierda y la hermanastra de mi madre, Lizzie, un amor de mujer, pero muy joven para un chico con tantos problemas.

—¿Has tratado de investigar qué pasó? ¿Supiste quién fue? —le preguntó. Él pasa las manos por su pelo y parece incómodo.

—No sé si quiero saberlo —confiesa—, te destruye revivir tantas cosas, y olvidas el presente por centrarte en el pasado. Al final perdí tanto tiempo en eso que dejé un año los estudios.

—Entiendo —digo sincera, y aprovecho a preguntar ahora que parece estar receptivo—. Por eso repetiste —deduzco—. ¿Y ya sabes qué harás después?

—Con entrar a alguna universidad donde pueda estudiar, me sirve. Creo que estudiaré para ser policía o algo así. —Me encanta que a pesar de lo hundido que haya estado, tenga planes—. ¿Y tú?

—Quiero ir a Stanford, ya lo sabes —le digo tras un suspiro.

—Eso ya es mucho —confiesa.

—Pero aún no sé qué estudiaré.

Ambos nos quedamos en silencio y nos tumbamos bocarriba en la cama, contemplando el techo en la oscuridad. Le miro de reojo y veo que sus ojos se están entrecerrando, parece cansado. Me giro y coloco mi cuerpo hacia él, cerrando los ojos. Apoyo mi cara en su pecho y siento algo que nunca había sentido antes.

Me pongo nerviosa al no saber cuál será su reacción. Me cuesta expresar mis sentimientos porque a veces siento que puede parecer que voy demasiado rápido. Pero no puedo evitar relajarme cuando desliza su brazo rodeándome el cuerpo, haciéndome sentir protegida.

Entonces noto como se acerca y me besa. No es un beso ardiente como el de antes, sino un beso tierno, un beso que aún no me había dado.

—Buenas noches, Kate —susurra y se queda dormido en un instante.

CAPÍTULO 80

Alex

El mejor despertar no ha sido el del día de mi cumple, sino el del día después. Samuel babeando de nuevo, pero esta vez en mi piel, ha hecho que hasta sienta mariposas en mi estómago.

Me separo suavemente de él y me levanto de la cama, entonces él se despierta al instante al notar que me muevo.

—¿No puedes dormir sin mí? —me río y él se queja.

Busco mi ropa entre mis cosas y me pongo lo primero que pillo. Bajo y veo a Kath y Thiago desayunando en silencio. Sé que Kath odia que hablemos tan pronto, pero me siento demasiado alegre.

—¡Buenos días! —digo con una sonrisa, entonces Thiago mira a Kath y dice en alto.

—Aquí huele a sexo. —Kath se ahoga con el desayuno y tose, riéndose por el comentario de Thiago. Mia baja con cara dormida y alegre, diría que casi igual que la mía.

—Pues por aquí también huele a sexo —se la devuelvo señalando a Mia.

Entonces todos nos reímos e intentamos conversar hasta que Kath nos manda a callar.

Poco a poco van bajando y el último en aparecer es el anfitrión, el insoportable Samuel. Todos vamos desayunando a nuestro ritmo, lavándonos los dientes, vistiéndonos…

Los primeros en irse son Mia y Thiago, y después Kath y Eric suben al cuarto a recoger sus cosas, también para irse. Yo me quedo haciendo compañía a Samuel, que está desayunando aún con cara de dormido y todo el pelo revuelto. No habla, es como Kath al parecer, odia hablar por las mañanas. Ni siquiera contesta a Eric, tan solo asiente cuando este le dice que esta noche van a salir de fiesta a una nueva discoteca, con Justin Reed, para mi sorpresa.

—¿Por qué no llevas calcetines? —digo al ver que va descalzo.

—Porque duermo sin calcetines.

—Creí que habíamos dejado ese tema aclarado —digo asqueada.

—No puedo dormir con calcetines —dice con tono malhumorado—, es como dormir con chaqueta.

—¡No es lo mismo! Es cuestión de higiene.

—¿Higiene? —dice frunciendo el ceño—, pero si mis pies están limpitos —dice alzando sus horribles pies descalzos.

—¡Samuel! —frunzo el ceño.

—¿Quieres olerlos?

—¡Qué asco!

—Qué tiquismiquis —se burla—, cosas más sucias hiciste ayer.

—Idiota —le espeto.

—¿Quieres ser mi novia? —suelta de repente mientras ingiere una galleta.

—¿Qué?

—¿Estás sorda?

—¿Aún estás borracho?

—Ayer no iba borracho —me recuerda, lo cierto es que ninguno de los dos lo iba.

—Porque me gustas cada día más y me encantan todas tus rarezas y defectos —confiesa, mientras yo sonrío como una tonta enamorada—. Yo siento que hace tiempo que salimos, pero no me atrevía a preguntártelo, porque no pareces de esas.

—Lo cierto es que no soy de esas romanticonas que quieren un momento ideal para que el apuesto caballero le pida salir en un lujoso restaurante —me burlo.

—Ya sabía yo que no eras de esas —se ríe—, por eso te lo he pedido en pijama y desayunando. —Se acerca a mí—. Porque sé que, aunque seas dura de pelar, en el fondo querías que te lo pidiera.

Me besa y admito que me tiene calada, a pesar de que no voy a admitirlo nunca, porque soy Alex Coleman, sí que quería que me lo pidiera, pero quería que saliera de él mismo, y para nada que fuera romántico y cursi, o sea que lo ha clavado.

—Pero no me has contestado —dice tras su beso.

—Síií —digo alargando la i.

—¿Sí, qué?

—Sí, quiero ser tu novia —digo cansada de su insistencia.

—Qué honor —dice con tono bromista y le doy una cariñosa colleja.

Después me levanto y me voy a vestirme, a pesar de que no quiero volver a la realidad, porque he vivido el mejor fin de semana de cumpleaños de todos.

CAPÍTULO 81

Kath

Recojo mis cosas mientras Eric se viste y aprovecho para proponerle que venga a cenar a casa. No parece hacerle mucha gracia y de hecho se niega rotundamente, a pesar de que insisto en que mis padres quieren conocerle, hecho que parece sorprenderle.

—Kath —Me sorprendo al oír que me llama así—, no quiero que por contarnos cuatro cosas ya te creas que vamos a ser…, lo que creas que seamos —suelta en tono frío.

—¿Ah, no? ¿Entonces somos…, qué?

—Y yo qué sé. —Se levanta incómodo y recoge sus cosas.

—¿Ya se te ha olvidado lo de ayer?

—Si solo hablamos —suelta sin darle importancia.

—Estás otra vez molesto y no quieres decirme por qué —afirmo a la espera de que diga algo.

—Deja de psicoanalizarme. —Pone los ojos en blanco.

—Vale, no quieres conocer a mi familia porque, en realidad, no quieres nada serio —digo indignada.

—No es eso… —Se frustra y pasa de nuevo las manos por su pelo.

—Si no quieres nada, vale —le digo aún más indignada—, pero no juegues conmigo, Eric.

Cojo mi bolso y salgo por la puerta mientras oigo su voz a lo lejos.

—Kate, ¡espera un minuto!

Me despido rápido de Samuel y Alex y salgo por la puerta. Me subo al coche y golpeo el volante, indignada. Después caigo en qué he dejado a Alex sin forma de volver, pero supongo que Samuel la llevará a casa. Arranco antes de que cualquiera salga de la casa y vuelvo sola con mis pensamientos.

Un día se abre y me confiesa cosas de su vida, me hace sentir cosas que nunca había sentido y me siento especial con él, y al otro se rebota y se enfada sin sentido. Puede que no quiera nada serio, vale, debería respetarlo, pero ¿por qué no lo dijo desde el principio? Luego ha dicho que no se refería a eso, entonces, ¿a qué coño se refería?

Entenderle me cuesta mucho y cada vez me cuesta más adivinar qué piensa, me cabrea y regresan todo tipo de inseguridades a mi mente, quizá no le gusto del todo, o puede que se haya cansado de mí, no lo sé. Suspiro al volante y le subo el volumen a la música, aunque para ser sinceros, ni siquiera la estoy escuchando.

Cuando llego a casa mi madre nota mi malhumor con solo saludar. ¿Cómo harán las madres para notar hasta en nuestro tono que algo no va bien? Le comento a mi madre el problema y me aconseja.

—Les cuesta abrirse… —dice mi madre sentándose a mi lado—, pero Kath, quizá no quiera que sepas lo que le pasa por alguna razón de peso.

—Pues yo sí quiero saberlo.

—¿Y si solo te está protegiendo?

—¿Protegiendo de qué?

—No sé…

—Mira, me está llamando —digo enseñándole el móvil.

—¿Vas a atenderle?

—Sí, ahora vuelvo.

Subo a mi cuarto a toda velocidad y atiendo justo antes de que se cuelgue la llamada.

—Kate…

—¿Ahora está todo bien o no? —pregunto con rabia—. Es para prepararme, ¿estás de buen humor o no?

—Por favor, tenme paciencia…, lo estoy intentando.

—Deja de decir eso y explícame qué te pasa —le espeto.

—No es tan fácil.

—Entonces no hay nada que hablar —cuelgo con rabia y al instante me arrepiento.

No quiero ser cruel, pero me pone nerviosa que me oculten cosas. ¿Le ha molestado algo? ¿Por qué no puede decírmelo si es así?

CAPÍTULO 82

Sofía

El director Henderson está aquí de nuevo, en clase, hablando por los codos como de costumbre sobre las universidades.

—También debemos ir preparando el baile de graduación; —Tras esas palabras todos parecen escucharlo atentos—, la canción elegida es la de *Water Fountain* de *Alec Benjamin*, será la misma coreografía de todos los años, pero por favor, aquellos que no sepáis bailar, id practicando en vuestros ratos libres —indica—, sobre todo tú, Izan —dice mirándolo y todos nos reímos al recordar lo mal que baila el pobre.

—Director, ¿cuánto tiempo tenemos para escribir nuestras cartas para acceder a la universidad? —pregunta Mia.

—Una semana. —Todos gritamos al unísono histéricos.

—¡¿Una semana?!

—Lo siento, son muy exigentes con los plazos…

Edgar se ha ofrecido a ayudarme con mis cartas para Harvard y Yale, a pesar de que no es lo que le hace más ilusión, y no le juzgo, yo tengo sentimientos encontrados con esta situación. Por suerte, el director ha decidido interrumpir la clase de la señora Johnson, así que hemos perdido media hora de debate. Sus clases no me gustan y si no estuviera segura de que no sabe lo mío con Edgar, podría asegurar que me tiene manía por salir con su ex.

Mi mente se centra en estas semanas, que se van a poner más complicadas, debemos combinar exámenes con enviar solicitudes, por lo que las fiestas han quedado aplazadas hasta final de curso.

—He pensado en hacer un fiestón el día antes de graduarnos —dice Samuel aprovechando la interrupción de la clase.

—Siempre y cuando nos graduemos —dice Matt pesimista.

—Si aprobamos bebemos para celebrar, y si suspendemos bebemos para ahogar las penas.

—Conclusión: bebemos —añade Thiago ilusionado.

—Espero que sea la primera —digo estresada.

—No te estreses, Meyer —dice Thiago—, de aquí eres la que tiene más probabilidades de aprobar.

—Si no siempre puedes hacer trabajos extra con Barnes —espeta Justin demasiado alto.

—¡Cállate! —le tapo la boca y lo fulmino con la mirada mientras él se ríe.

—¡Chicos, podemos continuar! —grita la pesada de Johnson, pero el timbre da por finalizada la clase—. En fin, dejad vuestros trabajos encima de la mesa.

Después de entregarle los trabajos, nos dirigimos al aula de matemáticas donde las horas parecen multiplicarse por mil. El tiempo con la señora Smith no pasa y su lenta y monótona voz solo consigue que me entre el sueño. Cuando al fin suena el esperado timbre, salimos a toda velocidad, dejando a la señora Smith hablando sola.

Por suerte, mis padres están en una comida por tema de trabajo, por lo que tengo vía libre para comer con Barnes y pasar la tarde en su casa. Después volveré y les diré que he estado

estudiando en la biblioteca con Izan o en casa de Kath.

Ando hasta el parking escondiéndome entre los arbustos.

—¿Sofía? – dice él bajando la ventanilla del coche.

—¡Joder qué susto!

—Eso debería decir yo.

—¿Eh?

—No es muy normal que estés metida entre los matorrales.

—Lo hago para que no te despidan, ¿sabes?

—Muy considerada —dice con falsa modestia—, venga, sube.

Entramos a su pulcro y ordenado piso. Él cuelga las llaves en la entrada y yo voy directa al baño. He de decir que de cada vez me voy sintiendo más en casa es este apartamento. Edgar deja todas sus cosas en la mesa del salón y se sienta en el sofá, encendiendo el ordenador.

Entra en la web en la parte de admisiones, y al mismo tiempo abre un documento donde redactar mi carta. Yo le niego con la cabeza mientras cojo el ordenador, y abro mi correo.

—Ya tengo un borrador escrito.

—Enséñamelo entonces —me indica y yo le leo en voz alta.

Mi nombre es Sofía Meyer.

Durante toda mi vida, me he enfocado en el día en el que escribiría esta carta. Todas las mañanas, las horas de clase, las noches de estudio… Todo esfuerzo ha sido dedicado a conseguir entrar en esta universidad.

La mayor parte de los días he dudado de si era lo que realmente quería. Mis padres me han indicado el camino desde que tengo uso de razón, negándome a tener mis propias ideas. Nunca me he podido salir de la línea, nunca he podido equivocarme al tomar una decisión, porque ellos siempre han decidido por mí.

Con el paso del tiempo, he ido rechazando la idea de entrar a una universidad alejada de mis seres queridos, una universidad que a pesar de que cuenta con salidas a puestos laborales excepcionales, a ser alguien en la vida, nunca me ha convencido, porque jamás he tenido claro quién quería ser.

No lo sabía hasta que conocí a alguien. Esa persona ha cambiado mi mundo poniéndolo patas arriba. Esa persona me ha demostrado que salirse del camino también está bien. Me ha enseñado que yo también puedo tomar mis propias decisiones, y que, a pesar de arrepentirme, nunca me equivocaré si ha sido una decisión tomada por mí. Me ha enseñado a confiar en mí.

Dejar atrás a alguien que me ha enseñado a ser yo, y dejar atrás a todos los que me han ayudado día a día a llegar hasta aquí, no es fácil. Pero, sin duda, merecerá la pena si consigo formar parte de Harvard.

Entrar en Harvard ha sido mi sueño desde mucho antes de que fuera consciente. Desde incluso antes de que mis padres me presionaran por ir a una buena facultad, en el fondo, ya sabía dónde quería ir. Por eso, me encantaría entrar en esta universidad, porque mis sueños deben estar siempre por encima de todo.

—Guau —expresa, Edgar, sorprendido.

—Sé que es poco convencional, pero…

—¿Me has dedicado tu carta a una universidad? —dice asimilándolo.

—Ya que voy a renunciar a ti por ir a esa universidad… qué menos —digo apenada—. Hay cosas por retocar, necesito encontrar sinónimos para estas palabras… —cambio de tema, incomodada por su mirada, pero él niega con la cabeza.

—No, es una carta increíble —dice orgulloso.

—Creo que no eres objetivo —le confieso con una sonrisa.

—Sofía, lo que buscan estas universidades, no es que escribas un párrafo genial, es que tengas algo que contar, algo diferente que llame la atención —dice con entusiasmo—, y tú has sabido plasmar nuestra historia de la mejor manera. Tendré que ir a verte para evitar que te fijes en los profesores jóvenes y en los universitarios cachas.

—Los universitarios pueden ser muy persuasivos —confieso—. ¿En serio vendrías?

—Me duele que dudes de mí —finge falsa pena.

—¿Y qué pasa si te necesito a las tres de la mañana?

—Que te odiaré por hacerme volar en vuelos nocturnos. Le tengo fobia a los aviones —confiesa con una sonrisa inocente.

—Lo mejor es pensar en otra cosa mientras vuelas.

—¿Y en qué pienso? —Me detengo unos segundos a meditar…

—En algún buen recuerdo.

—¿Y si creamos un buen recuerdo ahora?

—Y será tan bueno que no lo olvidarás.

Yo sonrío y me acerco a él, pegando mis labios suavemente. Al instante, noto mi cuerpo entrar en calor, mientras Edgar continúa dándome besos cálidos que consiguen hacer que me ruborice. Pasa sus manos por mi espalda, quitándome la camiseta. Yo hago lo mismo con la suya y él pone sus manos sobre la parte de atrás de mi sujetador, intentando desabrocharlo.

Mis pechos quedan descubiertos y no puedo evitar sentirme en desventaja, por lo que desabrocho su bragueta y tiro del pantalón, consiguiendo que suspire ansioso y me ayude a quitárselos de un tirón.

Él empuja mi cuerpo suavemente para conseguir tumbarme y quedar él encima de mí. Besa mi cuello consiguiendo que se me ponga la piel de gallina, y en el fondo deseo más. Él pasa sus suaves manos por mi vientre, como si estuviera trazando líneas circulares, hasta llegar a mi falda.

Levanta mi falda y con sus pulgares tira del elástico de mi tanga, juguetón. Antes de bajarlo, pasa suevamente sus manos por mi ropa interior, provocando que muerda mi labio inferior.

—No quiero esperar más —le confieso.

Mientras desciende sus manos para quitar de en medio mis bragas, yo beso su cuello, necesito concentrarme en hacer algo, porque si no mi vientre reventará de los nervios. Él se separa de mí, obligando a que contemple el momento en el que mi tanga, desciende por mis piernas, dejándome al descubierto.

Levanta mi falda de nuevo y se acerca, besándome suave y ardientemente. Después su boca desciende poco a poco, pasando por mis pechos y llegando a mi vientre. Cierro los ojos y cojo aire, tragando saliva, ansiosa por lo que va a pasar.

—¿Segura?

—Segura.

Entonces él agacha su cabeza y en ese instante mi maldito móvil comienza a sonar, provocando que se escuche a todo volumen una canción de rock en la sala. Él se sobresalta y se ríe al percatarse de que es mi móvil, pero yo me siento y suspiro, frustrada al reconocer el sonido.

CAPÍTULO 83

Kath

Eric lleva todo el día llamándome, pero no he sido capaz de responderle. Reconozco que me dolió más de lo que debería aquel comentario sobre que no somos nada. Tiene razón, pero podría haber sido sincero desde el principio. El hecho de ignorar sus llamadas solo empeora la situación, ya que se pone aún más insistente y me envía un mensaje.

«¿Podemos vernos?»

Suspiro y siento un enorme nudo en mi garganta. Quiero hablar con él, pero temo lo que me diga. Para cuando lo empiezo a conocer y se abre, ¿me aparta? Me parece injusto. Otra parte de mí tiene la esperanza de que quiera disculparse, que sepa que ese comentario no estuvo bien. Sin darle muchas vueltas más accedo, preguntándole dónde y cuándo. Él me contesta.

«Ahora»

Ahora no puedo, estoy en Danielle's con los del grupo, por lo que le digo que nos vemos en media hora aquí mismo y él asiente sin rechistar. Ellie trae nuestras bebidas y dejo el móvil para compartir un breve rato con mis amigos, lo cierto es que no nos quedan muchos más meses juntos… Cuando acabe el curso, cada uno partirá y seguirá su propio camino, y por mucho que nos empeñemos, ya nada será como ahora.

Al parecer, Thiago y Mia han discutido y no están de humor. La tensión se palpa en el ambiente y es por eso por lo que comenzamos a huir uno por uno.

—Bueno, nosotros nos vamos —dice Alex levantándose al mismo tiempo que Samuel—, vamos a escribir la carta de la uni.

—Pues yo también me voy —dice Izan incómodo—, creo que sobro —dice al ver que solo quedamos Matt y yo.

—No, no sobras, Izan —digo frunciendo el ceño, confusa.

—Adiós, Izan —dice Matt mientras todos se van, incluidos Mia y Thiago.

—¿Qué ocurre? —me giro hacia Matt y lo miro extrañada.

—Solo quería aprovechar para pedirte perdón.

—¿Por qué exactamente?

—Pues…, por el mal rollo con Eric y por meterme —dice tenso—, solo era eso.

—Bueno —digo sorprendida—, gracias.

El sonido de la puerta llama mi atención y desvío la mirada, que antes tenía perdida, hacia la puerta. Eric entra serio y cabizbajo, buscando mi mesa, interrumpiendo mis pensamientos y consiguiendo que mi pecho se apriete y se me forme un nudo en el estómago. Las manos me sudan y no puedo evitar frotármelas y mover mis pies, inquieta. Miro al suelo, siendo incapaz de alzar la mirada.

Su rostro cambia de neutro a preocupación al verme sentada con Matt.

—Yo ya me voy —dice Matt levantándose bruscamente.

Matt sale de ahí rápidamente intimidado por Eric, que lo mira con cara de asco, pero para mi sorpresa no dice nada, ni siquiera me pregunta por él.

Él se sienta frente a mí y me mira tenso. Sus ojos están rojos y parece preocupado. Lleva el

pelo despeinado y diría que está desesperado porque diga algo para romper el silencio, pero no lo hago.

—Sé que la cagué el otro día —dice tras carraspear, nervioso. ¿Voy a recibir dos disculpas en un solo día? No digo nada, y espero a que añada algo más—. Pero no me dejaste explicarme —dice extendiendo sus manos, buscando algo de compasión en mí.

—Me molestó que dijeras que no somos nada —le digo sincera—. ¿Para ti no fue nada más que un entretenimiento?

—Sabes que eso no es cierto —dice enfadado.

—Es lo que dijiste —le recrimino.

—Solo es que no quiero conocer a tus padres —suelta, frustrado.

—Pero dime por qué —le presiono. Se hace un silencio y medita su respuesta.

—Es duro para mí ver que tienes una familia perfecta que te quiere, mientras que yo no tengo a nadie, joder —suspira y añade—, no estoy preparado para involucrarme en eso todavía.

—¿Y no podías explicármelo así?

—Todo lo que tiene que ver con mis padres, me cuesta explicarlo… por eso te pido paciencia… Yo, no quiero de verdad, no por ahora.

—Está bien —zanjo.

—¿Eh?

—Qué está bien —asiento.

—Entonces, ¿me perdonas? —dice ilusionado.

—Solo si me confiesas cuál es tu mote —cambio de tema para quitarle hierro al asunto.

—No vas a olvidar lo del mote, ¿verdad?

Sonrío y niego con la cabeza, mientras él pone los ojos en blanco. De todas formas, decido no presionarle más con el tema de mis padres, lo cierto es que yo tampoco me veía llevándole a casa tan pronto, pero la insistencia de mi madre porque venga a cenar me ha condicionado. No veo problema esperar un poco más hasta que esté listo, siempre y cuando él se tome en serio esto tan raro que tenemos.

—Y tienes que prometerme una cosa —dice de repente.

—¿Qué?

—Pase lo que pase, no me odies como a él.

—¿Cómo a quién?

—Como al idiota de Matt.

—Uno, no lo odio, ya no al menos, y dos, no puedo prometerte eso.

—¿Por qué no?

—¿Y si me haces algo que no puedo perdonar?

—¿Qué no podrías perdonar?

—Pues… —medito mi respuesta—, no podría perdonar que me engañaras con otra, ni que me mintieras, ni que jugaras conmigo y te rieras de mí…

—Vale, lo pillo —dice él frenándome—, pero yo nunca jugaría contigo.

—¿Y me engañarías con otra?

—Desde que te conocí no hay «otras», Kate.

—No puedo prometerte eso, Eric —digo con pena.

Él deja un silencio entre ambos en el cual parece reflexionar sobre a saber qué. Mientras pienso en su promesa. ¿Podría prometerle eso?

No. Aunque tengo que confesar que, en el fondo, aunque le odiara, no sería capaz de dejarle de querer.

Después de un rato conversando, me invita a su casa y me ofrece a ayudarme con mi carta de la universidad. Él ya ha mandado las suyas a Stanford y la universidad de Maytown al parecer. Por lo que pagamos la cuenta y me subo a su coche para ir hacia su casa.

CAPÍTULO 84

Alex

Con Samuel escribir una carta puede pasar de llevarte horas a días. Cualquier cosa hace que nos despistemos y nos pongamos a hablar del tema más absurdo e inesperado. Cualquier palabra hace que cambiemos de asunto, y yo soy tan dispersa que me olvido de lo que estamos haciendo y comenzamos a debatir como si nos fuera la vida en ello.

—Tenemos que acabarla hoy. —Le señalo la hoja en sucio, donde solo hay dos palabras: Soy «Samuel».

—¿Hoy? —protesta.

—Sí —no cedo—, yo ya casi tengo la mía.

—Pues léemela —dice tumbándose bocarriba en mi cama—, seguro que me ayuda a inspirarme.

Soy Alex Coleman.

Defender al más débil y protestar ante las injusticias, ha sido siempre mi carácter desde que entré en el colegio. Siempre he crecido en Maytown, y a pesar de que soy capaz de ver lo increíble que es este pueblo, también puedo ver todo lo que falta por cambiar.

Mi padre me enseñó que, si no te defiendes, pueden acabar contigo. Es por eso por lo que quiero matricularme en la Universidad de Maytown. Yo confío en este pueblo y en sus salidas laborales, también confío en esta Universidad para que haga de mí una gran abogada, capaz de defender a todos los que me necesiten y evitar que ocurran injusticias.

Muchas veces he dudado de mí, por todos aquellos que se metieron conmigo, por eso quiero ofrecer mi ayuda a todos aquellos que se puedan sentir como yo.

—Bueno, solo tengo hasta ahí —digo con tono avergonzado—, no se me dan bien estas cosas. —Coloco mi mechón de pelo detrás de mis orejas, expectante a la reacción de Samuel tras mis palabras.

—Me gusta —dice sin más, pero luego añade—, está bien enfocada.

—¿Tan mal está? —digo resignada.

—No, pero tienes que acabarla, todo lo que has puesto está muy bien, pero conclúyela.

—Vale —digo tirándome en la cama con él, ambos bocarriba—. ¿Y ahora me lees la tuya? —le pongo ojitos.

—Sí, claro —dice con entusiasmo—. «¡Hola, Soy Samuel, Fin!» —Tira su cutre y roñoso cuaderno al suelo—. ¿Y no vas a enviar una a Stanford? —dice él para cambiar de tema.

—No —digo a seca—, es mucho lío y si ya me cuesta explicarme para esta, imagina Stanford —. Oye, —Aprovecho para preguntarle algo que me llevo preguntando semanas—, ¿se puede saber qué os pasa a Justin y a ti?

—Ya sabes cómo es Justin —le resta importancia.

—Pero parece cabreado contigo cuando al principio erais colegas.

—Será por su hermana.

—¿Qué pasa con Claire?

—Bueno, ya sabes lo que hicimos en aquella fiesta.

—¿Y a Justin qué más le da?

—Es su hermana, bueno, yo qué sé, ¿podemos hacer mi carta? —insiste.

—¿Tanto quieres evitar el tema que te han entrado ganas de hacer la carta?

—Me siento inspirado repentinamente —bromea y yo pongo los ojos en blanco—, y no soy el único que cambia de tema.

—¿Yo qué he hecho?

—No quieres hablar de Stanford.

—Porque no voy a ir y punto.

—Pero quieres —insiste.

—No entraría.

—¡Pero inténtalo! —Pone sus manos en mis hombros—, si no lo intentas, claro que no entrarás.

—Ya te lo he dicho…, no voy a dejar a mi padre.

—¿Te da miedo?

—¿Eh?

—Tienes miedo de irte a Stanford y que todo cambie…, no solo dejar a tu padre.

—Dejemos este tema —le pido.

Él no dice nada, solo asiente en silencio, y sé que está en su mundo, pensando en a saber qué.

La verdad es que sí quiero ir, pero tengo tantas ganas como miedo. ¿Dejar a mi padre solo? ¿Y cómo lo pagaría? ¿Y Samuel? Toda la adolescencia rodeada de imbéciles y para uno que encuentro un poco menos imbécil de lo normal… De todas formas, no mandaré ninguna solicitud, por lo que mi única opción es Maytown.

CAPÍTULO 85

Sofía

Cojo el móvil que no deja de sonar mientras maldigo en voz alta. Entonces le indico a Edgar con mis dedos que espere un segundo, y atiendo a mi madre. Pensaba en dejar que sonara, pero al mirar las notificaciones he visto muchos mensajes suyos.

Mi madre me pide que por favor vaya a casa, resulta que Izan quiere contarles algo… y yo ya me temo lo peor. Edgar me hace un puchero, y después sonríe para tranquilizarme, supongo que puede notar mi mirada asesina en este instante. Al colgar, comienzo a maldecir a Izan a los cuatro vientos.

—¡Ahora se presenta en casa a contarles cosas a mis padres! ¿Qué les dirá? ¿Qué salimos?

—¿Quién? – pregunta confuso.

—Izan, cómo no, el maldito Izan y su obsesión conmigo y decir la verdad.

—¿Pero no te plantó en la cita?

—Sí… pero sigue pillado por mí.

Edgar no dice nada, solo niega con la cabeza y su rostro parece haber cambiado, su alegría se ha desvanecido y el ambiente que envolvía la sala ha pasado de estar caliente a amargo.

—Joder, lo siento.

—No es tu culpa.

Cierro mi sesión en el ordenador dejando la carta como borrador, y me apunto mentalmente enviarla esta misma noche para quitármelo de encima. Me termino de vestir a toda velocidad mientras él se pone lo primero que pilla.

—¿Puedes llevarme a casa? Volvería andando, pero temo que como tarde demasiado Izan hable de más.

—Claro, tranquila

Edgar me deja en la esquina para evitar cualquier desafortunado encuentro con mis padres. Yo bajo y camino a toda velocidad, con el corazón en la boca, rezando porque Izan esté hablando de tulipanes, macarrones o cualquier estupidez que no sea mi secreto.

Llego a casa sin aire y mi seco la frente. Paso mi mano por mi pelo, peinándolo como puedo, y por un minuto mi madre observa que llevo la falda mal colocada.

—Hija…, ¿qué te has hecho en la falda? —Se acerca y me la coloca, mientras mi padre me observa serio desde el sofá,

—Izan quiere decirnos algo, pero quería esperar a que estuvieras aquí —dice mi padre confuso y curioso a la vez.

—Sí, en cuanto a eso —intento anticiparme a las palabras de Izan, pero el pesado sale de la cocina con unas galletas que parece haber preparado mi madre y me interrumpe.

—Es algo serio e importante —dice mirándome, alzando una ceja, esperando que diga la verdad. Yo niego con la cabeza y mis ojos le suplican, pero él no se detiene—. Sofía, dilo tú o lo digo yo —me amenaza frente a ellos.

—Esto… —No sé cómo salir de esta—, yo… —miro a mis padres, están expectantes a mis palabras y noto preocupación en su mirada, creo que temen que hayamos dado el paso, cuando lo

cierto es que ni salimos.

—¿Tú, qué, Sofía? —dice mi madre impaciente.

—Sofía… —empieza Izan.

—Izan y yo… —Me sonrojo incluso antes de decirlo, pero allá va—, lo hemos hecho.

Mi madre abre los ojos como platos, al igual que Izan, aunque por motivos diferentes. Mi padre se ha quedado petrificado en el sofá, no reacciona. Miro hacia el suelo y maldigo haber soltado esta bomba, pero sé que es mejor que la verdad.

Izan abre la boca para protestar, pero no pienso contar la verdad hoy, y menos bajo coacción, por lo que me acerco a él de un salto y lo beso sin miramientos.

Mi padre no disimula su desaprobación y sé que si no le cayera bien Izan lo estrangularía. Mi madre está en shock, pero su mayor preocupación es que sea abuela. Izan, que aún no reacciona, está de pie escuchando la conversación, pero en otro universo. Cojo su mano y tiro de él hasta llegar a la puerta, disimulo lo mejor que puedo, y tras cerrar la puerta, abofeteo a Izan para que reaccione, y también por venganza.

—¡¿Qué haces?! —le digo con rabia.

—¿Qué haces tú? —dice con la mano en su mejilla ahora roja— ¿Por qué me has besado?

—¡Para que no cuentes la verdad! —grito en susurro.

—Creo que… —empieza a decir.

—Me importa una mierda lo que creas. —Me siento rabiosa—. Presentarte en mi casa y presionarme para contar la verdad, solo demuestra que además de inmaduro estás loco —le espeto.

—Yo no soy ningún inmaduro —protesta—, tú eres la que cree que puede tener futuro con un profesor. —Le empujo para echarlo de casa—. ¡Ilusa!

—Pírate de mi casa —sigo hablando bajo a pesar de que quiero gritar.

—No esperes que esto quede así —dice alejándose.

—¡Qué te den! —le espeto.

Él se va aun renegando por la bofetada, mientras yo apoyo mi cabeza contra la puerta. Suspiro frustrada y sé que, si no lo cuento pronto, mis padres se enterarán por él. Al entrar a casa, finjo una sonrisa, pero no cuela.

—¿Habéis discutido? —pregunta mi madre con preocupación.

—No… —intento mentir, pero veo que no he disimulado bien mi enfado—, bueno sí.

—¿Pero por qué?

—Porque él ha contado esto sin mi consentimiento y se ha presentado sin avisarme…

—Bueno, es un novio responsable —dice mi madre con orgullo—, nos informa.

—A la primera que debería informar es a su novia, no a vosotros.

Me cabrea saber que lo único que le interesaba a mi madre era enterarse por cotillear y saber más sobre mi vida. Sé que mi padre hubiese preferido saberlo antes de que pasara, más que nada para evitarlo. De hecho, sigue tan impactado que no me dice nada, solo comparte una mirada de desaprobación y se tira toda la tarde hablando con mi madre sobre si deberían castigarme o no. Me parece todo tan surrealista que subo a mi cuarto, me encierro, abro un libro y me sumerjo en cualquier historia mucho más bonita y ajena que esta.

CAPÍTULO 86

Kath

Al entrar en casa de Eric noto como si nunca hubiera estado aquí. La primera vez que vine tenía un aspecto abandonado y descuidado, era amplia y luminosa, pero estaba hecha un desastre.

Ahora está mucho más limpia y ordenada. Es increíble cómo con solo vaciar y guardar cajas, recoger porquería y limpiar suelos y cristales ya parece otra casa.

La luz de las ventanas ilumina el salón y desde dentro podemos ver las preciosas vistas al mar. Sin duda, los padres de Eric debían tener una buena situación económica para vivir aquí. Es una pena que no tuvieran a nadie con quien dejar a su hijo tras su muerte.

Parece ser que Lizzie, la supuesta tía de Eric, limpia su casa de vez en cuando, como cargo de conciencia por abandonarle cuando era pequeño. Me apena pensar que se ha pasado la vida en orfanatos.

—¿Escribimos la carta o no? —me pregunta sacándome de mi ensimismamiento.

Yo asiento y me siento a su lado, observando como reescribe y modifica su boceto mientras pregunta mi opinión y luego lee todo su proyecto. Su carta es muy buena, redacta lo más trágico de su vida, porque según él, cuanta más pena, más probabilidades hay de entrar en Maytown.

También envía su carta a Stanford, pero me confiesa que el único motivo por el que lo intenta es porque sabe que yo iré allí, porque lo cierto es que no le hace mucha ilusión el programa de Stanford.

Luego me cede el sitio y me abre el documento para que redacte mi carta, pero me bloqueo y me quedo en blanco.

—Venga —dice él ansioso.

—¿Cómo no te pone nervioso que te miren mientras escribes? —digo avergonzada.

—¿Te pongo nerviosa?

—Un poco —sonrío.

—¿Y si dejamos tu carta para cuando estés más inspirada? —dice él señalando el sofá, incitándome a pecar. Miro el sofá y alzo una ceja.

—No, no, no —me autoconvenzo—, vamos a acabar esto ahora. —Me concentro y escribo unas frases, pero luego las borro.

No sé cuántas veces más lo repito. Escribo y borro, todo me parece cutre y aburrido. Después de unas horas, consigo expresarme y sacudo a Eric para que escuche el resultado.

Stanford

Stanford siempre ha sido mi sueño, como posiblemente el de miles de estudiantes más. Podría contar sucesos trágicos de mi pasado o vivencias personales que me han convertido en quién soy hoy, pero quiero dedicar esta carta a mis padres, porque sin ellos, nunca hubiese conseguido nada de lo que hoy tengo.

Los hijos tenemos la costumbre de rechazar a nuestros padres o alejarlos de nuestras vidas durante nuestra adolescencia, pero lo cierto es que yo solo puedo agradecer todo lo que han hecho por mí.

Estudiar en Stanford es una de las cosas que siempre he querido, y ellos nunca me lo

negaron. Más allá del dinero y los kilómetros que nos separarán, jamás se opusieron a la oportunidad de cumplir mi sueño.

Ellos han dejado toda su vida de lado por centrarse en mi hermano y en mí, y es por eso por lo que mi sueño de entrar a esta universidad, no es solo mío. Si no también de mi familia. Mi hermano Greg cumplió su sueño de entrar hace unos cuatro años.

Stanford cuenta con muchas salidas a puestos importantes, pero mi interés se centra en las letras. Escribir ha sido siempre mi hobby favorito desde niña, por lo que me encantaría poder dedicarme a ello.

Espero poder formar parte de esta universidad que lleva en mi mente desde el día en que la visité con tan solo siete años.

—Está muy bien —dice con poco entusiasmo Eric.

—He querido dedicarla a mis padres —digo orgullosa—, sin ellos no podría permitirme entrar.

Eric no dice nada, solo asiente con mirada perdida mirando a la nada. Sé que le duele que hable de mis padres, pero poco a poco espero poder hacerlo abiertamente sin miedo a que se sienta herido. Al final ellos son muy importantes para mí.

—¡Por cierto! —digo recordando el tema de final de curso.

—¿Qué?

—¿Vosotros hacéis baile de graduación?

—Voy a un colegio público, Kate, a duras penas nos darán un diploma.

—¿Y no conocerás algún profesor de baile que pueda enseñarme a bailar?

—Conozco uno

—¿En serio?

—Te he dicho que sí —dice poniéndose de pie—, lo tienes delante.

—¿Tú? —frunzo el ceño, confusa.

—¿Tanto te sorprende?

—Un poco.

—Soy una caja de sorpresas —confiesa casi con orgullo.

—Bueno… pues enséñame, por favor —le pido—, pero no te burles o me iré.

Desaparece de mi vista por un instante, y vuelve con un CD que coloca en el interior de su ordenador.

—Para bailar necesitamos música —dice colocando el CD.

—Eres todo un profesional —me sorprendo.

—Espera a verme bailar —dice con tono creído y yo pongo los ojos en blanco.

—¿Y quién te enseñó a bailar?

—En el orfanato había una mujer que fue bailarina, ella era la única normal en ese sitio —confiesa—, me enseñó con esta canción.

Se forma un silencio mientras le da al botón de «Play». Entonces comienza a reproducirse la canción de *Juliet de Cavetown* y me sorprendo aún más.

—¡Me encanta esta canción!

—¿Hemos encontrado otra canción en común?

—Ya era hora.

—Con los gustos que tienes ya pensé que sería imposible… —se queja.

—Calla, que no oigo la canción —le pido cerrando los ojos cual niña pequeña.

Entonces él se acerca a mí y me indica cómo colocar los brazos.

—Tienes que mover los pies así. —Me muestra los suyos—. Intenta seguir mis movimientos.

—Vale…, ¿así? —pregunto.

—Genial. —Entonces nos balanceamos de un lado al otro en silencio, con la preciosa melodía de fondo.

—Te he pisado quince veces en diez segundos —digo riéndome.

—Ya ni lo siento —dice divertido.

—Dios, pobre al que le toque bailar conmigo —suelto estresada.

—Le envidiaré todo el baile.

—Serías buen profesor de baile —confieso.

—¿Me buscas una profesión? —dice divertido—. No creo que profesor de baile sea mi sueño.

—Solo busco algo que te guste —explico.

—Pero…, si lo que más me gusta lo tengo delante. —Me ruborizo al instante y él parece enorgullecerse.

—¿Podrías tener siempre este humor? —suelto, apoyando mi mejilla en su pecho, escuchando el latido de su corazón.

—No puedo prometerte eso, Kate… —dice repitiendo mis palabras.

—Lo pillo, no nos podemos prometer nada —digo sin entusiasmo.

—O podemos prometernos ambas —inquiere.

—¿Prometes estar de buen humor siempre?

—¿Prometes no odiarme?

—No entiendo por qué quieres que te prometa eso —me cuestiono confusa.

—Entonces prometámoslo.

—No vas a cumplir tu parte, listo.

—Las promesas están hechas para romperse. —Niego con la cabeza mientras él sigue balanceándome de un lado al otro.

—Mejor bailemos y cuando acabe la canción decidimos…

Eric pone sus manos en mi cintura y me guía en los pasos, además de enseñarme a dar vueltas y algún paso básico más. Durante los últimos segundos de canción nos dedicamos a dar vueltas hasta marearnos y reírnos de nuestras idioteces.

Cuando la canción termina, miro sus ojos oscuros mientras él sube sus manos a mis mejillas, entonces pega sus labios y nos fundimos en un beso extraño. Extraño porque, es el primero que siento que es en serio, profundo, que va más allá de ser un simple beso.

—Debería…, irme —digo mirando el reloj—, mis padres me esperan seguramente y no les he avisado.

—Está bien —dice él separándose de mí, mientras frota su cuello, diría que un tanto…, ¿nervioso?

Tras el breve silencio en el que Eric descansa pensativo, yo recojo mis cosas y subimos a su coche. Me acompaña con el coche y le pido que me deje en Danielle’s. Allí compro algo para cenar y camino unas calles hasta llegar a casa.

Dejo la bolsa de comida en la encimera y busco a cualquier persona en casa. Las luces están encendidas, pero no hay nadie en el salón. Subo hasta mi habitación y allí comienzo a escuchar unos gritos que llaman mi atención. No es Greg, por lo que deduzco que mi madre está discutiendo con mi padre.

—¡No puedo más, Robert! —chilla mi madre exhausta.

—Por favor…, recuerda… —No consigo descifrar sus palabras—, sabes lo que pasará…

Me preocupa pensar en que podrían estar teniendo problemas, ellos siempre se han querido

mucho, pero últimamente, algo parece inquietarles, solo discuten y mi madre se pasa el día evitándole, mientras que mi padre se pasa el día en el trabajo, o a saber dónde.

Me dirijo a mi habitación sin hacer ruido, cuando de repente, mi madre entrar en mi cuarto y se seca las lágrimas, sorprendida de que esté en casa.

—No te he escuchado entrar —confiesa.

—¿Estáis bien? —pregunto preocupada.

—Sí, tranquila. —Mi rostro sigue siendo el mismo, por lo que ella me mira y me tranquiliza —, todas las parejas discuten, Katherine —me sonríe levemente y sale de la habitación.

Tiene razón. Es lo más normal del mundo, pero nosotros nos lo contamos todo, incluso las peleas familiares, por lo que no entiendo por qué mi madre ha decidido callárselo esta vez. Supongo que es algo personal de pareja, así que prefiero no saberlo.

Enciendo el ordenador, que está cerrado en mi escritorio y abro mi correo. Releo mi carta y decido enviarla, ya casi no me quedan días y, aunque considero que no es lo mejor que he escrito, es sin duda lo más sincero, por lo que le doy a enviar y rezo porque los últimos exámenes me ayuden a subir aún más la media.

CAPÍTULO 87

Alex

Las últimas semanas de clase están siendo las más duras. Parece que los profesores se coordinan para poner los exámenes el mismo día, además de que se vuelven locos por tener más notas de pruebas esta semana que en todo el curso.

Me paso la mañana dibujando en una hoja siluetas sin sentido, mientras miro de reojo a Samuel, sentado a mi lado, que me dedica una sonrisa orgullosa. Vuelvo a centrarme cuando el profesor Barnes nos habla sobre las cartas a la universidad.

—No olvidéis que hoy vence el plazo para enviar vuestras cartas —dice mientras recoge sus libros—, después de estos exámenes, la universidad contactará por correo con cada alumno para avisar de si habéis sido aceptados o no.

Sus palabras me ponen nerviosa, cojo aire e intento calmarme, pero no me creo que en unos meses estaré en la universidad. Cojo el ordenador y entro en la web de la universidad de Maytown para rebuscar sobre todas las oportunidades que ofrece: un programa para ir de intercambio al extranjero, talleres para alumnos con hobbies como edición, política, debate, escritura…

Mientras Barnes relee un fragmento de su novela favorita explicando frase por frase su significado, yo continúo dibujando en el papel lleno de siluetas y garabatos. De repente, noto la mirada fija de la pesada de Claire Reed.

—¿Qué le pasa a esta? —digo susurrando, para mí misma.

—¿A quién? —pregunta Samuel mirando alrededor.

—A Claire Reed. —Le señalo con la cabeza.

—Ignórala —me ordena.

—Me cuesta ignorarla cuando me mira fijamente como una loca —me quejo.

Paso de ella esperando que se canse de juzgar mi ropa, mi actitud o lo que sea que esté mirando. Tras ver que no desiste, la miro frunciendo el ceño esperando que se corte, pero ella me dedica una sonrisa falsa y maliciosa, mientras me señala a Samuel con la mirada.

Yo niego con la cabeza, confusa, indicándole que no la entiendo, y ella suspira, como la estirada y lerda que es. Entonces escribe una notita como si tuviera cinco años y me la lanza, esperando a que ni Barnes ni Samuel se percaten. Por suerte, el primero está tan sumergido en su novela que no se da cuenta, y el segundo está medio dormido, por lo que cojo el papel y lo desarrugo, leyendo el mensaje.

«Tengo que hablar contigo sobre Samuel».

Suspiro, agotada de sus intentos por amargarme. La miro y le saco el dedo como mensaje de que no voy a creer nada que salga de su boca, pero entonces me manda otra nota y como si entendiera mis gestos escribe.

«Es importante».

Arrugo la nota y la tiro a la basura, negando cualquier tipo de conversación con esa bruja. Pero después de esa nota ya no dibujo, me paso el resto de la mañana maquinando, pensando en qué es lo que tendrá para inventar ahora.

Cuando salimos de la clase de Barnes para dirigirnos a la clase de debate, ella me coge del brazo como si fuéramos amigas del alma y me susurra.

—A la salida, solo serán dos minutos, pero tienes que saberlo —dice con sonrisa maligna.

—No quiero oír tus mentiras, Claire —digo apartando mi brazo de sus manos.

—Tengo pruebas —rebate, segura—, si después de verlo no me quieres creer, pues vale, pero al menos déjame enseñártelo.

Resoplo, frustrada por sus intentos de hacerse la misteriosa. Me molesta admitir que lo está consiguiendo, y ha conseguido despertar mi curiosidad. ¿Qué es lo que tiene que mostrarme?

Esa maldita palabra pone en duda toda mi estabilidad y provoca que mi mente vaya más allá. Esta maldita hora no pasa y a pesar de que me gusta la clase de debate, hoy no la estoy disfrutando. Por suerte, la profesora Johnson hoy no va a dar clase, sino que va a darnos las notas de su asignatura.

—Bueno, chicos —dice ella intentando ordenar su cabeza, aunque parece estresada—, debido a que no he estado todo el curso con vosotros, voy a dar por finalizado el curso de debate hoy, con las notas de los exámenes que hicimos la semana pasada —dice ella rebuscando entre papeles—. Aquí tenéis las notas, siento que os hayáis arriesgado todo a una prueba, pero en general las notas han ido bastante bien.

—¡¿Qué!? —nos quejamos todos al unísono.

—¡Eso es injusto! —le grita Thiago.

—La vida es injusta —comenta ella ordenando su mesa.

Esta profesora me parece una estúpida. Llega nueva y es tan vaga que no es capaz de hacernos más de una prueba para no estresarse, y pone excusas para que no protestemos.

—Alex Coleman —me nombra entregándome un papel—, un notable.

—Menos mal —sonrío aliviada, lo único que me faltaba era suspender esta asignatura.

Me quedo mirando por la ventana de la clase, fingiendo escuchar a Samuel, pero con la mente en otra parte, imaginando qué puede haber sucedido para que Claire quiera hablar conmigo…

—¿Me oyes? —pregunta Samu al verme dispersa.

—¿Eh?

—Alex, ¿qué pasa?

—Esto… —suspiro—, tú no me has ocultado nada, ¿no?

—No —dice extrañado ante mi pregunta—. ¿Por qué lo dices?

—Por nada.

—Ah, simplemente estabas mirando las nubes y has dicho, ¡vamos a hacer una pregunta absurda!

—Idiota, no es absurda, solo era una duda.

—Pues deja de dudar tanto y céntrate —dice quejoso—, tu amiga está llorando.

CAPÍTULO 88

Sofía

Siento como si mi pecho fuera a reventar de los nervios y la presión. La profesora Johnson solo nos hizo una simple prueba oral de unos quince minutos y pretende que nos juguemos el curso y nuestro futuro en esa prueba. Es injusto, pero no quiero ser yo la que proteste, más que nada, porque ella y yo no nos llevamos precisamente bien.

Cuando reparte la hoja dónde sale nuestra nota evaluada según unos criterios, veo cómo poco a poco unos compañeros suspiran aliviados, mientras otros lloran o chillan de la emoción. Tan solo yo soy la única que no consigue reaccionar al ver un suspenso.

Me quedo de piedra ante la hoja de papel, a la espera de que me pellizquen y sea una pesadilla. No puede ser. He suspendido por dos décimas. Noto como mis lágrimas comienzan a caer por mi mejilla cuando Alex se acerca a mí.

—Sof, ¿estás bien?

—He…, he suspendido.

—Tiene que ser un error —añade Kath sentada a mi lado.

—¿Con esta profesora? —dice Alex irónica—, está claro que le tiene manía.

—Si no apruebo, es casi seguro que no entre ni en Harvard ni en Yale.

—No te adelantes a los hechos, habla con ella —me incita Alex.

—Esta profesora no va a cargarse mis sueños por una estúpida nota —digo con rabia.

Me levanto y me acerco a su mesa. Intento respirar y contar hasta mil, porque tengo la impresión de que cuando llegue voy a pegar a cualquier cosa que encuentre en mi camino. A pesar de hablar con ella, no obtengo la respuesta esperada, y con tono soberbio se niega a ofrecerme alguna solución.

Tras un suspiro, salgo del aula como si mis hombros pesaran el doble. Miro al suelo, incapaz de alzar la vista. Sé que en cuanto cualquiera me pregunte si estoy bien, me derrumbaré. No merezco esa nota, no es justo. Instintivamente, camino hacia el despacho del director Henderson, en busca de mi última y única esperanza.

Cuando llego a su puerta, me detengo al ver que justo sale Edgar, al parecer están conversando amistosamente sobre algo personal, y yo no he podido evitar interrumpirles con mi cara hecha un asco de tanto llorar.

El rostro de Edgar cambia por completo al verme, y por un segundo temo que se olvide de que no estamos solos. Él parece querer abrazarme sin pensarlo dos veces, pero reacciona y apoya su mano en mi hombro preguntándome si estoy bien.

El director me mira sorprendido a la espera de que le explique qué me pasa.

—He venido… —digo entre sollozos—, porque tengo que hablar con usted. —Dirijo la vista hacia el director.

—Por supuesto, pasa —me indica con sus manos la entrada a su despacho.

Sé que Edgar se muere por saber lo que pasa, pero tiene que disimular.

Cuando entro en el enorme despacho, el director cierra la puerta, despidiéndose de Edgar.

—Cuéntame, Sofía Meyer —dice cariñoso—, nunca te había visto llorar en todos estos años

de instituto.

—Lo sé. —Digo limpiando mis lágrimas, con una leve sonrisa.

Le explico al director mi situación con la asignatura de debate. Él se queda quieto, pensativo, con sus manos en el mentón esperando iluminarse, pero de nada sirve, porque me asegura que no puede ir en su contra. Sin embargo, me tranquiliza al contestarme que hablará con ella en busca de alguna posible solución.

CAPÍTULO 89

Alex

Cuando volvemos a ver a Sofía en la salida, nos comenta que ha hablado con Henderson. Es un buen director, otros dirían que no es asunto suyo y se lavarían las manos, pero él escucha a todos sus alumnos.

Parece más aliviada, pero en el fondo aún tiene la preocupación de no aprobar con buena nota, y no me extraña. La profesora Johnson la mira mal desde siempre. Desde el primer momento no congenió mucho ni con Kath ni con ella. Pero durante las últimas semanas se ha enfocado mucho en atormentar a Sof.

Claire Reed me llama exageradamente, haciendo que vuelva a la realidad, agitando su móvil. Yo le hago señas bruscas de que se espere.

Entonces Samuel sale del instituto y se acerca para despedirse.

—Me voy a casa, ¿te apetece venir? —dice con sonrisa pícara, pero ahora no puedo centrarme en él.

—Esto… —digo esquivando su mirada—, hoy no puedo —le sonrío como disculpa—. ¿Otro día?

—Vale… —dice extrañado—. Luego te llamo —afirma mientras se aleja…

—Sí, claro —le grito despistada.

No me acerco a la arpía sin antes asegurarme de que Samuel se ha ido. Justin está en la puerta con su hermana, esperándome. Cuando me acerco a ella, Justin coge su móvil, tan serio como siempre.

—Te espero en el coche, Claire —dice él sin apartar la vista de la pantalla, con tono indescifrable.

Claire enciende su iPhone rosa y abre su galería, y comienza a subir mientras me tortura.

—¿Me vas a decir ya qué es lo que tengo que saber? —insisto.

—Lo estoy buscando —dice ella mirando la fecha de sus vídeos—; aquí —dice satisfecha, y me tiende su móvil para que lo vea.

—Lo importante no es solo el vídeo, sino la fecha —recalca señalándomela en la pantalla, es del día después de mi cumpleaños.

Frunzo el ceño, intentando adivinar dónde es, pero tardo en identificarlo. Parece una discoteca, debe ser la nueva que abrió hace poco. En el vídeo sale Samuel sentado en uno de los asientos, con mirada perdida, parece borracho. Justin es el que está grabando, reconozco su risa en la pantalla. Recuerdo que Eric le dijo de salir, aunque al parecer ya se había ido cuándo grabaron ese vídeo. La hora marca las dos de la madrugada.

Entonces Claire aparece en el plano tras Samuel superborracha y se sienta a su lado, mientras Justin gira la cámara y la pone en modo selfi, grabando a los tres. Claire grita, mirando hacia la cámara, haciéndose escuchar entre el ruido de la música.

—¿Por qué no me besas, Samuel? Si sabes que nos gustamos. —Me muerdo el labio inferior, llena de rabia, y aprieto mis puños, sin apartar la vista de la pantalla.

—Yo… —le contesta Samuel, parece muy borracho—, no puedo… aunque no me acuerdo

de por qué.

—No será por la Alex esa —le dice Claire; sin duda lo está provocando y este video me está incitando más rechazo hacia ella que hacia él.

—¿Alex? —dice Samuel confuso, entonces levanto la vista de la pantalla y veo cómo la sonrisa de Claire se dibuja en su cara maligna. Entonces Claire sigue hablando en el video y vuelvo a centrar la vista en la pantalla.

—¿De verdad, con el partidazo que eres, Samuel, estás con Alex Coleman? Pero si es una antisocial —dice ella acercándose a su boca.

—La verdad es que no me pega —dice Samuel, entonces mi rostro se llena de preocupación por lo que temo que estoy a punto de escuchar—. Ella es una pringada, retraída, antisocial y yo soy… —Se frota la frente pensando sus palabras, va muy borracho—, yo simplemente soy Samuel, demasiado para ella —dice orgulloso.

—Exacto —afirma Claire sonriente—, y tú tienes que estar con alguien que esté a tu altura… —dice ella acercándose aún más a su boca.

—Sí… —Entonces él le mira los labios, y se queda quieto a la espera de que ella lo bese.

Ella se lanza y el video se para con una última toma de la cara de Justin, impactado por el beso. Pero su cara no es ni la mitad de sorprendida que la que tengo yo ahora.

Esto no es una trampa, ni un engaño. Esto es la maldita verdad. Mi cabeza va a doscientos por hora y aún estoy tratando de asimilar lo que acabo de ver.

No puede ser un vídeo viejo porque habla de mí, con lo cual ya nos conocíamos. Encima la fecha es del día después de mi fiesta de cumpleaños. ¿Hizo eso después de la noche que pasamos? ¿Hizo eso el mismo día que me pidió que fuera su novia?

Siento un fuerte dolor en el pecho recordando cómo me pidió que fuera su novia, ahora toda la conversación me parece vacía y falsa. No pudo decir eso…, me cuesta tanto creer que hiciera alusión al hecho de que no tengo demasiados amigos, y que encima me llamara pringada…, simplemente no lo entiendo.

¿Ha estado jugando conmigo todo este tiempo? ¿Solo quería reírse de mí a mis espaldas?

Me quedo allí, en la puerta del instituto, donde ya no queda nadie, de piedra, sin saber qué hacer. Noto como mis lágrimas caen mientras conduzco a casa y rezo porque mi padre no esté. Si me ve así… Las lágrimas me impiden ver bien la carretera y rezo por llegar a casa sana y salva, sin estrellar mi magnífico coche nuevo. Me abro paso entre la gente a toda velocidad y consigo llegar a mi calle en menos de diez minutos.

Freno el coche en la puerta de casa y golpeo el volante, llena de rabia. Chillo a más no poder y lloro desconsoladamente.

Solo me pregunto, ¿por qué? No encuentro respuestas. Necesito hablar con él, quiero insultarle, quiero preguntarle a la cara por qué dijo lo que dijo. Luego me planteo que quizá ni siquiera recuerda esa noche, porque parecía ir muy bebido.

Me frustro y veo que no soy capaz de decir qué hacer, necesito pensar, llamar a Kath, a Sofía o a Mia, hablar con ellas y preguntarles…

CAPÍTULO 90

Kath

Cuando Sofía se va y Alex se dirige a la entrada a hablar con Claire Reed, voy hacia el parking del instituto. Sentado sobre el capó blanco de mi coche veo a Eric. Va vestido con una camiseta de manga corta gris, dejando al descubierto los tatuajes de su brazo, y unos pantalones vaqueros negros. Yo sonrío inevitablemente al verlo, y a la vez me sorprendo porque aún no entiendo muy bien qué hace aquí.

La última vez que nos vimos fue para escribir la carta de Stanford y no he tenido tiempo de hablar con él estos días. Los exámenes absorben por completo mi tiempo y me he prometido a mí misma no distraerme. En mi casa las cosas tampoco están demasiado bien, y sin Greg, estos días han sido realmente deprimentes.

—¿Vienes a recogerme? —digo impresionada.

—Vengo a secuestrarte —dice alzando su dedo, corrigiéndome—, solo unas horas.

—Tengo que estudiar… —me intento hacer la dura, pero me puede—, mañana tengo mi último examen.

—Estoy seguro de que ya te lo sabes absolutamente todo —dice confiado—, venga, sube.

Abre la puerta de mi propio coche, pero me hace sentarme en el asiento del copiloto, sin saber adónde vamos.

—Voy a avisar a mis padres de que no como en casa —le digo mientras arranca.

—Diles que llegarás a la hora de cenar —dice sonriendo satisfecho.

Yo solo miro y suspiro, ¿desde cuándo hago tanto caso a sus peticiones?

El resto del camino es alegre y fresco. Vamos con las ventanillas bajadas y hoy hace un día de primavera precioso. El sol da de frente y Eric se coloca las gafas de sol, lo que triplica su belleza y yo lo observo pasmada. Tiene un perfil perfecto y hasta con el ceño fruncido está guapo.

Lo miro de reojo mientras conduce, pero se percata al instante, entonces me dedica una sonrisa pícara y hace una mueca.

—¿Por qué me miras? —dice sonriendo, victorioso por haberme pillado.

—Porque estás guapo —le soy sincera.

Él se muerde el labio inferior y, satisfecho por mi cumplido, me planta un beso en la frente, con el coche a toda velocidad, lo que provoca que me ponga nerviosa y le grite.

—¡Eric, la carretera! —Él se echa a reír mientras toma de nuevo el mando de la dirección.

—Tranquila —dice riéndose aún—, todo controlado.

—¿Se puede saber adónde vamos? Llevamos un rato de camino.

—Tranquila, ya llegamos —dice él desviándose.

Entonces reconozco el sitio nada más llegar. Es la playa a la que fuimos aquella vez, solo que ahora es de día y tiene un aspecto distinto. Ahora hay más gente, más movimiento e incluso algunos se han atrevido a darse su primer baño del año.

Cuando bajamos, Eric camina hacia un puesto de helados y compramos uno. Paseamos sin rumbo y llegamos a un banco frente a la playa, donde nos sentamos a tomar el helado, también

hay detrás de nosotros una preciosa fuente.

Andamos por el paseo hasta que llegamos a una zona de la playa donde no hay nadie. La gente ya está recogiendo y el sol se está poniendo. Esta hora es preciosa. Se puede ver cómo el cielo se tiñe de diferentes colores, azul, naranja, rosa… Y se siente paz al escuchar las olas del mar.

Eric pone sus pies en la arena y me lleva hasta la orilla. Allí nos sentamos en silencio. No hace falta decir nada, ambos disfrutamos de la tranquilidad.

Le miro de reojo y noto que él me mira fijamente. Intento mirarle, pero no puedo aguantar su mirada. Mi corazón se acelera y siento cómo mi rostro se enrojece.

—¿Sabes por qué hemos vuelto aquí en realidad? —dice él dejando de mirarme, para evitar la tensión.

—¿Por qué es tu sitio favorito? —intuyo.

—No.

—¿Por qué entonces? —Él carraspea nervioso.

—Porque la primera vez que vinimos, no me atreví a decir lo que quería.

Me callo a la espera de que diga algo más. Entonces me mira y se sincera.

—La primera vez que vinimos querría haberte pedido que fuéramos novios —frunzo el ceño sin entender, él no quería nada serio—, pero pensé que me rechazarías, que pensarías que era pronto y…, tenía miedo. —Le cuesta ser sincero, pero lo está intentando.

—Pero me dijiste que no querías nada serio.

—Hasta que me he dado cuenta de una cosa.

—¿De qué? —digo curiosa.

—De que la vida es una mierda menos cuando estoy contigo.

No digo nada. Solo lo miro y me acerco a él, sonriendo levemente. Entonces pone sus manos en mis mejillas y me acerca a él, para que le bese. No es un beso apasionado como en el de la fiesta del cumple de Alex. Es un beso lento y romántico. Uno de esos besos que sabes que son sinceros. Esos que das cuando las palabras no son suficientes para explicar tanto amor. Sonrío mientras nuestros labios aún siguen unidos, y durante ese segundo, me siento en el cielo, como si el tiempo se hubiese detenido.

—Bueno, no me has respondido.

—¿A qué? —Sé a qué se refiere, pero quiero que lo diga.

—Te gusta torturarme —dice él echando mis mechones detrás de mis orejas.

—Puede —sonrío con malicia.

—¿Vas a ser mía o no?

—Tuya… —recalco—, yo no soy de nadie —le corrijo.

—Bueno… —se corrige—, no te pido que seas mía, solo que me elijas cada día.

—Eres todo un poeta —sonreímos al notar la rima.

—¿Estás seguro de que quieres algo serio? —añado—, no quiero que nos hagamos daño ni forzar las cosas.

—Quiero arriesgarme —dice él sincero.

—Vale— —Él suelta una sonrisa aliviada y con ese «vale» nos arriesgamos uniendo nuestros labios—. Te quiero —añado en un susurro.

Entonces junta sus labios con los míos, de nuevo, sin dejarme decir nada más. Yo creí que ya me había enamorado, pero viendo lo que siento por Eric, me doy cuenta de que no sabía lo que era enamorarme hasta que lo conocí.

Cuando separa sus labios, él parece querer decir algo, pero se calla. Reconozco que me

habría gustado una contestación a mi confesión de amor, más que nada porque nunca se lo había dicho a ningún chico en mi vida, y menos de una forma tan sincera.

Él se levanta inquieto y continuamos paseando por la orilla. Para cuando nos damos cuenta ya ha anochecido, e intuyo que voy a llegar tarde a casa. Sin embargo, me da igual. Me siento llena de adrenalina, con energía para lo que sea. Caminando a su lado hacia el coche, olvido que el tiempo pasa y desconecto del mundo. Con él he descubierto la plena felicidad y sé que al volver a casa solo me esperan malas caras y tensión en el ambiente.

De camino al parking vemos a un grupo de personas bebiendo alcohol. Esta zona parece ponerse chunga a según qué horas de la noche. Cuando llegamos al coche, un vagabundo está apoyado en mi capó bebiendo una botella de ron.

—¿Te apartas? —le espeta Eric de mala gana.

Cuando este se da vuelta y nos ve, mi rostro se transforma, recordando aquella fatídica noche, y noto cómo él también me reconoce.

—Tú me robaste el móvil —le acuso mientras él da pasos hacia atrás.

—¿Es él? —Eric me pregunta mirándome fijamente y yo cierro los ojos recordando cada segundo y asiento.

—Ey, guapa —dice él haciéndose el simpático, en un intento de apoyar su mano en mi hombro.

—Cállate, capullo —dice Eric interponiéndose entre ambos, mientras el vagabundo se mofa. Veo cómo los ojos de Eric se llenan de ira y el desconocido, divertido, me pregunta.

—¿Terminamos lo de la otra noche? —me dice dando tumbos.

—Cabrón – se abalanza contra él para pegarle un puñetazo, yo me sobresalto al ver cómo cae al suelo el hombre.

—¡Amigo, relájate! —le grita el borracho, mientras sus amigos se acercan a ayudarlo.

—¡Eric vámonos! —le pido, pero me ignora y coge por la camiseta al desconocido.

—Más te vale no volver a tocarla, cerdo —lo amenaza.

—¿Y si no, qué? —dice tras de mí uno de su grupo, entonces Eric deja en el suelo al primero y se acerca a los demás.

—Qué os llevaréis una ostia peor que la de vuestro amigo. —Señala al borracho con la nariz sangrando.

Eric coge mi mano y casi ni lo noto hasta que empezamos a andar hasta la puerta del coche.

—Vámonos —me dice en un susurro mientras abre las puertas.

CAPÍTULO 91

Sofía

Llego a casa desganada. No tengo energías para enfrentarme a nada más hoy. Miro mi móvil y veo que tengo dos llamadas de Edgar. Ignoro las llamadas y entro en casa. Ahora soy incapaz de hablar con él. Siento mucha rabia y cansancio.

Por un lado, tengo engañados a mis padres que creen que salgo con Izan, el cual amenaza cada dos por tres con contar mi relación secreta, relación que se podría fastidiar precisamente por haberle besado: por no hablar de que puede que no entre en la universidad que deseo por culpa de una profesora insufrible, que por cierto, es exnovia de mi actual pareja. Sin añadir lo que pensarán mis padres si se enteran de que puede que no vaya a la dichosa facultad. ¡Dios!

Sacudo mi cabeza, frustrada. Necesito olvidar todos mis pensamientos un rato.

—Hola —saludo con apremio a mis padres.

—¿No comes? —dicen al ver que paso de largo.

—No tengo hambre.

Subo a toda prisa evitando posibles preguntas y me encierro en mi cuarto. Me tumbo en la cama mirando el techo, pero mis pensamientos no se detienen, sino que aumentan por segundos.

Me siento en mi escritorio para despejarme con la luz de la lámpara apuntando a mis resúmenes. Comienzo a leer y repasar, repitiendo como un loro durante horas. Estudiar ayuda mucho a dispersarse y olvidar los problemas de la vida real.

Mañana es mi cumpleaños y por suerte, podré celebrarlo con todos en Danielle’s. Lo mejor de cumplir dieciocho años será que por fin podré ponerles más límites a mis padres con el tema de su control sobre mi vida.

Sin darme cuenta ha anochecido y he pasado la tarde entre libros. Mi madre sube por tercera vez para ofrecerme algo de comer y esta vez no la rechazo. Me deja un vaso con leche y unas galletas, manjar que ya considero mi cena.

Cuando me detengo a descansar, recuerdo que llevo horas sin mirar el móvil. Lo busco por el cuarto, pero no lo encuentro. Los libros tirados en el suelo y en la cama, los papeles y la bandeja con comida evitan que vea el móvil entre tanto desorden.

Cuando me doy por vencida cojo la bandeja con galletas. Al levantarla veo que el móvil llevaba bajo la bandeja desde que mi madre la ha traído. Pongo los ojos en blanco, al ver que he perdido diez minutos buscando. Miro las notificaciones y veo que tengo muchos mensajes de Alex en el grupo y tres llamadas de Edgar.

Antes de leer los mensajes marco el número de Edgar, esperando ansiosa a que conteste, mientras me llevo una galleta de chocolate a la boca.

Al tercer tono contesta, con voz seria e inquieta.

—¿Sofía?

—Hola.

—¿Qué ha pasado hoy? ¿Por qué no me has llamado? —dice preocupado.

—Nada —explico con tono calmado—, la profesora Johnson me ha suspendido y si el director no consigue convencerla para que haga otra prueba, no entraré en Yale, ni en Harvard, ni

en ninguna parte —me lamento con tono exagerado.

—¿Qué? ¿Te ha suspendido a ti? —dice extrañado.

—Nunca nos hemos llevado bien.

—Hablaré con ella —dice convencido.

—¿Qué? —exclamo—. ¿Estás loco? Eso se va a notar mucho.

—Me da igual, si me tengo que arriesgar lo haré, pero no vas a quedarte sin ir a la universidad si podemos evitarlo.

Me reconforta que siempre esté ahí para mí. A pesar de que sé que Edgar no quiere que me vaya, él es capaz de luchar conmigo por algo que deseo. Aunque esa decisión conlleve separarnos.

—¿Y qué tal con Izan el otro día? No me has contado nada.

—Pues… —Mierda—, ya sabes de su obsesión por ponerme de los nervios.

—¿Qué pasó?

—Pues…

Me veo obligada a colgar rápidamente casi sin poder despedirme cuando mi padre entra en la habitación sin llamar a la puerta, a los gritos como el loco que es.

—Papá, ¿qué pasa?

—Deberías estar estudiando, no con el móvil.

—¿En serio? —digo enfadada—, llevo toda la tarde, deja de presionarme.

—Baja el tono, Sofía.

—Te recuerdo que mañana cumplo dieciocho años.

—¿Y? —dice desinteresado.

—Que prometiste que me darías libertad.

—Mientras vivas bajo este techo tendrás que cumplir unas normas —Se encoge de hombros y lo fulmino con la mirada.

Me callo para evitar generar más peleas indeseadas. Cierro la puerta de mi cuarto y me disculpo por mensaje con Edgar.

«No te preocupes, mañana me cuentas».

La verdad es que no me apetece mucho contarle que besé a Izan… Una notificación en mi ordenador me devuelve a la realidad y me levanto a ver qué es. Me siento en el escritorio intrigada al ver que es un correo. Un mail del director Henderson.

«Buenas noches, Sofía.

Te escribo para informarte que lamentablemente no he podido convencer a la profesora Johnson de que realice otra prueba, por lo que la nota se mantiene.

Sin embargo, he pedido que medite y revise la prueba, por si se tratase de un error, aún tiene hasta mañana para rectificar.

Un saludo, Henderson».

Mis lágrimas inundan la habitación y me siento frustrada. Lo he dado todo desde que tengo uso de razón y no voy a conseguirlo por una maldita nota oral. Es surrealista.

Respiro hondo, para evitar chillar, pero la ira y la rabia me desbordan y mi llanto comienza a ser exagerado. No quiero que me escuchen, así que me tumbo boca abajo en la cama tapando mi cara con la almohada, mientras me desahogo, o más bien me ahogo en todos mis problemas.

CAPÍTULO 92

Kath

El camino de vuelta es silencioso y un poco incómodo. Me quedo mirando hacia la ventanilla, incapaz de decir nada, hasta que consigo pronunciar unas palabras, aún sin mirarle.

—Eric, no deberías haberle pegado —digo en un susurro.

—Se lo merecía —dice sin mostrar ninguna culpa.

—Eso seguro —asiento dándole la razón—, pero no puedes ir pegando a la gente porque se lo merezca.

—Lo sé —recapacita—, pero no he podido controlarme. —Me comparte una mirada de pena y una leve sonrisa en un intento de pedir disculpas.

—No quiero que te metas en problemas por mí —confieso.

—Pero si estaba todo controlado… —le resta importancia.

—Porque nos hemos ido…, pero eran muchos, y si se llegan a meter…

—¿No llevamos saliendo ni veinte minutos y ya te estás preocupando por mí?

—Yo siempre me preocupo por ti. —Se forma un silencio entre ambos hasta que pronuncia.

—Eres la primera. —Lo observo de reojo y veo cómo se le dibuja una leve y tierna sonrisa.

Cuando llegamos, Eric aparca en la puerta de su casa y apaga el motor.

—Ya hemos llegado —dice desabrochándose el cinturón.

—Vale. —Me desabrocho el mío y me dirijo al asiento de conductor, para conducir hasta casa. Abro la puerta, pero Eric no se baja, sino que tira de mí y hace que me siente encima de él, dejando mi espalda apoyada en el volante.

—¿Qué haces? —pregunto sorprendida.

—Quería desearte suerte para mañana —dice besando mi mejilla.

—Gracias. —Le beso en la boca y él desciende a mi cuello.

Aunque esta posición es realmente incómoda, sus manos en mis caderas, la oscuridad de la noche y sus besos descontrolados hacen que mi cuerpo se pierda y se olvide de todo.

Desliza su lengua por mi boca provocando que mi cuerpo se estremezca. Suspiro y trago saliva cuando pone su mano en mi entrepierna, haciendo que un montón de recuerdos de la última vez que tocó mi cuerpo regresen a mi mente.

Desabrocha mi botón del pantalón y baja poco a poco la cremallera, haciéndose de rogar. Le miro y veo una sonrisa maliciosa dibujada en su rostro. Entonces beso su cuello y siento su escalofrío.

—Joder, me encantas —dice él sin pensar.

Continúo besándolo, sus palabras me reconfortan y me ayudan a perder la vergüenza y el miedo. Él pone sus manos en sus pantalones y se baja la cremallera, hecho que me hace intuir que hoy no va a ser como la última vez. Al instante, mi mente se bloquea.

—¿Estás bien?

—Yo… —carraspeo y me aparto inconscientemente.

Le confieso que nunca he llegado a tener relaciones sexuales, aunque él ya lo sabe. Ambos decidimos que es mejor hacerlo en un sitio más cómodo, en otro momento.

—Pero… podemos hacer otra cosa —le propongo.

—¿Qué quieres que hagamos? —dice él con tono emocionado de nuevo.

—Es que desde que hicimos aquello en la fiesta de Alex, siento que yo también debería hacer algo —le confieso.

—¿Qué? —Me coloca el pelo detrás de la oreja y me acaricia la mejilla—. Kate, quiero que hagas lo que quieras, cuando quieras, sin presión por lo que te haga yo. —Le sonrío aliviada, porque, aunque había evitado el tema, no me veía preparada para hacer según qué cosas.

—Me gusta que podamos hablar de estas cosas… —me sincero.

—De sexo —me corrige.

—¿Tienes que ser siempre tan bruto?

—Conseguiré que te vuelvas tan pervertida como lo soy yo. —Me guiña un ojo.

—Ni loca —niego con la cabeza—, creo que si me muevo un poco más haré que suene la bocina —digo riéndome, apretando mi cuerpo contra el suyo.

Eric se queda callado, perdido mirando mi rostro. Cuando bajo del coche, tal y como había advertido, le doy con mi culo al volante y provoco que el coche pite. Eric se tapa la cara con su mano, sonriendo por mi torpeza, mientras yo maldigo por el golpe.

—Adiós, Kate. —Me da un beso corto, pero intenso que me deja con ganas de más.

El camino de vuelta a casa es como si fuese un sueño. Me siento como las enamoradas de las películas de amor de las cuales me reía. Estar con él es como una dosis de energía positiva para el cuerpo, como un subidón de adrenalina.

Miro la hora y veo que es tarde para todo lo que tengo que hacer. Cenar, estudiar, preparar la maleta para las clases de mañana… Cuando llego me siento cansada y solo quiero dormir, pero me niego a irme a la cama sin antes repasar para el examen de mañana.

Entro al salón y veo que mi hermano está viendo una serie con mi madre. Mi padre está trabajando, pero sé por el humor de mi madre que no han hecho las paces, aunque me alegra ver que Greg ha vuelto.

—¿Por qué has llegado tan tarde? —pregunta mi madre, pausando el capítulo.

—He estado con Eric —explico sin más detalle, mi madre suspira, pero no dice nada.

—¿Cuándo nos lo vas a presentar? —dice Greg curioso.

—Cuando tú traigas a tu novia a casa —se la devuelvo.

Greg es tan reservado que nunca trae a su novia a casa, de hecho, lo único que sé de ella es que se llama Mabel y juega a Vóley, además de que estudia lo mismo que mi hermano en la universidad.

Nunca la ha invitado a casa a pesar de que llevan algo más de medio año juntos. Lo raro es que mis padres nunca le han presionado para que la traiga a casa, a pesar de que ni la conocen.

—Pues hacemos una cena y yo la invito si tú invitas a tu novio —dice Greg.

—Vale —acepto creyendo que está de broma, Greg es demasiado cerrado y vergonzoso para una cena tan seria.

—Hecho —dice tan tranquilo.

—¿En serio?

—En serio —dice él convencido—. Papá quiere conocerlos —se encoge de hombros.

Miro a mi madre extrañada ante su propuesta, y ella me sonríe igual de sorprendida, parece que al fin vamos a conseguir que mi hermano nos la presente, siempre y cuando consiga convencer a Eric de que venga.

CAPÍTULO 93

Alex

Me paso la tarde en mi cuarto, pensando en qué hacer. Quiero hablar con Samuel, lo necesito, pero en estos momentos no siento que tenga energías para hacerlo. La zorra de Claire tenía que esperar a decírmelo el día antes de los últimos exámenes.

Intento olvidarlo todo y estudiar, pero todo me recuerda a ese maldito vídeo. Me viene a la mente la imagen de ellos dos besándose, mientras oigo sus comentarios desafortunados. Y meditando y asimilando la situación, creo que lo que más me ha dolido ha sido su opinión sobre mí. ¿Soy una pringada antisocial?

Por esa misma razón siempre he tenido una coraza que me protegía de todos aquellos que podían llegar a reírse de mí. Con mi fachada de tía dura nadie se atrevía a decir nada malo de mí, salvo los Reed, pero siempre me he defendido a capa y espada y nunca he mostrado debilidad.

Mi padre entra en la habitación sin llamar a la puerta con unas galletas de merienda recién horneadas. Su rostro es alegre, hasta que me ve. Frunce el ceño y se acerca a mí lentamente. Se sienta al borde de la cama y mira sus galletas, apenado.

—¿Qué ha pasado? —dice preocupado.

Me cuesta hablar, y sé que si lo hago mi padre crucificará a Samuel, por lo que decido contarle solo lo justo y necesario.

—Me he enfadado con Samuel —digo entre sollozos.

—¿Habéis discutido?

—Aún no —expreso decepcionada mientras mis ojos se llenan de lágrimas y mi mirada solo pide un abrazo.

Como si él me leyera la mente, deja sus galletas en la mesita y me abraza, sin decir nada. Hablar no es su fuerte, los dos somos brutos y cerrados, por lo que la comunicación en estos aspectos de la vida se nos hace difícil.

Pero siempre está ahí para mí, siendo mi madre y mi padre a la vez. Sus abrazos siempre me han sanado y aunque esta vez sigo sintiéndome rota y traicionada, por lo menos no me siento sola.

Ya por la noche, decido hacer videollamada con las chicas para contarles lo sucedido.

—¡¿Qué!? —grita Kath, que estaba tumbada en la cama a punto de quedarse dormida hasta que he soltado la bomba.

—No puede ser —niega Sof—. Alex, ¿estás segura de que no te ha mentido o…?

—Sofía, era un video —le corto—, no me lo han contado, lo he visto y escuchado.

—La zorra de Claire —dice Mia con asco.

—Pero esta vez el que se ha pasado es Samuel —aclara Kath.

—Me cuesta creerlo —declara Sof confusa.

—Deja de defenderlo, Sofía —le pido.

—No lo defiendo, solo me extraña.

—Y vosotras, ¿qué tal? —pregunto cambiando de tema.

Kath nos comenta lo feliz que está y se tira quince minutos parloteando, Sofía no puede estar

más nerviosa por los exámenes y finge escucharnos mientras repasa la teoría del examen de mañana.

Mia tiene la mirada triste, y creo que es por Thiago. Le pregunto para confirmar mis sospechas, y ella asiente, bajando la mirada de la pantalla.

A los ojos de todos los del grupo ellos eran la pareja perfecta, pero yo sé bien por Mia que en privado ellos tenían fuertes discusiones y actitudes tóxicas.

Sin darme cuenta colgamos y nos dormimos, no sin antes terminar de repasar.

Y por fin, llega el gran día. El día de los últimos exámenes donde se definirá nuestro futuro. No tengo ánimos ni para vestirme, llevo ignorando las llamadas de Samuel desde ayer, pero de hoy ya no puede pasar. Tengo que hablar con él y, aunque desearía hacerlo en otra ocasión, no me queda otra que dejar las cosas claras hoy.

Nada más entrar por la puerta con mis pintas, con una sudadera y unos pantalones de chándal muy cómodos, pero muy feos, Samuel se levanta de su asiento para venir a hablar conmigo.

Al ver mi rostro, el cual no puedo disimular mis caras de asco y repudio, me coge del brazo y me susurra.

—¿Estás bien?

Yo aparto mi brazo al instante y salgo de clase, esperando que me siga para poder hablar.

—Eh —dice Samuel con tono preocupado— ¿Qué te pasa?

—¿Que qué me pasa? —digo con ironía—, que no me dices la verdad.

—¿Qué? —está confuso, no sabe de qué le hablo.

—Lo único que te pedí era sinceridad, y solo me has mentido. Dime, ¿soy una pringada antisocial?

—Alex, ¿qué dices? —Ni siquiera parece recordar lo que hizo.

—¿Sabías que te besaste con Claire Reed el día después de mi cumpleaños? ¿El mismo puto día que me dijiste de ser tu novia?

Él baja la mirada y se muerde el labio inferior. Pasa su lengua por sus labios, nervioso y frustrado, y yo siento ira al ver que no niega los hechos.

—Ni siquiera te dedicas a negarlo.

—No quiero mentir —dice casi en un susurro.

—Madre mía —digo mientras niego con la cabeza, sonriendo incrédula.

—Alex… —Me coge del brazo buscando compasión.

—No —digo apartándome—, no tienes excusa, no esta vez.

Entro en clase para sentarme en mi sitio y noto cómo me sigue, aún sin darse por vencido.

—Alex, espera —dice desesperado—, no la besé, ella me besó.

—Samuel, cállate —digo sin poder escuchar sus tonterías—, os besasteis, los dos —digo cerrando los ojos ante el recuerdo del maldito vídeo—, y dijiste cosas horribles de mí.

—¿Qué? No… —dice confuso—, yo no recuerdo eso. —Pasa su mano por su pelo, intentando recordar—. Estaba muy borracho.

—Sí, eso ya lo vi —afirmo borde.

—¿Cómo que lo viste?

—Claire me ha enseñado un vídeo de ese día —digo abriendo mis libros para repasar, intentando restarle importancia a todo esto, de nuevo recuperando mi coraza.

—No la creas, ella…, solo quiere separarnos Alex, no la creas. —Se acerca de nuevo, buscándome con la mirada.

—¡Samuel, para! —digo demasiado alto, y noto cómo captamos la atención de varios alumnos, entre ellos Justin Reed, que lleva un rato mirando de reojo, el muy cotilla—. No se

trata de creerla o no, he visto un video, es la verdad, ¿lo entiendes? Ahora, déjame estudiar

—Sea lo que sea que haya dicho, no lo pienso —insiste.

—Vete —le espeto.

Miro fijamente el libro como si estuviese atenta en la lectura, cuando en realidad solo estoy esperando a que se vaya para poder concentrarme.

—No me jodas, Alex.

—No me jodas, Samuel.

Él se va resignado al ver que no hay nada que pueda hacer para poder arreglar este desastre. Yo me quedo con la mirada fija en el texto del libro, pero ni siquiera estoy prestando atención a lo que pone.

El resto de la mañana nos la pasamos todos estudiando, nerviosos, frustrados y concentrados en los últimos exámenes, y aunque sean épocas horribles, agradezco poder distraerme con algo para no pensar en este idiota.

CAPÍTULO 94

Sofía

Con la presión, todos parecen olvidar qué día es hoy. No los juzgo, yo estoy igual de nerviosa. Después del último examen, todos celebramos e incluso nos emocionamos al pensar que el fin de curso está a la vuelta de la esquina.

Por suerte, los profesores no han sido demasiado exigentes con estos últimos exámenes y nos han resultado bastante fáciles. A excepción de la profesora Johnson, el resto han sido comprensivos y nos han evaluado diferentes días.

Cuando suena el timbre todos salimos más ilusionados y con los ojos llenos de brillo. Esa sensación de principio del verano, el calorcito, la ilusión de las vacaciones…; se puede respirar en el ambiente.

—¿Oís eso? —dice Matt—. ¡Es el sonido de la fiesta!

—Estás enfermo —dice Mia al notar su obsesión.

—Recordad que esta noche tomamos algo en Danielle's, que yo invito —digo esperando que se acuerden.

—¡Cierto! —grita Thiago.

—¡Cena de celebración de fin de exámenes! —dice Samuel mientras yo sonrío con la mirada triste al ver que nadie recuerda que hoy es mi cumpleaños.

—Podemos ir a la nueva discoteca que abrió hace poco —dice Alex.

—¡Genial! —salta Samuel.

—No te hablaba a ti —le contesta ella—

—En realidad… —digo en un susurro.

—Nos vemos esta noche —interrumpe Kath saliendo a toda prisa con Alex.

—¡Alex! —le grita Samuel mientras ella le dedica una peineta.

—Joder —se queja él.

—¿Qué has hecho, Samuelito? —Matt y Thiago se burlan de él.

—Me encantaría saberlo —dice él sorprendido.

Yo me quedo allí, con la mirada clavada en lo lejos. Ni siquiera Edgar me ha llamado para felicitarme. ¿Quizás se habrá olvidado también?

Al llegar a casa nos sentamos a comer, al principio en silencio, engullendo como si no hubiera un mañana la lasaña. Después aprovecho el aparente y sospechoso buen humor de mis padres para tirar una bomba.

—Esta noche, después de la cena, iremos de fiesta —digo entre bocados, mientras veo de reojo cómo mi padre se quita el sudor de la frente.

Mis padres se toman fatal la idea y terminan por amargarme la cena. Me voy y me tumbo en la cama centrándome en esta noche. A pesar de que mis padres me arruinen el día, mi novio no me haya felicitado ni vaya a estar en mi fiesta, y mis amigos no se acuerden de que es mi cumpleaños, voy a intentar centrarme en lo positivo. ¿Qué tiene de positivo todo eso? Pues…, bueno…, soy mayor de edad. Al fin siento una liberación, un peso menos sobre mi espalda, y hoy toca celebrarlo.

Me pongo mi nueva falda negra corta con mi blusa holgada y brillante. Aprovecho la ocasión para ondularme el pelo y probar con un maquillaje un tono más oscuro. Me despido de mis padres con un cordial saludo, ignorando nuestra bronca, como siempre.

—Ten cuidado —me pide mi madre tras darme un beso en la cabeza.

—Sí, mamá. —Miro a mi padre, que está sentado en el sofá con mirada de desaprobación.

Muevo la cabeza levemente de un lado al otro, negando. No me creo que aún esté en contra de que salga y me divierta. Necesito que deje en paz su obsesión de una vez, o acabará cargándose lo poco que queda de nuestra relación.

El camino a Danielle's es corto y no puedo evitar ponerme nerviosa. Si nadie recuerda que es mi cumple, puede que vaya vestida demasiado elegante para la ocasión. Callo mis pensamientos estúpidos al recordar que tras cenar iremos a una discoteca, lo que significa que todos irán igual de guapos y elegantes que yo.

Cuando llego a Danielle's todos están sentados en la mesa. Para mi sorpresa he llegado la última, aunque nadie ha pedido la cena aún. Cuando entro me saludan con un amistoso saludo, pero sin nada en especial, lo cual me desilusiona por completo.

Hasta este momento pensé que al igual me hacían una especie de broma, y cuando llegara aquí me gritarían sorpresa y soplaría las velas en unos gofres hechos por Ellie. Sin embargo, toda esa imagen ha quedado nada más que en mi imaginación, porque después de la hamburguesa todos se levantan y nos vamos a la nueva discoteca.

Andamos por la acera mientras miro mi móvil en busca de algún mísero mensaje de Edgar, pero nada. El camino es corto, pero se hace un poco largo con los tacones. Kath se tropieza y todos nos reímos, aunque Alex se lleva el premio en número de caídas, la pobre se ha tropezado quince veces, parece un tanto estresada y de mal humor. Samuel se preocupa por ella y Alex parece cabrearse más, y no me extraña.

Cuando entramos en la discoteca, está todo tan oscuro que creo que nos hemos equivocado de día. Miro hacia los lados en busca de algún movimiento, pero no veo nada. El segurata nos deja pasar y pensé que estaría lleno, pero a pesar de que suena la música a todo volumen no consigo ver nada.

Me giro hacia mi grupo y no los veo. En ese momento las luces de colores se encienden y todos gritan al unísono.

—¡Felicidades!

Kath, Mia y Alex están con una bolsa enorme con globos pegados, mientras todos gritan, aplauden y bailan. La sala está llena de desconocidos que han querido participar en esta increíble sorpresa, aunque entre la multitud puedo identificar caras conocidas.

Veo a Claire Reed grabando todo, fingiendo formar parte de esta sorpresa, mientras Justin observa el panorama sin ningún tipo de entusiasmo. Samuel, Eric y Thiago están animando a la gente para que salga a bailar, mientras las chicas me dan la enorme bolsa con el regalo.

Sin embargo, mis ojos se iluminan al ver a alguien que no esperaba esta noche. Edgar está sentado en la barra, vestido con una camisa blanca un poco sudado debido al calor de la sala. A su lado habla con unos chicos que parecen ser sus amigos. Él me mira sonriente mientras toma un sorbo de su bebida, y yo me muero de ganas de correr a abrazarlo.

—Edgar también ha participado en el regalo —me susurra Alex.

—Aunque nos ha dicho que tiene otra sorpresa para ti —dice Kath más entusiasmada que yo.

Entonces sonrío y les agradezco la sorpresa.

—Pensé que os habíais olvidado —confieso.

—Es tan fácil engañarte —dice Alex haciendo un falso puchero de pena.

Avanzo hacia la barra y me olvido del resto de las personas de la sala. Me siento a su lado y pido una copa, mientras lo miro de reojo.

—Gracias por participar —digo en voz relativamente baja.

—¡Felicidades! —dice con ansias de darme un beso—. Tengo otra sorpresa, pero no es un regalo en sí.

Lo miro expectante, a la espera de que me confiese qué es.

—No puedo decírtelo aún —dice él—, eso arruinaría la sorpresa, pero si funciona, en unos días lo sabrás.

—No me dejes así —le suplico tirando del brazo.

—Te encantará —dice confiado, y me deja con la maldita curiosidad—. ¿Has abierto el regalo?

—Aún no —digo dirigiendo la vista al grupo—, prefiero abrirlo más tarde, ahora solo quiero bailar.

—¿Bailar? —dice él dándole un sorbo a su copa.

—Ojalá contigo —le susurro mientras me acerco a mis amigas, sin dejar de mirarle.

Edgar ya se ha arriesgado viniendo a una discoteca llena de alumnos, pero es una buena excusa el hecho de que se ha inaugurado hace poco y está lleno de jóvenes. Y con jóvenes me refiero a que hay gente tanto de diecisiete como de veinticinco años.

Es un evento en el que se puede coincidir sin que nadie sospeche. Sin embargo, bailar con él no es una opción, por lo que me conformo hacerlo con mis amigas y mirándolo de reojo.

Él me observa mientras se balancea bailando con sus amigos al ritmo de la música. Mis movimientos se ralentizan y lo miro descaradamente, sé que nadie está pendiente de nosotros.

El poco alcohol que he bebido ha bastado para eliminar cualquier rastro de vergüenza, y me ha otorgado confianza en mí misma y en lo que puedo hacer. Meneo mis caderas al ritmo de la música, pasando mis manos por mi cuerpo y mi pelo, con suaves movimientos.

Él clava su mirada en mí y deja de moverse. Tiene los ojos como platos, mientras muerde su labio inferior y apoya el vaso en la primera mesa que encuentra.

Después pone sus manos en la barbilla, como si estuviera pensando, pero me sigue mirando, sus ojos están clavados en mí y en mis movimientos.

Él se acerca poco a poco, olvidando donde estamos, mientras yo me alejo de mi grupo, perdiéndome entre la multitud. Las luces hacen juegos de colores, iluminando la sala de diferentes tonos. De todas formas, la sala está bastante oscura, por lo que cuesta reconocer las caras.

Me acerco a Edgar sin detener mis movimientos, mientras él se dirige como si fuera un robot hacia mí, despacio y paralizado.

Cuando llega hasta mí, se queda de piedra, ni siquiera sabe qué decir, tan solo muerde su labio inferior y me susurra al oído.

—Para Sof —me suplica.

Pero yo me siento divertida y atrevida, por lo que no me detengo y me pongo de espaldas a él, deslizándome por su cuerpo, mientras él me besa el cuello, suspirando.

—Quiero besarte —se me escapa en un tono demasiado alto, pero nadie parece percatarse con tanto ruido.

Entonces él se ríe al darse cuenta de mi estado, mientras yo me río con él sin saber por qué.

—Siempre tenemos que estar escondiéndonos —dice con rabia.

—Eso no me gusta —me quejo.

—A la mierda.

Me coge del cuello y me besa, en medio de la discoteca, con la música de fondo, y por un momento, siento como si fuese libre, como si al fin pudiese gritar a los cuatro vientos lo que siento.

Por unos segundos me veo una simple adolescente besando a su novio en una discoteca, y me encanta no tener que esconderme. Seguimos bailando el uno al lado del otro, pero no por mucho tiempo.

Cuando cambian la canción, me despego a regañadientes de su cuerpo y me coloco el pelo, en un pésimo intento de peinarlo. Thiago aparece entre la oscuridad y me pregunta dónde estaba, y yo agradezco que la multitud haya alejado a Edgar, que a pesar de que está oyendo todo, no está tan cerca como hace dos minutos, pegado a mí.

Entonces Thiago tira de mí, llevándome hasta el grupo, mientras yo saludo con la mirada a Edgar, que me dedica una mirada de complicidad.

CAPÍTULO 95

Kath

La discoteca es increíble, y me siento impresionante. Dije que no bebería esta noche, pero siempre termino rompiendo mi palabra. Hoy es día de celebración y necesito desconectar un poco.

Bebo de mi pajita mientras bailo con Alex. Nos motivamos al escuchar nuestra canción favorita y, a pesar de que se nos da fatal bailar, no nos importa que nos vean hacer el ridículo.

Nos lo pasamos genial durante unas horas, riendo y bailando, hasta que la risa de Alex se transforma en llanto y me veo obligada a salir con ella para consolarla.

—¿Alex, qué pasa? —digo sorprendida, pocas veces la he visto llorar.

—Lo siento —solloza—, es que no puedo… No puedo fingir que estoy bien cuando solo quiero irme a casa.

—Es por Samuel, ¿no? —intuyo.

—Sí —dice ella—. No puedo ver a Claire en la misma sala que él, encima la zorra se le acerca.

—Pero ya habrás visto que él la esquiva y te busca con la mirada —lo he observado, Claire es una pesada, pero Samuel solo tiene ojos para ti… Vamos a ir a bailar…, no te va a arruinar la noche un lerdo.

—No… ——niega con la cabeza—, yo me voy a casa, en serio, estoy cansada.

—Entonces me voy contigo —insisto.

—No, quédate, llamaré a mi padre, me vendrá a buscar.

—¿Estás segura? —pregunto seria.

—Sí, tranquila —insiste.

—Vale, pero ven dentro a esperar —le digo abriendo la puerta, mientras entramos de nuevo al local.

Mientras Alex espera a que llegue su padre, yo me quedo sentada a su lado, gritándole en cada canción que suena; «¡Es un temazo!», para ver si se anima. Ella solo me sonríe y asiente, lo cual me dice que, definitivamente, mi amiga no se encuentra bien.

Cuando Alex se va, le hago prometer que me escribirá cuando llegue, y en mi cabeza ebria apunto una nota mental de llamarla mañana por la mañana.

Eric aparece después de estar un rato hablando con Samuel.

—Vaya dos.

—Están hechos polvo —confieso viendo a Samuel más decaído que nunca.

—Igual no deberíamos meternos, lo arreglarán —dice él cogiéndome por la cintura.

—Eso espero —suspiro.

Entonces Eric y yo vamos andando hasta la barra, donde pedimos aún más bebidas. Esta última me resulta riquísima. Tiene una mezcla de colores entre naranja y rojo y sabe a zumo.

Confiada de su poco sabor a alcohol, bebo como si se tratara de un zumo, sin caer en la cuenta de que apenas he comido. Poco a poco todo se vuelve más gracioso y a la vez más borroso, pero no puedo concentrarme en decir algo coherente. Todo me da risa y Eric sonríe

viendo cómo me río.

—¡Vamos a jugar! —propongo.

—¿A jugar? —dice incitándome a que continúe.

—Eric West, ¿verdad o reto? —Bebo otro sorbo de mi copa.

—¿Qué? —Se ríe y desliza su lengua por sus labios mirando hacia otro lado— ¿Vamos a jugar a esto?

—Sí —digo decidida, mirándole fijamente, haciendo que aumente la tensión entre nosotros.

—Vale —dice rendido—, pero alejémonos de aquí, hay demasiada música.

Cuando vamos a la otra sala de la discoteca, el ambiente cambia por completo. Está lleno de diferentes grupos sentados en mesas con cachimbas y bebiendo. Aquí no me siento tan cómoda, hay más silencio comparando con el sonido estridente de la otra sala.

Eric me lleva hasta una mesa alejada donde nos sentamos.

—Pues…, ¿verdad o reto? —dice él con sonrisa pícara.

—Eh —me quejo—, iba a empezar yo.

—Mala suerte.

—Verdad.

—¿Te tocas pensando en mí?

—¡Eric! —Le tapo la boca, pero la gente parece haberse girado más por mi grito que por sus palabras, mientras él se ríe en mi mano.

—Si lo he dicho flojo —dice apartándose suavemente.

Entonces me sonrojo y medito mi respuesta.

—¿Eso es un sí? —él sonríe con malicia.

—¿Qué? ¡No! —exclamo.

—No se vale mentir, Kate…

—¿Verdad o reto? —esquivo el tema.

—Mmm… —Se lo piensa mientras le da un sorbo a su bebida—. Reto.

—Para ti lo chungo es la verdad —le espeto.

—Uf —bufa—, pues verdad.

—No, no… —digo pensando—, reto está bien. —Eric pone los ojos en blanco y espera a que diga algo.

—Atrévete a tatuarte algo —digo lo primero que se me ocurre y comienzo a reírme exageradamente.

—Vaya mierda de reto —dice decepcionado.

—Tatúate mi nombre. —Ya no sé ni lo que estoy diciendo.

—Eso es mucho pedir, Kate —dice él.

Ambos nos miramos, en silencio, él mantiene su vista fija en la mía, mientras yo bajo la cabeza, no puedo mantener la mirada con esos ojos clavados en mí.

Entonces se levanta y me tiende su mano.

—Ven.

CAPÍTULO 96

Alex

El silencio del camino de vuelta resulta incómodo, más que nada porque sé que mi padre se muere por preguntar por qué he vuelto tan pronto y sin Kath, que iba a venir a dormir a casa. Pero no tengo energías ni para expresarme, solo quiero llegar a mi cama y dormir.

Sé que dormir no solucionará mis problemas, pero por lo menos los aplazará unas horas. Más que problemas, tengo un nudo en el estómago que no consigo quitarme.

Cuando llego a casa me tumbo en mi cama y reviso el móvil. Tengo mensajes de Samuel.

«¿Dónde estás?»

«¿Por qué te has ido?»

«Alex, te quiero».

El último mensaje hace que quiera llamarlo, deseo decirle que yo también a pesar de lo que me ha hecho. Pero las imágenes del video vuelven a mi memoria, provocando que apague el móvil y la luz, tumbándome a oscuras a pensar.

Lloro en silencio mientras recuerdo todas y cada una de sus palabras.

«Ella es una pringada… Yo soy Samuel…»

Si otra persona lo hubiese dicho, no me habría importado tanto. El problema es cuando te lo dice alguien que te importa, alguien que en teoría te veía de forma diferente.

Me duele mucho haber depositado mi confianza en alguien capaz de decir eso de mí a mis espaldas. Lo peor es que no ha negado nada, aunque no me extraña, está todo grabado, no puede negarme lo que vi y oí.

Mi móvil suena, sacándome de mi ensimismamiento y devolviéndome a la realidad. Samuel me está llamando. Suspiro y me armo de fuerzas para colgarle. Esta vez lo apago del todo, evitando que me llegue ningún mensaje ni llamada, para no sufrir.

Bajo a por un vaso de agua y para mi sorpresa mi padre está en la cocina, buscando uno de sus helados favoritos en la nevera.

No me esperaba encontrarlo y no he podido ocultar a tiempo mis lágrimas. Debo tener la cara hecha un asco, porque he llorado sin haberme desmaquillado.

—Ahora crees que es el fin del mundo, te entiendo —dice él mientras me abraza—, pero con el tiempo verás que él es una mierda y tú eres increíble. —Entonces rectifica—. Mentira, con el tiempo no, eso ya lo vemos todos ahora. —Me río—. Con el tiempo te dolerá menos. —Yo le sonrío apenada.

Apago las luces y me pongo los auriculares con música a todo volumen en mi móvil, sin darme cuenta me relajo centrándome en las letras de las canciones y me distraigo, aunque sigo sin conciliar el sueño del todo. Por fin consigo dejar de pensar en ese maldito vídeo y comienzo a quedarme dormida, cuando oigo la puerta de casa cerrarse.

Abro los ojos sobresaltada, pero aún medio dormida, por lo que me recoloco y me quito los cascos, intentando escuchar las voces.

—¿Qué haces aquí? Vete inmediatamente —dice mi padre.

—Solo quiero hablar con ella. —Esa voz me resulta familiar, pero estoy muy dormida…

—Vete de mi casa —repite en tono más serio mi padre.

—Por favor —suplica la voz… Entonces me levanto de un salto al reconocer que es Samuel.

—Vete ahora mismo. —Se escucha un portazo y miro por la ventana discretamente. Samuel sale cabizbajo por la puerta, mientras avanza con paso lento.

Me escondo tras la cortina y miro de reojo, mientras él se aleja poco convencido de la puerta.

—¡Alex! —grita desde abajo.

Yo muevo la cortina para verlo mejor y se percata de mi posición.

—¡Va, Alex! —insiste—. ¡Déjame pasar, por favor!

—¡Vete! —le susurro con temor a que nos oigan los vecinos.

—Solo déjame pasar y…

—Vete, por favor —le pido.

Cierro la ventana y vuelvo a la cama, deseando que se haya ido. No vuelvo a escucharlo, tampoco vuelvo a levantarme, porque consigo dormirme.

CAPÍTULO 97

Kath

El camino es oscuro y silencioso. No sé ni cómo conseguimos llegar a la tienda de tatuajes. Tampoco sé qué hace abierta. Esto es una completa locura. Estamos borrachos y todo ha surgido de un estúpido juego. Los borrachos nunca toman buenas decisiones y lo más común es que suelan arrepentirse de lo ocurrido al día siguiente.

Según Eric, el hombre es un tatuador viejo amigo suyo, que le ha tatuado todas las veces. Vive en esa misma tienda, por lo que Eric sabe dónde llamar a la puerta para que este le abra. En pijama y con un cigarro, abre la puerta un hombre de complexión ancha y con una barba oscura. Está despeinado y tiene aspecto sucio, aunque nada más verlo parece amigable.

—¡Eric! —dice con voz ronca mientras le choca la mano.

—Jim… —dice devolviéndole el saludo—, te toca tatuarme.

—¿Ahora? —dice sorprendido—, deja que me despierte. —Entonces echa la vista hacia mí —. Hoy traes compañía, ¿eh?

—Sí, ella es Kate…, Kath…, mi…, mi novia.

—Le ha costado decirlo, pero por lo menos lo ha hecho —digo victoriosa.

—Tú, asentando la cabeza y aparentemente estable… —dice el tal Jim—, no me lo creo.

Entonces Eric se sienta en la camilla, se quita la camiseta y se pone boca abajo, dejando al descubierto su espalda. Yo contemplo sus preciosos tatuajes mientras paso mi mano por su cuerpo. Eric me mira mientras disfruta de mis caricias.

—¿Qué hacemos? —dice el tatuador interrumpiéndonos, acercándose a Eric con la aguja.

—Quiero tatuarme una K —dice él mirándome, en busca de mi aprobación.

—¿Estás loco? —me sale decir.

—Sí —dice él ignorando mi negativa—. Venga Jim, dale.

—Vale, ¿dónde lo hago?

—En el hombro, entre estos dos tatuajes —dice mostrando sus tatuajes de la espalda.

El tatuador acaba en menos de dos minutos, dejando en su piel una disimulada K. Lo cierto es que entre todos los tatuajes no queda demasiado vistosa, sino que más bien pasa desapercibida. Eric se levanta y me indica que me siente, mientras yo accedo nerviosa.

—No sé qué hacerme.

—Mira, aquí hay de todo. —Me tiende unas hojas con ideas y observo todos los tatuajes pensativa.

—Me voy a tatuar una cara sonriente —digo mirando el dibujo de una chica con una en sus dedos—, como esta chica, pero en la parte de atrás del hombro, —Le tiendo el dibujo a Jim—, en las manos mis padres lo verían más fácil.

—Está bien —dice guardando los demás papeles.

—No me pienso tatuar algo relacionado con nosotros —me sincero con Eric—, luego me dejas y eso queda ahí de por vida. —Quería decirlo y, los aún visibles efectos del alcohol me han ayudado.

Eric se calla, aunque parece que tiene algo que decir. Jim lo interrumpe para contar anécdotas

absurdas de su vida, pero que me entretienen y me ayudan a olvidar el dolor que estoy sintiendo.

Por suerte, también termina pronto y, tras una breve charla, le pagamos y nos despedimos.

—La verdad es que me ha gustado —digo mirándome el tatuaje con la cámara trasera del móvil.

—Yo podría haberme tatuado tu nombre entero.

—Eric —digo seria—, ¿nunca has oído eso de «no te tatúes el nombre de un/a novio/a»?

—Sí, pero me da igual —dice él.

—Es mejor mi carita sonriente —le provoco.

—No lo entiendes —dice él mirando a la nada—, da igual lo que te tatúes, el hecho es que cada vez que lo mires, te acordarás de este momento.

Abro la boca para protestar, pero no tengo nada que decir.

—Y, por ende, te acordarás de mí —sonríe satisfecho y añade—, como si te tatúas un sol, una luna o una mierda.

—Qué romántico —digo irónica.

—Lo que recordarás es que te hiciste tu primer tatuaje conmigo.

Y al final va a tener razón. Cada vez que mire este tatuaje, recordaré este momento. Y sin duda, esa maldita cara sonriente ahora me recordará a él para siempre.

Cuando volvemos a la discoteca, todos nuestros amigos parecen haberse ido. Lo cierto es que esta noche nos hemos dispersado mucho y cada uno ha ido a su bola. Ya son las tres de la mañana y en estos momentos me arrepiento de no haberme ido con Alex, porque volver en taxi tan tarde y sola me da mucha pereza.

Mientras voy hacia la salida, me cruzo con Matt que parece irse también.

—¿Dónde están los demás? —pregunto.

—Ya se han ido. —Yo asiento mientras avanzo, pero él me detiene cogiéndome por el brazo —. ¿Dónde has estado?

—Con Eric.

—Ten cuidado —frunzo el ceño y tardo un instante en reaccionar.

—¿Qué dices?

—No me fío de él.

—Venga ya, Matt. —Pongo los ojos en blanco.

—¡En serio! Hay cosas que no cuadran. —Su comentario me cabrea aún más.

—¿Qué no te cuadra? No me jodas, Matt, ¿sabes qué es lo que te pasa? Que no quieres verme feliz y punto.

—Te gustaría pensar que todo esto es porque siento algo por ti, pero no, solo es una intuición.

—Pues te equivocas.

—Me encantará estar equivocado —dice con tono soberbio.

—¿Eres feliz no? Pues déjame ser feliz a mí —le espeto mientras me voy y le dejo hablando solo.

Me encuentro a Eric en la puerta de la salida y llamo para pedir un taxi, pero entonces él ve uno en la calle y le hace una señal para que se detenga. Cuando me voy a despedir él, sube conmigo. No tengo llaves de casa por lo que Eric me invita a la suya y decido aceptar.

Por suerte mis padres creen que me he ido a casa de Alex, así que no me agobiarán y ya he avisado a Alex de que estoy sana y salva para que no se estrese, aunque parece tener el móvil apagado.

El taxi nos deja en la puerta de su casa y él abre con las llaves que lleva escondidas en su

bolsillo. Entramos a la enorme casa y enciende las luces.

Está todo bastante ordenado, y la casa huele a Eric. No sé cómo explicarlo, pero huele a él, es un olor único del que no me cansaría nunca, la verdad.

Al parecer no hay nadie. Andamos hasta su habitación, donde él se cambia sin problema. Se pone una camiseta negra y unos pantalones cortos grises de chándal, esos benditos pantalones que intento evitar con la mirada.

—Yo no tengo ropa —digo una obviedad.

—Toma, total, casi toda mi ropa huele a ti.

Me tiende una camiseta suya, de color blanca, lisa. Me va enorme, pero es cómoda. Luego me da unos pantalones, pero se me caen nada más ponérmelos, por lo que termino con su camiseta y mi ropa interior, y bendigo haberme puesto mi mejor conjunto y no unas estúpidas braguitas viejas o rotas.

Eric apaga las luces y me pregunta si quiero agua. Baja a la cocina y trae dos vasos, mientras yo me acuesto en su enorme cama de matrimonio.

Es mucho más cómoda que la mía y, evidentemente, más grande. Me quedo tumbada bocarriba mirando el techo, tapada de cintura para abajo.

Eric entra y deja los dos vasos en su mesita de luz. Mientras se acuesta observo su habitación. A pesar de que tiene buena distribución, es grande y luminosa; es fría y sin vida. La mía, en cambio, está llena de cosas personales, pósteres estúpidos, fotos y recuerdos. Él tan solo tiene muebles, una estantería con algunos libros, una tele y un escritorio. Las paredes son blancas y están vacías, lo que me hace sospechar que este no debía ser su cuarto cuando era niño.

—¿Este es tu cuarto desde siempre?

—No —Lo sabía—, es el de invitados, me mudé a este cuando mis padres murieron.

—¿Por qué?

—Dormir en el otro era dormir rodeado de fotos suyas y recuerdos de cuando estaban, no lo podía soportar.

—Lo desmontaste —intuyo.

—No, no —niega—, pero no entro mucho.

Me apena mucho que no haya superado del todo su pasado, no al menos de la forma correcta. Son el tipo de experiencias que no se superan, sino que aprendes a vivir con ellas. Aunque Eric no lo ha hecho, él vive evitando cualquier recuerdo de sus padres.

—Me hubiese encantado conocerlos —le confieso.

—Les habrías caído bien —dice rodeando mi cuerpo con su brazo.

—¿Tú crees?

—Estoy seguro

Se hace un silencio en la oscura habitación y tan solo consigo escuchar su respiración. Es relajada, pero al estar apoyada en su pecho, noto como su corazón va a toda prisa.

—Sabes que…, puedes contar conmigo para lo que sea… —digo torpemente—, es decir, que…, ya lo sabes, pero quería decírtelo… Si necesitas hablar… —Entonces me detiene con un cálido beso y acaricia mi mejilla.

—¿Te volverás a tatuar? —pregunta medio sonriendo, cambiando de tema y yo apoyo la barbilla en su pecho.

—No lo sé —digo sincera—, puede.

—Por un momento casi me tatúo la carita sonriente en el vientre, en el lado derecho, pero me iba a doler demasiado. —Levanto mi camiseta para indicarle la zona.

—Es una zona muy sensible —dice con voz suave, quitando mi mano para posar la suya en

mi vientre, provocando que suspire.

—¿Me habría dolido?

—En esta zona siempre duele un poco más… —Pasa sus dedos por mi barriga trazando círculos, descendiendo poco a poco. Sube desde el estómago, pasando suavemente por el ombligo y bajando por mi abdomen.

Me quedo helada, de piedra, tumbada bocarriba, ansiosa por más. Entonces se detiene en mi pubis, cubierto por mi ropa interior y clava su mano allí, quieta. Extiende la palma en mi vientre y me genera aún más calor en el cuerpo.

A pesar de la oscuridad, consigo verlo y encuentro sus labios. No digo nada, solo lo beso desenfrenadamente, como si llevara tiempo esperando para poder besarlo. Él me besa con la misma pasión y poco a poco el ambiente comienza a sentirse más ardiente.

Él cesa sus caricias y se levanta suavemente poniendo sus manos en mis mejillas, mientras se coloca de rodillas sobre mí.

Ambos estampamos nuestros cuerpos y no puedo evitar sentir todo su cuerpo sudado

—Eric West —digo al notar la tensión—, ¿estás nervioso?

—Tú me pones nervioso. —Desliza la lengua por sus labios.

Ambos nos tumbamos el uno sobre el otro, mientras él pone sus manos en mi cintura

—Kate… —dice entre suspiros—, puede que mienta alguna vez, pero esto es lo más sincero que te he dicho. —Le dedico una sonrisa tímida—. No hay nadie como tú. —Entonces pego mis labios a los suyos de nuevo con más iniciativa.

—No vamos a parar esta vez —dice con la respiración agitada—, ni nadie va a interrumpirnos.

Él esconde sus manos en mi camiseta y acaricia mis senos, consiguiendo que se me ponga el vello de punta. Continúo besándole, bajando por su cuello, mientras noto como gime levemente.

Tiro de su camiseta, quitándosela por completo, poniendo mis manos en su desnudo pecho. Está sudando, y yo con él. Beso su cuello sin control, y noto como se estremece.

Saca del cajón de su mesilla un preservativo y me causa gracia que siempre tenga alguno a mano. Sonrío a la vez que rompe el envoltorio y continúo besándole mientras se lo pone.

—¿Estás segura? —dice con ojos preocupados, sabiendo que no hay vuelta atrás.

—Sí —digo sin titubear—. ¿Tú?

—En mi mente ya lo hemos hecho millones de veces. —Niego divertida mientras coloca su cuerpo contra el mío.

Entonces comienza con suaves movimientos, atento a mis reacciones. Al principio es molesto, por lo que va con cautela. Se detiene para preguntarme si voy bien y yo asiento con la cabeza, mientras suspiro. Me mira fijamente a los ojos, buscando aprobación, y yo le devuelvo la mirada con consentimiento.

Poco a poco el dolor va desapareciendo y se vuelve más agradable, por lo que acelera el ritmo y termino sintiéndome como en una nube. Él besa mi cuello sin detener sus movimientos y siento que mi cuerpo va a arder.

—Me encantas —consigue susurrar justo antes de acabar.

Y nos quedamos pegados el uno al otro, con el único sonido de nuestras respiraciones agitadas, con los ojos cerrados.

—No sé por qué hemos esperado tanto —digo satisfecha mientras él sonríe con malicia—. ¿Lo hacemos otra vez? —propongo.

—Pero bueno, Kate…, eres insaciable —bromea.

—¿Estás cansado? —El silencio inunda la habitación por un instante.

—Ni de coña. —Y tras esas tres palabras volvemos a revolcarnos entre las sábanas.

No podía creer que, en solo una noche, había hecho tantas cosas por primera vez. Nunca me había planteado tatuarme, hasta hoy. Y no entraba en mis planes perder la virginidad esta noche con él, pero sin duda era una buena ocasión y nos hemos dejado llevar por nuestros sentimientos. Y sé que, aunque me dé miedo y no quiera, Eric quedará unido a mí para siempre. Porque es lo que tiene hacer cosas por primera vez con alguien, siempre quedará guardado en tu memoria y en tu corazón, para bien o para mal.

CAPÍTULO 98

Sofía

La noche se pasa volando y no sé cómo he acabado bailando con Thiago y Matt. Alex ha desaparecido y he visto cómo Kath y Eric se iban a toda prisa a saber dónde.

Cuando miro la hora es muy tarde, y sé que mi padre sigue despierto esperando que vuelva, porque me ha llamado quince veces. Por suerte, Thiago también se va y se ofrece a llevarme a casa.

Antes de despedirnos voy al baño, como excusa para poder buscar a Edgar. Pero mis ojos no lo ven y temo que ya se ha ido. Me apena que se haya ido sin despedirse, pero entiendo que no se haya acercado, llevo unas cuantas horas en mi mundo con mis amigos, mientras él estaba con los suyos.

Le envío un mensaje, pero no me contesta. Echo un último vistazo a la oscura sala sin éxito, por lo que desisto y sigo a Thiago, que sale por la puerta.

Cuando llegamos, le agradezco a Thiago y bajo de su descapotable blanco. Entro en casa y las luces se encienden, mi padre está sentado en el sofá, tal y como esperaba, ansioso por mi vuelta.

—¿Dónde estabas? —dice nervioso.

—De fiesta, ¿dónde voy a estar? —contesto, irónica.

—La hora de vuelta es la una como máximo.

—Ya tengo dieciocho años, ¿esa norma no cambia? —digo rabiosa.

—¡No! —grita—. ¡Y tú ya no vas a salir más!

Le espeto que baje la voz mientras subo a mi cuarto, cansada de discutir. Cuando me tumbo en la cama me lleno de rabia y revivo nuestra pelea, pensando en todo lo que callo y me gustaría decirle.

Me duermo con la ira y las palabras atragantadas en mi boca, enfadada y sobre todo agotada de tener que discutir todo el tiempo por querer disfrutar.

Unas horas después, balanceo la cabeza de un lado al otro, sin poder abrir los ojos del cansancio. Me muevo en busca de mi móvil, que no para de sonar.

El sonido es estridente y molesto, no sé por qué suena un sábado a las nueve de la mañana. Abro medio ojo y releo como puedo los miles de mensajes…, pero hay demasiados. Las notificaciones del correo hacen que me levante de golpe.

«Universidad de Harvard»

«Universidad de Yale»

Corriendo abro la bandeja de entrada del correo y me debato entre cuál abrir primero. Cierro los ojos y medito ansiosa. Abro el primero que llegó, el de Yale.

«Estimada Sofía Meyer:

Lamentamos informarle, no será posible que acceda este año a la universidad de Yale…»

Suspiro frustrada y arrepentida de haber abierto el mensaje de Yale. Se me hace un nudo en el estómago de pensar que tampoco habré entrado en Harvard por culpa de la maldita profesora Johnson.

No sé si habrá decidido subirme la nota o no, lo último que sé es que el director Henderson no pudo convencerla de que realizara una prueba extra, sin embargo, me informó de que meditaría y revisaría la prueba. Esa es la última noticia que tengo sobre mis calificaciones. Me armo de valor y con un nudo en la garganta leo el mensaje de Harvard.

«Estimada Sofía Meyer:

Nos complace comunicarle que ha accedido a las listas provisionales de acceso a la universidad de Harvard. Esperamos confirmación y formalización de la matrícula en los plazos correspondientes…»

Mi grito de emoción y alegría llega hasta la esquina. Mis padres chillan desesperados desde el pasillo.

—¡Sofía!, ¿qué pasa? —Entra mi padre.

—¿Estás bien? —pregunta mi madre. Cuando entran solo suelto en un suspiro de alivio y satisfacción.

—He entrado en Harvard.

—¡AH!

Mi madre chilla de emoción y me abraza mientras lloramos y reímos al mismo tiempo. Mi padre se queda de piedra y se le escapa una leve sonrisa. Entonces apoya su mano en mi hombro y me da la enhorabuena, mientras yo asiento agradeciéndole.

¡No puedo creerlo! ¡Formo parte de Harvard!

Mi sueño se ha cumplido y al fin todo mi trabajo ha valido la pena. Al fin veo la luz al final del túnel, todo mi esfuerzo se ha convertido en recompensa.

Cuando mis padres salen de mi habitación, llamo a Edgar con una sensación agridulce sobre la noticia que voy a darle, pero por desgracia no atiende, aún es demasiado pronto.

Cojo mi móvil y leo los mensajes, todo el grupo de clase está comentando los resultados de la universidad, pero mis amigos aún no han dicho nada, deben estar durmiendo.

CAPÍTULO 99

Kath

El despertador de mi móvil no deja de sonar, pero no consigo encontrarlo. Con los ojos cerrados deslizo mi mano en busca de mi móvil en mi mesita, pero no encuentro nada. Noto algo extraño y entonces abro los ojos y me encuentro a Eric durmiendo a mi lado. Observo la sala y recuerdo que no estoy en mi casa.

Miro la hora en mi reloj y me sobresalto al ver que son las diez. Mi madre debe estar preguntando por mí al ver que no contesto y como se le ocurra cruzar la calle sabrá que no estoy en casa. En cuestión de segundos paso de estar relajada y dormida a ser un manojo de nervios.

Rezo porque Alex me cubra y consiga tiempo. Me levanto de golpe y busco mis cosas. Me visto a toda prisa, mientras Eric se retuerce en la cama.

—Kate…, ¿ya te vas…? —dice con voz ronca.

—Sí —digo mientras busco mis cosas—, mis padres me van a matar.

Cuando encuentro mi móvil veo mi pantalla llena de notificaciones, llamadas, correos, mensajes… Ignoro todo el bombardeo, frustrada, y me despido de Eric con un beso.

—No te vayas —me suplica sincero y tierno, mientras tira de mi brazo.

—Eric… —Me lo pone tan difícil—, luego hablamos.

—No te vayas… —pide con voz ronca.

—Luego te llamo…

Llamo un taxi y tarda unos quince minutos. Cuando al fin llego a casa rezo tres padres nuestros y suplico que mi madre no se haya enterado.

Entro con pies de plomo, expectante ante la cara de mis padres.

—¿Ya estás aquí? —Mi madre mira la hora.

—Sí. —Respiro al ver que no han notado demasiado mi ausencia.

—Me ha escrito la madre de Sofía, Michelle Meyer —me comenta—, me cuenta que ya han llegado correos de universidades.

—¡¿Qué?! —Abro los ojos sorprendida y reviso mi móvil—. Joder… tengo un correo de Stanford —le digo abriendo la bandeja de entrada.

—¿Y bien? —dice mi madre con entusiasmo, mientras abro el correo.

Durante unos segundos se hace un silencio cargado de tensión.

—No he entrado —me cae como un jarrón de agua fría y mis ojos se llenan de lágrimas.

—¿Qué? —Mi madre no puede creérselo y yo tampoco. Su rostro refleja decepción y me parte en dos el corazón.

—No he entrado —repito llevándome las manos a la cabeza.

Me frustro y necesito aire para asimilarlo. No he entrado. Era mi única opción y no he entrado.

—¿Pero cómo es que no has entrado? —pregunta mi madre.

—Yo…, no sé…, pero si…, joder.

—Tiene que ser un error

Salgo y me siento en el porche, mientras la suave brisa acaricia mi pelo. Limpio mis ojos de

lágrimas con los puños de mi blusa de fiesta de ayer y atiendo al móvil, que lleva sonando un rato.

—¡Kate! —dice Eric lleno de emoción—. ¡He entrado en Maytown! —dice con entusiasmo y no puedo evitar sonreír y alegrarme por él, a pesar de que estoy rota.

—No sabes cuánto me alegro, Eric —digo sincera, entre sollozos.

—¿Qué ha pasado? —su tono suena preocupado.

—No… No he entrado en Stanford —digo desganada.

—¿Qué? —Está tan sorprendido como yo.

—Ahora no puedo hablar…, mi madre está muy decepcionada —comienzo a llorar aún más —, deberías haberle visto la cara…, no podré aguantar ver la cara de mi padre…

—Voy a verte —dice decidido.

—Mejor mañana, por favor, mis padres no querrán que hoy vea a gente —le confieso.

—Joder… —se queja, pero termina aceptando—. Luego te llamo y hablamos bien, ¿vale?

—Sí, tranquilo.

Cuando entro a casa mi madre está al teléfono con mi padre, contándole las novedades. Sé que se sentirán decepcionados, pero yo solo pienso en lo perdida que estoy ahora mismo.

A una semana de mi graduación y no tengo universidad…

Subo a mi habitación sin energías y cierro la puerta de un portazo, descargando mi ira. Me tumbo en la cama y me quedo allí, planteándome un plan B.

CAPÍTULO 100

Alex

Mi padre me despierta presionando fuerte mis hombros.

—¡Alex! ¡Despierta!

—¿Qué pasa? —digo retorciéndome en la cama, de mal humor—. Correos de la universidad —dice mi padre encendiendo mi ordenador.

—¿Qué? —Me levanto de la cama como un zombi.

—Tienes dos correos.

—¿Dos? —No sé si es que estoy dormida o qué, pero no entiendo por qué tengo dos correos.

—Mira, tienes uno de la universidad de Maytown y otro de Stanford —dice señalándome ambos.

—Pero si yo no envié nada a Stanford —digo abriendo el correo—. ¡Oh, Dios mío!

—¡Oh, Dios mío! —repite mi padre más alto—. ¡Has entrado a Stanford! —Me abraza y sigo de piedra, entonces abre el de Maytown.

—He entrado también en Maytown —afirmo, incrédula—. ¡No puedo creerlo!

—¡Sí! —Mi padre celebra como loco—. Eres una crack, estoy muy orgulloso.

Me siento en mi cama pensativa… ¡Dios! He entrado no a una, ¡sino a dos universidades! Aunque no recuerdo mandar ninguna solicitud a Stanford, ni tampoco escribí ninguna carta… ¿Habrá sido Samuel? ¿Y qué carta habrá enviado? Releo el correo en busca de algún detalle o pista pasada por alto, pero no veo nada.

Mi mente va a mil por hora y necesito saber si ha sido él o no. Le llamo y suena el primer tono. Me sudan las manos y reacciono con lo que estoy haciendo. Cuelgo de inmediato y niego en voz alta. No, no puede haber sido él. No lo creo, debe de tratarse de un error o algo así.

Dejo el móvil en la cama y al instante suena. Veo el nombre de Samuel en la pantalla y me cuestiono si atender o no. Mi mente me dice que no lo haga, pero mi corazón quiere responder. Callo mi mente y atiendo sin pensar, pero nada más descolgar me arrepiento, no sé qué decir y no puedo evitar sentirme incómoda.

—Hola —digo seca y borde.

—¿Alex? —su tono es de sorpresa, evidentemente no esperaba que lo llamase.

—Ejem —carraspeo nerviosa—, bueno, solo quería saber cómo te había ido en la universidad —mi tono sigue siendo seco.

—He entrado en Maytown —dice orgulloso, y sin querer se me escapa una sonrisa—. ¿Y tú?

—He entrado también. —Me felicita con entusiasmo y le interrumpo—. También en Stanford.

—¡Lo sabía! —dice aún con más energía.

—Pero no mandé nada.

—Fui yo.

—¿Tú mandaste la carta? —pregunto incrédula.

—Escribí una carta para convencerles de que entraras… —Se forma un silencio entre ambos.

—No tenías por qué —digo seria—, y deberías habérmelo dicho. —Me siento mal al instante

por ser tan dura, pero se lo merece.

—Sé que te he perdido —se lamenta—, pero te quiero y mereces ir allí, aunque me duela no verte más —se sincera y yo suspiro pensativa.

—Aún no sé qué hacer… ¿Y si no valgo para estar ahí?

—¿Estás de broma? —me anima—. Alex, si te han aceptado es porque vales, —Sonrío y añade—, aunque yo eso ya lo sabía.

Se forma un nuevo silencio incómodo en el que ninguno sabe qué decir. Necesito pensar y asimilar todo.

—Adiós, Samuel —me despido, creyendo que será para siempre, aunque sé que solo me miento a mí misma.

—Alex, espera…

—Déjalo… —le pido.

—Pero…

—Adiós. —Cuelgo y al instante veo mi ordenador iluminarse.

Samuel me ha reenviado el correo que contiene la carta que envió a Stanford. Me tomo unos segundos para coger aire antes de leerla, me muero de curiosidad por ver qué dice la carta, aunque no sé si es lo mejor leerla en estas circunstancias.

Siento que le quiero, pero le odio a más no poder. Pienso en él todo el tiempo y deseo perdonarlo, pero no quiero ponérselo tan fácil, me ha dolido mucho lo que me ha hecho.

Me siento en la cama boca abajo y abro el mensaje con la carta.

Universidad de Stanford:

Mi nombre es Samuel, aunque eso no importa en absoluto, porque no quiero hablarles de mí, sino de una persona que merece formar parte de esta universidad.

Su nombre es Alex Coleman, y aunque seré breve, podría enviar cientos de hojas con miles de palabras describiendo todas las razones por las que debería entrar.

Ella ha conseguido que un chico que no daba un palo al agua haya logrado sacarse el curso a pesar de miles de problemas personales. Es buena compañera, lucha por las injusticias y es sincera. Hoy en día, personas como ella no abundan. Sé que con estas cualidades será una increíble abogada, jueza, política, o lo que sea que se proponga.

Es tan modesta que no se ve capaz de entrar a Stanford, a pesar de que la nota le sobra. Ella no consigue verse nada especial.

Es por eso por lo que he decidido escribir esta carta por ella, para solicitar una plaza en derecho y ciencias políticas, porque yo sí veo lo especial que es y el potencial que tiene. Y sé que se merece vivir una experiencia increíble en una universidad que se lo permita.

Ella es un diamante en bruto, que espero sepan pulir y sacar lo mejor de ella, porque tiene mucho para ofrecer.

Sin darme cuenta estoy llorando como una lerda frente a la pantalla del ordenador. Nunca nadie había hablado así de mí. No puedo creer que sea capaz de escribir este texto que suena tan real y profundo y luego me haya fallado de esa manera. Quiero llamarlo otra vez, quiero perdonarlo. La cabeza me da mil vueltas y no consigo decidirme, por lo que me quedo releyendo la carta una y otra vez, como un disco rayado.

CAPÍTULO 101

Sofía

Mis padres me llaman a cenar. Cuando bajo las escaleras a toda prisa percibo el olor del pollo con patatas y me relamo muerta de hambre.

Me siento a la mesa y comenzamos a comer, mientras mis padres me miran por una vez con orgullo. Me siento alegre y necesito celebrarlo. Pienso en escribirle a Edgar y a mis amigas, pero me he dedicado todo el día a asimilar la noticia, y ahora que estoy cenando mi padre no me dejará usar el móvil.

—Quiero decir algo —dice mi padre con tono serio e incómodo.

—Dinos —le propongo sin parar de engullir.

—Quiero decir que…, bueno…, estoy orgulloso de ti —dice mi padre a regañadientes, pero sus palabras consiguen llegarme directo al corazón.

—Gracias, papá —digo con una sonrisa.

—¿Y cómo le ha ido a tu novio, Izan? —cambia de tema mi madre.

—Bueno…, —Me pilla por sorpresa su pregunta—, pues bien, ha entrado en Yale —miento.

Miento porque no tengo ni idea. Lo último que supe de Izan es que se había ido de viaje, y sé que vuelve para la fiesta previa a la graduación y la ceremonia. Tampoco he vuelto a hablar con él, creo que lo mejor en estos momentos es el espacio.

Sé que quería entrar en Yale, pero no sé si lo habrá conseguido. En estos momentos celebro aún más haber entrado en Harvard, porque no me habría hecho gracia que nos tocara ir juntos a la misma universidad.

La culpa me pesa al ver a mis padres tan contentos y la mentira crece cada día más.

—Hay algo que quiero deciros… —Necesito contar la verdad, quiero que sepan que estoy con Edgar.

Entonces mi mente viaja a todos mis momentos con él, mientras clavo la mirada en mis padres, que esperan expectantes a que les informe.

—Os quiero —digo lo primero que se me ocurre, retirando mi loca idea.

—Y nosotros, cielo —dice mi madre tendiendo su mano, mientras yo sonrío levemente.

Cuando acabamos de cenar, mi padre pone mi película favorita de Harry Potter. Siempre la pone cuando está contento y orgulloso por mí, por lo que la miro atenta como si fuera la primera vez, disfrutando de que estén de buen humor.

Cuando la peli acaba, mi padre ronca como un tronco y mi móvil vibra desde la cocina. Me levanto con cautela para no hacer ruido y cojo mi móvil. Mientras leo los mensajes subo a mi cuarto para tumbarme en la cama.

Está lleno de mensajes, audios de voz, videollamadas perdidas… Releyendo todo lo que me he perdido intento asimilar toda la información de golpe… Kath no ha entrado a Stanford, por lo que no tiene uni, Alex tiene dos, una de ellas solicitada por Samuel, que le ha escrito una carta de lo más bonita… Eric y Samuel han entrado en Maytown, al igual que Mia, Thiago y Matt. Y Justin ha entrado en Stanford al igual que su hermana, Claire. ¿Nadie viene a Harvard?

Salgo del chat tras leer todo el bombardeo y llamo a Edgar. Al parecer tengo varias llamadas

perdidas suyas, debe querer saber si he entrado.

—Sof —dice ansioso.

—¡He entrado! —digo chillando como una loca.

—¡Enhorabuena! ¡Es increíble! Te lo mereces —dice orgulloso.

—No sé —digo contenta—, al parecer la señora Johnson ha cambiado de idea con mi nota de debate —deduzco.

—Bueno… —hace una breve pausa—, esa era mi sorpresa de cumple —me explica, pero no entiendo.

—¿Qué?

—Hablé con ella, pero no estaba seguro de si la había convencido —explica—, veo que sí.

—¿Y qué le dijiste para que cambiara de opinión? —Sé que es su ex, por lo que me preocupa lo que haya hecho para convencerla.

—Le conté la verdad sobre nosotros —dice despacio y con cautela, con pies de plomo.

—¿¡Qué!?

—No dirá nada, tranquila —parece demasiado calmado.

—¿Y si voy a tu apartamento y lo celebramos? —le propongo totalmente entusiasmada.

—Claro, pero ¿no es muy tarde?

—Sí, pero me escaparé por la ventana cuando mis padres se vayan a la cama.

Edgar se ríe de mis locuras y yo le confieso que desde que salimos conozco muchas nuevas maneras de entrar y salir de mi casa sin ser vista. La última novedad es mi ventana, y después bajar gracias a las ramas de un árbol.

Mientras conduzco hacia su casa, mi mente se vuelve paranoica. Ahora Jade Johnson lo sabe, Izan también… Cada vez más personas… excepto mis padres. En algún momento debería decírselo, aunque si Edgar y yo rompemos porque me voy a Harvard, ¿para qué contárselo?

Temo que se enteren por otras personas y no por mí, porque sé que eso les volvería locos. La noticia ya de por sí no les gustaría. Solo pensarían en el qué dirán, en lo mal visto que está, y en cómo hacer que Edgar pierda su trabajo.

Pero ellos no lo conocen. Es una persona buena, honrada y culta. Es una persona curiosa y siempre me enseña cosas nuevas, despertando mi interés por temas que antes creía irrelevantes. Él me hace mejor persona y creo que yo a él también.

Solo nos hacemos bien el uno al otro, y es por eso por lo que me destroza que nos vayamos a separar en unos meses a causa de la distancia.

Aparco el coche en la entrada gracias a que el vecino del primero justo se está yendo. Olvido mis pensamientos negativos por un rato y me centro en todo lo bueno que ha pasado hoy. Subo la puerta y toco el timbre, a la espera de que me abra. Cuando Edgar abre la puerta, me abalanzo sobre él como un koala, colgándome de su cuerpo. Lo beso emocionada y él sonríe mientras mis labios buscan su boca.

Pongo mis manos en su pelo y las deslizo, hasta llegar a su nuca. Él camina hacia el sofá, llevándome aún colgada, sin despegarnos.

—Te quiero —le confieso.

—Pero yo a ti más —dice sin dudar.

—No —discuto mientras nos besamos.

Entonces beso su cuello y el ambiente comienza a subir de temperatura. Le quito la camiseta, dejando su pecho al descubierto y contemplo su precioso e increíble cuerpo.

Él me quita mi camiseta y besa mi pecho, consiguiendo que se me ponga la piel de gallina.

Continuamos besándonos sin detenernos, cada beso más largo que el anterior, con más

pasión.

—Quieres… —insinúa él con cautela.

—Sí —digo segura, en estos momentos no puedo resistirme y creo que hemos esperado demasiado.

Me quita suavemente la ropa interior, dejando mi piel al descubierto. Él hace lo mismo y se coloca para poder empezar, pero me mira y me examina, y yo me tapo al instante con la manta del sofá.

—No te tapes, Sofía —dice serio.

—Me pone nerviosa que me mires —admito.

—Me gusta mirarte —confiesa—, estás tan guapa, así despeinada y desnuda.

Me sonrojo y le beso, agradeciendo su cumplido. Entonces comienza suavemente sus movimientos, mientras yo le aseguro que puede continuar. Me avergüenza decir que espero que los vecinos sean sordos o no estén en casa, porque no he podido evitar gritar al principio. Después de un rato, el dolor ha cesado y se ha vuelto de lo más placentero. Los gemidos también son más sigilosos, pero aún tenemos la respiración agitada.

—No pares —le suplico mordiéndome los labios.

Entonces acelera sus movimientos y no puedo evitar poner los ojos en blanco del placer. No sabía que esto sentaba tan bien.

Cuando acaba, se queda tumbado a mi lado, acariciándome el pelo, mientras observa mi cara de placer. Yo sonrío avergonzada por lo que acabamos de hacer, y él me dedica una sonrisa tierna. Incluso después de lo que acabamos de hacer, tiene cara de no haber roto un plato.

Jamás pensé que me fijaría en un profesor. Nunca me había pasado algo parecido. Lo cierto es que después de lo que hemos hecho me ha invadido un pequeño sentimiento de culpa y suciedad. Me siento mal por haber disfrutado de algo que creo que no está bien, que no es correcto.

Tan solo pienso en qué pensarían mis padres si se enteran, y no puedo evitar ponerme histérica. Me siento sucia y culpable, pero no quiero arruinarle el momento a Edgar, que parece realmente feliz de tenerme así, entre sus brazos.

¿Es que con él siempre será todo así? ¿Nunca podré llegar a disfrutar algo sin miedo a que nos descubran o se sepa la verdad? Mentir y ocultar tu relación acaba pesando. Lo peor es que siempre digo que la verdad se acaba sabiendo, pero no es lo mismo contarlo a que se enteren, por lo que sé que tarde o temprano debería decírselo a mis padres. Aunque les dé un ataque y me odien, me castiguen y quieran matar a Edgar, sé que sería peor si se enteran de otra manera.

CAPÍTULO 102

Kath

Mi madre no me ha dirigido la palabra desde la conversación en la cocina y mi padre ha culpado a Eric de mi mala suerte. Según ellos, no he entrado porque no me he esforzado lo suficiente, y creen que Eric ha tenido la culpa de mis despistes. Puede que me haya distraído un poco, pero mi media es buena y no he entrado por alguna razón que desconozco, pero que me encantaría saber.

Después de todos los lamentos termino por dormirme. A la mañana siguiente, mi madre entra en mi cuarto y me abre las ventanas, de fondo se escuchan gritos de alguien en la calle, pero aún estoy dormida para identificar de quién.

—Kath, —Mi madre me sacude—, despierta, alguien está abajo.

—No quiero ver a nadie. —Me retuerzo en la cama, lamentándome.

—Es Eric.

—¿Qué? —frunzo el ceño aún dormida y resoplo malhumorada.

Mi madre sale a la ventana y le niega a Eric con la cabeza, dando a entender que no quiero. Su rostro parece apenado y vuelvo a sentir lo de ayer, culpa. Culpabilidad por no haber conseguido lo que tanto quería, y lo que tanto deseaban mis padres para mí. Veo la decepción en sus ojos y, aunque no me lo vaya a decir porque me quiere mucho y sabe que estoy mal, sé que está decepcionada.

—¡Kate! ¡Despierta y baja! —chilla Eric desde abajo.

—¿Por qué te llama Kate? —pregunta mi madre confusa, mientras yo me río y froto mis ojos.

—Dile que ahora bajo —le digo a mi madre, cediendo y yendo al baño a arreglarme—, y dile que pare de gritar.

—Vale. —Mi madre sonríe levemente al mirar por la ventana y ver a Eric haciendo gestos con sus manos saludando.

Cuando bajo han pasado unos diez minutos y Eric está en la entrada esperando. Parece estar observando todas las fotos que hay por casa, mientras mi madre está cocinando unas de sus tantas recetas de galletas.

Me parece raro que mi madre no hable con él, no parecen haberse dirigido mucho la palabra en mi ausencia. Eric parece tenso y nervioso. Cuando me ve, sonríe más calmado y me indica que vayamos fuera. Una vez en el porche parece más relajado y me dedica una sonrisa, mientras yo lo miro con la mejor cara que puedo, pero estoy destrozada.

—¿Qué te pasa? —pregunta el tonto.

—¿Cómo que qué me pasa? ¿Tienes memoria a corto plazo? —le vacilo—, quizá es porque no he entrado en Stanford y no tengo plan B —digo con tono alegre, irónica.

—Pero es que sí has entrado en Stanford —dice Eric sacando un papel entre sus manos.

—¿Qué? —le arranco la hoja de sus manos, pero no entiendo qué es. Frunzo el ceño y lo miro confusa.

—Mi tía esa —explica—, Lizzie, la que viaja mucho, me dijo que trabajó en la uni de

Stanford, así que le pedí que averiguara por qué no habías entrado —sonríe satisfecho.

—¿Y qué pasó? —pregunto incrédula.

—Resulta que sí habías entrado, pero un palurdo se equivocó con el correo —dice.

—¡Joder! —me emociono y lo abrazo—. ¡No me lo puedo creer! ¿Pero por qué no me han avisado a mí si se trataba de un error?

—Pedí expresamente venir yo a comunicártelo.

—¡Dios! Gracias, —Le abrazo estrechándolo contra mí—, aunque no estoy tan segura de que haya sido un error —le confieso.

—Claro que sí —me convence—, te estoy diciendo que ha sido un fallo, sí que habías entrado.

Lo abrazo aún más fuerte y bendigo el día en el que conocí a este chico. Entro en casa como una loca y le cuento a mi madre las novedades. Ella se emociona tanto como yo y nos ponemos a gritar, mientras Eric mira sorprendido como si fuéramos dos locas. Mi madre le sonríe y él aparta la mirada, parece incómodo.

—Bueno, yo ya me voy —dice Eric girándose hacia la puerta.

—¡Espera! —Corro hacia él y le beso—. Gracias —le susurro.

—No hay de qué —me susurra y le abro la puerta.

—Deberías venir a cenar —dice mi madre justo cuando Eric va a salir.

—Oh, no hace falta…, no es para tanto —se excusa, pero yo le insisto.

—Por favor, ven un día de estos —le suplico—, mis padres quieren conocerte mejor. Además, mi padre querrá conocerte cuando se entere de que gracias a ti he entrado en Stanford. —Se lo piensa durante unos instantes.

—No ha sido gracias a mí, pero vale… —dice poco convencido.

—¿El lunes? —le pregunto.

—El lunes —afirma con una leve sonrisa, mientras cierro la puerta.

Reboso de felicidad y no puedo creerlo. Ya daba todo por perdido y resulta que se trataba de un error. Mi madre aún sigue en shock y no para de avisar a todos nuestros familiares de que he entrado a la dichosa universidad de Stanford.

Mi alegría se dispara y ya comienzo a apuntar fechas en mi calendario. El lunes es el último día que debemos ir a clase para hablar sobre la graduación, que será el viernes. El jueves será el fiestón en casa de Samuel o como él la llama, fiesta pre-graduación. Y el miércoles quedaré con Sofía, Alex y Mia para hablar e ir de compras en busca de un modelito para las dos ocasiones.

Aún no sé qué ponerme y falta menos de una semana, pero me alegro de que este sea mi mayor problema. Llamo a mi padre a su trabajo y le comento el notición. Él suspira aliviado y me felicita, mientras yo celebro por todos los rincones de la casa con música alegre a todo volumen.

Es increíble cómo con unas palabras el humor de alguien puede cambiar tan drásticamente. Y es que ahora no había casi razones por las que preocuparse, porque el verano estaba a nuestros pies.

CAPÍTULO 103

Alex

Mi mañana comienza desayunando en el coche, en el aparcamiento del instituto. Termino mi batido de chocolate y mi donut y salgo para tirar los envases en la papelera. Cojo mi mochila y cierro el coche, andando hacia la puerta, pero me detengo en la entrada para observar con detenimiento el edificio.

Tantos años en este instituto…, criticando a tantos profesores, renegando por trabajos, exámenes e injusticias… Y resulta que al final, terminar me aterra. Suspiro apenada por el fin de esta etapa, y sé que lo que está por venir es totalmente diferente.

Entro al centro y me dirijo al aula de la sala de actos, allí donde empezó todo. Hoy el director Henderson nos dará instrucciones sobre el día de la graduación y haremos un ensayo general.

Sé que necesitamos una pareja para el baile de fin de curso, pero me resulta una tradición retrógrada y obsoleta, que solo hace sentir mal a los que estamos solteros. Me parece falsa y superficial, deberíamos poder bailar entre todos sin bailes de ceremonia antiguos y aburridos.

Me siento con Kath, que hoy ha venido antes de tiempo. Enseguida llega Sofía, con paso acelerado, temiendo haberse perdido algo importante. Se sienta a nuestro lado mientras observamos cómo los profesores se distribuyen los asientos detrás del director Henderson, que queda delante, en el centro del escenario.

—Haremos diferentes grupos liderados por cada profesor. Unos se encargarán de la decoración de la sala, otros del servicio de comida y bebida, otros de las mesas…

Espero que me toque el grupo de comida y bebida, porque para la decoración soy pésima y mover mesas es lo más aburrido del mundo, además de que con la falda que llevo hoy, sería incómodo.

—Pero antes de formar los grupos —explica el director—, el profesorado, junto con mi aprobación, ha resuelto qué alumnos harán un discurso este año. Hemos decidido que sean los delegados de cada clase, por ello los tres alumnos que darán el discurso son James, Katherine y William. —Aplaudo al escuchar el nombre de Kath, mientras ella me mira sorprendida—. No olvidéis que necesitaréis una pareja de baile… —Los cuchicheos aumentan tras sus palabras—, pero eso ya lo ensayaremos después.

Los profesores se ponen de pie y comienzan a nombrarnos por orden, siguiendo la lista. Para mi suerte, me ha tocado el grupo de comida y bebida, con la profesora Smith. Kath está en el grupo de decoración con el señor Barnes, al igual que Sofía y diez alumnos más.

Paso mi mano por mi frente, resoplando, al ver que Samuel también vendrá en mi grupo. ¿Por qué no lo ponen a mover mesas? Y como esperaba, se acerca a mí con intenciones de hablar.

—Alex… —dice con tono tímido, pero no pienso aflojar con mi actitud molesta.

—Qué —digo sin más.

—Me preguntaba…, si aún no tienes pareja…, ¿podríamos ir juntos? ¿No crees?

—No tengo pareja, y no —digo alzando las cejas—, no iré con nadie.

—Pero el director ha dicho… —le interrumpo.

—No me importa lo que diga Henderson, iré sola.

Samuel no insiste más, pero sé que no se va a dar por vencido tan fácil. Lo conozco, y sé que está pensando alguna otra manera de convencerme, pero esta vez, no podrá. No es solo porque no quiera ir con él, es porque ni siquiera quiero bailar ese ridículo baile.

La señora Smith nos divide en subgrupos y me toca colocar la bebida, los vasos y los cuencos del ponche con Justin Reed, que como siempre está callado y pensativo.

—Justin —digo intentando que se centre—, se te van a caer los vasos.

—Oh, sí —dice él regresando de su planeta—. ¿Qué te pasa con Samuel? —pregunta estúpidamente.

—Si ya lo sabes —le explico—. ¿O no te acuerdas del vídeo que me enseñó tu hermanita?

—¿Aún estás así por lo del vídeo? —dice restándole importancia.

—Claro —le explico—, no es solo por el beso, es por lo que dijo. —A mi mente vuelven sus duras palabras, que se clavan en mi pecho otra vez.

—Creo que deberías perdonarlo —dice mientras apila los vasos.

¿Desde cuándo es tan amigable? Justin vuelve a su mirada seria y perdida mientras terminamos de colocar los vasos.

Miro a Samuel de reojo, que está, cómo no, con Claire Reed colocando la bebida en otra mesa. Ella no para de hablarle, siguiéndole como un perrito faldero, mientras él la ignora y asiente, sin mirarle a los ojos. Su rostro parece cansado y triste, casi como el de Justin Reed desde que empezó el curso. Sabe que la ha cagado y está frustrado. Mi lado más sensible recuerda esa carta a la universidad, pero sus palabras no me sirven después de haber escuchado cómo habla de mí a mis espaldas. Siento que no voy a ser capaz de perdonarle, y eso es lo que más me preocupa, porque me doy cuenta de que, a pesar de todo, aún le quiero.

CAPÍTULO 104

Sofía

Durante la charla del director, Jade Johnson no ha dejado de fulminarme con la mirada.

Está claro que va de maja con Edgar, pero a mí me odia. Entre Izan y ella me van a volver loca. Y es que ahora que Izan ha vuelto de su viaje, no encuentro más excusas para rechazar la idea de mis padres de que vaya con él al baile.

Hemos estado tan distanciados, que no quiero pedirle que vayamos al baile juntos, porque sabrá que lo estoy haciendo porque me veo obligada. Tampoco quiero ilusionarle ni jugar con sus sentimientos, desde que tuve que besarle en mi casa para que no contara la verdad, siento que ese secreto se ha ido convirtiendo en una bola de nieve.

Fue un simple beso que utilicé como excusa para que se callara, pero Edgar no lo sabe y si se entera por Izan podría malinterpretar la situación. No sé por qué se lo he ocultado tanto tiempo a Edgar.

Para ser sincera, mi mente bloqueó ese bochornoso momento y tras mandar a Izan a la mierda, sentí que era un problema menos, aunque nunca le contara la verdad a Edgar sobre lo que pasó. Sé que se lo tengo que decir, pero cuanto más tiempo pasa, más innecesario lo veo.

Cuando Barnes me llama para indicarme que estoy en la lista de su grupo, Johnson nos comparte una mirada de desaprobación, mientras yo le regalo una borde y de asco.

En mi mismo grupo están Kath, Izan y varios alumnos más. Nos encargamos de la decoración, por lo que debatimos cuáles serán los colores de la temática y dónde irán colocados los globos.

El director Henderson interrumpe nuestra charla al llamar a Kath para informarle sobre su discurso, y mientras Edgar ayuda a los demás alumnos con dudas, Izan aprovecha mi soledad para acercarse.

—Quería decirte que el viaje me ha hecho reflexionar y quería pedirte disculpas por lo de la última vez —me explica, parece sincero, pero no me fío—, solo espero que me perdones —añade cabizbajo.

—Bueno —digo con una loca idea en mente—, hay una cosa que podrías hacer por mí —digo como súplica.

—Claro, después de todo —dice avergonzado.

—Necesito que vayamos juntos al baile —le insinúo.

—¿Tus padres aún no saben que no somos novios? —dice él sorprendido.

—No he tenido tiempo de decirles nada —me excuso—, pero cuando acaben las clases me gustaría contarles la verdad.

—Ah —dice sin ánimo ninguno.

—Bueno, sé que no es el mejor plan, pero ¿harías eso por mí? —Se lo piensa un instante.

—Está bien, pero prométeme que no me harás mentir ni me besarás para que me calle —dice bromeando.

—Solo si tú no cuentas nada —le replico.

Él asiente y nos damos la mano, sellando el pacto. Solo espero que Izan no resulte ser un

mentiroso y vuelva a apuñalarme por la espalda. Ahora que estoy tan cerca de acabar el curso, no puedo arriesgarme a cagarla.

CAPÍTULO 105

Alex

Kath y yo volvemos a casa en mi coche. En el camino Kath no para de morderse las uñas y de mirar el móvil.

—¿Se puede saber qué te pasa? —digo estresada.

—Estoy nerviosa —me confiesa.

—Eso ya lo veo —señalo sus uñas.

—Es que hoy viene Eric a cenar con mis padres por primera vez…, es el primer chico que viene a casa y creo que a mis padres no les cae bien —me explica nerviosa—, además, tengo que redactar mi discurso y no sé si estará a la altura… —comienza a acelerar demasiado sus palabras, por lo que la interrumpo antes de que explote.

—Cálmate, ya verás que el discurso te sale genial —la animo—, y por lo de Eric, espera a que se conozcan mejor antes de preocuparte.

—Tienes razón —dice calmándose.

—Yo siempre —digo orgullosa.

Me detengo en su puerta al ver que no hay lugar en la calle para aparcar, por lo que Kath se despide y baja del coche. Cuando encuentro un sitio, bajo y cojo mi mochila. Entro en casa y busco con la mirada a mi padre, pero no lo veo.

Entro a la cocina y me lo encuentro al teléfono, por lo que me callo y escucho para adivinar con quién habla. Por su expresión parece importante.

Al parecer eran los de Stanford, que quieren saber si me apuntaré a su universidad cuanto antes. ¿Por qué tantas prisas para elegir? Ni siquiera sé si podré pagármela… No tengo nada decidido aún.

Subo a mi cuarto con un pobre sándwich y enciendo mi ordenador. Busco ambas universidades y me cuestiono mil veces donde ir. Ya me he planteado un sinfín de veces las dos situaciones y las dos tienen sus pros y sus contras. Pero no quiero tomar una decisión apresurada y arrepentirme para siempre.

Me tumbo en la cama y resoplo mientras me froto los ojos, frustrada al no poder decidirme. El sonido de mi móvil hace que olvide mi dilema por unos instantes, pero vuelvo a resoplar al ver que me llama Samuel.

Ya entiendo por qué decía que era insoportable. Ese será su mote para siempre.

—Insoportable —le espeto sin miramientos, aunque sé que no se lo tomará a mal.

—¿Vas a aceptar ya ser mi pareja de baile o me lo vas a poner aún más difícil? —me vacila.

—No voy a ir contigo —digo seria.

—¿Pero por qué? ¿Es que vas a ir con otra persona? —me río al notar sus celos.

—No —le informo—, simplemente quiero reivindicarme y bailar sola, para molestar al director en mi último día —digo con tono angelical y añado—, de todas formas, estoy enfadada contigo, ¿lo entiendes? ¿Por qué iba a querer ir contigo?

—¿Por qué deduzco que me estás perdonando y me vas a dar otra oportunidad? —pregunta.

—No —suspiro ante su insistencia—, deduces mal.

—Al menos hablemos —se queja.

—¿Y de qué hay que hablar más? —No entiendo.

—No demos por perdido esto tan rápido… —dice en un susurro.

—Esto está perdido desde hace tiempo —confieso con tono triste.

—Sabes que eso no es verdad… si no fuera por Claire… —Su nombre me enerva.

—No es la única culpable —le espeto—, ella no te obligó a decir ni hacer nada…

—Sé que no tuve que besarla…, pero Alex, estaba demasiado borracho, a penas me acuerdo… —Me tapo la cara con mi mano en gesto de frustración.

—¡El beso es lo de menos! —alzo el tono de voz.

—¿Podemos hablar en persona al menos? —insiste y me callo durante unos segundos.

—Está bien… —acepto a regañadientes.

—Ven el jueves por la mañana a ayudarme con la fiesta y hablamos.

—Vale.

Antes de que pasara nada, le prometí a Samuel que le ayudaría con la fiesta de pre-graduación. Sus padres no estarán en casa ese día, como de costumbre, y habíamos planeado un fiestón para despedir el curso. Sabía que se acordaría de pedirme ayuda como excusa para hablar, por lo que no me ha pillado por sorpresa su propuesta.

Sin embargo, no pienso ser benevolente ni perdonar por perdonar. Quiero saber qué necesidad tuvo de decir esas cosas tan horribles de mí y por qué eligió las palabras que sabía que más me dolerían.

CAPÍTULO 106

Sofía

Nada más llegar a casa, evito a mis padres y me sumerjo en mis pensamientos. Ahora que Izan está de buenas y no es una amenaza aparentemente, quiero contarle a Edgar lo que pasó y por qué le besé.

Antes que contarle la verdad a mis padres tengo que ir desvelando secretos que he ido ocultando, empezando por este. Tengo que aprender a ser más comunicativa y dejar de temer por la reacción que tendrán los demás.

Al final callo muchas cosas por no hacer sufrir a los que quiero, pero cuando se acaban enterando, me confiesan que hubiesen preferido saberlo. En parte, mis padres me lo enseñaron. Siempre me he sentido juzgada por ellos, siempre bajo sus normas y sin poder equivocarme, por lo que me he visto obligada a ocultar todos mis errores durante años.

Con Edgar, siempre he podido ser sincera, por lo que no se merece que oculte cosas que para mí no han tenido importancia.

—Me voy a ver a Izan —le digo a mi padre mientras como algo a toda prisa. De nuevo miento, pero es para ir a ver a Edgar, por lo que tiene justificación.

—¿A Izan? —dice extrañado.

—Sí —asiento.

—Vale… —mi padre no dice nada, solo observa como recojo las cosas a toda prisa y me voy.

Temo que empiece a sospechar de que estoy mintiendo, llevo muchos meses ocultándolo y no me extrañaría que con lo controlador que es ya supiera la verdad.

Evito esos pensamientos, porque si lo supiera, ya me hubiese dicho algo, o más bien, ya le habría dado un infarto. Solo deseo terminar el curso de una maldita vez para poder contarles la verdad, siempre y cuando Edgar y yo decidamos seguir juntos.

Ese es otro tema que necesito aclarar con él. Siempre que hablamos del futuro, nadie quiere especificar ni decidir qué hacer, y ya va siendo hora de que ambos nos sinceremos respecto a ese tema.

El trayecto se hace corto gracias a tantos pensamientos y cuestiones a tratar. Bajo del coche y toco el timbre, mientras me arreglo la ropa que tengo descolocada de ir sentada en el coche. Él abre el portal tras escuchar mi voz y subo por el ascensor, que gracias a dios parecen haber arreglado al fin.

Cuando entro lo abrazo y disfruto de su dulce mirada y su sonrisa sincera, guardo cada segundo como un preciado recuerdo por miedo a no volver a verlo tras esta charla.

—Tenemos que hablar —digo con la voz temblorosa.

—Claro —dice tranquilo.

—Mi pareja de baile será Izan en la graduación —se lo suelto directo, mientras él se sienta de nuevo en el sofá para acabar su comida y procesar la información.

—Vale…

—Mis padres aún creen que salimos y tengo que mantener la farsa hasta final de curso —

confieso frustrada.

—Está bien —dice tranquilo—. ¿Eso era lo que te tenía tan preocupada? —dice medio sonriendo mientras termina de comer su comida.

—No…, son tantas cosas. También quiero contarte una cosa que pasó hace un tiempo.

—Eso ya suena más serio.

—Besé a Izan, esta vez le besé yo —suelto de sopetón y parece no digerirlo bien.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Mis padres estaban delante y él iba a contar la verdad. No se me ocurrió otra cosa —me excuso y, aunque parece herido, asiente.

—Bueno, lo entiendo —dice comprensivo—, lo que me molesta es que no me lo hayas contado antes.

—Lo sé —digo cabizbaja—. Y hay algo más… —susurro.

—¿Más? —Ahora sí parece preocupado—. Vas a acabar conmigo —bromea.

—Creo que tenemos que hablar sobre nuestro futuro. —Nos señalo a ambos—. Tenemos que ser sinceros.

Ambos nos quedamos en silencio, pero esta vez decido proponerle mi idea de que deje todo por mí, que venga a Harvard conmigo y juntos empecemos de cero. Pero por desgracia, mi idea se derrumba en tan solo unos segundos.

—No quiero renunciar a mi vida.

—Yo tampoco —niego.

—Lo sé y lo entiendo. —Me quita las lágrimas con las yemas de sus dedos—. No quiero que lo hagas y menos por mí, pero yo no quiero irme, no me hagas elegir… Podemos intentarlo, llamarnos, ir a vernos a menudo…

—Eso solo matará la relación poco a poco —le digo pesimista.

—No si nos queremos —dice convencido.

—Pero, ¿y si encuentras a alguien mejor? —digo con todo el miedo del mundo, pero él sonríe.

—¿A quién voy a encontrar yo mejor que tú en este pueblo de mierda? —Me río ante su sinceridad, lo cierto es que aquí somos los mismos de siempre, las mismas caras conocidas—. A mí me preocupa a quién encuentres tú en Harvard —dice alzando una ceja.

—Yo no encontraré a nadie que sea como tú.

Me abraza y siento que todo pesa menos. Es triste saber que algo se va a acabar, pero por lo menos hablarlo y decir lo que sentimos es mucho mejor que quedarnos solo con lo que pensamos.

Luego me quedo a comer con él y me ofrece su ensalada. Ponemos una serie y nos quedamos ahí, fingiendo que el tiempo se detiene, disfrutando, aun sabiendo que se va a acabar.

—Entonces, ¿el día de la graduación conoceré a tus padres? —suelta por sorpresa.

—Pues sí, podré presentarte, aunque sea como profesor —sonrío ante la idea de que mis padres al menos puedan conocerlo como alguien más que el señor Barnes, el profesor de literatura.

Miro mi móvil y veo tres llamadas perdidas de mi padre, maldigo y lo llamo, siempre poniéndome en lo peor. Atiendo con el corazón en la boca, como de costumbre.

—¿Papá? —intento mantener la calma.

—Sofía, ¿dónde estás?

—En el coche, iba para casa, ¿por? —miento y miro a Edgar preocupada.

—Tu madre se ha encontrado a Izan en el supermercado, por lo que me pregunto, ¿dónde

estás tú?

—Eeeem… —Cubro mi cara y comienzo a sudar nerviosa.

—Ven para casa —dice mi padre nervioso.

Me despido de Edgar mientras le comento lo que ha pasado. Llego a toda velocidad a casa mientras pienso en una excusa, pero no sé qué inventar.

Cuando llego y mis padres me esperan con la misma mirada de desconfianza y desaprobación de siempre, mi padre comienza su monólogo.

—Te hemos dado confianza, libertad, poder ir a ver a tu novio, te hemos dejado ese espacio que tanto querías…, y nos mientes.

—No… —digo a duras penas, pero mi padre vuelve a la carga.

—¡Esta vez me he dado cuenta, pero a saber cuántas veces nos has mentido! —dice mi padre a gritos.

—¡Rupert! Deja que lo cuente —mi madre me defiende como puede, pero también quiere una explicación.

—He ido a ver a Alex —miento de nuevo.

—¿Y por qué no has dicho la verdad?

—Porque… Porque pensé que papá no me dejaría ir —sigo mintiendo—, siempre se está quejando del barrio en el que vive, por lo que es más fácil mentirle y decirle que voy a ver a Izan, que vive en un buen barrio.

Mi madre mira a mi padre, creyendo en mi palabra

—Lo ves, Rupert —dice mi madre confiada—, deja tus paranoias, por favor.

Mi padre no dice nada, solo resopla y se va a su habitación, y temo que ahora me controle igual o más que antes.

CAPÍTULO 107

Kath

El director nos ha dado las instrucciones sobre lo que quiere que hablemos en el discurso y nos ha recordado que la imagen del centro es lo más importante. Mi mente comienza a maquinar y he escrito el discurso en mi cabeza unas quince veces. James va a hablar de la importancia del compañerismo y las amistades, y William, que es un pelota, sobre los profesores; por lo que yo mencionaré a los padres y sus sacrificios porque consigamos nuestros objetivos.

El director también ha explicado el tema del baile. Este baile es una tradición que lleva más de cincuenta años en el Maytown High School, por lo que pretende que sea perfecto, a pesar de que apenas lo hayamos ensayado y nos resulte ridículo. Menos mal que Eric me guio un poco con los pasos… Aún no tengo pareja, y como muchos compañeros, pienso elegirla el mismo día de la graduación. Escogeré al que quede suelto y solo en medio de la ceremonia, a no ser que alguien me lo proponga.

Cuando llego a casa, no hay nadie, mi padre trabaja y mi madre se ha ido a hacer la compra, por lo que me paso la tarde viendo la tele y pensando en qué ponerme esta noche para la cena con Eric. Quiero que sea algo simple, no muy llamativo, pero a la vez delicado, por lo que me decanto por un vestido negro apretado, pero nada escotado, es simple y bonito. Me suelto el pelo y me lo pongo a un lado, atándomelo con unas horquillas para que no me moleste en la cara.

Apenas me maquillo, no quiero que sea demasiado formal. Llamo a Greg desde mi cuarto y oigo cómo está en videollamada con su novia.

—Tranquila… les caerás bien —dice él nervioso y yo no puedo evitar sonreír.

No sé absolutamente nada de Mabel, la novia de Greg, pero me alegra ver que yo no soy la única nerviosa por esta noche.

Cuando llega la hora, alguien toca a la puerta y por la puntualidad deduzco que no es Eric. Corro ansiosa por conocer a Mabel hacia la puerta adelantándome a Greg, pero él intenta empujarme para abrir y comenzamos a pelear como niños de cinco años.

Termino abriendo la puerta de forma brusca con una sonrisa de oreja a oreja, impaciente por ver cómo lucirá su novia. Para mi sorpresa, me encuentro con Eric vestido con una camisa negra y unos pantalones claros, con su tupé repeinado y con un fuerte olor a colonia masculina, además de una botella de vino entre sus manos. Está guapísimo, pero parece nervioso, cosa que me resulta aún más tierna.

—¿Llego tarde? —dice frustrado mirando su negro reloj.

—No —digo observándole embobada—, estás guapísimo.

—Tú estás impresionante —dice sonriéndome con malicia.

—Gracias. —Ambos nos miramos con deseo, olvidando la presencia de mi hermano.

—¿Me lo vas a presentar o lo vas a dejar en la puerta? —Mi hermano me saca de mi ensimismamiento

—Sí —lo invito a pasar y cojo el vino para dejarlo en la mesa.

Mi hermano y él se dan la mano y se presentan. Para mi suerte, parecen llevarse bien, porque han empezado a hablar y no han parado, hasta que ha bajado mi padre.

Al mismo tiempo, mi madre ha salido de la cocina y se ha acercado a Eric para presentarse nuevo.

—Hola, yo soy Celeste, la madre de Kath, ya nos vimos el otro día. —Le tiende la mano y Eric le devuelve el saludo, un poco tenso.

—Yo soy Robert, el padre de Kath —dice mi padre más serio que de costumbre y ambos se dan la mano.

—Encantado —dice Eric en un tono serio.

Greg y yo nos miramos ante la incomodidad del ambiente, y justo en ese instante llaman al timbre.

Greg sale disparado a abrir y por la puerta entra Mabel, una chica rubia, delgada y de estatura media. Es muchísimo más guapa que mi hermano y tienen unos dientes perfectos. Sonríe de oreja a oreja, pero su piel blanca hace que se sonroje demasiado al saludar a mis padres.

Mientras esperamos a que se haga la cena, le enseño a Eric mi cuarto.

—Yo conozco tu cuarto, pero tú no conocías el mío —le confieso.

—El mío es mejor —dice recorriendo mi habitación, fijándose en cada detalle.

—Calla —le suelto de broma mientras él se ríe al ver mis fotos de pequeña.

—¿Esa eres tú? —dice señalando una foto mía de pequeña comiendo un helado, toda manchada.

—Sí.

—Eras tan desastrosa para comer helado como ahora, ¿eh? —se ríe sin miramientos y yo pongo los ojos en blanco.

Luego se sienta en mi cama y parece estar más relajado. Me siento a su lado y me pregunta.

—¿No conocíais a Mabel?

—No —le contesto sincera.

—¿Cuánto lleva saliendo con tu hermano?

—Mucho tiempo, pero no la ha querido presentar hasta ahora.

—Parece simpática —dice Eric, sincero.

—Sí —digo poco convencida.

Eric se ríe al notar mi pésimo intento de ser falsa y yo le pego con el cojín avergonzada.

—No tengo nada en contra, solo que me parece un poco estirada —le confieso en susurros a Eric—, es una impresión.

—Puede ser —dice él tumbándose bocarriba mirando el techo.

—Oye, y hablando de impresiones, ¿qué te han parecido mis padres?

—¿Eh? Bien… —dice sin ánimo.

—Si vas a mentir, disimula un poco —me burlo.

—No es eso Kate, es solo que…

Entonces el grito de mi madre nos sobresalta.

—¡La cena! —grita desde la escalera.

—¡Ya va! —contestamos Greg y yo al unísono, mientras salimos de nuestros cuartos.

CAPÍTULO 108

Kath

Nos sentamos a la mesa mientras mi madre sirve la comida en los platos. Eric nos ofrece bebida y llena nuestros vasos, y yo reparto las servilletas. Greg y mi padre conversan sobre el trabajo y la universidad y Mabel escucha atentamente las anécdotas sobre cocina de mi madre.

Eric se sienta a mi lado, a su lado está Greg en el extremo, seguido de su novia. Frente a mí se sienta a mi madre y mi padre ocupa el otro extremo de la mesa.

Comemos silenciosamente mientras mi madre le pregunta a Mabel insistente sobre cuestiones de cocina. Yo salvo la conversación hablando sobre Vóley, el único tema que sé que le gusta.

Ella me dedica una sonrisa y me informa sobre su equipo y lo contenta que está con el deporte. Eric comenta su pasión sobre el fútbol y yo sonrío al ver su rostro iluminado, aunque por lástima, este año ha tenido que abandonar su equipo para centrarse en los estudios y el trabajo.

—Se me ha olvidado contarlo —digo mientras termino de masticar—, el director Henderson me ha elegido para dar uno de los discursos de la graduación.

—¿En serio? —comenta mi madre.

—¡Enhorabuena, hija! —me felicita mi padre orgulloso.

—Tendréis que ayudarme un poco —les comento.

—Si has conseguido entrar a Stanford puedes hacer un discurso —se burla Greg.

—Espero que escribir se te dé mejor que bailar —suelta Eric entre sorbos.

—¡Eh! He aprendido bastante a bailar.

—¿Ya tienes pareja para el baile? —me pregunta él.

—Aún no.

—Quiero aprovechar para agradecer a Eric —dice mi padre mientras se limpia los labios con una servilleta y añade—, por conseguir que entraras a Stanford.

—No es nada —Eric carraspea y frota sus manos, parece tenso—, el mérito es de su hija. —Tan solo me mira a mí y tiende su mano, mientras yo sonrío y le doy mi mano, por debajo de la mesa. Sus manos están calientes y sudorosas, pero se relajan al tocar las mías.

—Sin duda —corrige mi padre—, se parece a su madre —piropea a mi madre y ella le sonríe tímidamente.

—Veo que ya estáis mejor —reparo en que últimamente ya no discuten.

—Sí… —dice mi madre—, hemos tenido unos cuantos altibajos. —Mi madre bebe de su copa de vino, evitando hablar del tema y mi padre añade, incómodo.

—Es mejor dejar el pasado atrás. —Y nos regala una sonrisa de suficiencia.

—El pasado atrás… —susurra Eric sin levantar la vista—. Qué irónico… —dice en tono amargo y añade—. Hay cosas que no se pueden olvidar —suelta ahora en tono más elevado.

—Pero hay que aprender a perdonar —dice mi padre bebiendo de su vaso mientras le comparte una mirada cómplice a mi madre.

—¿De qué habláis? —Miro a mis padres que parecen no tener intención de hablar, y al

instante observo a Eric, que parece estar mordiendo sus labios, con mirada molesta y los ojos en blanco—. Eric, ¿estás bien? —le pregunto al ver que separa su mano de la mía. Entonces se levanta de golpe.

—No, lo siento —dice yéndose a toda prisa hacia la puerta, pisando fuerte, mientras yo le sigo conmocionada.

Echo la vista atrás y observo durante unos instantes a mis padres, que no parece sorprenderles la reacción de Eric, mientras Greg me comparte una mirada de asombro y confusión. Resoplo, frustrada sin entender nada y sigo a Eric hasta la salida.

Salgo tras él y cierro la puerta. Ya ha anochecido y el cielo está despejado y lleno de estrellas. Eric se sienta en las escaleras del porche con sus manos cubriendo su rostro. Parece frustrado y enfadado, pero no entiendo por qué. Me acerco lentamente y me siento a su lado, en silencio.

—No ha sido buena idea esta cena —repone con rabia, con la vista fija al frente, sin mirarme.

—Pero ¿por qué? No entiendo por qué os habéis puesto así. —Sus ojos están llenos de ira y no parece ser capaz de articular una frase.

—No puedo llevarme bien con tu familia —consigue decir, aunque es tan escaso que deduzco que es porque él no tiene una.

—Eric, entiendo tu dolor, pero… —él me interrumpe con los ojos llenos de ira.

—¡No, no lo entiendes! —muerde sus labios de nuevo y aprieta sus puños, levantándose del asiento.

—Vale, no lo entiendo, pero dales una oportunidad, ellos podrían ser tu familia —le sugiero, pero su mirada se transforma a peor.

Sigue sin decir nada, es como si no fuera capaz de poder explicarse, y me siento cansada de tener que interrogarle cada vez que quiero saber lo que piensa o siente. Finalmente, concluye con una frase que me destruye por dentro.

—Ellos nunca serán mi familia —suelta con repugnancia.

Me da la espalda y se va sin echar la vista atrás, mientras yo me quedo sentada en el porche, de piedra. Entro en casa en busca de respuestas mientras mis padres me miran esperando que diga algo.

—¿Se puede saber qué ha pasado? —pregunto volviendo a la mesa.

—No lo sé hija —dice mi padre sin expresión—, debe haberle sentado mal algo que he dicho…

Mis padres comparten una mirada seria y el ambiente se siente incómodo. Mabel y Greg comen en silencio mirándose ante el bochornoso espectáculo y yo me disculpo para escapar de allí e ir a mi cuarto.

Me tumbo en la cama aún con el vestido puesto y clavo la vista en el techo, repasando cada palabra de la cena para conseguir deducir qué mosca le ha picado a Eric.

CAPÍTULO 109

Eric

El camino de vuelta es frío y silencioso. Aún me estoy preguntando por qué acepté esta maldita invitación, si sabía que nunca podría salir bien.

Me encantaría poder decir todo lo que pienso y siento en estos momentos, joder, quiero parar el coche y pegar a alguien… o mejor, deseo estamparlo contra cualquier árbol.

Respiro hondo… La ira me está cegando y no consigo pensar con claridad. Sé que Kate se va a enfadar por el numerito que acabo de liar, y sé que no va a entender nada. He arruinado la «perfecta» velada en casa de los Brown… Pero en estos momentos me importa una mierda, solo quiero llegar a casa y beberme una cerveza o la primera botella que encuentre.

Necesito respirar, relajarme y reflexionar. Pensé que podría pasar página y mejorar como persona, pero sigo teniendo la mente llena de pensamientos horribles. Aún no he superado una mierda, y no paro de joderle la vida a Kate.

Revivo una y otra vez la conversación de la cena… ¿Por qué me ha tenido que agradecer que su hija haya entrado a la universidad? Ya dije que se trató de un error… Hecho que no es cierto, pero ellos no lo saben; desconocen que tuve que llamar a mi tía Lizzie, que es miembro del comité de Stanford, para que los convenciera de que Kate merecía entrar a su universidad.

«Madre mía», me digo a mí mismo.

Todo lo que he hecho por esta chica y ella no tiene ni idea. Y todo porque soy un cobarde que no sabe expresar lo que siente, un cobarde para afrontar la verdad y prefiere mentir e ignorar los problemas.

Llego a casa como puedo y voy directo a la cocina. Abro la nevera en busca de lo único que sé que hay, una cerveza.

Bebo la mitad de un sorbo y la otra mitad al cabo de unos segundos, mientras me siento en el balcón, observando las vistas al mar.

Necesito hacer algo que arregle mis problemas… tengo que tomar una decisión, por mucho que vaya a dolerle… Ya no puedo más, esta situación me está consumiendo.

CAPÍTULO 110

Alex

Llego a Danielle's la primera y me siento en nuestra mesa. Pido un café mientras espero a que las demás lleguen. Hace un día precioso y soleado. Sofía y Mia no tardan en aparecer, llegan bastante puntuales, pero Kath termina apareciendo media hora tarde, hecho que nos sorprende porque suele ser de lo más puntual.

—Lo siento, chicas —dice sentándose acelerada—, he tenido una mañana de locos.

—¿Qué tal la cena de ayer? —pregunto con mirada curiosa.

—Fatal —dice ella frustrada.

—¿Por? —pregunta Sofía entre sorbos de su batido.

—Eric y yo discutimos y no he vuelto a saber nada de él —explica con mirada triste—, he estado toda la mañana llamándole, pero no atiende.

—¿Por eso has llegado tarde? —deduce Mia.

—Sí —explica Kath—, además de que he acabado el discurso de la graduación con ayuda de mis padres.

—¿En serio? —dice Sof emocionada—. Venga, delegada, léelo —incita.

Entonces Kath saca un papel de su bolso y nos lee con entusiasmo.

Buenas noches a todos:

Hoy estamos aquí celebrando que hemos conseguido pasar de curso, y aunque me encantaría decir que todo es mérito nuestro, la verdad es que hemos tenido una gran ayuda detrás.

Quiero dedicar mi discurso a todos los padres que han acompañado a sus hijos en este camino y que gracias a ellos, sus hijos podrán tener un futuro. Quiero dedicar mi discurso a todos los padres que no han dejado de trabajar para conseguir pagar nuestro futuro. Quiero dedicar mi discurso a todos los padres que son cómo los míos. Porque mis padres siempre han estado ahí. Siempre han hecho todo lo posible porque luchara por mis sueños, y por ello, creo que ninguno de nosotros estaría aquí si no fuera por nuestros padres, estos que ahora están sentados en las gradas viéndonos volar.

Mis padres siempre me han educado para que sea responsable, ambiciosa, y para que nunca tenga miedo de luchar por lo que quiero. Nuestra relación es sincera y única… ojalá todos tuvieran unos padres como los míos.

Por eso, dedico mi discurso, y aplaudo a todos los padres que son honestos, trabajadores, valientes e incluso pesados por conseguir que sus hijos logren sus objetivos.

Gracias.

Aplaudo a Kath con orgullo, ha plasmado muy bien la idea sobre el papel que juegan los padres en la educación, se le da genial la escritura. Sé que a mi padre le agradará oír sus palabras.

—Me encantaría llevarme tan bien con mis padres como te llevas con los tuyos, Kath —se sincera Sof.

—Bueno, no te creas. —Kath niega con la cabeza—. Últimamente, siento que me ocultan cosas.

—Todos los padres tienen secretos —le confieso.

—Sí, lo sé…, pero antes sentía que no había secretos en casa, y ahora parece que nos hemos alejado —suspira.

Mia insiste para que acabemos y poder irnos de compras. Andamos por las calles del pueblo mientras buscamos tiendas que ofrezcan vestidos decentes para nuestra graduación.

—No olvidéis que también necesitamos modelito para la pre—graduación —sugiere Mia.

Entonces no puedo evitar poner los ojos en blanco al escuchar sus palabras. Les explico que no me apetece aguantar a Samuel y todas se compadecen.

Aprovechamos las compras más para contarnos las novedades que para buscar vestido, por lo que se nos hace tarde y solo tenemos el vestuario de Sofía y Mia.

—Al menos nos hemos puesto al día —digo medio satisfecha.

—Pero tendremos que ir en bolas como no encontremos nada —dice la dramática de Kath.

—Tranquila, Katherine —digo en tono optimista—, en esta tienda seguro que encontramos algo. —Le señalo una boutique que tiene un escaparate enorme con vestidos de oferta.

Y tal y como había intuido, allí mismo encuentro el conjunto perfecto para la graduación. Es una blusa negra con unos pantalones también negros, que combinados forman un *look* muy elegante. Por suerte para la fiesta de Samuel ya tengo modelito por lo que al salir de la tienda ya estoy lista.

Mia y Kath no pueden decir lo mismo. Mia ha cambiado de opinión sobre su modelito treinta veces en media hora y creo que lo va a terminar devolviendo. Y a Kath nada le termina de convencer, por lo que Sof y yo nos damos por vencidas.

CAPÍTULO 111

Kath

Al final termino por comprar el conjunto perfecto para ambos días. ¡Sabía que lo acabaría encontrando! Solo necesitaba un poco de paciencia e ir a mi bola. No es que no me guste comprar con mis amigas, pero ellas son más rápidas y yo necesito mi tiempo para meditar, probar…

Me he decidido por un mono de color rosa, largo y fino para la graduación y para la noche de la fiesta pre–graduación, un top brillante con una falda oscura.

Cuando miro la hora ya es bastante tarde y el sol se está poniendo. Camino en dirección al trabajo de mi padre y le escribo para que me lleve a casa. No es que esté lejos, pero con todas las bolsas y la caminata que he hecho no puedo más.

Cuando sale del edificio me saluda y me señala el coche blanco, que está frente a nosotros. Dejo todas las bolsas en el asiento trasero y me siento en el de copiloto. Mi padre deja sus carpetas también detrás y se sienta en el asiento conductor, quita el freno de mano e inicia la marcha.

—¿Qué le pasa al freno? —dice pisándolo sin que surta efecto alguno.

No llega a acelerar del todo y un chico se cruza en el camino, frenándonos el coche de golpe. Miro fijamente y es Eric. Apoya sus manos en el capó gritándole que no arranque. Me pide que salga del coche y yo lo miro desconcertada.

—¡Baja, Kate, sal de ahí! —grita desesperado.

Bajo y me abraza como si se le fuera la vida en ello, aunque aún no entiendo lo que está pasando.

CAPÍTULO 112

Eric

Me coloco detrás de un coche y observo con detenimiento la puerta del establecimiento. Esa empresa es enorme, por lo que el edificio donde tienen su sede no se queda atrás. Observo cómo pasan los coches por la carretera y la gente cruza de lado a lado.

Al ver una melena rubia, llena de bolsas de cartón, mi corazón se acelera y noto cómo mis manos comienzan a sudar. ¿Qué coño hace aquí?

La presión incrementa cuando veo a su padre saludarla y andan juntos en dirección hacia el puto coche. No, no, no. Ella se sube sonriente mientras su padre arranca, y sin pensarlo, mis pies andan solos en dirección hacia ellos.

Paro el coche con mis manos antes de llegar a arrepentirme y veo en sus ojos una mirada de incertidumbre. Su padre me observa con recelo mientras ella baja sin entender qué pasa. Cuando por fin la abrazo y siento su olor, consigo tranquilizarme. Lo que acabo de hacer es una locura, por lo que me permito quedarme escondido en su cuello unos segundos más antes de que se desate el caos. En cuanto sepa lo que acabo de hacer, no será capaz de mirarme con los mismos ojos. ¿Cómo iba a saber que volvería en coche con su padre?

Va a pensar que estoy loco. Es que lo estoy. Mis ojos se inundan de lágrimas y no soy capaz de disimular el miedo. Mis manos aún tiemblan por lo que podría haber pasado y Kath frunce el ceño intentando adivinar qué pasa.

—Eric, ¿qué está pasando? —dice separándose de mí.

—Yo… —no quiero decírselo, no puedo.

—¿Por qué sabías que no nos funcionaban los frenos?

La miro con culpa y ella entiende todo. Pero no se lo cree. Su rostro se transforma y cualquier atisbo de dulzura que quedara desaparece en ese mismo instante.

—¡¿Estás loco?! —no para de repetir, mientras su padre sigue sentado en el coche, detenido como si fuera un muerto.

Kate mira a su padre incrédula, pero parece sorprenderse aún más cuando ve que no reacciona. Yo paso mis manos por mi pelo, suspirando y agradeciendo en mi interior haberme quedado a ver lo que iba a pasar. Si me llego a ir, hubiese sido un desgraciado toda la vida.

No he caído en la locura de lo que estaba haciendo hasta que he visto subirse al coche a la única persona que me importa en este mundo, persona que ya no me mira con los mismos ojos desde que ha visto de lo que soy capaz.

—Joder… —digo tapando mi cara avergonzado.

—¿Qué está pasando aquí? —me pregunta de nuevo, y al ver que miro a su padre, ella lo mira y le repite la pregunta—. ¿Qué está pasando aquí, papá? —El cabrón no dice nada, espera que sea yo quien abra la boca.

Pero esta vez tengo que decir la verdad, si no lo hago, la perderé para siempre. La verdad es lo único que puede salvarme en estos momentos, y es que es solo la verdad lo que puede hacer llegar a entender a Kate el motivo de que haya cortado los frenos.

CAPÍTULO 113

Sofía

Llego a casa rebosando alegría por tener mi conjunto perfecto para la graduación. Saco el mono de la bolsa y se lo enseño a mi madre, que está sentada en el sofá viendo una película. Mi querido padre sale de la cocina a ver qué llevaré puesto el día de mi graduación, como el controlador que es.

—Sof, es precioso —dice mi madre observándolo detenidamente—. ¿Te lo has probado?

—Sí, es cómodo —digo satisfecha.

—A Izan le va a encantar. —Me dedica una sonrisa pícara y yo fuerzo una sonrisa.

—Debería venir a casa antes para que os hagáis unas fotos —insiste mi padre desde la puerta de la cocina.

—No le gustan mucho las fotos… —me excuso.

—Es un día importante —dice mi padre frunciendo el ceño—. ¿Es que nunca lo vas a traer a casa?

—Puede que no —digo y aprovecho para atacar—, viendo cómo te pones. —Alzo la mano refiriéndome a su mal humor.

—A mí me parece que no lo quieres traer por otro motivo —dice serio.

—No sé de qué hablas —finjo que lo ignoro mientras guardo el vestido en la bolsa, pero mi corazón se acelera y me chorrean las manos de sudor.

—Ocultarnos cosas, solo empeorará tu castigo —dice poniéndome aún más nerviosa.

—No oculto nada —digo seria—, deja de ser tan controlador.

Mi madre mira apenada la situación y fulmina a mi padre con la mirada. Yo no puedo evitar volver a sentirme culpable al engañarla, pero sé que no me guardaría el secreto.

Subo a mi habitación y me pongo una serie en Netflix para poder desconectar de mis pensamientos.

Tengo miedo de que mi padre se termine enterando, si ya sospecha es cuestión de tiempo que me vigile y se acabe dando cuenta de la verdad, por eso tengo que ir con mucha cautela para evitar que se sepa la verdad, al menos antes de la graduación.

CAPÍTULO 114

Kath

—Kate… —dice Eric cogiéndome del brazo, pero no puedo evitar apartarme asustada—, escúchame por favor.

—Habla —digo con mis ojos llenos de lágrimas y tono desesperado.

—Todo esto es porque… —Mi padre interrumpe a Eric bajándose del coche.

—¡Nada! Aquí no pasa nada —asegura mi padre fulminando a Eric con la mirada.

Eric lo mira con rabia y resopla, pero no dice nada. Espera que mi padre diga algo, pero lo único que hace es darme órdenes.

—Súbete a ese taxi —dice mi padre señalando el taxi que lleva parado allí cotilleando desde que empezó este espectáculo.

—¿Estás de coña? —le digo incrédula.

—Súbete y espérame en casa. —Me da un billete para pagar y me empuja prácticamente al coche—. Llamaré una grúa y llevarán el coche al taller —dice excusándose para evitar hablar.

Avanzo a regañadientes y echo la vista atrás en busca de Eric. Necesito mirarle, necesito intentar leer qué piensa o qué le pasa a través de sus ojos. Para una vez que va a hablar y mi padre lo interrumpe. ¿Por qué ha hecho semejante locura? ¿Mi padre lo va a denunciar? Necesito llegar a casa y hablar con mi madre cuanto antes. Me subo al taxi y bajo la ventanilla, siento que me falta el aire.

Miro a lo lejos y veo cómo mi padre le está diciendo unas palabras, desde aquí indescifrables, a Eric. Él lo mira rabioso y de reojo me busca, pero mi padre insiste en que le preste atención.

El taxi arranca cuando le digo la dirección y termino dejándolos atrás, aún en shock por lo que acabo de vivir. Durante todo el camino me concentro en respirar hondo y calmarme, pero me tiemblan las manos y mi pulso se acelera. Algo me dice que nada está bien y no puedo evitar ponerme nerviosa recordando las caras de Eric y mi padre hablando. Mi padre estaba demasiado tenso y agresivo como para dirigirse a alguien que apenas conoce. Mi mente va a explotar y necesito respuestas, pero el camino hacia casa se hace eterno.

Cuando el taxi me deja en la puerta le tiendo el billete dándole el cambio de propina. Bajo a toda prisa y entro en casa llorando desconsoladamente en busca de mi madre. Ella se sobresalta al verme y yo la abrazo buscando consuelo. Le explico lo sucedido, pero ella es incapaz de darme las respuestas que necesito. Entonces mi padre entra por la puerta, serio, tensando su mandíbula. Les pido a ambos que me expliquen qué ocurre, pero mi padre solo me pide que suba a mi habitación. Mi madre insiste diciéndome que ahora sube. Voy hacia las escaleras, pero no llego a subirlas, me quedo escondida tras la pared escuchando a mis padres, pero ellos susurran y solo consigo captar unas cuantas palabras

—Ha cortado los frenos… —dice mi padre.

—Lo sé —le susurra mi madre.

—Lo entiendo… —creo que dice mi padre y mi madre añade.

—Sabes que no podemos denunciarlo…

—Además, destrozaríamos a Kath —dice mi padre, pero entonces se me cae un cuadro y con

el ruido ellos se callan.

Subo a toda velocidad a mi habitación y cierro la puerta. Estoy intentando asimilar todo lo que acabo de escuchar. Llamo a Eric en busca de respuestas, él ha estado a punto de decirme algo antes de que mi padre le interrumpiera, pero no atiende. Marco de nuevo incontables veces más, pero no obtengo respuesta. Espero a que mi madre suba en busca de alguna explicación, cualquiera, por estúpida que sea. Necesito oír algo lógico a la locura del día de hoy.

—Cariño. —Entra mi madre con tono calmado.

—¿Qué ha pasado? —digo sentándome en la cama, mientras veo cómo aparece mi padre tras mi madre.

—Parece que tu chico tiene problemas, hija… —dice mi padre.

—¿Qué?

—Se le ha ido la cabeza y evidentemente necesita ayuda psicológica

—Pero ¿por qué lo ha hecho?

—No le busques explicación…, a veces no la hay…, pero tranquila, no se acercará más a ti, por lo que no correrás peligro.

—¿Qué? Papá, yo quiero hablar con él —digo levantándome de la cama—, necesito saber por qué lo ha hecho…, él…, él no está loco ni es ningún demente trastornado, ¿vale?

—Hija, tu padre solo intenta protegerte —interrumpe mi madre.

—¡Quiero hablar con él!

—Me temo que eso no va a ser posible, Kath —insiste mi padre—, no volverá a acercarse a ti, no lo permitiremos.

—Cuando hemos frenado… él iba a decir algo, pero le has interrumpido, ¿qué era?

—No lo sé, Kath, no sería importante, estaría buscando alguna excusa…

—No me lo creo —niego con la cabeza.

—¿No te fías de tu propia familia?

—Yo…, creía conocerlo… ¿Por qué me haría algo así?

—No le des más vueltas, cariño, piensa en tu futuro, graduación, Stanford…

—¿No veis que eso es lo que menos me importa en este momento?

Mis padres comparten una mirada cómplice y salen del cuarto, dejándome allí; me tumbo en la cama y me termino durmiendo entre lágrimas esperando a que alguien me explique qué está pasando, con miles de dudas y sin respuestas lógicas a mis preguntas.

CAPÍTULO 115

Alex

El camino a casa de Samuel es un poco largo, pero se me hace eterno por el hecho de mis nervios. No he desayunado nada a pesar de que ya son las once, lo cierto es que no tenía apetito.

No me apetece verlo, no porque no quiera, sino porque temo perdonarle demasiado rápido. Durante el camino, me hago la promesa de que seré sensata y no perdonaré por perdonar. Yo nunca había sido de esas, pero él es mi debilidad. Repaso en mi mente miles de frases que puedo decirle para echarle en cara todo lo que me ha hecho. Mi favorita, la que tengo más guardada y necesito sacar, es la de, «¿Por qué saliste conmigo si soy una pringada inferior a ti y tú eres mucho mejor?»

Su ego me da náuseas y me resulta repulsivo. Recordar sus palabras hace que se claven miles de cuchillos en mi corazón y se me estreche el pecho de dolor. No quiero llorar más, de hecho, me apetece más pegarle que llorarle. Pero ya que voy, deseo aprovechar, sobre todo, para no quedarme con la duda. Voy a exigirle la verdad, y si no es capaz de dármela, sabré que no es para mí.

Doblo en su calle y él abre la barrera, permitiendo que entre el coche en su garaje. Bajo del coche nerviosa y lo saludo fríamente. El ambiente es incómodo y el hecho de que estemos solos no ayuda.

—Gracias por venir —dice ofreciéndome un vaso de agua, que acepto sin dudar.

—Bueno, lo prometí —digo borde.

—Podrías no haber aceptado —dice otra vez con ese aire de superioridad.

—Si insinúas que he aceptado porque no me puedo resistir a tus encantos, estás equivocado —digo con cara de asco.

—¿Entonces por qué estás aquí? —él me vacila, pero no me da risa.

—Para que me digas la verdad —por mi tono sabe que hablo en serio, por lo que cambia su actitud.

—Sí, claro, dime.

—No, Samuel —me explico mejor—, quiero la verdad de todo.

—Pero si yo no te he mentido —dice sin entender.

—Ocultar también es mentir —Entonces se calla y desvía la mirada pensativo.

—Está bien —accede.

—¿Serás capaz de no mentir ni ocultar nada? —pregunto.

—Te lo prometo —dice serio, entonces empiezo con mi bombardeo.

—Quiero que me cuentes todo lo que pasó con Claire. —Él resopla.

—¿Otra vez? Ya te dije que no es nadie, Alex —dice acercándose, pero me cruzo de brazos y me separo, a la espera de que hable.

—Sé sincero —le suplico.

—No siento nada por ella, ya te lo dije, sabes todo lo que ha pasado con ella, menos lo del vídeo, porque ese día iba tan borracho que ni siquiera recordaba al día siguiente si había ocurrido algo o no.

—¿Y qué recuerdas? —pregunto con miedo.

—Recuerdo estar con ella de fiesta, y con Justin, y bebimos demasiado —dice haciendo memoria—, recuerdo el momento del beso, ella me provocó y no pensé en otra cosa que, en mí, joder —dice con rabia y a mí sus palabras me duelen y me alivian al mismo tiempo.

—Qué hay de lo que dijiste de mí —me meto en la boca del lobo y no sé si quiero escuchar su respuesta.

—También intenté decírtelo, pero no me escuchas —insiste—, no recuerdo haber dicho nada de ti, solo te nombré después de besar a Claire, o eso me dijo Justin al día siguiente.

—¿Justin?

—Sí, yo no me acuerdo, pero al parecer después de besar a Claire te nombré porque me arrepentí. —No puedo evitar sonreír de satisfacción al imaginar la cara de Claire Reed.

—¿Y cómo es que en el vídeo dices que soy una pringada y que tú eres demasiado para mí?

—¿Qué?

—Sé lo que vi.

—Alex, yo no dije eso, te lo juro.

—Samuel, no me lo contaron, lo vi —insisto, pero sigue negándolo—, además, tú ni recuerdas qué dijiste.

—¿En serio crees que diría eso de ti? Pero si eres demasiado para mí. —Vuelvo a sonreír instintivamente, pero no termino de creer sus palabras, sé lo que vi.

—Deberíamos empezar a decorar —cambio de tema, no sé qué más decirle.

—Hay algo que deberías saber —dice Samuel sincerándose—, si no quieres que haya secretos entre nosotros.

—Eso es lo que quiero desde el principio —digo en el mejor tono posible.

—No es sobre nosotros, pero es sobre Kath y Eric…

Al final, me paso todo el día en casa de Samuel, ayudándolo con la comida, la decoración, la limpieza… Y cuando me doy cuenta, tengo solo una hora para ir a casa, arreglarme y volver a la fiesta. Me voy a casa y me arreglo a toda velocidad, no obstante, quedo satisfecha con el resultado. Saludo a mi padre a toda prisa y vuelvo a subirme al coche. De camino a casa de Samuel, mi mente reflexiona sobre todo lo que hemos hablado estos días. Sin contar lo del vídeo, me ha parecido sincero.

En cuanto a lo que tengo que decirle hoy a Kath, sé que Samuel me odiará por contárselo, porque él es el mejor amigo de Eric, pero ella es mi amiga, y no puedo vivir sabiendo ese secreto sin poder contárselo.

Cuando llego a la esquina ya se siente el ambiente de fiesta. El sonido de la música retumba por toda la calle y hay miles de coches aparcados. Por suerte, Samuel me reserva una plaza para que pueda aparcar en su casa, así que no tardo en entrar.

La casa está llena de gente a pesar de que es superpronto, ya hay invitados en la piscina y gente en las habitaciones, lo que denota que será una fiesta desenfrenada y sin límites.

Avanzo entre la gente en busca de mi grupo y veo cómo Mia, Thiago, Justin y Matt están sentados en los sofás, bebiendo y fumando. Les saludo y Mia grita de emoción.

—¡Estás impresionante!

—Tú también —digo sonrojada.

Miro alrededor y no veo a Sofía, supongo que aún no ha venido, pero espero que llegue antes que Kath, para que podamos hablar sobre cómo decírselo. Busco también con la mirada a Eric, y lo veo pasar a toda prisa hacia la zona de la barra, donde se sienta y se pide unos chupitos.

CAPÍTULO 116

Kath

Miro la hora y me doy cuenta de que he dormido demasiado tiempo. Y como siempre que duermo demasiado, sumado a los llantos del día anterior, llevo una cara de muerta y unas ojeras horribles.

—Genial —me digo mirándome al espejo.

Me vuelvo a tumbar en la cama y reviso el móvil. Ni una sola notificación. Llamo a Eric con la esperanza de que esta vez conteste, pero no es así. Quiero quedarme todo el día en la cama, no estoy de ánimo para fiestas ni graduaciones. Me levanto y miro las entradas de la graduación. No le di la mía a Eric, así que ni siquiera sé si vendrá.

Bajo a desayunar, pero no hay nadie en casa, por la hora deben estar todos trabajando, cosa que agradezco para no tener que ver a mis padres. Me siento a desayunar y disfruto del silencio. Necesito ir a la fiesta para desconectar, pero también para contarles a mis amigas lo que me ha pasado. Por desgracia, mis deducciones son erróneas y resulta que mis padres no estaban trabajando. Había olvidado que mi padre tiene turno de tarde y mi madre hoy no trabaja. Entran en casa con la compra y los saludo con un frío «hola».

En realidad, necesito respuestas, así que, aunque no esté de ánimos y tenga miedo de lo que me vayan a decir, ansío saber qué está pasando.

Mi madre guarda la compra en la nevera mientras mi padre la descarga del coche. Yo desayuno en silencio sin interactuar con ellos, que conversan entre sí sobre la comida y no sé qué. Mi mente solo piensa en cómo pueden actuar con normalidad y fingir que no pasa nada después de lo de ayer, y peor aún, cómo pueden ocultarme las cosas y estar tan tranquilos.

Me levanto de golpe y guardo el desayuno, mientras interrumpo su conversación estúpida.

—Me vais a decir ya qué pasa con Eric. —En cuanto lo nombro siento cómo mis ojos se humedecen de nuevo.

—Cariño… —dice mi madre buscando algo de piedad en mí, pero me aparto al instante y chillo con todas mis ganas.

—¡Estoy cansada de mentiras!

Al ver que mis padres no reaccionan, hago un amago de que me voy a mi cuarto, hasta que mi madre suelta casi en un susurro.

—Robert, digámosle la verdad. —Me giro al instante con el tiempo justo para ver cómo mi padre la fulmina con la mirada.

—Ya sabe todo lo que tiene que saber. —Lo miro con rabia y niego con la cabeza, cansada de no saber nada.

Subo a mi cuarto y los dejo discutiendo entre ellos, mientras la idea de familia que teníamos se hunde poco a poco.

CAPÍTULO 117

Sofía

Cuando Alex me llama para ponerme al corriente de lo que le ha dicho Samuel, no puedo creerlo.

—Tenemos que contárselo a Kath, ¿lo sabes no?

—Sí, pero no sé cómo se lo tomará —dice Alex.

—Da igual, Alex, es muy fuerte —insisto.

—Lo sé, lo único que espero que nos crea —dice nerviosa.

Cuando Alex y yo colgamos, llamo a Edgar. Por miedo a que mi padre me pille, he estado evitándole unos días sin darle ninguna explicación, por lo que aprovecho que esta mañana no está para llamarle. Quedamos en que me pasaré por su casa antes de la fiesta. El sonido de la puerta hace que me sobresalte y cuelgo rápidamente. Bajo y mi padre me inunda a preguntas sobre la fiesta de esta noche. Mi madre me mira compadeciéndose y no sé por qué no me sorprende su retroceso en cuanto a mi libertad.

—Pensé que te estabas relajando, pero ya veo que no —digo sentándome en el sofá con tono tranquilo.

—Eso es porque antes me fiaba de ti —dice furioso, y sé que de nuevo busca controlarme con todo.

—¿Qué harás cuando me vaya a Harvard? —digo riéndome, pero mi madre niega con la cabeza, esperando que no saque el tema, pero ya es tarde.

—No irás a Harvard —dice mi padre contento.

—Rupert —mi madre le regaña con la mirada.

—¿Cómo qué no? —digo levantándome del sofá siguiéndoles hasta la cocina.

—Si no me cuentas la verdad, no irás —me amenaza mi padre.

—Ya te he dicho que no tengo nada que contar, estás obsesionado. Mi cuerpo tiembla, pero intento mantener la calma, aguanto la respiración y cuento hasta mil, pero mi cuerpo se tensa y no puedo disimular.

—Queremos que vayas a Harvard —dice mi madre—, pero también queremos que nos cuentes la verdad.

—¿Tú también crees que te oculto algo? —le digo a mi madre en un susurro.

—Yo sé que estás enamorada, pero no de Izan, y solo quiero saber quién es —dice mi madre sigilosa, ignorando que mi padre está detrás intentando escuchar.

—No hay nadie más, mamá —miento y siento la culpa que me pesa.

Mi madre no dice nada, solo agacha la mirada y se va resignada. Yo me siento dividida en dos. Me muero por contárselo, pero se volvería loca, solo necesito que acabe el curso ya, tan solo dos días más y Edgar estará a salvo de cualquier locura que quiera hacer mi padre.

Subo a mi cuarto y le escribo a Izan.

«¿Sigue en pie lo de que seas mi pareja de baile?»

Lo envío y responde al instante.

«Sí».

«¿Podrías pasarte antes para hacer unas fotos en casa?»

Lo mando con la esperanza de que acepte.

«Ya te dije que nada de mentir a tus padres…»

Maldigo en mi mente y rezo porque mi padre no le dé por sospechar demasiado. Ahora que sé que Izan no podrá venir mañana a hacer las fotos, sé que mi padre sospechará aún más, así que necesito encontrar alguna excusa que suene creíble para justificar que Izan no venga.

Cuando llega la tarde me emociono, el día se me pasa demasiado lento y no me extraña, no tengo nada para hacer hoy. Empiezo a prepararme poco a poco, me ducho, me pruebo el look, me maquillo… Y en cuanto me quiero dar cuenta es la hora de que me vaya. Es un poco pronto para la fiesta, pero debo salir ya si quiero ir a ver a Edgar y llegar a la fiesta más o menos a tiempo. Cuando bajo, mi madre me piropea y mi padre abre los ojos como platos, sé lo que va a decirme…

—¿No te has pasado con el maquillaje? —dice mi padre como ya esperaba.

—Nooo —le contesto alargando la o, para dejar claro que es demasiado pesado.

Cojo las llaves de mi coche, pero mi padre se adelanta y antes de que me despida me hace una propuesta, una propuesta que me suena más a orden.

—Yo te llevo —dice él.

—No hace falta —digo cogiendo mis llaves de sus manos.

—Insisto —dice él con decisión. ¿Por qué se tiene que proponer molestarme cuándo menos lo necesito?

—No hace falta, quiero ir sola. —Me dirijo hacia la puerta.

—Si vas a beber, no puedes conducir —dice mi padre.

—No beberé —le dedico una falsa sonrisa esperando que se calle y al final suspira y se encoge de hombros, resignado.

Salgo victoriosa de mi casa y abro el coche, celebrando mi libertad. Subo al coche y conduzco animada hacia el apartamento de Edgar.

CAPÍTULO 118

Sofía

Subo a casa de Edgar y toco el timbre, él abre la puerta y me lo encuentro en pijama.

—Estás impresionante —dice Edgar alucinado.

—Gracias —digo orgullosa por mi maquillaje de horas—, veo que tú no tienes planes —me río ante su pijama de superhéroe.

—Mi mejor plan será ver alguna película de Netflix —dice buscando en el apartado de sugerencias.

—Me encantaría quedarme —digo con cierta culpa.

—No, tú ve y pásatelo genial —dice dándome un tierno beso en la nariz, mientras yo sonrío al ver que es un novio compasivo y para nada controlador.

—¿He venido hasta aquí para recibir un tierno, pero escaso beso en la nariz? —le tiento poniendo ojitos.

—Bueno… —Tira el mando en el sofá—. ¿Cuánto tiempo tienes?

—El que quieras —digo levantándome la falda suavemente, mientras él muerde sus labios, con sonrisa pícara.

Entonces, me coge el pelo, tirándolo atrás para dejar mi cara descubierta, mientras me besa apasionadamente. Ni siquiera me desviste más que lo justo y necesario para satisfacer nuestro deseo. Evitando correrme el maquillaje tan perfecto que me ha llevado horas hacerme.

—¿Me deseas? —me susurra al oído y mi piel se pone de gallina.

—Sí —digo mientras le muerdo el labio inferior.

Entonces me siento sobre él y comienzo a moverme, improvisando, ya que nunca lo habíamos hecho de esta manera. Me divierte ver cómo él gime mientras yo tengo el control. Continúo mis movimientos a la vez que paso mis manos por su pelo, y él cierra los ojos, con satisfacción.

Terminamos rápido y me visto a toda prisa, al ver que voy a llegar demasiado tarde. Alex me ha llamado dos veces y no le he podido contestar, por lo que le mando un mensaje de que estoy de camino, y le pido que me espere en la puerta, para que, juntas, hablemos con Kath.

Beso a Edgar y por un instante deseo quedarme. Su boca aún está ardiendo por nuestros besos y mi cuerpo me pide más, pero tengo que irme.

Cuando bajo me doy cuenta de que con el calentón llevo la falda puesta, pero sin ropa interior. Maldigo y le escribo a Edgar, pidiendo que me la baje, al menos en una bolsa. Cuando baja sale por la puerta con mi ropa interior en sus manos, moviéndola de un lado al otro.

—¿No notabas que te faltaba algo?

—Esconde eso —le digo arrancándosela de las manos, y me la pongo, sin levantar demasiado mi falda, al observar que no hay nadie por la calle.

—Bueno, ya que he bajado, dame un beso más. —Me pego a sus labios una vez más.

—Me voy antes de arrepentirme.

—Nos vemos mañana.

Subo al coche y arranco, el trayecto es corto, porque conduzco a toda prisa. Miro hacia atrás

y veo un coche que me resulta familiar, pero no puedo fijarme bien, porque hay demasiado tráfico. Cuando estoy entrando a la calle de Samuel, noto cómo el mismo coche se mete en mi calle, lo cual me empieza a asustar.

Aparco en la entrada gracias a que un vehículo se está yendo y bajo en busca del coche oscuro que me seguía, pero lo pierdo de vista. Entro a la casa y veo en el jardín a Alex, justo al lado de la puerta de entrada a la casa, de pie esperando a que llegue.

La saludo alzando la mano y ella me sonríe, pero al segundo frunce el ceño y achina los ojos, mirándome fijamente, cuando al fin la alcanzo le pregunto.

—¿Qué pasa?

—¿Ese es tu padre? —dice señalando al portal del recinto.

—¿Qué? —me giro y veo a mi padre que cruza el jardín a toda velocidad.

—¡Sofía! —grita fuera de sí y mi mente empieza a nublarse—. ¡Sofía Meyer!

—¿Qué pasa? —le miro fijamente y miro alrededor, esperando no montar un numerito.

—Sube al coche.

—¿Qué? —frunzo el ceño confusa.

—Sube al coche, ahora.

—Papá, ¿y ahora qué te pasa?

—Ya sé tú secretito, sube al coche antes de que me ponga a gritar aquí —dice conteniendo su ira, y yo me quedo helada.

—¿Mi secreto? ¿De qué hablas? —finjo esperando que se trate de cualquier otra cosa, entonces se acerca y me susurra.

—Dime que no te has acostado con tu profesor. —Lo miro con los ojos abiertos.

—Me voy —le digo a Alex que me comparte una mirada de pánico porque sabe lo que me espera.

No he llegado ni a entrar a la fiesta y ya estoy volviendo a casa, en el coche de mi padre, dejando mi coche allí tirado.

—¿Y mi coche? ¿Lo vamos a dejar…?

—¡Me importa una mierda el coche! —Cierro los ojos ante el chillido.

El camino es absoluto silencio, sé que no quiere hablar porque si se cabrea demasiado acabaremos chocando con algo.

¿Cómo se habrá enterado? ¿Me estaba siguiendo? ¿Habrá visto dónde he ido?

A mi mente llega la imagen de Edgar revolviendo mis bragas en la entrada y yo poniéndomelas. Me abofeteo mentalmente. Como mi padre haya visto eso estoy muerta. Muerta y enterrada.

CAPÍTULO 119

Alex

Rupert sale de allí con cara de desquiciado y todo el mundo cuchichea. El DJ grita que siga la fiesta y la gente vuelve a lo suyo, menos yo, que me quedo allí pensando qué hacer.

Mierda, mierda, mierda. Se acaba de ir todo allí, a la mierda. Si el señor Meyer ha descubierto lo que creo, Sof va a estar una temporada sin ver la luz del día, y pobre Edgar Barnes. A él no quiero ni pensar lo que le espera. ¿Sobrevivirá?

Vuelvo a la casa en busca de Kath. La busco en la pista de baile y en la cocina, pero no la veo. Puede que esté arriba, pero cuando voy a subir me topo con Justin Reed, que me frena en seco.

—Tengo que hablar contigo —dice medio borracho.

—Vale Justin, pero ahora tengo prisa. —Lo esquivo y sigo mi camino, pero me coge del brazo y tira de mí.

—Tiene que ser ahora —dice llevándome a una zona con menos personas.

—¿Qué pasa? —digo molesta por sus malas formas.

—Es sobre el vídeo de Claire, mi hermana —dice con voz ebria, pero de repente la conversación se vuelve interesante.

—¿Qué pasa con el vídeo? —pregunto.

—No es real —dice bebiendo de nuevo.

—¿Qué? Explícate.

—Pues eso, que no es real. —Vuelve a darle un sorbo a su bebida.

—¡Deja de beber y explícate!

—Joder, Coleman, te creía más lista.

—¿A qué te refieres con que no es real?

—La imagen sí, pero está manipulado con una aplicación. —Mira al suelo con ojos culpables —. Recorté trozos modificando partes.

—¿Es en serio? —No puedo creerlo.

—Sí —confiesa.

—Sabía que te posicionarías con tu hermanita, pero ¿tanto me odias? —digo con asco.

—Es que no te odio, imbécil, al contrario, estoy enamorado de ti —suelta en un suspiro, como si llevara años guardándoselo.

—¿Qué?

—Te odio por quererte tanto.

—Estás muy borracho, Justin —digo sin poder creer lo que estoy escuchando, alejándome inconscientemente de él.

—No, estoy lo justo como para querer arriesgarme.

—Pero si tú y yo nos odiamos —inquiero.

—Porque me gustas —dice mirándome fijamente a los ojos, consiguiendo ponerme nerviosa —. Este es el vídeo original. —Me tiende su móvil.

Observo con detalle el vídeo para poder apreciar los cambios.

—¿Por qué no me besas, Samuel? Si sabes que nos gustamos —ahí está de nuevo la voz de Claire Reed.

—Yo… —le contesta Samuel, borracho—. No puedo…, aunque no me acuerdo de por qué.

—No será por la Alex esa —le dice Claire.

—Habla bien de ella —contesta Samuel para mi sorpresa.

—Pero si es una imbécil —dice Claire sin tapujos.

—¿Alex? —dice Samuel confuso.

—De verdad, con el partidazo que eres, Samuel, ¿estás con Alex Coleman? Pero sí es una antisocial. —Ella se acerca de nuevo a su boca.

—Y bien orgulloso que estoy de mi antisocial —dice ebrio Samuel.

—¿No te apetece ponerle los cuernos? —Claire desliza su mano por su camisa y siento ira de no haber visto esta parte del vídeo.

—La verdad es que no me pega —dice Samuel, entonces recuerdo esta frase y noto cómo está sacada de contexto—. Tú crees que…, que ella es una pringada, retraída, antisocial y yo soy…, yo simplemente soy Samuel, demasiado para ella.

—Exacto —le dice Claire sonriente—, y tú tienes que estar con alguien que esté a tu altura… —dice ella acercándose aún más a su boca.

—Sí…, por eso ella es lo mejor que me ha pasado. —Entonces Claire le pide que se calle, él le mira los labios, y se queda quieto a la espera de que ella lo bese. Después del beso, Samuel se aparta confuso y añade—. Alex…, déjame… —Empuja a Claire al decir mi nombre y se me encoge el corazón.

Justin me mira con ojos culpables. No sé qué contestarle, estoy confusa y no puedo pensar con claridad, necesito encontrar a Kath cuanto antes, pero esta noche parece ser una locura.

—Gracias por ser sincero —concluyo alejándome mientras me quedo pensativa sobre su declaración de amor—; me tengo que ir.

Él y yo nos odiamos desde siempre, hace mucho que nos conocemos, pero siempre nos metemos el uno con el otro. Lo cierto es que con el resto del mundo se mete menos, pasa más de ellos y los ignora, y no me he dado cuenta hasta ahora de que es porque le gusto…

Eso explica por qué lloraba aquel día borracho, por qué se peleó con Samuel de la nada si eran amigos de siempre, por qué me dejó un mensaje en el buzón defendiendo a Claire… No sé cómo no caí antes.

Mi mente vuelve al tema del vídeo, y es que resulta que Samuel decía la verdad… Él nunca dijo eso de mí, no lo piensa. Mi conciencia se tranquiliza, pero aún trato de asimilar todo lo que está pasando esta noche, mientras rezo porque no pase nada más.

CAPÍTULO 120

Kath

Termino de retocarme el maquillaje por fin y creo que he conseguido disimular las ojeras que llevo, aunque, eso sí, mi cara de horror sigue siendo la misma, y es que el malhumor no puedo cambiarlo.

Bajo las escaleras sin ningún ánimo e intento automotivarme. Al menos voy a una fiesta, y no a clase. Y no es una fiesta cualquiera, es la fiesta. Cuando bajo mis padres me miran y mi madre me piropea, pero yo la ignoro. Les informo de que volveré tarde o que puede que ni duerma en casa y salgo sin despedirme.

En la mirada de mi madre siento pena, pero no dedico ni dos segundos a compadecerme, si no me quiere contar la verdad, no pienso llevarme bien con ella.

Subo al coche y golpeo el volante, he pasado de estar triste a tener rabia en mi interior, quiero pegar a alguien y no sé ni por qué. Solo quiero saber la verdad, pero en esta casa no la voy a encontrar. Rezo porque Eric vaya a la fiesta y se explique de una vez por todas.

Conduzco hasta la casa de Samuel con bastante prisa, por lo que veo, llego tarde. En cuanto llego, veo la casa a reventar de gente y me hago un hueco entre la multitud para poder entrar a la casa.

Busco a mis amigos y veo a Thiago, Mia y Matt, hablando entre ellos.

—Hola —les digo, aunque ya parecen ir bastante borrachos—. ¿Habéis visto a Alex?

—No —me contesta solo Matt, los otros dos están muy ocupados en su mundo.

—Vale, gracias —suspiro y busco entre la gente, pero hay demasiada.

—¿Estás bien? —dice Matt cogiéndome del brazo, lo que me pilla por sorpresa.

—Sí, sí —me convenzo—, voy a buscarla. —Le dedico una triste sonrisa y avanzo entre la gente para intentar subir al piso de arriba.

La busco arriba, pero no la encuentro, por lo que bajo las escaleras, desistiendo de encontrarla. Me dirijo a la pista de baile, cojo una copa y bailo con Mia, que lo está dando todo como la reina de las fiestas que es.

Mientras bebo mi copa, veo a lo lejos a Eric, pendiente de su móvil. El corazón se me acelera y me cuesta controlar la respiración. Siento que me tiembla todo el cuerpo al recordar nuestro último encuentro, que parece sacado de una película de terror. Mi mente se queda en blanco, pero mi cuerpo reacciona siguiéndolo. Camino hacia él evitando que me vea, mientras él se acerca a Samuel y se susurran algo al oído.

Samuel le indica con la mano que lo siga y suben el piso de arriba. Maldigo por tener que subir de nuevo esas escaleras. Los sigo en dirección al balcón donde encontré aquella vez a Samuel y Alex juntos por primera vez. Subo las dichosas escaleras y llego hasta allí, donde muy sigilosamente me escondo y escucho lo que hablan. Samuel le da un cigarrillo a Eric y estos conversan sin tapujos.

—No puedo más, Samu —dice Eric encendiendo el cigarrillo, mientras los miro escondida entre la oscuridad del pasillo y los viejos muebles.

—Lo del otro día fue una locura —le advierte Samuel.

—Lo sé…, cuando la vi en el coche reaccioné —dice Eric.

—¿Aún no has hablado con ella? —pregunta Samuel e intuyo que «ella», soy yo.

—Lo intenté, tío, pero su padre me obligó a callarme, quiere que la deje.

—Encima tiene los cojones de decirte que la dejes —dice Samuel enfadado.

—Yo le he dicho que ni de coña la voy a dejar, pero es que, si no puedo decirle la verdad, nunca entenderá lo que hice —dice frustrado.

—¿Y por qué no le dices la verdad y que le den al Robert Brown?

—Porque si le suelto esa bomba, yo seré el culpable de que su vida se desmorone —dice con culpa—, además, me tiene amenazado.

—¿Amenazado?

—Dice que como me entrometa, le contará lo que quiera a Kate.

—Evidentemente, le contará lo que quiera hagas lo que hagas —dice Samuel.

—Ojalá nunca hubiera sabido que ese hombre fue el que mató a mis padres.

¿Qué? No he escuchado bien. No es lo que he escuchado. Me repito una y otra vez que eso no es lo que he escuchado, pero a mi mente le va cayendo la ficha y comienzo a sentirme mal. Necesito salir de este apestoso y maloliente pasillo.

Me levanto mareada y en shock, buscando la salida, pero al levantarme, una vasija se me cae y el estruendo resuena en todo el piso. Me giro y encuentro la mirada de Eric, mientras abre los ojos como platos al ver que he escuchado todo.

Salgo corriendo con paso ligero con las lágrimas deslizando por mi cara. No puede ser. Es mentira. Tiene que serlo. Mi padre no… Mi familia nunca ocultaría algo así… Mi padre no. No puedo creerlo, es que no entiendo nada… Estoy bloqueada y mi mente no consigue aclararse.

Bajo las escaleras a toda prisa y rezo por encontrar rápido la salida. Siento que me ahogo y necesito aire. Sin querer, choco con Alex y ella pone sus manos en mis hombros.

—¡Kath! Dios, llevo toda la noche buscándote.

—Alex —sollozo—. Eric…, mis padres… —digo sollozando.

—Lo sé…, quería decírtelo. —Me aparto instintivamente de ella.

—¿Qué? ¿Lo sabías?

—Sí, Sof y yo te lo íbamos a decir, pero…

—¿Es que todo el mundo me lo estaba ocultando? —alzo demasiado el tono de voz, y vuelve a faltarme el aire.

Salgo con rabia de la casa, dejando atrás a Alex.

—¡Kath! ¡Espera! —niego con la cabeza y salgo de la casa a toda prisa.

Entonces una mano se posa sobre mi hombro y ya puedo intuir quién es, pero lo confirmo al dar media vuelta.

—¡No me toques! —Me aparto de él.

—Kate, escúchame —dice serio y desesperado—, por favor.

—¡No! ¡Cállate! Yo ya no sé qué es verdad… —sollozo abatida.

—No he mentido cuando hablaba con Samuel…

—Mi padre nunca haría daño a nadie.

—¿Estás segura?

—Déjame —niego con la cabeza.

—Espera, Kate… —Me coge por el brazo—, no te vayas.

—Deja de llamarme así —le pido.

—Por favor, vamos a aquella esquina y escúchame —me suplica.

—¿Cómo sé que no me mentirás?

—Porque te mereces la verdad y soy el único que está dispuesto a dártela.

Sin decir nada avanzo tras él. En esta zona casi no hay nadie. El patio es tan grande que este rincón no parece tener mucho interés. Me siento en el césped y él hace lo mismo, pero guardo las distancias. Miro el oscuro cielo lleno de estrellas mientras asimilo todo lo que acabo de escuchar.

Siento miedo. No es miedo a él, sino miedo a la verdad. Quería la verdad y ahora que la tengo, no sé si hubiese querido saberla. Me da miedo que sea cierto, porque no sé cómo podré vivir con ello.

—Cuando tenía cinco años —comienza a hablar con voz suave cortando mis pensamientos —, fui a tomar un helado a la playa con mis padres. Aquella playa a la que fuimos, mi lugar favorito —dice con una sonrisa llena de dolor—, después del helado y pasar la tarde en la playa, subimos al coche. Era un buen día y estaba realmente contento. Nada más salir del parking, un coche se llevó por delante el nuestro y se dio a la fuga. Aún recuerdo el golpe, los gritos, el sonido de la ambulancia…

No paro de llorar mientras oigo sus palabras. Él está roto, pero mientras revive su trauma, a mí se me crea un nuevo miedo, un nuevo trauma, en el que mi padre conduce ese coche.

—Mi madre estaba embaraza de tres meses, aunque eso no lo supe hasta que fui más mayor. Mis padres murieron en el acto, eso ya lo sabes —hace una pausa y suspira—, a los doce, empecé a preguntarme quién había matado a mis padres. Nunca nadie dijo nada, todos lo olvidaron, como si fueran apestados, cuando eran buenas personas. A nadie le importó una mierda sus muertes. Pero yo seguía vivo, así que me propuse averiguar quién era.

Miro al suelo, no puedo mirarle a la cara, sé que lo que viene ahora es lo peor.

—A los diecisiete descubrí la verdad. Con ayuda de demasiada gente y consiguiendo dinero de malas compañías y trabajos apestosos, un policía me ofreció la ficha policial, en el que se había tachado un nombre: «Robert Brown». Al parecer era un padre de familia con contactos, con un conocido en la policía que tapó todo el desastre de un borracho.

—No puedo creerlo —suspiro mientras paso mi mano por mi frente.

—Es la verdad, te lo juro.

—Luego él entró en rehabilitación y se curó, pero él ya sabía quién eras —le comento.

—Debió informarse de mi existencia.

—Te reconoció el día en que te nombré en mi casa —le comenté—, Eric West.

A mi mente regresa el recuerdo de la reacción de mis padres, sin duda fue extraña, y ahora, sabiendo la verdad, cobraba mucho más sentido.

—Siempre juré que me vengaría. Odiaba a ese hombre con toda mi alma. —Lo miro con mirada apenada. ¿Mi padre ha sido el que ha causado todo su dolor?—. Cuando Samuel comenzó a estudiar en tu instituto, me dijo tu nombre, y supe quién eras.

—¿Siempre has sabido que era su hija? —digo conmocionada.

—Sí —confiesa con temor y añade—, y al principio quise hacerte sufrir para joderlo, pero me di cuenta de que era un plan pésimo porque cada día me enamoraba más de ti, y él tampoco parecía muy afectado al saber que salíamos. Me enamoré de ti desde que te vi, pero no quería aceptarlo… —Se acerca suavemente a mí e intenta pasar la yema de su dedo para quitar mis lágrimas, pero me aparto antes de que pueda haber contacto entre nosotros.

—Para —le pido, es demasiada información.

—No quería conocerlos porque sabía que no estaba listo para perdonar, pero me lancé, y salió mal… —Sus ojos se vuelven llenos de ira de nuevo—. Ese maldito comentario de «hay que olvidar el pasado» en la cena, me sacó de quicio. Y pensé en vengarme, tal y como siempre había querido, pero conocerte a ti me lo puso tan difícil…

—Pero lo hiciste igual, aun sabiendo que ibas a perderme.

—En ese momento lo de los frenos fue un acto en caliente, Kate, una locura. Pero hasta que no te subiste a ese coche, no me di cuenta.

—Me utilizaste.

—No fue así…

—¡Me mentiste y te acercaste a mí solo por venganza! Me parece que sí fue así.

—¡Pero ahora te estoy siendo sincero!

Me doy cuenta de que he dejado de llorar, sin embargo, sigo impactada por absolutamente todo.

—Durante toda mi vida he creído que mi familia era perfecta —le confieso a Eric—, y resulta que no puedo confiar en nadie.

Mi mente colapsa ante tanta información y siento que necesito descansar. Necesito asimilar todo esto y pensar fríamente. Comienzo a andar alejándome.

—Quédate —me pide—. Por favor, no te vayas.

—No puedo, Eric —digo abatida.

—Te necesito —confiesa con lágrimas en sus ojos—. Kate… —Él intenta poner su mano en mi hombro, pero lo esquivo—. Yo…

—¿Tú qué?

—Yo…, te quiero.

—Qué lástima que para la primera vez que lo dices ya sea tan tarde.

Noto su mirada clavada en mi espalda cuando me doy la vuelta y salgo de allí, dejándolo impactado por mis palabras. Lo que ha hecho es una locura, es una completa locura, aunque ha sido más sincero en unos minutos que mis padres en toda mi vida.

Me duele sentir que desde que lo conocí me ha estado ocultando este terrible secreto. Necesito que me cuenten ellos su versión, pero no esta noche. Necesito un lugar donde pasar la noche y dormir.

Alex y Sofía me han ocultado también la verdad. ¿Es que hay alguien que no me haya mentido? Voy hacia mi coche y me topo con Matt, que está fumando en la puerta de su coche, aparcado al lado del mío.

—¿Ya te vas? —dice terminando su cigarro.

—Sí —confieso—, pero a saber a dónde.

—¿Y eso? —dice confuso.

—No quiero ir a casa y he discutido con medio mundo —le resumo pasando por alto demasiadas cosas.

—¿Es por Eric? Te dije que algo…

—Ahora no quiero hablar, Matt.

—Bueno…, puedes venir a mi casa —propone—, si quieres.

En otras circunstancias, habría rechazado esta invitación. Pero viendo que no hay plan B, me conformaré con la casa de Matt.

CAPÍTULO 121

Sofía

Cuando entramos en casa a mi padre le falta tiempo para ponerse a gritar. Pega un portazo mientras yo me estremezco y mi madre sale de la habitación al escuchar los gritos, preguntando qué pasa.

Por su reacción puedo deducir que es real, lo sabe, está ido, no controla su temperamento.

—Rupert, ¿qué diablos pasa? —dice mi madre bajando las escaleras.

—¡Qué te lo cuente tu hija! —grita—. Me llamabas paranoico, pero no, Michelle, era peor de lo que pensaba.

—Papá, cálmate —digo suavizando el tema.

—¿Qué me calme? —Me mira alzando las cejas, sorprendido—. ¿Eres consciente de las consecuencias que tendrá esto?

—¿Pero qué has hecho? —pregunta mi madre preocupada, y viendo su rostro, sé que está recordando a Abigaíl.

—Cuéntale con quién sales —ordena mi padre.

—¿Quién es Sofía? —pregunta mi madre curiosa.

—Con Edgar Barnes —susurro.

—¿Sabes quién es, Michelle? —dice mi padre con cara de loco.

—No, —Mi madre está confusa—, me suena.

—Es su profesor de literatura —dice mi padre pasando la mano por su pelo, conmocionado, con asco.

—¿Estás saliendo con tu profesor? —dice mi madre frunciendo el ceño.

Yo no digo nada, solo asiento y miro al suelo, no quiero ver sus reacciones. Mi padre camina de un lado al otro pensando a saber qué, mientras que mi madre no es capaz de mirarme.

La miro buscando algo de compasión, pero solo encuentro decepción. Sé que lo que más le ha dolido es que lo oculte, pero ella tiene que entender que con la reacción que está teniendo mi padre, es normal que no haya dicho nada.

—Surgió sin más, nadie forzó a nadie, y es una excelente persona… —digo apenada.

—¡Cállate! —espeta mi padre, levantando su mano.

—¿Desde cuándo estáis juntos? —pregunta mi madre—. ¿E Izan?

—Desde principio de curso… Izan era solo una mentira más…

—Una mentira más… —repite mi padre—, y las que debemos llevar.

—Yo…, no quería, pero mirad vuestra reacción…, no podía decíroslo…

—¡Es tu profesor Sofía! ¡¿Cómo quieres que reaccionemos?!

—Te he visto en la puerta de su apartamento —dice mi padre.

—¿Has estado allí? —me pregunta mi madre.

—Hay que denunciarlo —dice mi padre.

—¿Qué? ¡No! Por favor… Paraos a pensar en mí por un momento…

—Sofía, cállate —exige mi padre.

—Sube a tu cuarto —dice mi madre.

Quiero quedarme y defender a Edgar, quiero convencer a mis padres, pero creo que lo mejor en estos momentos es que deje que lo asimilen.

Subo a mi habitación y me tumbo en la cama. Me he dejado el móvil abajo, por lo que tampoco puedo hablar con nadie. Tampoco creo que pueda hacerlo mañana, ya que estoy segura de que su primer castigo será quitarme cualquier tipo de objeto de comunicación que no puedan controlar.

Me tumbo en la cama inundando mi rostro de lágrimas, pero al mismo tiempo quitándome un gran peso de encima. La verdad había salido a la luz y por mucho que doliera, ya no debía cargar con secretos ni mentiras absurdas.

Oigo pasos en la escalera y temo que sea mi padre, por como pisa.

—Te juro que no volverás a verlo, Sofía —dice alzando el dedo en modo de amenaza—, y tampoco hablarás con él. —Levanta mi móvil y capto la indirecta: castigada sin móvil, como era de esperar.

—No podrás prohibirme que lo vea para siempre —le espeto.

—Sí que puedo, no me provoques, porque si no fuera por tu madre ya lo habría denunciado. —Después cierra la puerta de golpe.

Sus palabras me dejan paralizada. No pensé que mi padre querría llegar hasta tal punto. Vuelvo a sentir ira de no poder decir lo que pienso, de que mis padres nunca me permitan absolutamente nada. Estoy cansada de luchar por todo.

Me acomodo en la cama y termino tumbándome de lado, con las luces apagadas, a oscuras, tan solo con la tenue luz encendida de la calle.

CAPÍTULO 122

Kath

Matt conduce demasiado rápido para mi gusto y por poco se salta un semáforo en rojo. El camino es largo, pero veloz. El silencio entre los dos es un poco incómodo para mi gusto, por lo que enciendo la radio. Nada más encenderla maldigo haberla puesto, ya que suena a todo volumen la canción de «Please don't go». ¿Es que siempre van a poner la misma canción? Mi mente se inunda de recuerdos y la letra de la canción termina por conseguir que derrame una lágrima, que limpio rápidamente antes de que Matt se percate.

Acelera y frena de forma brusca y respiro hondo para intentar relajarme. Cuando aparca en una pequeña y estrecha calle pienso en tirarme a besar el suelo, agradeciendo por llegar viva, pero decido no hacerlo para no dañar la poca dignidad que me queda.

Me indica que le siga por la misma calle y nos detenemos en la entrada de una casa vallada. Él saca las llaves y abre la puerta sigilosamente para no despertar a nadie.

—Mis padres están en casa —me informa.

—Vale.

Avanzamos a oscuras por el salón y recorremos un largo pasillo. Cuando llegamos a la habitación de Matt, él cierra la puerta y enciende la luz.

Yo camino alrededor del dormitorio observando todo con detalle. Es una habitación amplia y limpia, me la esperaba bastante más desordenada. Huele realmente bien y, si no hubiese venido por sorpresa, pensaría que la ha ordenado solo porque recibiría visita.

Me siento en la cama totalmente cansada, creo que necesito dormir de nuevo un sinfín de horas. Eso no arreglará mis problemas, pero por lo menos dejaré de torturar mi cabeza.

Matt me presta un pijama y le obligo a darse la vuelta para cambiarme y no puedo evitar sentirme incómoda en este ambiente. No pensé mucho al aceptar su invitación, aunque lo cierto es que no tenía la cabeza para reflexionar en ese momento.

Matt y yo hemos conseguido pasar página con lo que pasó al principio del curso, pero desde entonces, tampoco hemos vuelto a tener la misma relación de antes. Cuando una persona se entera de lo que sientes y no es correspondido, es casi un milagro conservar la relación que teníais antes de saberlo. Por mucho que nos empeñemos en fingir que no pasó nada, los demás siempre te tienen en el punto de mira y creen que esa persona te gustará para siempre, sobre todo, si conservas su amistad.

Me tumbo en la cama y me tapo con la sábana, a pesar del calor infernal que hace. Me acuesto de espaldas a él y le deseo buenas noches, mientras él se echa al otro extremo, evitando que nuestros cuerpos se toquen lo más mínimo, a pesar del poco espacio.

Me alegra ver que respeta los espacios. Consigo relajarme y cierro los ojos, intentando olvidar todo durante unas horas. Me giro incómoda hacia él y miro su rostro, que aun a oscuras puedo observar con claridad.

Es increíble como ha cambiado mi perspectiva de él en solo unos meses. Antes lo tenía idealizado, para mí era el más guapo y era la persona más buena del mundo. Ahora, simplemente veo que es un buen chico, pero nada del otro mundo. Es una gran persona que siempre te

ofrecerá su ayuda cuando la necesites, pero sin duda, no está abierto al amor.

Para mi sorpresa, abre los ojos, como si hubiese notado que lo estaba mirando, y yo los cierro al instante, fingiendo que duermo.

—¿Por qué me miras? —dice acercándose más mientras intento alejarme, casi cayéndome de la cama.

—Solo estaba pensando —le soy sincera.

—¿En qué? —dice con sonrisa tierna.

—En qué mierdas vería en ti hace unos meses —le vacilo y le doy la espalda mientras él se ríe por mi comentario.

—Oye, Kath…

—Dime —carraspeo, incómoda, ahora mismo solo necesito que se calle.

—Yo…, me he dado cuenta de que no te valoré en su momento, y sé que ha pasado mucho tiempo y que tú estás con…

—Eric. Ya no estoy con él —confieso con un fuerte dolor en el pecho.

—¿Qué?

—Matt, ahora no quiero hablar de eso. Me hiciste mucho daño —digo colocando mi mechón tras la oreja.

—Y ese idiota de Eric también, estamos empatados.

—Es diferente —suspiro, divertida, ante su comparación absurda.

—¿Por qué es diferente?

—Tú no me querías —se forma un silencio incómodo.

—¿Y cómo sabes que Eric te quiere?

—No digas eso…, él…, me…, me quiere.

—¿Te ha dicho alguna vez que te quiere?

—No —hago una pausa—, bueno, hace unas horas, pero supongo que no cuenta, era para no perderme.

—Pues ahí tienes tu respuesta.

Me giro y le doy la espalda, mientras coloco mis manos en mi mejilla y sin decir nada más, se duerme.

CAPÍTULO 123

Kath

Un olor familiar hace que me despierte. Siento mi cuerpo acalambrado e incómodo, y cuando abro los ojos dedico unos segundos a recordar dónde estoy.

Veo el rostro de Matt pegado a mí mientras mi brazo es aplastado por su cuerpo. Su olor ha hecho que me despierte, pero ahora no puedo salir de la cama sin despertarlo.

Me muevo suavemente intentando sacar mi brazo de su cuerpo, y él se remueve en la cama sumergido en un sueño profundo. Me levanto y busco mi móvil, que está en la cabecera de la cama.

Tengo una llamada de mi madre y una de Alex. Suspiro frustrada al ver que dormir no ha solucionado nada en mi vida. Vuelvo a tumbarme en la cama mientras ojeo mis redes sociales. Matt se despierta por la luz de mi móvil y yo me disculpo.

—No importa… —dice con voz dormida—. ¿Qué hora es?

—Las once.

—Qué tarde… —dice él aún con los ojos cerrados.

—No quiero ir a mi casa… —digo en voz alta, para mí misma—, creo que me voy a ir a casa de Sof o Alex.

—Tendrás que arreglarte para la graduación —expone.

—Mierda. —Me tapo el rostro al recordar que hoy nos graduamos.

—No puedes faltar, eres la que da el discurso —dice medio sonriendo.

—Mierda —repito—, ese maldito discurso. —Ahora nada de él tiene sentido.

Alguien toca la puerta y Matt se sobresalta, mientras se levanta de golpe y grita.

—¡Un segundo! —me señala la cama—, métete debajo —me ordena.

Yo asiento sin llevar la contraria y me escondo bajo la cama. Una mujer, que diría que es su madre, entra en la habitación en busca de ropa sucia, pero por suerte, Matt tiene el cuarto ordenado y no hay nada que pueda recoger.

—Sí que has dormido hoy —dice su madre andando por la habitación en busca de ropa sucia.

—Estaba cansado —dice él tranquilo, mientras yo observo los pies de su madre moverse de un lado al otro.

Cuando por fin sale del cuarto, escapo de debajo de la cama y le informo a Matt de que me voy, muy a mi pesar, a mi casa. Antes llamo a Alex, necesito hablar con ella.

Él me ayuda a salir sin ser vista y cuando estamos fuera, le agradezco de corazón su bondad. Él le resta importancia diciendo que no es nada.

Cuando doy media vuelta en dirección a mi casa, Matt me llama y freno en seco.

—Kath, espera —dice medio susurrando para que no lo oigan—. ¿Quieres ir conmigo al baile? —dice frotando su mano en su pelo, mientras yo analizo su extraña propuesta—, como amigos —aclara.

Yo me acerco de nuevo en dirección hacia él mientras medito mi respuesta. No quiero ir sola, pero tampoco sé si él sería el indicado. Lo cierto es que es un estúpido y absurdo baile, al que paso de darle demasiada importancia.

—Vale —acepto tranquila.

Entonces me mira fijamente y yo lo miro con el ceño fruncido, sin entender su expresión. Él se acerca lentamente mientras yo intento asimilar lo que está haciendo. Cuando consigo sentir el calor de su aliento cerca de mi boca, me aparto sutilmente, con la mirada en otra parte, y me despido.

—Tengo que irme —le digo alejándome con paso ligero.

No me atrevo a mirarle, y él tampoco dice nada, por lo que me quedo con la curiosidad de su reacción.

Ando unas calles hasta mi casa y me doy cuenta de que ni siquiera me he cambiado. Llevo unas pintas horrorosas, el maquillaje todo corrido de ayer y la ropa de Matt que es tres tallas más grande que yo. Me he dejado la ropa en su casa, pero tampoco mi importa, ya me la devolverá. También he dejado el coche en el casoplón de Samuel…

Entro a casa sin expresión alguna y subo directa a mi cuarto.

CAPÍTULO 124

Alex

Cuando la fiesta acaba, me acerco a Samuel para poder hablar con él sobre el vídeo.

—Justin me ha contado que editaron el vídeo y está recortado, en realidad no dices todo eso que te conté —digo mirando al suelo.

—Te dije que nunca diría eso de ti —afirma serio—, me duele que dudes.

—Es que…, en el fondo tengo miedo de que me hagas daño —le confieso—, nadie me hace daño porque nadie me importa nunca lo suficiente, pero contigo es diferente.

—Ambos tenemos el poder de destruirnos mutuamente —sonríe de manera tierna mientras me acaricia el pelo—, pero no lo haremos, no lo haré, porque te quiero.

Sonrío ante sus palabras y me doy cuenta de cuánto tiempo hemos perdido enfadados. Se acerca de forma brusca y me planta un beso inesperado. Sus labios están cortados y secos, pero no puedo alejarme de él. Sus besos son posesivos y apasionados. Siento arder mi cuerpo cuando él pone sus manos en mi cuello para estrujarme contra él. Al final terminamos durmiendo juntos en mi casa.

Por la mañana Samuel hace caras estúpidas bajo la sábana y a mí me causa gracia, por lo que salgo de la habitación para hablar tranquilamente con Kath.

—Gracias por llamarme —le agradezco—, ayer fue todo un caos… Sofía se fue antes de que la fiesta empezara y no he vuelto a saber de ella. Su padre se ha enterado.

—¿Qué? —dice Kath incrédula.

—Todo fue una locura —le soy sincera.

—Ya veo —contesta irónica.

—Oye, no me escuchaste y te quise decir que hacía solo unas horas que lo sabía —le explico.

—Lo siento, ayer me superó todo —dice con tono cansado.

—Te buscaba en la fiesta para decírtelo, pero te encontré tarde. ¿Cómo estás? —le pregunto.

—Bueno —suspira—, escuchar la versión de Eric solo ha hecho que odie a mis padres, me cuesta hasta estar en mi propia habitación.

—Pero ¿estás segura de que su versión es la real?

—Me encantaría mentirte y decirte que no, pero todo me cuadra. Las peleas y conversaciones de mis padres, su reacción al saber de Eric…

—Aún no me lo puedo creer —le confieso.

—Yo tampoco —dice con tono triste.

—¿Has hablado con ellos?

—Tengo miedo a oír la verdad. Así aún puedo aferrarme a que Eric miente… —se excusa.

—Aunque te duela, sabes que la verdad es lo mejor, y así también podrás escuchar su versión.

—Tendré que ir a casa en algún momento a afrontar la realidad.

—¿Dónde estás?

—En casa de Matt.

—¿¡Qué!? ¡Katherine!

Kath se hace la loca y termina por colgar sin darme muchas explicaciones. Yo vuelvo a la cama con Samuel, con una sonrisa picante y alegre. Me lanzo hacia la cama y él se ríe al ver lo loca que estoy.

Ayer pasamos la noche juntos y, aunque no pudimos hacer nada porque mi padre estaba en la habitación de al lado, he disfrutado de volver a dormir pegada a él rodeada de sus cariñosos besos.

CAPÍTULO 125

Sofía

Decir que esto es el infierno sería quedarme corta. Creo que ni allí hay tanta tensión en el ambiente. Me encierro en mi cuarto y solo salgo a por provisiones, intentando no toparme con ningún miembro de la familia.

Mi madre está sin duda muy decepcionada y acepta todo lo que dice mi padre, que está enfadado y desquiciado, después de verme besar a Edgar en su portal. Me tapo la cara avergonzada al imaginar a mi padre viendo esa escena, en la que me coloco las bragas entre la falda.

Me pregunto cómo habrá ido la fiesta y si estarán todos bien… ¿Alex le habrá contado aquello a Kath? ¿Edgar estará bien? ¿Me dejarán mis padres ir a la graduación?

Durante estas horas no me han dirigido la palabra, ni siquiera nos hemos cruzado por casa a pesar de que no es una mansión ni mucho menos.

Miro la hora y ya es tarde, si voy a ir a la ceremonia debería ir arreglándome. Sin duda, no imaginaba mi graduación así, tan separada de mi familia. Bajo las escaleras con pies de plomo y susurro al ver a mis padres sentados en el sofá.

—Deberíamos ir arreglándonos para la ceremonia de graduación —digo con miedo.

—Sí —dice mi madre levantándose sin apenas mirarme.

Veo en su rostro lo triste que está y me siento culpable. Quisiera habérselo contado tantas veces… Pero ella siempre ha optado por aguantar y justificar las actitudes de mi padre, por lo que siempre me he sentido sola. Ellos han cometido un montón de errores tras la muerte de Abigaíl, pero el peor ha sido el de controlarme por miedo a perderme, en vez de preocuparse porque estuviera bien y fuera feliz. En esta casa todo siempre ha sido un caos, incluso cuando Abi estaba viva, y yo era demasiado pequeña, yo ya sentía que había peleas y control.

Subo a mi cuarto desganada y me maquillo con pereza. Debería ser mi día más feliz, pero solo puedo sentir rabia y pena.

CAPÍTULO 126

Alex

Llego a la graduación y Samuel me espera repeinado con su camisa blanca. Sé que esa camisa solo se la pone en momentos importantes porque casi nunca se la veo puesta. Lo abrazo y nos piropeamos mutuamente.

Mi padre que viene detrás de mí se acerca a él y le amenaza.

—Todo muy bonito, pero más vale que no vuelvas a hacerle daño —me señala y yo pego cariñosamente a mi padre.

—¡Papá! No digas esas cosas. —Samuel se ríe y jura portarse bien.

Entramos al instituto que está decorado e iluminado como nunca. Está precioso y, por una vez, me saca una sonrisa estar entre estas cuatro paredes.

En la sala ya hay algunos alumnos, muchos de ellos fotografiándose con los padres. Otros haciéndose selfis o simplemente abalanzándose para coger los mejores sitios.

Samuel y yo nos sentamos delante, en la zona del alumnado, mientras me dedica besos cortos pero cariñosos. Desde que nos reconciliamos está muy cariñoso. Entonces veo de reojo cómo Justin nos mira en un momento que siento íntimo y no puedo evitar apartarme de Samuel al sentirme incómoda. Le dedico una mirada seria a Justin mientras él me mira con ojos de corderito, como si fuera un pobre inocente que nunca ha roto un plato. Me lleno de rabia por arruinar este momento, pero intento olvidarlo para no comerme la cabeza.

Entonces Samuel me devuelve a la realidad.

—Alex, ¿me oyes?

—No, perdón —le sonrío como disculpa—. ¿Qué pasa?

—Te preguntaba si ya sabes si elegirás Maytown o Stanford…

Evito el tema por completo. No quiero ir a Stanford ahora que estamos tan bien…, aunque sé que es lo que quiero en realidad… Le pido que por favor no hablemos del tema ahora. Si antes no sabía qué hacer, ahora menos. Antes incluso lo tenía más fácil, me iría a Stanford para no ver a Samuel y conseguiría ir a una privilegiada universidad. Ahora él se queda y yo debería irme, pero allí donde voy va Justin, y no quiero.

Sacudo mi cabeza olvidando mis pensamientos por un rato y veo a Sofía entrar, va preciosa. La saludo y me dedica una leve sonrisa, está pálida y parece nerviosa, pero no me extraña. Sus padres también sonríen de forma forzada, pero desde aquí puedo notar su incomodidad. Ellos se sientan en las gradas con los demás padres y Sofía se sienta a mi lado.

Después de un rato mi vista se desvía y veo a Justin que desde que ha empezado la ceremonia no ha parado de mirarme. Me alejo un momento y me acerco a él enfurecida.

—¿Puedes parar? —le espeto llevándole a un rincón donde nadie nos ve.

—¿Parar de qué?

—De mirarme así.

—Pues ves acostumbrándote, porque es el precio de tener que conformarme con solo verte de lejos —espeta cabreado.

—Mira, yo no tengo la culpa de que esto haya sido así…

—¿Si lo hubieras sabido habría cambiado algo?

—No lo sé…

—¿Qué habrías hecho si nunca te hubiera contado la verdad del vídeo?

—Justin… —Me pego a la pared al ver que se acerca demasiado.

Entonces él no dice nada y me estampa contra el rincón, besándome sin detenerse. Me quedo paralizada y cuando consigo reaccionar me separo de él. Lo miro fijamente y mi cuerpo reacciona sin pensar, volviéndole a besar. Sus labios son suaves y ardientes, pero la culpa me invade y necesito parar. Me aparto a regañadientes y salgo de ahí, sin siquiera mirarle.

—No podemos hacerle esto a Samuel.

—Sabes que esto era inevitable. Niégalo las veces que quieras, yo no contaré nada, pero al final del día, cuando te vayas a la camita y cierres los ojos, lo que recordarás es este beso.

Niego con la cabeza, totalmente enfadada, no sé aún si con él o conmigo misma. Vuelvo con Samuel mientras él sonríe al verme. Mi vista se dirige a aquel maldito rincón, y yo no consigo quitarme ese beso de la cabeza, y en mi mente solo oigo: Stanford, Justin, Maytown, Samuel…

CAPÍTULO 127

Kath

El camino al instituto ha sido menos incómodo de lo que pensaba. El hecho de que Greg vaya en el coche hablando hace que me distraiga y olvide que mis padres no son quien yo creía.

Bajo del coche y avanzo con paso ligero, dejándolos un poco atrás. Ellos entran unos segundos después que yo y hablan con el señor Coleman, el padre de Alex.

Avanzo hasta ellos y me siento delante, al ser la delegada y tener que dar el discurso, debo sentarme delante del todo, junto con James y William.

El director da el sermón más lento y aburrido de la historia y nos invita a subir a mí y a mis compañeros.

Subo al enorme escenario y coloco el micrófono a mi altura, además de comprobar con un leve susurro disimulado si se me escucha bien. Me pongo la coleta hacia atrás y cierro los ojos, debatiéndome en mi interior sobre si debería decir lo que tengo planeado o si debo improvisar e intentar contar la realidad de cómo veo todo ahora. Me sudan las manos, siento una presión en el pecho y casi puedo notar que mis ojos se humedecen.

En la sala se hace un enorme silencio a la espera de que pronuncie alguna palabra, y todas las luces enfocan hacia mí. Clavo la vista en el suelo y mis pensamientos desvían mi atención del expectante público. Me siento totalmente abatida, sin fuerzas de fingir que está todo bien. Llevo toda la ceremonia sonriendo y ya me duelen hasta las mejillas.

Estoy realmente sola, no en el sentido literal, sino en sentido figurado. Rodeada de gente, pero sola. Todos aquellos en los que creía me han traicionado. Deposité mi confianza en personas que me han ocultado la verdad y han ayudado a tapar la oscura realidad de mi existencia. Siento que mi vida ha sido una tremenda mentira, y que no conozco a los que me rodean, aquellos a los que quiero. ¿Qué debo decir? La verdad.

Miro de nuevo hacia mis manos sudorosas que empiezan a temblar por los nervios y de forma automática, despliego el borrador de mi discurso. Los cuchicheos entre alumnos al ver mi tardanza me sacan de mi ensimismamiento y levanto la vista del suelo para iniciar mi confesión.

—Buenas tardes —digo improvisando ante el público, ignorando el borrador que tengo en mis manos—. La verdad es que tenía un discurso precioso preparado y muy bien trabajado, pero me he dado cuenta de que eran puras palabras falsas y sinsentido —confieso—. Por eso, voy a dar un discurso mucho más sincero.

Hago una pausa y respiro hondo, dejo de mirar a mis padres, que están pálidos y no entienden qué estoy haciendo, y me centro en mis palabras.

—El director Henderson me pidió que realizara un discurso dedicado a los padres de Maytown High School. Por eso, quiero agradecer a todos aquellos padres que han criado a sus hijos para que sean lo que ellos quieran. Quiero agradecer a esos padres que nunca han presionado a sus hijos para ser perfectos, —Miro a la familia Meyer descaradamente—, quiero agradecer a aquellos padres que han criado a sus hijos para que sean honestos, responsables y buenas personas. —Miro a la familia Reed—. Agradecer a esos padres que se han ocupado día y noche del bienestar de sus hijos. —Miro irónica a la madre de Samuel Ruiz, y me despisto unos

segundos al ver a Eric, pero me centro de nuevo en el discurso, porque allá va mi mejor parte—. Y quiero agradecer a todos los padres que hayan educado a sus hijos con la verdad, en una casa sin mentiras ni secretos. —Miro a mis padres que niegan con la cabeza, descontentos—. Solo espero que con este discurso, cada uno reflexione sobre su relación con sus propios hijos; —Observo el suelo y el silencio inunda la sala—; porque podremos quejarnos del instituto, pero nuestros padres nos convierten en lo que somos. Muchas gracias. —Bajo el micro y salgo de allí en cuanto puedo.

Todos aplauden levemente y con desconcierto ante mis palabras, mientras yo suspiro aliviada de poder decir todo lo que realmente pienso.

Después del discurso de William, el director da unas palabras y presiento que se viene el dichoso baile.

Miro a Alex con cara de asco y ella niega con la cabeza, ahora parece contenta con el tema del baile, supongo que, por lo que intuyo, ha vuelto con Samuel y ahora tiene pareja.

—A petición de una alumna realmente reivindicativa —el director mira a Alex y ella se sonroja—, hemos decidido modernizar el baile en cierto aspecto. Este año cada uno bailará con quién desee, como todos los años —explica—, pero, además, el que quiera bailar solo también podrá hacerlo, en estilo libre —dice poco convencido, mientras Alex se levanta para aplaudirle, al igual que casi todo el curso—. También hemos añadido una novedad; —Todo el mundo hace silencio—; las canciones ya no serán las de hace cincuenta años —explica y celebro no oír esa maldita música sosa y clásica, sin ofender a la música clásica, pero no era adecuada para un baile de graduación.

—Ahora, todos colocados para bailar con esta lenta balada —dice la señora Smith toqueteando los altavoces.

Entonces nos colocamos en la posición que hemos ensayado miles de veces. Matt se acerca a mí y acepto bailar con él por el simple acuerdo de esta mañana, porque si por mí fuera, me pondría a bailar sola como está Alex, en estilo libre. Samuel también está solo y se ríe ante sus movimientos torpes y absurdos, que hacen que todo el baile sea un desastre. Sofía se coloca con Izan y parece incómoda, y yo le dedico una sonrisa de calma para que alegre la cara. Matt y yo bailamos al ritmo de la canción, mientras siento un nudo en la garganta escuchando la melodía a todo volumen. La canción que suena es una llamada «*Water Fountain*».

Encuentro a Eric con la mirada, que está de pie con la mandíbula apretada mientras me ve bailar. Paso mi lengua por mis labios, nerviosa, escuchando cómo la canción habla de una chica que baila con el chico que no debería. Matt me mira fijamente y se percata de mi distracción. Yo lo miro y le sonrío levemente mientras intento coordinar nuestros pasos.

—Esta mañana no me atreví del todo —me susurra al oído.

—¿Qué? —digo intentando entender a qué se refiere, pero antes de que pueda pensar, me planta un beso mientras bailamos con la canción de fondo.

Cuando me quiero dar cuenta, mis pies están quietos y he dejado de bailar. Matt me mira extrañado.

—Kath, ¿estás bien?

—Esto…, me tengo que ir.

La gente nos mira y yo miro alrededor. El baile es un desastre y todos van descoordinados gracias al estilo libre de Alex Coleman. Yo siento que no puedo más y salgo de allí, agotada.

CAPÍTULO 128

Eric

Nada más escuchar la letra de esa estúpida canción, no puedo evitar sentirme identificado, hecho que hace que me enfade aún más. El problema de verla bailar, es que esté bailando con ese imbécil, el maldito Matt.

Noto cómo me mira e intento disimular mis celos lo mejor que puedo, pero es inútil. Al instante ella le regala una falsa sonrisa, como todas las veces que ha sonreído hoy. Él le susurra algo imposible de entender desde mi lejanía y al segundo la besa sin miramientos. Será cabrón.

Con todo el daño que le hizo y lo poco que la valoró, ¿y ahora se interesa por ella? Vale, yo también le he hecho daño, pero no es lo mismo. Yo, a pesar de todo lo que le haya podido hacer, la quiero, y no ahora, sino desde el día en que la vi; siempre supe que era distinta, Kate es especial. Pero sé que el cabrón de Matt solo le interesa ahora como pasatiempo. No me cayó bien cuando lo conocí. Samuel me había contado todo lo que le había hecho a Kate y ella también me había dicho todo lo que había sufrido por él. Pero ahí estaba, bailando con ella una canción preciosa, pasando su mano por sus caderas y besándola sin ningún tipo de respeto por mí, ni por ella.

En cuanto veo que sus labios se juntan, aparto la vista, no puedo ver eso. Muerdo mis labios y me lleno de ira y rabia. Cuando regreso la vista hacia ellos veo como Kate se está alejando de él a toda prisa.

Genial, es mi momento.

Quiero pegarle, es un imbécil entrometido. Pero no tengo tiempo. Salgo de la sala y la busco por todo el instituto. La encuentro en la zona del patio exterior.

—¡Kate, espera un minuto! —digo mientras ella se detiene, a la espera que diga algo—. ¿Qué ha sido eso?

—Un beso —suspira malhumorada y se le arruga la nariz, como siempre que se enfada.

—¿Y se puede saber por qué?

—¿Ahora vamos a discutir por tus celos, Eric? —Parece casi más alterada que ayer.

—Sé que estás enfadada, pero no te arrastres a ese imbécil, no te merece.

—Me ha besado él, y por lo menos, no me ha mentido.

—Él no sabe lo que vales, solo te está utilizando.

—Pues sí que tenéis cosas en común. —Tenso la mandíbula, ¿de verdad nos está comparando?

—Él solo se está aprovechando de la situación, solo te dice lo que quieres oír.

—Ayer me pareció sincero. —Joder, ¿cómo que ayer?

—¿Ayer? ¿Te fuiste de la fiesta con él?

—No sabía dónde ir.

—Joder, Kate, debiste quedarte conmigo. —Ella pone los ojos en blanco.

—¿Crees que me apetecía quedarme después de la charla?

—Antes que irte con él… ¿Hicisteis algo? —Kate se calla durante un instante que me parece eterno—. ¿Hicisteis algo o no?

—No. Solo hablamos —suspiro aliviado—. Me voy.

—Joder, Kate, espera, quédate.

—Deja de pedirme que me quede.

—Vamos a arreglar esto —consigo colocar mi mano en su brazo, pero siento como si la quemara, porque se aparta al instante.

—No sé si vale la pena intentarlo.

—Pero…

—Adiós, Eric.

Me quedo como un idiota, parado en medio del patio mientras ella sale por la puerta. Vuelvo hacia las gradas para sentarme a ver lo poco que queda de ceremonia y veo cómo los padres de Kate se van.

CAPÍTULO 129

Sofía

Después de que Izan me haya pisado los pies otra vez, me separo de él y me sirvo un poco de ponche. Por desgracia, Kath se ha ido en medio del baile, pero eso no ha impedido que la fiesta continúe. El director Henderson se ha encargado de animarla con música más actualizada.

No tengo ganas de bailar y me siento realmente incómoda. No he podido ni mirar a Edgar durante más de tres segundos seguidos por temor a que mis padres me pillen.

Al menos de reojo he conseguido ver que está precioso, con su camisa de azul y sus bermudas negras. Me atrevo a mirarle y le pillo mirándome, por lo que sonrío al sentir nuestra telepatía.

Entonces veo que él se acerca para que hablemos y mi cara se transforma. Busco a mis padres con la mirada, ya no están en las gradas, están hablando con el padre de Alex, a unos pocos metros de mí. Le lanzo una mirada asesina a Edgar que parece no entender, por lo que se acerca con el ceño fruncido y me susurra.

—¿Por qué no has contestado a mis llamadas?

—Edgar, ahora no… —susurro fingiendo beber de mi vaso.

—Vale… —Me sonríe y no puedo evitar devolverle la tierna sonrisa, pero eso cava mi propia tumba.

Mi padre se acerca con el paso acelerado y mirada asesina, lo que me hace temer lo peor. El director lo mira con el ceño fruncido al notar cierta agresividad, mientras todos quedamos atentos a sus movimientos hasta que le estampa un puñetazo a Edgar, que él no ve venir ni por asomo, tirándolo al suelo, ocasionando que le sangre la nariz.

—¡Serás cabrón! —dice mi padre mientras yo me acerco al suelo a ver a Edgar.

—¡Papá! —le grito a la vez que mi madre tira inútilmente de él, intentando que se relaje.

Entonces el director se apresura a acercarse.

—¿Qué está pasando aquí? —dice extrañado, pero al ver cómo levanto a Edgar, mi mirada de preocupación nos delata, dejando al descubierto nuestro secreto ante todo el instituto.

—¡Dime que no te has acostado con mi hija! —Coge a Barnes por el cuello mientras todos nos acercamos a ellos.

—¡Papá! —grito intentando que se calle.

—Vamos a calmarnos, por favor —el director carraspea—, síganme.

El director pide que le acompañemos a su despacho mientras mis ojos se inundan de lágrimas y rezo por Edgar, mientras mi padre le fulmina con la mirada y él parece asustado. Alrededor se escuchan cuchicheos y yo no puedo evitar temerme lo peor.

CAPÍTULO 130

Kath

Ando hacia mi casa pensativa. Necesitaba tomar el aire y salir de ahí. Me he dado cuenta de que quiero oír la verdad, por muy dura que sea, deseo oírla salir de la boca de mis padres, quiero escuchar su versión.

Llego a casa antes de lo previsto, al parecer mis pensamientos me han distraído durante un buen rato. Al momento llegan mis padres con el coche a casa, buscándome, mientras Greg tiene cara de no entender qué está pasando, y no me extraña, esa era mi cara hace unas semanas.

—¿Se puede saber por qué te has ido en medio de la graduación? —dice mi padre molesto y me lo deja en bandeja.

—Porque me he cansado de fingir que no sé nada, de hacerme la tonta cuando ya sé la verdad —grito.

—¿Qué dices? —dice mi madre y en su rostro noto cómo teme que sea lo que yo ya sé.

—Ya conocíais a Eric —les digo—. ¡Tú mataste a sus padres! —chillo liberándome mientras mi madre me intenta calmar—. ¡Y tú lo encubriste y lo ocultaste! —le espeto a mi madre alejándome de ella.

—Kath, ¿qué dices? —pregunta Greg en shock.

—Papá chocó con un coche, uno de sus días de borrachera de cuando éramos pequeños, y mató a toda una familia, menos a un niño, Eric, que sobrevivió. —Me duele ver que no son capaces de negarlo—. Joder, ¡decidme que es mentira! —les suplico con todo el dolor del mundo.

—Me encantaría —dice mi madre llorando, mientras mira a mi padre, que está paralizado.

—Papá, ¿eso es verdad? —Greg mira a mi padre, que no se inmuta.

—Fue un accidente —susurra él.

—Da igual —le espeto—, tú no sabes lo que ha sufrido Eric por ese maldito accidente —le reclamo.

—¡Intentó matarme! —se justifica.

—Ya lo sé —digo secando mis lágrimas.

—A él eres capaz de perdonarlo, pero a mí no —protesta.

—¿En serio? La diferencia es que Eric solo me mintió porque no quería hacerme daño, pero él siempre quiso decirme la verdad, él me ha explicado sus motivos… Tú solo me has mentido, fardando de que somos una familia perfecta y obligándonos siempre a ser perfectos, diciendo que la verdad está por encima de todo… Has guardado el peor secreto de la historia. —Miro a Greg, que está pálido ante mis palabras.

—Hija, por favor, escúchame —suplica.

—¡No! Lleváis toda la vida mintiéndonos… ¡Y mintiendo a los demás!

Entonces suena el timbre y mi padre abre, furioso por la interrupción a nuestra discusión. Abre y se aparta, permitiendo que veamos quién es. Eric está en la puerta.

CAPÍTULO 131

Eric

Ha estado toda la graduación con la mirada triste y perdida, ni siquiera en sus peores días la había visto así. Le he destrozado la vida. He arruinado todo lo que ella creía perfecto y también he arruinado lo que teníamos. Me mata verla así. No sé ni por qué sigo en esta mierda de fiesta si lo que quiero es hablar con ella. Deseo decirle que estoy aquí a pesar de todo, que no me voy a ir. Independientemente de que me perdone o no, y aunque yo sea una de las principales causas de su dolor, quiero abrazarla y decirle que todo estará bien.

Ando camino a su casa y me detengo en la entrada, planteándome tocar ese timbre o pirarme para siempre.

Toco el timbre y mientras espero que abran me paso la mano colocándome el pelo, nervioso, entonces miro el tatuaje de mi brazo «*Somos lo que hacemos con lo que hicieron de nosotros»,* y nunca esa frase había tenido tanto sentido. Después de que su padre me hiciera mierda la vida, yo cogí e intenté vengarme. Hice lo que me hicieron. Pero en el fondo, no me arrepentía.

Si nunca me hubiera querido vengar, jamás la hubiera conocido, nunca me hubiera tatuado aquella K, nunca me habría gustado aquella canción, nunca hubiera luchado por nadie ni hubiera abierto mi corazón; nunca me hubiera puesto celoso por primera vez, nunca hubiera salido de aquel agujero oscuro en el que estaba sumido… Me habría perdido tantas cosas…, si no me hubiera vengado, nunca me habría enamorado. Si no me hubiera querido venganza, simplemente me habría perdido lo mejor de mi vida, ella.

Al final, vengarme fue un placer.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Nadie podría estar leyendo este libro si no fuera por muchas personas que me han ayudado a llevar a cabo este proyecto y a cumplir mi verdadero sueño. Aunque no hay duda de que la base de todo esto ha sido una de mis mejores amigas, Irene D.S.; mi amiga más sincera, lectora y fanática de mis novelas desde mucho antes de que yo misma descubriera que amaba escribir. Gracias por siempre impulsarme a hacer lo que me gusta y por todos tus consejos, ideas y opiniones. Gracias por leer hasta lo que yo no consideraba interesante y haberme animado a escribir y no darme por vencida.

Quiero dar las gracias a todas las amigas que confiaron en mi novela y que fueron leyendo capítulo a capítulo compartiéndome sus sensaciones, dándome su más sincera opinión y crítica constructiva para sacar lo mejor de esta historia. A mi mejor amiga, Marina, que siempre está presente en todo lo que hago y me apoya incondicionalmente desde pequeñas; a Sara, mi vecina lectora, que ha leído cada capítulo y me ha compartido siempre sus teorías sobre la historia observando cada detalle.

A mi familia, a la que no permití leer el libro durante meses por vergüenza, pero que siempre ha confiado en mí y me ha incitado a seguir escribiendo, además de estar siempre presente. A mi madre, que ha escuchado todas mis ideas y me ha obligado a dejar de lado mis miedos. A mi padre, que sin él no habría conseguido el contacto que hizo todo esto posible. A mi hermano Tomi, a mi tía Tati, a mi prima Paula y a mi abuela, porque ellos son lo más importante para mí.

También quiero agradecer a todas las personas que me han ayudado e impulsado a creer en mí y que han luchado conmigo para que este libro saliera a la luz. Principalmente a Bea, ya que sin ella nada de esto habría sido posible. Gracias no solo por confiar en mi novela, sino también por acompañarme en todo el proceso de publicación y asesorarme tan bien sobre el mundo editorial. Gracias por todas las mañanas de desayunos en el *Tudurí* para ponerme al corriente de las novedades de la novela. Gracias también a todo el maravilloso equipo que hay detrás que ha conseguido darle vida a mi libro.

No me olvido de todos los amigos que me han acompañado en el proceso, que no siempre ha sido bonito, ya que algunas veces ha habido desánimos, dudas o incertidumbre, pero siempre me han pedido que confíe en mí.

A mi grupo de la universidad, que en poco tiempo se han convertido en personas muy importantes para mí: Pablo, que siempre está ahí para escucharme y nunca me juzga; Laura, que es la persona más sincera y siempre te dirá la verdad de corazón, aunque duela; Inés, que siempre se ha interesado por leer lo que escribo desde que nos conocimos; Anita, que solo ha tenido palabras bonitas para todos mis poemas y escritos; e Isa, que me ha escuchado hablar de mi pasión por escribir.

A mi grupo de amigos de bachiller, de nuevo Marina, Irene, Marc, Noel y Willy; que me han servido de inspiración para escribir esta historia; a mi amigo Jose y a mi amiga Emma, que merecen también estar aquí. Gracias a todos los que siempre os habéis mostrado interesados por lo que escribo.

¡Muchas gracias a todos!

About The Author

Cata Córdoba



Cata Córdoba, nació el 17 de junio del 2002 en Palma de Mallorca, aunque su familia es de Argentina.
Le gusta escribir desde que tiene uso de razón. Cuando tenía siete años, escribió un cuento infantil y lo llevó al colegio para que su profesora lo leyera a sus alumnos más pequeños. Con el tiempo fue perfeccionando su técnica y ha escrito tanto obras narrativas románticas como poemarios.

Actualmente compagina la escritura con sus estudios de Grado de Educación Primaria, para poder ser maestra.

Cata es una chica responsable, centrada, autoexigente y bastante enamoradiza.
Además de escribir, le encanta viajar para conocer otras culturas, leer, las flores, la música, los atardeceres y las hamburguesas.

Vengarme fue un placer es su primera novela publicada y forma parte de una bilogía.